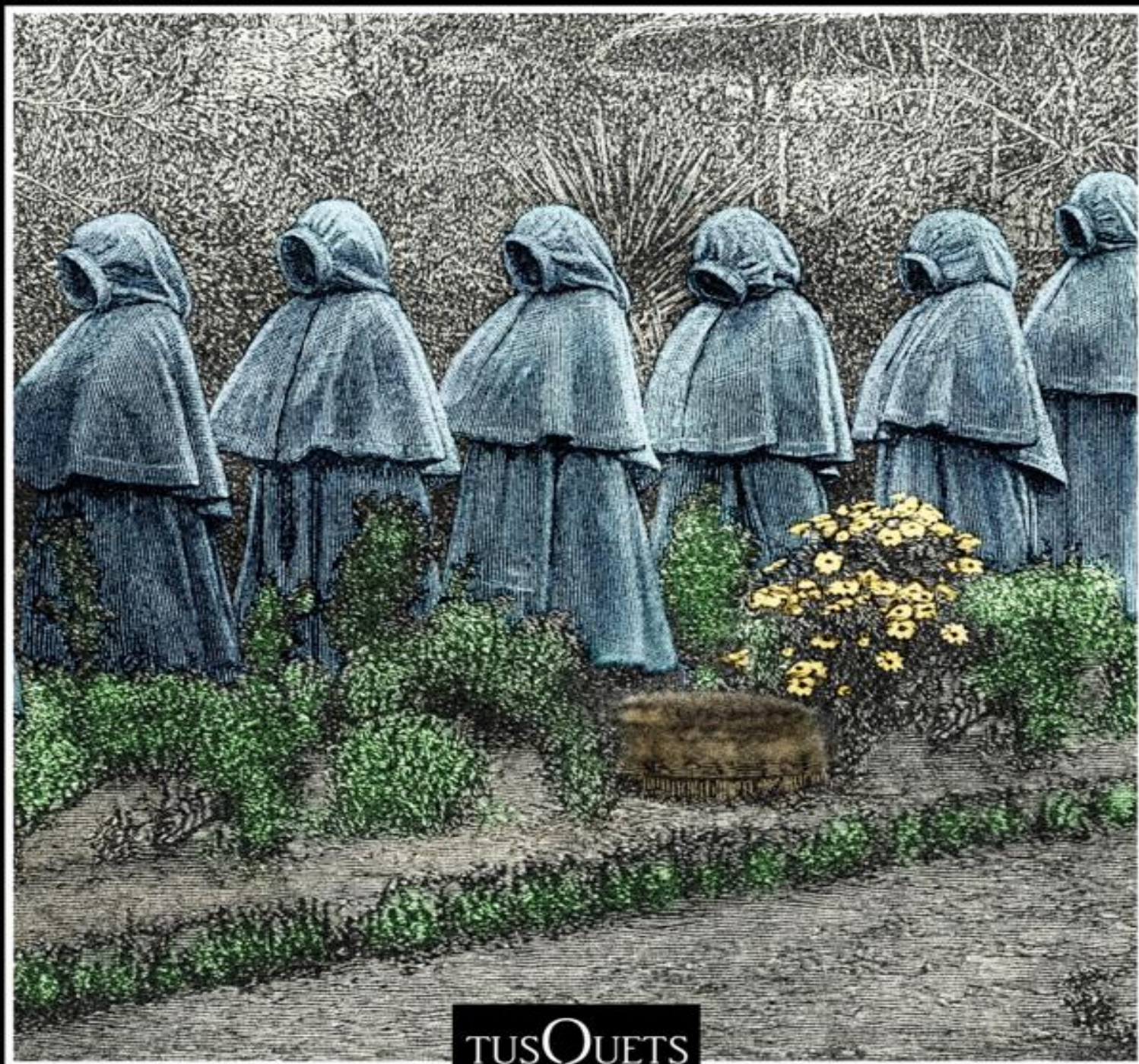


Lorenzo G. Acebedo

LA SANTA COMPAÑA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PÓRTICO. PRIMER DÍA. El vuelo del botafumeiro

DOCE DÍAS ANTES DE PARTIR. Motivos para jugar

SEGUNDO DÍA. Botines de gamuza azul

SEGUNDO DÍA (PARTE II). La cuadrilla de Palencia

TERCER DÍA. El canto de los capones

TERCER DÍA (PARTE II). El gran teatro del mundo

CUARTO DÍA. ¡Salve, autor!

QUINTO DÍA. Las freilas liberatas

SEXTO DÍA. Crímenes, confesiones y comuniones

UNA SEMANA EN EL CONVENTO. La dulce vida contemplativa

PENÚLTIMO DÍA. El regreso del fantasma

ÚLTIMO DÍA. Visita al castillo

CODA. La venganza del rey Sandio

Créditos

Sinopsis

Gonzalo de Berceo ha llegado a Santiago de Compostela para participar, como tantos otros peregrinos, en la celebración del jubileo. Además, siente curiosidad por probar una nueva variedad de vino elaborada por su amigo Lope con uva mencia. Mientras asiste a la misa mayor en la catedral, contempla cómo un arcediano, presa de un delirio místico, se interpone al paso devastador del botafumeiro, que lo destroza para horror de los fieles que atestan el templo. Este episodio se suma a una serie de sucesos inexplicables que está diezmando el cabildo de la catedral, lo que llevará al arzobispo, antiguo compañero de estudios de Berceo, a pedirle ayuda. En una atmósfera inquietante en la que no faltan extrañas visiones, acusaciones de brujería y apariciones de la Santa Compañía, Berceo se enfrenta al caso ayudado por el gustoso vino que Lope y la tabernera Lupa no dejan de ofrecerle. Una lectura trepidante en la que la intriga y el humor se mezclan con el terror y la erudición histórica, y con la memorable aparición de un joven poeta: el futuro rey Alfonso X el Sabio.

LA SANTA COMPAÑA

Lorenzo G. Acebedo

TUSQUETS
EDITORES

Para Maruxa, ella sabe por qué

Sabía él cosa mala, toda alevosía,
que con la hueste antigua tenía su cofradía...
Vio al poco de tiempo venir muy grandes gentes
con ciriales en manos y con cirios ardientes,
con su rey en medio, feos, que no lucientes:
ya querría don Teófilo estar con sus parientes.

GONZALO DE BERCIO, *El milagro de Teófilo*

PÓRTICO. PRIMER DÍA

El vuelo del botafumeiro

No tengo mala opinión del miedo. Junto al freno de la vergüenza y a los dictámenes de la razón, el miedo me ha salvado a menudo del peligro, que, en contra de lo que me habían dicho tantas veces de joven, no viene de la astucia del demonio, sino de la ignorancia de los hombres o de lo contrario, de su exceso de curiosidad.

Era domingo, año de jubileo, y yo acababa de llegar a Santiago de Compostela sin miedo alguno, pero con el cuerpo bastante molido tras un trayecto de doce jornadas en el interior de un carruaje. No veía el momento de apearme cuando el coche por fin se detuvo frente a la portada de la catedral en obras, en una plaza copada por los puestos de obradores de piedra que trabajaban en la remodelación del edificio, junto a tenduchos de vendedores que pregonaban sus mercancías: estrellas de Salomón para los partos, reliquias de mártir, huesos de santo, redomas de agua milagrosa, higas para el mal de ojo, remedios contra la peste y pedazos de la santa cruz. Escuchando a los variados contadores de milagros, había ciegos, mudos, impedidos, endemoniados y leprosos llegados a Santiago por el aliento de la esperanza de su curación.

La catedral se alzaba majestuosa, pero herida por los picos de las grúas, sobre la muchedumbre. Había oído alabar el pórtico que se divisaba al final de la escalinata, pero aquella era la primera vez que lo veía. Su exceso de colorido era sobrecogedor: la nueva

arquitectura goda de la que hablaba todo el mundo; una belleza empeñada en el aplauso de los hombres.

Me dirigí hacia la escalinata, pero tan embebido estaba en la contemplación de aquella grandeza que no me di cuenta de dónde pisaba hasta que mi pie se posó en un formidable cagajón de perro reciente y mantecoso. El accidente me contrarió. Estrenaba yo entonces un par de zapatos de piel vuelta de antílope, que había encargado un año antes a un maestro zapatero de Arnedo (en donde hay dos que compiten en excelencia). No resultaron nada baratos, pero el material era de primera calidad, y me irritó verlos tan sucios.

Mientras me limpiaba en el canto de los escalones, le pregunté a un vendedor de cuernos de unicornio y cintas de la Virgen María para lucir en la muñeca —una usanza que venía de Milán— quién cantaba misa aquel domingo. La respuesta me la esperaba, pero quería estar seguro.

—El ilustrísimo arzobispo Juan Arias. Hoy hay misa mayor en el altar del apóstol.

Juan y yo habíamos sido compañeros en el Estudio General de Palencia y grandes amigos, alentados por un sueño semejante de triunfo que solo había realizado él, pese a su austeridad y falta de ambición, o quizá gracias a ella. Yo, en cambio, más soñador pero también más perezoso, me había quedado en poetastro.

Hasta los buhoneros lo conocían: Juan Arias, arzobispo de Santiago. Gallinato, como lo llamábamos en la cuadrilla. Su familia era de las antiguas de Galicia, y dos años antes de volver a verlo, un tío suyo había destacado junto al rey Fernando III en la toma de Sevilla, haciendo famosa la enseña de los Gallinato: una gallina con las alas abiertas y despatarrada que los ciegos cantores mostraban en las viñetas de sus grandes pergaminos ilustrados.

Una multitud se agolpaba frente a la puerta principal, fascinada por la narración que relataban las figuras del tímpano. Aunque labradas y tintadas sobre la piedra, con esas cuidadas anatomías que los ropajes no esconden, con esos rostros de pómulos hinchados, ojos abultados, gruesos labios y cabelleras de mechones ondulados, incitan a una piedad concupiscente.

Muchos peregrinos caían de hinojos implorando perdón en sus algarabías tras alzar la vista y ver por primera vez el rostro del santo. Los más fervorosos intentaban encaramarse a la basa de la columna y, una vez allí, de puntillas, rozar con la yema de los dedos los pies de Santiago.

Un teutón rubio, desnudo de cintura para arriba, de luengas barbas y cuerpo fibroso, había logrado encaramarse por la columna hasta el lugar en el que Santiago muestra a los recién llegados el pergamino labrado en piedra con la inscripción: ME ENVIÓ EL SEÑOR. Una vez allí, jaleado por un grupo de bretones, el teutón apoyó el pie negro de roña en el báculo del apóstol y se levantó hasta el capitel en que se relatan las tentaciones de Cristo. Quería alcanzar el dintel y llegar hasta la figura de un pantocrátor con capa de intenso añil y corona de oro, pero las fuerzas le fallaron y fue resbalándose árbol de David abajo hasta llegar al suelo ante la decepción general.

A mi alrededor, estorbando el paso, los peregrinos se contaban unos a otros los lances sufridos por el camino. Los que no podían hablar yacían postrados a un costado de la catedral, extenuados o enfermos, atendidos por sacerdotes y beatas que iban de un lado a otro ofreciendo agua o alimento.

En el interior de la catedral, iluminado por los cirios de los peregrinos con una claridad extraña, el bullicio era aún mayor.

Al fondo, el botafumeiro (que es como llaman en Santiago al incensario, y que tiene la particularidad ahí de ser móvil) se

balanceaba a enorme velocidad de un extremo a otro del transepto, intentando impregnar el aire de su aroma a hierbas olorosas. Pero lo cierto es que apenas conseguía atenuar el potente hedor a caminante que predominaba: una mezcla nauseabunda de sudor, orines y pus. He visitado mercados de ganado que invitaban más al recogimiento y olían mejor.

Como pude, me fui abriendo paso por la nave central entre bulliciosos italianos que cantaban salmos al son de cítaras y caramillos, y piadosos galos que lloraban sus pecados acompañados del cálido sonido de sus liras... Y casi me doy de bruces con un clérigo, cuyo rostro de pobladas cejas y rasgos tan sencillos que parecían haber sido esculpidos con cuatro golpes de cincel reconocí de inmediato: el deán de Santiago, Fernando Alfonso de León, hermanastro del rey Fernando III, quizá el hombre más frugal que he conocido en mi vida.

—Gonzalo —me dijo, muy extrañado—. ¿Qué hacéis vos aquí?

No me apetecía revelarle las razones muy poco religiosas que me habían llevado a Santiago, así que le di un fuerte abrazo.

—Pero ¿adónde vais? ¿No concelebráis la misa mayor? —le pregunté a mi vez.

—No..., no he podido ni vestirme, ha surgido una urgencia —me dijo, extrañamente apurado—. ¿Venís a mi casa mañana? Preguntad y os dirán, os espero a la hora que queráis. ¡Con Dios!

Y se fue apresurado peleando con los peregrinos para conseguir salir.

¡Fernando el Moro!, me dije. La nostalgia se apoderó de mí viéndole marcharse. En el Estudio General de Palencia le llamábamos así por su madre, la Maura, una famosa cortesana de origen mauritano, y amante del rey —éramos crueles como niños, aunque a él le daba igual: estaba orgulloso de su madre—. Como bastardo,

Fernando no había tenido más remedio que tomar los hábitos, y había aceptado ese destino con la misma alegría infantil con la que hubiera celebrado el cargo de emperador.

Su máxima aspiración, expresada mil veces en nuestras conversaciones nocturnas, era no tener nada, salvo el hábito remendado de estudiante que parecía seguir conservando, vestido como iba de cura pobre.

Y pese a su humildad había alcanzado el puesto de segundo en aquel cabildo. El año anterior me había llegado la noticia, y lo imaginé resistiéndose al cargo. Cuando, siendo todavía novicios, su familia le enviaba cajas con fruta, camisas, frazadas y ropa de abrigo, Fernando repartía todo entre los estudiantes que menos tenían.

Antes de empezar los estudios se había retirado durante dos años a vivir en una cueva para que su cuerpo se acostumbrara a la pobreza. En cierta ocasión, al encontrarse a una ermitaña desnuda en el bosque («la mujer más bella del orbe», decía al contarle), le había ofrecido su manto para que se cubriera y poder así escuchar sus enseñanzas sin distracción, siguiendo el ejemplo del santo Zósimo de Palestina —a quien veneraba— cuando se encontró con la anciana santa María Egipciaca.

A duras penas conseguí llegar al borde del transepto, por donde circulaba dando bandazos cada vez mayores el botafumeiro, impulsado por varios de los que allí llaman *tiraboleiros*, y me coloqué cerca del coro y casi frente al altar mayor, entre un grupo de bretones que leía salmos con fervor.

Las notas de un órgano acallaron solemnes el bullicio de aquella torre de Babel. Volví la vista hacia el lugar del que provenía la música y pude ver a una mujer velada, vestida de negro, que, moviendo todo su cuerpo en un suave vaivén, accionaba las teclas

de un órgano de grandes fuelles, cuyo soplo impulsaban dos monaguillos con caras de holgazanes. Me sorprendió que se permitiera tocar a una mujer en la catedral, aunque lo cierto es que era una organista excelsa.

Al otro lado de la nave transversal, vi entonces a mi querido Gallinato, el arzobispo Juan Arias, saliendo de la sacristía enfundado en una rica casulla de color rojo y adornos dorados, para dirigirse, acompañado de sus acólitos, hacia el altar mayor.

La catedral enmudeció.

Unas voces angelicales que en un primer momento me parecieron femeninas entonaron una antífona que todos reconocimos. Miré al coro. Niños en primera fila y, detrás de ellos, hombres grandes, de calvas relucientes y gruesos como bueyes, cantaban en potente falsete. Jamás había oído un canto coral de igual belleza:

Sanan pronto los enfermos en la tumba de san Iago:
cojos se alzan, ciegos miran, se libra el endemoniado,
rezos fieles se recogen y es el triste consolado.

El gigantesco incensario cruzaba como una exhalación a un palmo de mis narices, y en cada pasada levantaba un golpe de aire que me alcanzaba el rostro. En aquel lugar el olor de las resinas era más intenso y empezaron a picarme los ojos.

Allí llega de otros climas el gentío atropellado,
con sus bárbaras ofrendas al Señor tan alabado.
¡Aleluya!

Ante el altar, en torno al arzobispo, los más importantes miembros del cabildo asistían hieráticos y solemnes a la ceremonia. Yo escrutaba uno a uno sus rostros con la esperanza de reconocer a alguno de mis viejos camaradas oculto bajo la máscara de la edad...

La cuadrilla de Palencia, nos hacíamos llamar. En aquel tiempo, siendo todavía novicios, bromeábamos con la idea de que uno de nosotros llegaría a Roma. Nos unía entonces un mismo empeño: la Iglesia necesitaba reformas urgentes, y éramos nosotros los llamados a realizarlas. «Renovación en la tradición» era nuestra divisa secreta. ¡Cuántas discusiones al calor de la lumbre y del vino! ¡Cuántos propósitos, sueños, afanes!

Luego nos separamos, o mejor dicho: yo me separé de ellos, y aunque durante algún tiempo nos cruzamos correspondencia, las cartas fueron espaciándose hasta desaparecer.

¿No era Simón el arcediano quien estaba sentado el primero a la izquierda de Gallinato? ¡Ay, el rubio Simón había perdido todo el pelo! Lo que conservaba todavía era esa expresión de hombre inocente que le proporcionaban sus enormes ojos pardos y sus largas pestañas, algo femeninas. En las representaciones teatrales que hacíamos en Palencia, a Simón le asignábamos siempre papeles de mujer. Algunas veces, su acendrado sentido de la justicia nos irritaba, pero lo cierto es que Simón solo era estricto consigo mismo. Con el prójimo siempre se mostraba indulgente. Su tendencia a perdonar cualquier afrenta nos resultaba igual de irritante.

Prestaba atención al canto llano, que discurría ahora sin sobresaltos, cuando súbitamente apareció una amplificación vertical que desdobló la melodía: por un lado, podía oírse una voz que discurría por una quinta inferior, y por otro, una voz infantil en una cuarta superior. Ambas a la misma velocidad, nota contra nota, punto contra punto.

Al artífice de este ornamento, que dirigía con parsimonia el canto, también lo reconocí. Parecía un herrero, pero era un músico sublime: Serafín el chantre, cuyo cuerpo, grande, basto y peludo como el de

un oso, contradecía su extremada delicadeza y sensibilidad para la música.

En los buenos tiempos Serafín presumía de que a los doce años ya tenía la necesidad de afeitarse dos veces al día, y el talento para componer una música, no siempre sacra, que en nuestra época nos hacía danzar como faunos borrachos. Tocaba cualquier instrumento de cuerda, viento o percusión.

Pero nunca fue un artista feliz. Al contrario. Todos sabíamos de su profunda desdicha aunque no todos la razón. Desde niño supo que el don de su voz lo ponía en contacto con la música de las esferas celestes. Hasta que de la noche a la mañana se le resquebrajó como cáscara de huevo, quebrándose en chirridos inesperados y carrasperas pertinaces, que concluyeron en su voz ronca, que detestaba, aunque fuera mucho más acorde a su corpachón. Lo sacaron del coro de la catedral de Valencia de inmediato. Así fue su fracaso.

¿Y yo qué?, me pregunté instalado al borde del coro. ¿Qué había hecho yo con mi vida? Yo era el único que había renunciado a la misión tantas veces planeada entre vapores de vino de trabajar desde dentro de la Iglesia para reformarla y acercarla al verdadero espíritu de Cristo. Me perdió la diversión, el ruido del mundo, la poesía. Cuando decidí dedicarme en cuerpo y alma a juntar sílabas, la soberbia hizo que me sintiera superior a ellos. Durante algún tiempo me consideré un elegido, y a ellos un atajo de hombres oscuros sin talento. El tiempo, como siempre sucede, nos puso a cada uno en nuestro lugar: a ellos al frente del cabildo de la catedral de la metrópoli de Santiago, con poder suficiente para culminar la empresa a la que se habían consagrado, y a mí, sin embargo, allí de viajero, mirándolos de reojo, con la mordedura de la envidia royéndome la nuez.

Pero lo cierto es que, más que envidioso, me encontraba ligeramente mareado y confuso. Pensé que algo tenía que ver en la desazón y el desconcierto que empezaba a sentir la proximidad del botafumeiro, que seguía expeliendo vapores en su incesante vaivén.

Entonces vi caminar por delante de la primera fila de fieles que contenía el empuje del resto a un hombre que tanteaba el suelo con un bastón. Y justo cuando pasaba ante mí, a dos palmos de distancia, volvió de pronto en mi dirección los ojos...

No, no, no.

No me miraba un par de ojos sino de cuencas vacías y oscuras que parecían querer envolverme en sus tinieblas. Pertenecían a un anciano babeante que se detuvo y, señalándome con un dedo acusador, como si pudiera verme, me gritó en una jerigonza incomprensible:

—Íuqa sov siécáh senójoc Euq oécreb ed oláznog se is otsírc rop!

Aquella espantosa visión intensificó la angustia que había empezado a sentir. Y seguía gritándome en su lenguaje diabólico:

—Oriémufatob esé ne odítem nárbah saitsóh Euq!

Pensé que sería mejor alejarme de los vapores tóxicos del botafumeiro, que me hacían respirar agitadamente, pero ni siquiera pude girarme para hacerme un hueco en el grupo de sudorosos peregrinos que murmuraban entre sí en una lengua eslava y se habían colocado a mi espalda, empujándome una y otra vez contra el cordón que delimitaba el espacio de los fieles. Notaba un mareo intenso, como si mi alma quisiera desdoblarse. ¿Me estaría muriendo? No: aquella humareda me había contaminado. Lo más prudente era no agobiarse y esperar a que la ceremonia terminara, concentrándome en el canto gregoriano.

Haz un esfuerzo sobrehumano para atar tu pensamiento, me dije.

—Estoy escuchando —pronuncié con cuidado, en voz alta— una composición a tres voces, que consta de una frase musical para los siete versos de cada estrofa y un estribillo repetido al final de las estrofas. Eso escucho.

Podía sentir en mis labios la densidad de aquellas sílabas. Podía medir de manera exacta el tiempo musical, a cuatro voces, a cinco, a seis... ¿O era yo el que cantaba? Nunca había oído un ornato como ese. Si cerraba los ojos veía el movimiento constante de todos los tonos, que flotaban en el aire como pompas de agua y grasa de cerdo, de las que hacen los niños. Sentí que la reverberación del canto se expandía por todo mi ser creando una conexión profunda con la esencia espiritual de la catedral.

Y entonces noté que levitaba, que ascendía hasta los vitrales más altos, cuyos colores se intensificaron y se expandieron formando un espectro de luces que danzaba sobre los peregrinos. Las voces de los niños se transformaron en rocas diamantinas a las que podía trepar. Las gráficas musicales eran ondas visuales que serpenteaban entrelazadas con el humo del incienso formando patrones hipnóticos en el aire, mensajes en clave, figuras diabólicas que dialogaban entre sí. Desde las alturas vi cómo las formas arquitectónicas cobraban vida: los arcos y las columnas respiraban con pulmones esponjosos y cambiaban caprichosamente de forma y de lugar al compás de la música. Sentí que yo era un arco de crucería. Sentí que mis brazos y piernas sujetaban la cubierta de la catedral y la bóveda celeste con sus esferas de giro incesante.

Entendía todas las lenguas que se hablaban a mi alrededor. A mi derecha un peregrino chipriota se convirtió en monja. Un poco más allá vi a un campesino francés y quise acercarme a él para besarlo y danzar amarrado a su cuerpo como si fuéramos humo de incienso, notación neumática, luz de vitral... Noté que la frontera entre mi

cuerpo y mi alma, entre la música y la arquitectura, se desdibujaba. Y comprendí que todo eso, junto, constituía la sustancia de Dios.

Una sucesión de gritos me sacó de aquel embeleco. O eso creía yo:

—*Mrekulli!*

—*Wunder!*

—*Miracolo!*

—*Miracle!*

—*Milagre!*

—*Milagriño!*

La reja de la cripta donde estaba enterrado Santiago, en el transepto, al otro costado del altar mayor, se había abierto, y de su interior salía el cuerpo incorrupto del apóstol para espanto de todos los que estábamos allí. El arzobispo Juan Arias, mi querido Gallinato, se hincó de hinojos. Al verlo, todos lo imitamos. Aunque yo sabía que el santo había sido decapitado, no me extrañó que saliera de la tumba con la cabeza sobre los hombros. Tenía ese rostro cobrizo y terroso característico de los cadáveres incorruptos. Sus ojos, de un azul oscuro, intenso como el que anuncia la tormenta, fulguraban. Era muy alto y desgarbado, casi un gigante, y caminaba con andares espaciosos y patizambos torpemente, como un títere a punto de descoyuntarse.

El apóstol cruzó el transepto, ajeno a las idas y venidas del botafumeiro, que, pasando a su lado como una exhalación, parecía respetar el ritmo de su marcha. Una vez frente al coro, hizo una seña y le indicó a Simón que se acercara a él. Aterrorizado, el arcediano de grandes ojos y enormes pestañas se llegó a su lado temblando y se postró con la cabeza inclinada.

¿Premiaría el santo la bondad infinita de aquel hombre justo?

Santiago se inclinó hacia él y le habló al oído, quise creer que con dulzura. Simón asentía, asentía, asentía. Y cuando dejó de asentir, se puso en pie y se dirigió con determinación hacia el crucero, el punto por donde el botafumeiro pasaba casi a ras del suelo a la velocidad de rayo.

Entonces Simón se arrodilló en su trayectoria, y alzando los brazos y la cabeza a los cielos empezó a cantar henchido de gozo.

El incensario, que había alcanzado su máxima altura en el extremo de la puerta de Platerías, inició su descenso. Simón lo miró de frente y sin corregir su posición lo recibió con los brazos abiertos en señal de bienvenida. Quise pensar que Simón se abrazaría al botafumeiro y subiría con él mientras el armatoste continuaba su recorrido, y que, en ese breve instante de inmovilidad previo al retorno, Simón se soltaría para caer de pie en el suelo, sano y salvo, con los ojos bien abiertos y enmarcados por sus pestañas femeninas.

Pero no fue así.

El desgarrado grito de terror proferido al unísono por mil gargantas apenas pudo ahogar el sonido del brutal testarazo que le reventó la cabeza. El pobre Simón salió proyectado en parábola como un pelele, para estamparse, ya cadáver, contra el suelo.

Me pareció que se había hecho de noche y que todos los cirios que iluminaban la catedral con claridad solar se habían apagado. Vi espantado el mar subiendo hasta las nubes, sobre las sierras y los collados, y vi toda la fauna marina nadando en la arena del desierto entre alaridos monstruosos de aves y bestias. Vi arder mares y ríos, y vi a los peregrinos correr despavoridos hacia el altar mayor, la

única zona de la catedral despejada. Cruzaban el transepto con cuidado, esquivando el paso del botafumeiro que manaba sangre sobre todos nosotros. La catedral se derrumbaba con gran estruendo. Quienes podían se refugiaban en las naves laterales. Otros se arracimaban, temblando de terror, en las pequeñas capillas absidiales. Los más ligeros consiguieron encaramarse por las columnas hasta alcanzar el segundo piso, por cuya tribuna corrían aterrados sin dirección. Los escombros volaban sobre nuestras cabezas, chocando entre sí con fuertes golpes que los desmenuzaban y convertían en sal. Vi al teutón barbudo tirado en el suelo gritando de terror mientras se aplanaban las montañas y los oteros.

Y en medio de aquel aturdimiento, como me sucede tantas veces, me vino de improviso un alejandrino que con esfuerzo supremo retuve en la memoria:

serán de los collados los valles compañeros.

Entonces vi abrirse las sepulturas de la catedral y salir de las paredes y de las espantosas tumbas una legión de cuerpos incorruptos que formaba una extraña procesión de encapuchados vestidos con hábitos bermejos. Llevaban cirios encendidos y una enseña con la divisa «*Parce sepulto*»: «Perdona al sepultado».

—*¡A Santa Compañía! ¡A Santa Compañía!*—gritaban a su paso los últimos peregrinos, que se tiraban al suelo para fingirse dormidos o muertos.

Aquella siniestra procesión empujaba un ataúd con ruedas del que emergió el muerto envuelto en un sudario blanco. Pero el muerto no estaba muerto; el muerto estaba enfermo y el enfermo era yo.

Vi grandes llamas volar por el aire y vi caer las estrellas como caen los higos de las higueras. Todo ardía a mi alrededor: el oro, la

plata, los baldaquinos, las púrpuras, las lujosas sedas y las vistosas escarlatas.

—¿Un poco de agua, fráter?

Abrí los ojos. No sabía cuánto tiempo había estado así, de rodillas, paralizado, incapaz de distinguir lo que pasaba a mi alrededor de cuanto ocurría solo en mi interior. La catedral se encontraba ahora completamente vacía, envuelta en tinieblas y en un silencio absoluto. Sentí una sed honda. Frente a mí, como adivinándolo, una aguadora, cuya mirada profunda y visigótica refulgía en un rostro no del todo armónico, me ofrecía un cazo, que rechacé porque ni siquiera en casos extremos soy tan imprudente como para aceptar otra agua que no sea la bendita.

No, no era bella esa mujer aguadora: de corta estatura y algo gibosa, tenía la piel tostada de las campesinas. Pero algo en ella me atraía sin remedio. Seguí con la mirada sus andares zambos hasta que abandonó la catedral.

La curiosidad, espoleada por la concupiscencia, me hizo seguirla. Desde el portón principal sentí en el rostro la brisa fresca del mar lejano. La vi al pie de la doble escalinata dejando en el suelo la cántara de agua que llevaba en bandolera. Aquella plaza, que hacía solo unas horas —aunque no sabría decir cuántas— bullía de actividad, estaba ahora desierta, con los puestos de los canteros y mercachifles abandonados, como si toda la humanidad hubiera perecido y aquella aguadora y yo fuéramos los únicos habitantes de una ciudad fantasma.

Entonces se dio la vuelta y de nuevo sus ojos azules, godos o góticos, o visigóticos, me atravesaron el alma. Descendí las escaleras y caminé tras ella por calles espectrales hasta salir de la ciudad. «¡Por allí, Gonzalo, por allí se ha ido!», me decían con mirada

burlona los guardias que defendían la barbacana de entrada en la puerta que llaman de San Francisco.

Crucé la muralla sin preocuparme del inminente cierre de puertas que me impediría el regreso y la vi descender por un sendero que se alejaba de Santiago adentrándose en un terreno pantanoso y arbolado. Bajo el vestido debía de calzar unos extraños zapatos cosidos sobre grandes plataformas que dejaban curiosas huellas cubiertas de agua de inmediato. Recuerdo que temí que los charcos echaran a perder para siempre mis estupendos zapatos de gamuza.

Incapaz de regresarme, continué tras ella en silencio, resignado a perderme de noche en aquellos pantanos. Al cabo de un tiempo llegamos a un robledal, en cuyo centro un curioso jardín, casi un vergel, pero cuidado a la pulgada por manos delicadas, rodeaba lo que parecía ser una iglesia en ruinas. ¿Dónde vivía esta mujer, por el amor de Dios?

Bordeamos un crucero de piedra que se conservaba intacto en medio de tanta ruina, y entramos en lo que a todas luces eran los antiguos establos del lugar. Allí me esperaba ella con sus ojos clavados en mí. Me acerqué, se alzó las faldas y me di cuenta de que iba descalza y de que sus pies, que yo había imaginado como dos delicadas miniaturas, eran en realidad pezuñas de yegua. Desde lo más íntimo de su cuerpo se desprendió una pluma. Y descubrí que no era gibosa: su manto, con el que parecía disimular el bulto de la espalda, ocultaba en realidad las alas del demonio.

Aterrorizado, eché a correr maldiciendo mi lujuria. Notaba en el cogote el aliento de la Bestia, y oía en mis orejas sus graznidos de harpía. Corrí y corrí y corrí y no me detuve ni fui capaz de mirar atrás hasta que milagrosamente alcancé la gran cruz de piedra. Me abracé desesperado a su fuste. Con temblores de terror me despojé de mi bordón como pude y me até a ella.

Entonces sentí detrás un suave aleteo, un abrazo tenso que me rodeaba por la espalda y unos labios posándoseme fríos y tenebrosos en el cuello.

Cerré los ojos arrepintiéndome de mis pecados, más que de ninguno de aquel último, y me encomendé a Nuestra Señora.

DOCE DÍAS ANTES DE PARTIR

Motivos para jugar

Que el apóstol me perdone, no fui a Santiago ni por él ni por el jubileo: trescientos días (con sus noches, imagino) de descuento en el purgatorio tampoco serían de gran provecho para los réprobos que estamos destinados a pasar la eternidad en el infierno.

Fui por lealtad a una amistad quimérica hacia un peregrino improbable, por una carta cifrada y por la necesidad, que ni a mi edad se aminora, de remediarme con un negocio que «no puede fallar», como sucede cada vez que alguien ofrece alguno. Jamás me ha propuesto nadie uno con el que tal vez no salgamos de pobres. Siempre se trata de una oportunidad única y garantizada que sería idiota rechazar.

Además, no disponía por entonces de nada mejor en que ocuparme. Pasados los cincuenta de mi edad, no tenía empleo más importante que envejecer, ejercitarme golpeando con los puños el saco de arena que siempre hay colgado en el corral del huerto y cuidar de los fieles de mi pequeña parroquia, en donde las penitencias se repetían al ritmo de los invariables vicios menores. Me costó años aprender el oficio de la vejez, esforzándome desde el principio por llevarme bien con un cuerpo en el que cada vez podía confiar menos, y más aún reconciliarme con la vida vivida, entreverada de pecados fulgurantes y arrepentimientos frágiles, tenues y poco duraderos.

Todo empezó en la taberna de postas de mi parroquia en San Millán, adonde fui para encontrar un adversario. En cualquier otra del pueblo ya sabía que no tenía contrincantes, pero donde paran los viajeros es posible, aunque poco frecuente, que aparezca alguien que quiera jugar al ajedrez. Pedí el tablero y un vaso de buen vino y me senté a ver qué me deparaba la suerte, como otras mañanas.

Hay un ajedrez de palacio y otro de taberna. En las cámaras de los palacios juegan a menudo las grandes señoras, porque los señores solo se ejercitan en algo así cuando hace mal tiempo y no pueden montar a caballo, cazar por esos montes, retarse a duelo, engancharse a puñetazo limpio o competir para ver quién levanta y tira más lejos el pedrusco más pesado que se pueda encontrar. Aunque ciertos cristianos viejos desdeñan el ajedrez hasta en plena época de lluvias, alegando que lo han traído a estos reinos los moros y no quieren mancharse las manos con novedades inspiradas por Mahoma. Ellos son así.

Por su parte, la mayoría de las damas, no gozando de tanta libertad de movimiento, se entrega con entusiasmo al tablero, siempre que no haya sucumbido antes a la costura o —peor todavía— al feo y pernicioso vicio de leer y escribir, tan femenino que lo practicamos muchos tonsurados.

Ese ajedrez de palacio, el que prefiero, es sosegado y ceremonioso, todo lo contrario que el de taberna, al que por lo general he de resignarme.

En las tabernas juegan los estudiantes y los rufianes, y a veces las doncellitas andantes que tienen a su cargo, y que suelen darles un mate cuando menos se lo esperan. Utilizan tableros como el que tenía en mi mesa, pringosos (de grasa, de vino, de saliva o de sangre) hasta el punto de que las piezas se quedan pegadas a la madera. Y se hacen apuestas ruinosas, y abundan los insultos y las

amenazas, y a menudo se asoma el brillo de las hojas de cuchillos cachicuernos, y hay puñaladas traperas, alaridos, menciones no tan cariñosas a las respectivas madres y juramentos de venganza. El ajedrez de taberna no deja de tener su encanto, hay que admitirlo.

Así que puede hablarse también de una táctica de juego de mujeres y otra de hombres. Unos y otras jugamos de forma muy diferente, aunque los hombres de Iglesia, salvo que hablemos de obispos, abades o alguna otra jerarquía, jugamos bastante a mujeriegas, como cabalgan ellas. Ahí estamos, entre dos aguas: más que un hombre, menos que una mujer.

No todo van a ser cuitas y trabajos. Para la alegría se inventaron muchas maneras de juegos y trebejos. A mí me enseñó a jugar al ajedrez una mujer, por eso me cuesta encontrar —entre los caballeros lo mismo que entre los rufianes— rivales varones a mi altura, dicho sea sin inmodestia. ¡Dónde estará ahora Quiteria! Así se llamaba mi maestra, que había nacido en el día de esa santa, cuando se empiezan a sembrar los huertos en esas zonas galaicas de las que procede. Y no quiero recordar ahora aquella historia, porque me entran ganas de llorar de lo jóvenes que éramos y lo viejo que me encuentro.

Pues bien, parecía que la mañana en la que empezó todo, en la taberna de postas, no iba a conseguir jugar yo. El lugar estaba lleno, pero el tablero seguía en la mesa muerto de risa, y nadie picaba el anzuelo.

Así que decidí volver a leer la carta que había recibido aquella mañana y me tenía intrigado. Debía de tratarse de una entrega equivocada, lo único que podía explicar que fuera para mí tan incomprensible. Ocho planas repletas, sin márgenes y con frases a medias —quizá la mitad de las palabras hubiera quedado escrita sobre la mesa—, de caligrafía frenética y contenido disparatado:

estaba redactada en un latín tan macarrónico que no dejaba adivinar la lengua materna del autor. ¿Un dialecto marroquí?, ¿un italiano corrompido?, ¿una algarabía africana?, ¿un idioma hiperbóreo, tal vez vikingo? En cualquier caso, el modo de expresión característico de gente en estado salvaje, acostumbrada a vivir sin esfuerzo de frutos y bayas, y a la que un buen día le da por ponerse a leer y escribir.

La firmaba un tal Pero Luiz, nombre que leía por primera vez en mis días. Aludía fundamentalmente al vino y a Santiago de Compostela, el tema del que todos hablaban a punto de llegar el día del apóstol, sin perjuicio de mencionar otros mil asuntos sin relación aparente entre ellos.

Intenté hacer recuento de las cuestiones que se abordaban ahí. Se hablaba de las vías romanas que atraviesan lo que fue el imperio, de la caza nocturna de ranas con red y tea, de los coros monásticos, de la incapacidad de las tortugas para darse la vuelta una vez puestas bocarriba, de la poesía amorosa de Ovidio, del sistema para derribar faldas de montaña y crear minas al aire libre moviendo el curso de los ríos, del viaje a la Luna de Luciano de Samosata, de la razón por la que el vencejo perdió los pies, de los tipos de animales y vegetales más comunes en los carteles anunciadores de tabernas, de una técnica inaudita para despiojar gallinas...

Al acabar de leerla uno tenía la sensación de haber dado la vuelta al mundo en un paseo matutino, y la seguridad de haber olvidado todo lo visto en una siesta profunda.

El hombre que me había traído la misiva no tenía ninguna referencia de quien la hubiera enviado. Ni siquiera recordaba el rostro, que imaginé sin esfuerzo con greñas y ojos desorbitados, labios llenos de saliva, uñas negras y temblores en las extremidades.

No me apetecía en absoluto volver a leer todo aquello, pero estaba seguro de que el primer párrafo de la carta escondía algo de su sentido. Se trataba de un lema en verso latino que decía así:

Esta es una viña de la que solo da su fruto
una de cada cuatro cepas,
y no al ir en la vendimia por la hilera,
sino al remontar de vuelta.

Hesíodo, *Trabajos y días*

Era una cita inventada. En ninguna parte del instructivo poema de Hesíodo, que todos los que nos preocupamos por la cosecha del vino y la poesía hemos copiado al menos una vez en la vida, aparece nada semejante. Pero me había absorbido la curiosidad al leerla, impidiéndome mirar para otro lado, olvidar la maldita carta y seguir mi vía.

Desde la ventana que había junto a mi mesa vi entonces llegar un extraño carro a la posta, no se sabía si de viaje o de guerra: una especie de cajón de madera cerrado por los cuatro costados como si fuera una cárcel, un bastión móvil o una trampa para osos, con pequeños ventanucos para dar salida a las flechas de los arqueros o a las miradas indiscretas de espías o, en el mejor de los casos, de damas o caballeros cotillas.

No se ven muchos carros que no sean de labranza por San Millán: hace tiempo que la corte no pasa por aquí y los caminos no están bien, o eso creía yo, que apenas viajo, así que enseguida se acercaron curiosos a contemplarlo. El viajero bajó por la puerta del lado oculto a mí y me quedé sin saber si era un guerrero o un comerciante. Traía escolta a caballo, así que debía de ser alguien de importancia, lo que me llevó a no darle ninguna y volver a lo mío. Nunca me han interesado los figurones, porque he aprendido

espacio que quienes tienen algo memorable que contar no son sino los fulanos y los menganos.

Me sacó del ensimismamiento el portazo que lo anunció cuando entró en la taberna. Levantaba la voz, pisaba con zancadas retumbantes como si gastara patas de toro bravo, y se hallaba en posesión de todos los rasgos de criado dichoso de ejercer su tiranía en nombre del amo —y en provecho propio siempre que fuera posible—. Pensé, con temor inmediato e inevitable, que sería corchete, escolta de un obispo o soldado que acompañaba a su comandante: los poderosos nos inspiran tanto miedo cuanto desprecio, más todavía si lo son en nombre de otro.

El caso es que cuando llegó al mostrador de la taberna le había dado una patada a uno y había apartado a otros dos de un empujón. Las dos mozas de la posada, Andrea y Giulia (que ni eran tan mozas ni tan italianas como sus nombres sugerían, y no tenían ganas de líos), se refugiaron instintivamente al calor de las brasas de la cocina, mientras todos los que estábamos allí inclinábamos la cabeza concentrándonos en nuestros propios asuntos. Si no es prudente mirar a la cara a los poderosos, mucho menos aún a sus siervos, que nunca piden nada, solo exigen, y suelen ir armados, como iban estos.

—¡Una mesa para el correo del rey! —dijo uno golpeando el mostrador.

Si no fuera porque maldita la gana que tenía de hacerme notar, yo mismo se la habría proporcionado, deseoso de alejarme como todos. Compareció entonces de vuelta, tomando aire para encararlos y serena, aunque solo en el sentido de calmada, Giulia, la más sabia

de las dos mozas. Tenía la piel macilenta como una corambre de vino, al que era más que aficionada, y se mostró obsequiosa y al mismo tiempo miserable: en lugar de desalojar la única mesa en la que había un solo comensal (con un tablero de ajedrez por añadidura), se dirigió a la que acogía a los más pobres del lugar. Los menesterosos también somos mezquinos y rastreros, no nos llevan ventaja en eso los arrimados a buena sombra. Así que levantó a cuatro curdas que apenas tenían para los chatos que habían bebido, diciéndoles que la casa invitaba a la bebida y la comida tomadas, sabiendo que no habían catado nada sólido. Tras un cambio (virulento) de impresiones, se fueron con la cabeza muy alta, como es costumbre de los pobres de espíritu, la sal de la tierra.

Siempre hay un roto para un descosido, así que el herrero de San Millán, que por entonces era joven y fuerte y todavía creía en la justicia, puesto en pie, increpó al forastero, que lo redujo en dos patadas.

—¿Te mato? —le preguntó el salvaje a su víctima.

El joven herrero salvó la vida porque en ese momento entró el correo del rey y, sin levantar la voz, dijo a su escolta:

—Quieto y firme. Se acabó la zaragata.

El matachín se cuadró en el acto.

Mucha autoridad debía de poseer con él el correo del rey, lo que nadie habría imaginado viendo su aspecto juvenil algo apocado y no muy alto, con barba rala y rubiácea, cara aniñada de mejillas caedizas, nariz de aguilucho caído del cielo y unos ojos de piedra mate, húmedos y crueles, que parecían recién sacados del fondo de un pozo. Venía, además, con atuendo de boda, ridículo en aquella taberna, pero como si la ceremonia hubiera sido hacía una semana y llevara ese tiempo sin cambiarse aquella especie de toga romana, de seda azul desgastada, con calzas naranjas desteñidas y botines de

raso amarillo, pero sucios. Y traía entre las dos manos unos doce anillos rodeando a duras penas dedos gruesos como puerros, más propios de un arriero o un pastor de cerdos que de un correo real.

Mientras el herrero escapaba vivo, y enseñado ya de por vida a callarse cuando actúa un salvaje, el correo del rey se dirigió con aire indolente hacia la mesa que habían vaciado para él, pero durante el trayecto algo despertó su atención tornadiza: el tablero de ajedrez.

—¿Te atreves a jugar conmigo? ¿Una pequeña apuesta? —me desafió el no tan lánguido joven.

Hizo girar sobre sí, en el centro del tablero, una moneda, que quedó al descubierto al acabar su baile. Oro.

—Igual que en una parroquia de villa no hay dinero sino penas, «No hay divinidad sino Dios» —le dije con una sonrisa repitiendo la leyenda árabe que llevan escrita los morabetinos lupinos como el que quería apostarse conmigo.

A mí no me gusta apostar, sino el juego en sí, ese hechizo tan arrollador que cancela la realidad y que más se diría obra del diablo que del buen Dios.

—Bajo la apuesta a un dinero novén —añadí poniéndolo a girar al lado del suyo caído, aunque el giro del mío, que tenía cantos deformes, tan alejados del círculo como mi vida de la línea recta, duró poco—. Entonces podría perder, con dolor pero sin la vergüenza de no tener con qué.

—¡Excelente! Me entusiasma la desigualdad. En posición privilegiada, es lo único razonable. Oro contra vellón: ¿conforme? Y a la comida y la bebida invito yo.

—Pierda o gane, me veré muy honrado de jugar con alguien tan generoso —añadí guardando la carta.

Y no mentía: la generosidad me sorprende en cualquier lugar del mundo, pero más entre gente con dinero, que suele acumularlo por avaricia heredada.

Ambos pusimos nuestras monedas en nuestros lados derechos del tablero. Él ordenó la comida y la bebida. Le comenté que era poco frecuente encontrar allí a quien prefiriera el ajedrez a los dados o las tablas. Y me dijo que necesitaba responderme a eso con una historia, pero para ello le hacía falta vino. Llegó el vino, bebimos y se puso locuaz sorprendiéndome de nuevo con un relato bien traído.

En la India misteriosa, el rajá de Rajastán (así lo llamó) reunió a los tres sabios del reino y les pregunto qué tenía mayor valor en la vida, si el seso, la ventura o su combinación. Como suele ocurrir con los sabios, cada uno escogió su prioridad sin coincidir con los demás, y el rajá los emplazó a que inventara cada cual un juego que demostrara su punto de vista.

Uno inventó el ajedrez de figuras, en el que todo depende del intelecto; otro, los dados, que lo deja todo en manos de la suerte, y el tercero, las tablas, que se juegan al tiempo con dados y figuras, y mezclan en igual proporción fortuna e ingenio.

Era elocuente Alonso, que me reveló su nombre antes de comenzar el relato y —lo reconozco— me hizo pasar una grata mañana. Sabía insultar como mozo de mulas en establo, galantear como cortesano ante damas principales y hablar sin titubeos con otros rapsodos de Homero, Ovidio o el Archipoeta. Son muy pocas las personas que se merecen el don de la palabra, y Alonso demostró ese día que lo tenía. En exceso, por desgracia. Con el tiempo comprendí, por ejemplo, que bajo los efectos del vino torcía su elocuencia vilipendiando con soltura a las damas, que tendía a

cortejar a los filósofos y acababa invariablemente rompiéndoles los dientes a los juglares.

Lo que no sabía era jugar al ajedrez. A los tres movimientos comprobé que era una nulidad. Jugaba como todo un caballero cristiano. Nada me extrañó que se adjudicara sin consultar el ejército de los trebejos blancos y me dejara los prietos. Yo era su mesnada de moros enemiga, sin duda.

El modo natural en que esos señores convertidos en martillo del sarraceno recibieron el ajedrez de manos de su enemigo fue como si se tratara de un juego de guerra. Todo lo entienden desde su mirada bélica. Y se lo tomaron al pie de la letra. Convirtieron las piezas árabes, idealizadas y acordes con la lógica del juego, en armas de batalla. Los roques se fortificaron en torres defensivas. Los caballos devinieron caballeros armados hasta los dientes. Y así todo. Ellos se ponían siempre en la posición del rey que mueve sus tropas para protegerse de los enemigos, algo que suele acabar en derrota cuando las fuerzas andan igualadas.

Yo no tuve ese problema. Las primeras piezas de ajedrez que vi fueron las que hay en San Millán de la Cogolla, en el Arca de San Felices, talladas en ese cristal de roca que admira a quien lo contempla por su brillo, pureza e incorruptibilidad, donación de una marquesa. Cada año que pasa hay alguna pieza menos, porque alguien las vende o las saquea para su propio deleite. Son piezas árabes sin figura reconocible: los mahometanos no son partidarios de representar seres animados.

La belleza de las formas y las cualidades de la materia las convierten en milagroso testimonio de la esperanza de un mundo ordenado y comprensible, de una vida sosegada y armoniosa, de una muerte como un mate: inevitable pero elegante e indolora. El mate al rey es una jugada que no existe. Se trata de una cuestión

de respeto: se puede tomar cualquier pieza salvo el rey, así que cuando el rey está en jaque y no tiene salida, se da un jaque mate, *assah mat* (o *xamat*, como aprendimos a decir): «el rey ha muerto». Quien se encuentra en *xamat* se ve obligado a rendirse y admitir ante el contrario, con cortesía: «Bien jugado, fráter, enhorabuena».

Así aprendí a jugar yo de muy joven con Quiteria, considerando las piezas por las posibles combinaciones y su posición en el tablero, y no por su figura. Y supe lo que las mujeres siempre saben y los hombres ignoramos a menudo: que a veces un peón es más decisivo que dos alfiles. Los caballeros cristianos y matamoros, sin embargo, desdeñan los peones, para ellos son villanos del populacho, destripaterrones que van forzados a la guerra y a los que se puede sacrificar sin un pestañeo.

Y de ese otro modo jugaba Alonso, en términos militares, sin la menor noción de la esencia del diabólico juego, cuyo tablero ni es un campo de batalla ni tiene accidentes geográficos que puedan estudiarse. Y con las mismas piezas para cada uno, treinta y dos en suma, inhumanas: no enferman, no temen, no quieren volver a casa, y ninguna es más valiente que otra.

—Los dados me espeluznan —me dijo—. ¡Gano siempre, una y otra vez! Es un juego despreciable.

En cuanto a las tablas, le gustaban solo a medias, pues según aseguraba perdía más o menos la mitad de las partidas, y el ajedrez le encantaba.

—Nunca he conseguido ganar una de estas malditas batallas —exclamó con los ojos brillantes, mientras arrastraba con parsimonia sus peones a la debacle—. Pero es un juego que me maravilla porque me ayuda a combatir mi falta de seso, que mi madre y mi nodriza comentaban siempre.

Ese juicio me pareció lo más atinado que dijo aquel día.

Cuando el correo del rey se concentraba en un movimiento —y decidir cada uno le tomaba el mismo tiempo que a mí ir al establo a echar una meada y volver—, cantaba una copla en un idioma que ni era latín ni román castellano. ¿Román galaico? Intenté identificar lo que decían sus coplas, pero cantaba entre dientes, sin apenas pronunciar las palabras. Sonaba muy bien, con aquella voz aflautada que confería a las tonadas un encanto vagamente obsceno.

Para pavonearse, me contó que llevaba carta del rey para el deán de Santiago. No me lo preguntó, y por tanto no le conté que yo conocía al destinatario. De nuestros tiempos en el Estudio General de Palencia: Fernando Alfonso, al que llamábamos el Moro, hermanastro del rey...

Puesto que la partida transcurría al adormecedor ritmo impuesto por el correo del rey, pude darle más vueltas en la cabeza a mi carta. Aludiendo a su viaje y a los peligros de que alguien intentara robarle la que él llevaba, el correo Alonso me había comentado que los mensajes del rey suelen ir encriptados, como todo el mundo sabe. Pero en realidad descifrarlos solo requiere tiempo y paciencia, decía.

La única forma de proteger una carta cifrada, le dije yo, es evitar que nadie, salvo la persona a la que va dirigida, piense que está escrita en clave. Eso lo aprendí también en las Navas de Tolosa, de otro correo. Si quien lo intercepta descubre que es circunstancial y sin doblez, el mensaje se vuelve indescifrable por la falta de interés.

Eureka, me dije en el mismo momento de comentar aquello. La carta que yo había recibido, entonces, podía no ser tan estúpida sino estar encriptada, nada más. Y al tiempo que yo encontraba una razón para volver a leerla con otros ojos, el correo real hizo por fin su cuarto movimiento: llevó a la alferza, que algunos llaman alferez, a una casa más próxima a la del rey.

¿Para qué hacer retroceder a la alferza a aquella posición en la que iba a resultar poco menos que imposible darle empleo alguno? Lo supe enseguida también: para que el rey disfrutara de su compañía, como descanso merecido del buen guerrero. Bebí un poco de vino y examiné el tablero. Avancé el peón de la carrera del alfil. Alonso resopló, se arrellanó en el asiento y dio comienzo, canturreando, a sus ociosas aunque prolongadas meditaciones.

El significado de la firma de Pero Luiz que había en la carta encriptada me llegó sin volver a abrirla, como un fogonazo: era un anagrama de Lope Ruiz. Lope, el peregrino inescrutable, con el que el azar me había llevado a compartir el camino de Silos quince años antes, y luego otras veces, siempre en momentos y lugares inesperados.

La lealtad hacia mi amigo fiel se me revolvió en el cuerpo y, con discreción, saqué otra vez la misiva de la faltriquera y me puse a leerla entre jugada y jugada:

Esta es una viña de la que solo da su fruto
una de cada cuatro cepas,
y no al ir en la vendimia por la hilera,
sino al remontar de vuelta.

Eso decía el lema del comienzo, y entendí entonces que solo debía leer una de cada cuatro palabras (la palabra es cepa de la viña en que bebemos) y ordenarlas luego al revés (remontando de vuelta como al cambiar de hilera en la vendimia). Comencé a leer entonces por el último párrafo, que decía así:

Sonríe, pues al fin *me* llama dulce y *ahora* nunca más me *esquiva*,
la mujer que *antes* me huía desdeñosa, *Fortuna* anhelada por casi
todos, harta de tenerme *entre* pañales dormido como
amadísimo vástago disfrazado de *poeta*.

Y escogiendo solo una de cada cuatro palabras y en sentido inverso decía así:

Poeta amadísimo entre todos: Fortuna antes esquivada ahora me sonríe...

La carta, una vez depurada de las palabras que sobraban, contaba sobriamente y en un elegante latín que Lope trabajaba para un vinatero de Santiago al que había convencido hacía unos años de producir vino con una uva que, según los del lugar, no servía ni para dar de comer a los cerdos: la mencia. Todos se reían de él, pero este hombre le creyó, y le ofreció trabajar en sus tierras de la ribera del Sil, donde había aún vástagos de viejas cepas romanas.

Habían tenido ya tres cosechas excelentes y el vino era un éxito entre los peregrinos de todo el mundo. Ahora resultaba necesario conseguir un acuerdo para exportarlo, y Lope mencionaba a unos comerciantes galaicos con los que hizo amistad en Silos. Necesitaba que pusiera a su vinatero en buena relación con ellos, y me invitaba a Santiago para probar el vino.

A mí no me gusta viajar. Mientras quede luz por encima del monte y mis fatigados ojos aguanten, prefiero quedarme en casa leyendo, y en aquel momento llevaba dos años escribiendo un poema en el que iba enhebrando los milagros más conocidos de la Virgen. Quería acabar cuanto antes esos versos, porque había probado alguno de ellos con un par de trovadores, de los pocos buenos que conocía, y habían funcionado. Quería venderle eso a alguien que lo pagara bien, y por tanto había que buscar lejos de San Millán y de su abad dom Juan Sánchez, que era muy capaz de cobrarme por ellos con alguna de sus rebuscadas excusas.

El correo Alonso realizó entonces, con sonrisa taimada, otro movimiento enigmático: se trajo el roque al lado izquierdo de su rey,

con el que sin duda se identificaba. Supongo que para que lo protegieran desde la torre con flechas, espadas y catapultas. Avancé otro peón y me sonrió con desdén.

Todavía no se había enterado de que los peones son el alma del ajedrez.

Al final de la carta (o al principio, ya que estaba leyendo en sentido inverso) Lope explicaba la causa de su cifra: había una bolsa con cincuenta morabetinos de oro que podía recoger visitando a cierto banquero de los que tienen mesa en la plaza de San Millán, dándole mi nombre, pidiéndosela y pronunciando las palabras clave, con una sentencia que él mismo había experimentado en el tiempo que llevábamos sin vernos:

«Al perro que tiene dinero, le dicen "señor perro"».

Era solo el primer pago, según aseguraba, porque quería que, una vez en Santiago, me quedara ayudándolo con los negocios.

Alonso movió sonriendo de nuevo con gesto astuto. Me costaba creerlo, había puesto al otro lado del rey el otro roque.

El rey, embargado por sus dos roques, no podía moverse. Ahí estaba la posibilidad del maravilloso mate de la coz. Quiteria, mi maestra, me lo había hecho dos veces, y a la segunda había aprendido bien la lección. Pero desde entonces nunca nadie me había servido a su rey en bandeja encerrado sin escapatoria posible entre sus propios defensores.

No puedo luchar más con su recuerdo, que viene a visitarme: Quiteria era tabernera también, pero en una posada que se llamaba La Herradura, la última que había antes de Despeñaperros, regentada por un cojo benévolo y consentidor: nos dejaba quedarnos por la noche jugando al ajedrez con un jarro de vino.

No era esbelta, pero sí testaruda y voluptuosa. Sangre de mora también corría por sus venas, además de ser sobrado inteligente y

no menos belicosa. Durante un tiempo fuimos felices. Cuando me hizo el mate de la coz por segunda vez, Quiteria me tumbó en el suelo para cabalgarme a galope tendido dejando atrás el horizonte. Al final, se desplomó sobre mí, acercó la cabeza y me dio un delicado mordisco en el lóbulo de la oreja izquierda. Ella tenía sangre en las rodillas y a mí me dolían las caderas.

—*Habibi* —me dijo al oído—, si hay que condenarse, que sea así, y no por comer cerdo.

Pero eso fue en otra taberna y otro tiempo. En la taberna de postas de San Millán, aquel día, el correo Alonso, ignorante de que la partida había terminado, empezó a canturrear muy ufano unos versos, esta vez pronunciados con claridad en román galaico:

Santa María amar
debemos mucho y rogar.

Puse atención y escuché la historia de un obispo que manda desnudar a una abadesa:

... Y desnudarla mandó
y, pues le vio el seno...

Me quedé estupefacto. Ese sí que era un golpe de fortuna: aquella misma mañana, poco después del amanecer, había empezado a componer en cuaderna vía ese mismo milagro, el de la abadesa preñada, pero en román castellano:

... fue donde a la abadesa, sañudo y airado,
hízole despojar la cogulla sin grado.

Le pregunté a mi rival acorralado de dónde salían sus canciones. Las había aprendido hacía años, decía, en pueblos galaicos como Allariz y Maceda.

—Los cantan allí las damas, aunque mejor lo hacen las que no son damas.

Alonso recordaba letras y melodías de su infancia y estaba recopilándolas, e iba a aprovechar su viaje a Santiago precisamente para eso. Moviéndose en la corte había solicitado y conseguido ir allí como correo del rey, pero en realidad buscaba reencontrarse con su ama de leche, una mujer que se llamaba Garda y que, cuando Alonso era niño, para evitarle el ajetreo viajero de la corte y continuar con su crianza en las tierras familiares de su madre, viajó con él y con un ayo designado por su padre a tierras galaicas.

Como nunca había oído ese nombre, pregunté:

—¿Garza?

—No: Garda —me dijo.

Según me contó Alonso, Garda le cantaba en román galaico, con voz de ángel que se le quedó grabada en el alma, canciones que recogía entre las paisanas sobre los milagros de la Virgen.

Pero cuando volvieron a la corte, por razones que desconocía, Garda entregó al niño a sus padres y se fue su vía. Tiempo después, tras la muerte de su madre, Alonso averiguó más sobre Garda.

—Se había casado con un noble de Santiago, y ya sé dónde localizarlo.

Quería recuperar con ella las cantigas que le cantaba. Y quería preguntarle por qué lo abandonó.

Supe entonces que allí, en aquel tablero, se estaba jugando movimiento a movimiento la partida de mis días venideros. Una carta misteriosa, un buen amigo, una bolsa de dinero, un negocio que no podía fallar y otro contador de historias como yo, capaz de proporcionarme versiones no escuchadas del mismo material en el que andaba enredado y que solo conocía por viejas canciones latinas.

—¿Te sobra un asiento en el carro? —le pregunté al correo.

Me miró sorprendido.

—¿Dejan ahora a los clérigos hacer con su vida lo que quieren de un día para otro? A ver si voy a tener que cambiar de cargo...

—Si es para peregrinar a Santiago en año santo se puede conseguir —respondí guiñándole un ojo—. Y para las misas dejo a cargo a mi pistolero, que está ordenado.

—¿Tu pistolero? —preguntó extrañado.

—Es como llamamos al que ayuda leyendo epístolas.

—¡Ah! Espera, luego hablamos del viaje, vamos a ver antes cómo acaba esto —decidió entonces—. Los astros me dijeron anoche que iba a vencer una partida y no acabo de ver el modo. Quizá he trazado mal los alineamientos y tengo que darme la vuelta y volver a Valladolid...

Ah, bueno: si lo decían los astros, ninguna queja. Se me iba clarificando la catadura peculiar de aquel joven. Y no iba a ser yo el que fastidiara el viaje infligiéndole una dura derrota. Me dejé ganar esa partida que ya había vencido y me quedé, hoy sé que para siempre, sin posibilidad de aplicarle a un rival atónito el mate de la coz, la lección que la sabia Quiteria me había enseñado antes de hacerme suyo.

Lo que también sé, y a ciencia cierta, es que si alguien aquel día me hubiera dicho que ese joven sin mientes no se llamaba Alonso sino Alfonso, que era el infante heredero de la corona en viaje de incógnito y que, por tanto, se iba a convertir dos años después en nuestro rey Alfonso X, al que todos llaman ya el Sandio en su propia corte, yo lo habría tomado por demente y me habría reído a placer en su cara.

SEGUNDO DÍA

Botines de gamuza azul

Desperté abrazado a una cruz de piedra.

Cada vez que me viene esa idea a la cabeza, el recuerdo mismo que quiere evocar se me desmorona en dudas. No creo que durmiera aquella noche. O peor aún, no estoy seguro de haberme despertado nunca del sueño de aquella noche. Tanto da entonces decir que desperté abrazado a una cruz, que tomé tierra, que resucité o que broté de los infiernos. En cuanto a la cruz, solo puedo confirmar que lo era cuando me abracé a ella a medianoche y también al soltarla de día. Pero entre tanto fue un torrente de agua, una serpiente descomunal, una hoguera viva, una pantera con las fauces abiertas y, casi siempre, la yegua de ojos godos de la que estaba huyendo.

«No la sueltes, no la sueltes, no la sueltes», me decía, sin embargo, pensando que, de hacerlo, nunca conseguiría volver del infierno. Y mientras, aquella harpía alada a la que me aferraba irracionalmente me arrastraba a pecados de los que no me atrevería a hablar ni en latín, maldades para las que no se ha concebido penitencia en ninguna frontera remota de la cristiandad, vicios que no he oído mencionar ni como confesor de convento de freilas de clausura.

No fue el canto de los pájaros lo que me sacó de aquella pesadilla, sino una música que parecía brotar de mi interior. Abrí los

ojos, solté el pilar de la cruz y quedé arrodillado ante ella, sin saber ni dónde estaba ni cómo había llegado ahí.

Lo primero que pensé es que me había emborrachado, como cuando de joven, tras largas horas bebiendo con unos amigos, me despisté de ellos y me quedé solo en una taberna, hablando con la tabernera (pobre). Al salir amanecía y desistí de buscarlos para irme a dormir, pero estaba desorientado. Le pedí a un campesino que pasaba con su mula que me indicara el camino al Estudio General.

—¡Pero eso es en Palencia! —dijo.

Me quedé helado.

—¿Y dónde estamos? —le pregunté.

—¡En Valladolid! —respondió, tan asombrado como yo.

Sin embargo, esta vez, sin rastro de juventud en el cuerpo maltrecho, arrodillado en el pedestal de aquel crucero, en el paladar no tenía el sabor del vino, sino otro nuevo y dulzón, como de hojas de higuera masticadas, y la boca seca por completo.

Me puse en pie. El sol se había levantado hacía rato, y a mi alrededor se extendía un prado de verdura codiciosa, entretejido de flores diminutas y adormilado por el murmullo de una fuente. Necesitaba serenarme y refrescar mi espíritu.

La apariencia placentera del lugar incitaba a quitarse la ropilla y tumbarse junto al regato que manaba de la fuente, a la sombra frondosa de unos árboles frutales. Y eso habría hecho de no haber sido porque la melodía que parecía brotar de mi interior comenzó a materializarse en el aire con el sonido de una flauta y, enseguida, el canto de unas mujeres.

Me di la vuelta. A mis espaldas, más allá del prado, se alzaba una pequeña y antigua iglesia rodeada por murallas de hechura reciente, y al fondo, a lo lejos, sobre una colina, el perfil de Santiago. Vi entonces unas freilas que venían al prado cantando desde el recinto

de la iglesia —que no debía de ser sino convento de monjas— y corrí a esconderme tras los frutales, con un temor inexplicable, sin dejar de escuchar su canto, ahora más claro, en delicioso román galaico:

El demonio a engatusar
la fue hasta la empreñar
por un señor boloñés,
hombre que de recaudar
vivía y supo ocultar
sus hechos y sus traspiés.

Reconocí inmediatamente la cantiga de la abadesa preñada, que el correo Alonso había venido silbando de manera obsesiva en su carro. Recobré al tiempo la consciencia de dónde estaba y de la pesadilla que había sufrido desde la llegada a Santiago hasta mi rapto por un demonio en forma de mujer o de yegua, en unas ruinas que se habían desvanecido al amanecer.

Las monjas parecían dispuestas, como yo hacía un instante, a desnudarse y disfrutar de aquel edén a la orilla del regato. Vencí la tentación de quedarme a mirar y hui de mi deseo a hurtadillas entre los árboles frutales y luego a través del robledal que rodeaba el convento. En dirección a la ciudad, crucé un río por un puente de piedra, también de hechura reciente pero al modo godo, con un gran ojo ojival de los tres que tenía.

Demasiado puente me pareció para camino tan angosto y con tantas bifurcaciones. Las sendas que parecían conducir a Santiago desembocaban todas en el mismo cenagal, si es que no se retorcían girando sobre sí hasta tomar el rumbo opuesto, lo que me obligaba a volver mil veces sobre mis pasos y tomar las que parecían alejarse de la ciudad. Entre la niebla o de noche habría sido imposible llegar, y más aún tan confuso como estaba por lo sucedido el día anterior,

sin saber a ciencia cierta si el arcediano Simón había muerto de la manera tan horrible que recordaba o si todo había sido el delirio de una imaginación inflamada. Pero ¿inflamada por qué?

Era imposible que la culpa fuera del vino. Apenas había bebido la víspera. Nada, desde luego, que se saliera de mi ración habitual: por la mañana, los dos tazones de rigor en el desayuno de la posada; durante el viaje, el final de una cántara comprada el día anterior y que llevábamos en el carro, y luego dos jarrillos más de un vino que llaman allí de la Ulla, en la posada de Lavacolla, la última estación del camino francés, donde habíamos parado para refrescarnos como los verdaderos peregrinos antes de entrar en la metrópoli, aunque ni Alonso ni yo tuvimos agallas para meternos en el río, que, haciendo honor a su nombre, ya había lavado demasiadas colas de peregrino esa mañana y bajaba turbio y oloroso en extremo.

Comparado con uno en montura o a pie, el viaje en coche había resultado cómodo, pese a su dureza. Y yo que pensaba que sería imposible alcanzar nuestro destino en aquel mausoleo con ruedas... Más allá de los accesos a San Millán, que el abad se encarga de tener siempre reparados, la vía más directa al camino francés, que sigue el curso del Najerilla, me la imaginaba inaccesible para semejante mamotreto. Pero me equivocaba. El escolta del correo apartaba sin miramientos a cualquier arriero que nos precediera a menor ritmo, disolvía los grupos de caminantes que impedían el paso y ayudaba a salvar los obstáculos o vadear los afluentes del río con evidente profesionalidad. En esto, aquel salvaje se mostraba de una eficiencia perfecta, tan capaz de reparar una rueda hecha añicos como de cortarle la cabeza sin pestañear a un bandido despistado o a un peregrino rebelde, así como de oler la tormenta antes de que se levantara una ligera brisa: expeditivo ante cualquier problema para el que no hubiera que utilizar la cortesía, la diplomacia o, sin

más, el cerebro, que empleaba solo en imaginar atajos, y con bastante éxito. Alonso me explicó que era un golfín germano, uno de los muchos que llegaron como mercenarios a la batalla de las Navas de Tolosa y se quedaron luego en bandas a trabajar como cazadores de cabezas para el mejor postor, cristiano o musulmán.

—Es muy bueno —me dijo— para vencer en las monterías o en la guerra, mejor aún que un bandolero bético.

Y me confesó que lo llevaba lejos de la corte, para colocarlo en Santiago al servicio de alguien sin demasiados escrúpulos.

Pese a todo, no fue un camino de rosas el que hicimos, y en vez de los nueve días que calculaba Alonso, tardamos doce. Tres veces perdimos nuestras buenas horas sacando la carroza del lodazal en que se había atollado y otra nos dejamos la tarde en la reparación de una rueda quebrada en un bache que, si no nos engulló, no fue por falta de capacidad. Todo ello nos hacía robarle al sueño nocturno tiempo que sin embargo recuperábamos en la siguiente jornada, tirados en los muelles asientos de la carroza. En cuanto a los dos días completos de retraso, se nos fueron en la posta de Nájera, al tomar el camino francés, aguardando a que se secara el cenagal impracticable creado por una tormenta de verano.

Por lo demás, la peregrinación había sido cansada pero no del todo aburrida. Alonso llevaba en un cofre un ingenioso ajedrez de travesía, cuyas figuras de madera encajaban por la basa en los escaques del tablero para que se mantuvieran en pie a pesar de los botes que dábamos en el interior. Y como no permitió en modo alguno que le pagara el viaje antes de salir («Paga el rey», me había dicho), le había regalado dos cántaras del vino de casa, con tal de que una la trasegáramos en el viaje (una libra de vino diaria compartida, que es lo que aconsejan los padres de la Iglesia), lo que le dio no poco contento.

—Se está en este vino como en casa —sentenció.

Agotamos la segunda cántara cuando nos quedaba aún un buen tramo para rematar el camino.

Habríamos querido alcanzar la metrópoli el día de la Magdalena, jueves, de mañana, pero llegamos el mismísimo día del apóstol Santiago de aquel año jubilar, en domingo, a seis para las calendas de agosto y con el sol de mediodía. Los dos jarrillos que tomamos en Lavacolla poco antes nos supieron a gloria.

Y eso fue todo lo que bebí en el viaje. Alonso me dejó frente a la catedral, y allí nos despedimos.

Aunque el jubileo era todo un barato —nada menos que trescientos días de exención de purgatorio—, por asistir a la misa mitrada en el día del apóstol y en año santo, Alonso no quiso acompañarme: prefería dejar el correo en el palacio del deán y a los guardias donde el arzobispo, aprovechando que los dos estaban en la ceremonia, y ahorrándose así el protocolo y demás pamplinas.

—¿Una misa ahora? No, gracias, y menos con sermón de arzobispo —me dijo—. A ver a qué hora sales.

Ni se lo imaginaba.

En cuanto a mí, tampoco me iba a servir de mucho el jubileo. Por aquel tiempo ya había perdido la cuenta de los años de purgatorio que llevaba ganados a pulso.

Alonso y yo prometimos vernos y buscar juntos a su nodriza, pero, como si estuviéramos en una aldea, no concertamos día ni lugar. Probablemente, me dije, no volveré a verlo entre tanta gente. Y como aún no sabía que era infante, me daba pena.

Entonces entré en aquel lugar sagrado y comenzó el delirio.

El vino, estaba seguro, no había tenido nada que ver.

Cuando logré por fin orientarme en los intrincados vericuetos de aquel pantanal y entrar en Santiago, estaba agotado. Solo quería encontrarme con Lope, darle un abrazo y echarme a dormir en cualquier rincón para recuperar el cuerpo y el seso.

Jamás debería haber venido a Santiago, me iba diciendo mientras bajaba por la rúa Maior en busca de las señas que me había dado mi amigo Lope, el peregrino impenetrable, en su carta. Me extrañaba que muchos de los romeros que no llegaban descalzos llevaran abarcas o botines desparejos: uno nuevo y otro viejo y deteriorado, lo que solo pude achacar a una de esas manías indumentarias que surgen en los entornos burgueses de las metrópolis por contacto con culturas extranjeras. Y reflexionando sobre aquel misterio caí en la cuenta de que yo mismo llevaba los zapatos hechos una verdadera porquería, con la gamuza embarrada y rota, tras tanto paseo por el barro. En una bocacalle vi colgada una abarca de forja que anunciaba el taller de un zapatero, y fui para allá. Quería saber si mis botines tenían arreglo y comprarme de paso unas abarcas no muy caras, algo difícil en una ciudad plagada de peregrinos, muchos de ellos venidos descalzos para ampliar las indulgencias. Mi amigo Lope nunca se había preocupado por el atuendo de los demás, ni por el suyo, pero no me parecía aceptable presentarme descalzo como un niño o un loco. Y menos después de haber recibido una bolsa con cincuenta morabetines de oro.

El zapatero era un hombre triste. Casi se echa a llorar al verme el calzado, nada más entrar. Y luego otra vez cuando, tras confirmarme que tenía en el taller ante para repararme los zapatos, le pregunté si era piel de gamuza de verdad.

—Gamuza que se han pasado la vida de roca en roca en el Pirineo, con el camino francés recorrido de cabo a rabo —se lamentó

—. Y si no tienen el jubileo es porque ni las quiere confesar el arzobispo ni les da la comunión.

El precio casi me hizo llorar a mí, que tuve que dejar el trabajo pagado, porque decía el paisano que en la metrópoli hay a menudo peregrinos que encargan sus sandalias y, tras jugarse los dineros en la taberna, se vuelven descalzos como llegaron, sin acordarse de su encargo. Compré, además, unas abarcas no baratas aunque de muy buena obra, que me quedaban como guantes a la mano.

Bajé por la rúa Maior buscando el lugar que Lope me había indicado de manera muy precisa, aunque críptica, en su carta: «En la octava en que confluyen las rúas Algaia de Arriba y de Abaixo cuando dan a la rúa das Casas Reais». Y allí no encontré casa ninguna, sino una tasca que se anunciaba como Taberna del Mono Chispo. Tan agotado y confuso andaba que ni siquiera me extrañó que Lope hubiera decidido tomar una taberna como casa, y entré esperando encontrarlo ahí en actitud simultánea de cantinero y cliente asiduo.

Era una taberna galaica del aire de las que había encontrado en las últimas postas en el viaje con el correo Alonso, y aunque esta vez no se trataba de una palloza con un cono de paja de centeno como cubierta, sino de una casa de adobe con tejado de pizarra, por dentro no difería mucho: el hogar en el centro de la estancia diáfana y, sobre él, una chimenea de obra que atravesaba el techo de vigas de madera, abierto también en un costado para dejar paso a una escalera que subía al piso de arriba. No había animales, como en las pallozas del camino, pero sí varios paisanos estabulados, jugándose el jornal a los dados o a la oca —un juego de tabla que causaba mucho vicio a lo largo de todo el camino francés y más aún en Santiago—, y un enjambre de niños que me miraban con el gesto

entre sombrío y aterrado, que se les queda, dicen, por las historias de brujas con que las viejas taberneras los entretienen.

Pero la tabernera no era vieja, sino en edad de merecer, bien lozana y yo diría que hasta robusta, con un rostro de cerámica blanca que se le sonrosaba en los cachetes. Estaba amasando arremangada, con brazos plagados de deliciosas redondeces, volcándose sobre una mesa junto al hogar. Le pregunté si vivía por ahí un tal Lope Ruiz, y al oír el nombre de mi amigo me apuntó a la cara con el rodillo y muy mal gesto:

—*Vivir, vivir? Nin a chegarse se atreve, pois sabe que o estoy agardando, carallo!* —me dijo en un román galaico que le afilaba la ira.

¿Estaba esa mujer celosa de Lope? Me parecía mucho más factible que fuera mi seso, trastornado todavía por los sucesos de la víspera, el que seguía maquinando burlerías. Hice como que tomaba nota de la ausencia de mi amigo y, antes de nada, pedí algo para desayunar y me senté a una de las mesas, desde donde estuve observando a aquella tabernera.

Los clientes la llamaban con un nombre que parecía hecho para ella sola: Lupa. La joven Lupa y el viejo Lope, dos lobos raros que se encuentran y caminan juntos, pensé.

El porrazo del tazón de vino caliente sobre la mesa me sacó de mis ensoñaciones.

—*Quen a deshoras dorme nin madruga nin se levanta!* —me espetó con su vozarrón la tal Lupa.

Fue al beber el primer sorbo de vino caliente cuando, redivivo, afiancé la decisión que ya había tomado. Sobre la marcha concebí con claridad su realización en pasos concretos: saludar a Lope y tomar un vino con él en memoria de los viejos tiempos, pedir una cama y echarme a dormir las horas suficientes para que el cuerpo se

me reparara y el seso encontrara su sino, recoger luego mis botines nuevos y tomar en cualquier posta, finalmente, una montura que me sacara de aquella ciudad. Ya vería yo luego cómo concluía con lo más importante de todo: volver a mi casa, en donde iría a ver al banquero que me había dado aquella bolsa de dinero para que se la devolviera a su dueño por la misma vía por la que la había traído a mí.

El vino y aquella estrategia me resucitaron, devolviéndome la saliva y la esperanza perdidas, y también, poco a poco, el cansancio acumulado. De vez en cuando se abrían las puertas de la taberna y entraba un paisano con su pellejo o un peregrino con su calabaza a reponer vino, que Lupa les servía de una gran pipa. Era un lugar tranquilo, porque, pese a que más de un jugador alzaba la voz tras una mala jugada, Lupa lo llevaba con mano de hierro:

—*Se queres mais viño pregunta, mais non me berres que non son xorda!* —les soltaba.

Antes de enamorarme de una tabernera, cosa que me sucede casi siempre, tengo la precaución de esperar a verla enfadada, por si las moscas. Pero en este caso me pareció que no iba a conseguir verla en otro estado, como si la flema escapara de su entorno al oírla llegar.

Pedí otro cuenco de vino para no dormirme, pero no debió de hacerme mucho efecto.

Me despertó un hormigueo en el brazo. Estaba tirado al borde de un camino, pero en vez de preocuparme por el modo en que había llegado ahí me preocupaba el brazo dormido. Incorporándome, lo levanté y vi con espanto que había perdido las falanges superiores

de los dedos de la mano, y que lo que me quedaba de ella, así como la muñeca y el antebrazo, estaba cubierto de pústulas y manchas.

La lepra.

Lo sabía.

Era solo cuestión de tiempo que el cuerpo alcanzara con su decrepitud la de mi alma. A mi lado había una carraca de las que usan los leprosos para anunciar su paso a los caminantes. La tomé con la mano izquierda, en la que, por fortuna, aún me quedaban tres dedos casi completos, e intenté hacerla sonar. Pero sonaban más los latidos de mi corazón, agolpándose primero, y luego distanciándose, cada vez más fuertes, hasta convertirse en estrépito. Un verdadero estruendo.

El estruendo de la puerta crujiendo ante lo que parecía el embate de un ariete me trasladó bruscamente desde lo más profundo del sueño a la penumbra de una habitación desconocida. Estaba tirado sobre un catre, ya no sabía si despierto a la vigilia o a otra pesadilla peor.

—¡Abre en nombre de la guardia de Santiago! —gritaba alguien fuera.

¿La guardia de Santiago buscándome a mí, que acababa de llegar? Sin duda era una confusión. Pero yo sabía cómo se las gasta la justicia. Si quería marcharme de allí esa misma tarde, lo mejor era escabullirme. Ningún guardia que entra en un cuarto tirando abajo una puerta está dispuesto a escuchar explicaciones, así que no gasté más tiempo en pensar dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. La poca iluminación de la estancia llegaba de las rendijas de un ventanuco. Me levanté y me acerqué a él, descalzo pero vestido, lo abrí y comprobé que me encontraba en un primer piso. Vi mi zurrón en una silla y lo tomé, y, justo cuando la puerta cedía a la última acometida, salté sobre el toldo de un puesto ambulante de fruta.

Eché a correr, entre la fruta que rodaba, hacia el lado que tenía más despejado, sin hacer caso del destrozo del puesto, mientras desde arriba gritaban: «¡A la puerta! ¡A la puerta!», y vi que llegaba a un lugar reconocible, la octava en la que estaba la entrada de la Taberna del Mono Chispo, de donde salía un corchete con una espada corta en la mano.

Se vino de frente a mí para embestirme por la cintura, pero yo me agaché más, casi a ras del suelo, y me levanté cuando lo tenía sobre mi espalda. Salió volando y aterrizó contra otro puesto con renovado estrépito, pero no me quedé a valorar los desperfectos.

Eché a correr descalzo por la rúa Maior subiendo hacia la catedral. Afortunadamente, la calle estaba a esa hora llena de peregrinos. Giré en la primera bocacalle y pasé por delante del taller de zapatos en el que había comprado las abarcas. Se me ocurrió que quizá ese sería un buen escondite. Retrocedí y entré.

El maestro zapatero estaba intentando librarse de varios peregrinos, cuyos pies despedían un olor salado y fétido. Tras de mí entraron tres muchachas risueñas y se taparon las narices con asco y risas. Yo, que seguía descalzo, me hice a un lado, como mirando el género que había dispuesto sobre los estantes: solo un zapato de cada par, para que los peregrinos no robaran dos del mismo juego, lo que explicaba que hubiera tantos con calzado desaparejo.

Las muchachas preguntaron por sus zapatos. Mientras esperaban hablaban entre sí, algo burlonas pero asustándose enseguida de sus propias palabras, de «la abadesa Hilda» y se reían. Tenían, desde luego, aspecto monjil y, pensando que eran novicias en busca de calzado para su ingreso en el convento, me dio pena verlas, tan joviales, antes de despedirse del siglo y apagarse para siempre como velas sin cabo.

Pero el calzado que les entregó luego el zapatero y estuvieron probándose entre gritos de satisfacción no me pareció muy adecuado para la vida contemplativa: una de ellas, la más bella, a la que llamaban Urraca, había elegido unos chapines con plataformas de palmo y medio, y para probárselos tuvo que hacer equilibrios apoyándose en los hombros de las otras dos: si se caía de esa altura no daba yo por ella ni un pepión. Sus compañeras, que tenían los nombres de Constantina y Alejandra —esta última bastante mayor y más resabiada que las otras dos—, habían encargado chinelas de seda con colores capaces de parar en seco una carga de caballería.

Cuando me llegó el turno, todavía se oía el revuelo de los corchetes, llamándose entre ellos e, imaginaba, preguntándose por mí. Le dije al zapatero que venía a por mi encargo, aunque entendía que era muy pronto... Me interrumpió, a punto de echarse a llorar:

—¡Si ya los tienes!

Me pidió que me sentara y se retiró a la trastienda. Lo hice lo más lejos posible de la puerta, de espaldas a ella. Regresó enseguida y me entregó dos extraños botines. Parecidos, debo reconocerlo, a los míos. Pero azules.

—No. Los míos eran de gamuza —le expliqué devolviéndoselos.

—¡Claro! —reconoció con una aflicción profunda.

—Muy bien —dije—. Entonces, ¿no están aún?

—¡Son estos! —se dolía.

—Pero... ¿son azules las gamuzas galaicas?

Entre suspiro y suspiro me explicó que desde hace un año se llevaban teñidas, como en las ciudades galas, y que alguien de mi categoría no podía ir por las rúas de la metrópoli con unos botines a la antigua, porque todos se darían cuenta de que no era más que un pobre campesino venido de no se sabe qué remotos andurriales.

En ese momento Urraca, la muchacha de los chapines con plataformas de corcho, tropezó y se nos vino encima, aunque el zapatero consiguió atraparla antes de que se estrellara contra mí. Me pidió que aguardara y estuvo dándole instrucciones de cómo caminar para mantener el equilibrio. Simulando que él era una muchacha, caminaba con un logrado balanceo de las caderas bajo la atenta mirada de las tres.

Mientras las liaba a las pobres, fingí que también me probaba los zapatos, por no llamar la atención en caso de que los corchetes entraran.

—¿Qué? ¿A que te quedan bien? —me dijo, haciendo un alto en su paseo figurado.

Tuve que reconocer que tenía razón. Eran de primera aquellos botines, y de un azul esplendoroso.

—Pero —añadí— esto no es lo que yo te he pagado, y a muy buen precio. Así que o me das los zapatos que encargué, o me devuelves el dinero. ¡He venido a hacer negocios, no a bailar ante el cabildo!

—¿Te hago unos zapatos mucho mejores que los que llevabas y prefieres que te devuelva el poco dinero que te cobro? —deploró el zapatero.

Fue una negociación larga y tediosa, en la que ninguno cejábamos. Hasta que él, en un exceso teatral, dio un berrido, dirigiéndose a la puerta de su negocio con una lágrima en la mejilla:

—¡A mí la guardia! ¡Me quieren robar en mi propia casa!

Esos gritos me metieron de nuevo el susto en el cuerpo. Si los corchetes los oían, estaba perdido. No me quedó otra que pedirle calma y ceder, aunque la indignación me crecía por dentro, por mucho que los zapatos me quedaran de maravilla. Me los enlacé bien y estuve paseando con ellos por el taller, a la espera de que las

muchachas terminaran de probarse los suyos, para escabullirme entre ellas. Sin embargo, las novicias no parecían tener prisa. Cuando el maestro empezó a ofrecerme unas babuchas naranjas, decidí arriesgarme y salir de allí.

En mal momento.

Al mismo tiempo que yo pisaba la rúa, dos soldados salían del portón de al lado. Nos detuvimos los tres enfrentados. Eran hermanos gemelos idénticos. Sobre la cota de malla con almófar llevaban una ropilla con el símbolo de la pata de oca como emblema.

—¡Préndelo! —ordenó uno a otro.

Eché a correr y giré en la primera esquina, acelerando para perderlos. La cota de malla los hacía más lentos, así que tras un giro más empecé a buscar otro buen escondite.

Y lo encontré de pronto: en una plazoleta había un carro, a un lado, con el cochero dormido en el pescante. Abrí con sigilo la portezuela y me metí dentro. Cerré y me tiré al suelo para que no se me viera desde fuera.

Me había echado sobre algo que se me clavaba en la cintura. Lo saqué. Era un grillete de hierro. Había dos pares bajo el asiento.

Entonces lo vi claro: estaba en el carro de la guardia. Se abrieron al tiempo las dos portezuelas y los dos corchetes gemelos, uno encapuchado con el almófar y el otro con el capucho colgado a la espalda, entraron cada uno por un lado.

Se sorprendieron, pero, sonrientes, me colocaron los grilletes sin darme las gracias y me sentaron entre ellos.

—Al pazo —le gritó al cochero, el que llevaba el almófar puesto.

—Oye, Medardo —dijo de pronto preocupado el del capucho quitado—, ¿y si no es este?

El otro lo miró con hartura de hermano.

—¿Cómo que no, Bernardo? ¿No te dijeron a ti «el que duerme arriba en la Taberna del Mono Chispo»?

—¿Y no te dijeron a ti que era manco? —preguntó respondiendo Bernardo.

—¿No es manco este? —respondió preguntando Medardo.

—¿Y si fuera manco cómo le habrías puesto los grilletes?

Ahí Medardo se quedó atorado. Como teólogos no habrían tenido rival en razonamiento ni entre los maestros de los estudios generales de Bolonia, Oxford o París.

Entonces entendí por qué me habían apresado. Si buscaban a un manco, no podía ser otro que Lope, y si la casa de Lope coincidía en sus señas con la Taberna del Mono Chispo, lo lógico es que él viviera sobre el piso en el que yo había despertado (por segunda vez esa mañana) hacía un rato y desde el que había saltado a la calle.

—Bueno, chicos, todo ha sido un malentendido. Si me quitáis las...

Ni me escuchaban.

—¿Y tú crees que podemos presentarnos allí sin un manco?

—¿Prefieres llegar con las manos vacías?

Nos detuvimos. Los gritos del cochero para que le abrieran lograron pronto su propósito. Bernardo y Medardo seguían discutiendo, echándose la culpa. Bajamos del coche al patio de un palacio enorme.

—¿Qué va a decir el ilustrísimo? —le preguntaba el uno al otro.

—¿Y qué dirías tú si te tardan toda la mañana en traer a un fulano que has pedido urgente?

—¿Quieres que lo solucione en un momento? —propuso Bernardo, el del almófar puesto, abriendo los ojos extremadamente.

Y como el otro no dijo nada, llamó de una voz a los dos guardias que estaban en la escalinata de entrada al palacio. Entre todos me

llevaron a un pozo que había en el centro del patio. Pidió a los guardias que me sujetaran mientras él me quitaba los grilletes. No sabía qué pretendía, pero desde el primer momento decidí relajarme y hacer acopio de fuerzas para saltar contra ellos en cuanto se distrajeran. Al liberarme las manos, me estiró el brazo derecho y lo puso sobre el brocal mientras los demás me tenían agarrado.

—¿Lo sujetas con fuerza?

Entonces lo entendí. Les habían pedido un manco e iban a entregar un manco.

Bernardo sacó la espada.

—¿Y cómo no se te ha ocurrido antes? —le preguntó su hermano.

Había calculado mal mis posibilidades. Todos concentraron sus fuerzas para inmovilizarme. No me podía creer lo que estaba pasando.

—¡Un momento, esperad! —grité—. ¡Sé a quién buscáis y os lo puedo entregar! —añadí.

—¿Le cierras la boca? —pidió Bernardo a su hermano bajando la espada.

Una mano de Medardo me soltó para tapármela, y con todas mis fuerzas saqué el brazo liberado y le lancé un codazo al mentón. Pero no fue bastante. Al poco rato recuperaron el dominio renunciando a que me callara, así que hice lo único que podía: gritar como alma que lleva el diablo, lo que los puso lo suficientemente nerviosos como para tardar en volver a organizarse.

En ese momento se abrió una ventana de la galería del palacio.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó uno asomándose.

Era el arzobispo Juan Arias. Vi el cielo abierto.

—¡Ilustrísimo! —lo llamé, pero estábamos un poco lejos para que me reconociera, después de tantos años—. ¡Gallinato! —añadí—. ¡Soy yo, Gonzalo de Berceo! ¿Os acordáis de mí?

Hubo un tiempo de silencio interminable. Bernardo, con la espada en alto, se había quedado detenido, sin atreverse a dar el tajo.

—¡Gonzalo! —exclamó el arzobispo—. ¿Vos aquí? ¡Dios os envía a mis brazos!

SEGUNDO DÍA (PARTE II)

La cuadrilla de Palencia

Solo un apasionado del arte y la literatura como Gallinato podía encargarse una tabla en vez de un fresco para decorar su gabinete. Estaba pintada en ese estilo godo que tanto se llevaba ya, y, usanzas aparte, era de excelente factura. Pero tenía un aire procax que me turbó, ayudándome no poco a apartar de mi cabeza el terror que me producía aún, tras una noche de pesadilla, haber estado a punto de engrosar el número de mancos en este tiempo de mutilados de guerra, como el propio Lope, a quien, por otra parte, había ido a buscar a Santiago y aún no había conseguido encontrar.

Me acerqué a la pintura para ver con claridad sus figuras y comprobé que no era una cuestión de distancia: veía borroso. ¿Se parecía o no aquel Cristo con pala de jardinero a Juan Arias? ¿Era aquella María Magdalena una mujer de piel oscura? ¿Y cuándo había comenzado a tener yo ese problema de visión?

Intenté apartar de mi pensamiento la idea de estar quedándome ciego y me contenté con contemplar la escena desde un poco más lejos.

No había en ella nada explícito, más allá de que el sudario de Cristo dejara asomar el blanco reluciente de la carne de su torso. Vista con otros ojos diferentes a los míos, aquella pintura pasaría por lo que aparentemente era: un *Noli me tangere* convencional. Una obra que trata, de forma difusa y entre otras cosas, sobre el miedo.

El miedo que nos dan a muchos las mujeres. «No me toques», decía aquel Cristo en espíritu deteniendo con un gesto de la mano a la cortesana María Magdalena, que extendía las suyas hacia él, arrodillada a sus pies, exigiéndole cariño.

Quizá la túnica de ella no disimulaba todo lo necesario la forma esférica de uno de sus pechos. Quizá el tono de su piel, al contrario que el de la de Cristo, no era ese blanco transparente e irreal con que suele representarse la de las mujeres en el arte. Quizá su melena roja, teñida con alheña a la manera mora, le daba un aire exótico que me recordaba a alguien, a otra mujer a la que buscaba en vano en mi pasado. Quizá, efectivamente, el maestro, quienquiera que fuese, había utilizado una inesperada pigmentación tostada que daba a la Magdalena un aire de campesina curtida por el sol. Y quizá por todo eso aquel espíritu recién salido de la tumba estaba a punto de echar a correr huyendo de ella.

—¿Quién es el maestro? —pregunté.

—No es maestro, sino maestra —me contestó Gallinato desde el aposento donde su camarero terminaba de vestirlo.

—Creo que la conozco.

—¿A la maestra? Lo dudo.

—No. A la Magdalena. A la modelo, quiero decir. ¿De qué color tiene los ojos? —le pregunté acercándome a un dedo del cuadro—. Me estoy quedado ciego.

—Ya lo siento, fráter... Ojos azules, de goda. No se ven todos los días, ¿eh?

Un poco avergonzado de la opulencia de su gabinete, tan distinto de nuestras celdas en el Estudio General, Gallinato me aclaró que nada de lo que había ahí era suyo.

—Todo es acumulación de mis antecesores, desde el famoso Gelmírez —comentó casi quejoso—, que construyó este palacio. Lo

único que he añadido yo es esa tabla, que encargué por pura devoción. Me gustaría que me enterraran con ella.

Vestido con los vivos colores de una alfombra a la mahometana y un tapiz de la Virgen María entronizada, el gabinete estaba presidido por una imponente mesa de nogal sobre la que había un tintero de bronce con incrustaciones de plata, una colección de estilos para escribir, una salvadera y algunas resmas de papel de trapo. Frente a ella, una estantería con algunos volúmenes interesantes, colocados de la forma novedosa en que se ven ahora en las casas nobles: encuadernados todos ellos por una misma mano al modo gótico, a media piel, de pie sobre su canto inferior y alineados en el estante mostrando sus lomos, con tejuelos de pergamino en ellos que llevaban el título inscrito, y, en la tapa de todos, en la parte a la que no llegaba la piel, de sobria madera tintada, el mismo emblema de la pata de oca que vi cosido en las ropillas de los corchetes. Había allí un *Beato*, un ejemplar del *Libro del santo apóstol* —probablemente el original—, una *Crónica compostelana* sobre los hechos del obispo Gelmírez y otro libro más pequeño, cuyo título no alcanzaba a leer bien por mi vista borrosa. Me retiré un poco y entonces apareció diáfano: *La taberna de Silos*.

Me dio un vuelco el corazón. No pude resistir la tentación de tomarlo de la estantería y hojearlo. Me costó Dios y ayuda leer el texto, si es que llegué a leerlo y no me lo imaginé y mi fantasía lo dejó grabado en mi recuerdo:

«Se había puesto de pie, pálido, y tan asustado como si le hubiera mordido una víbora y el veneno avanzara ya sin remedio por sus venas, a punto de alcanzar el indefenso corazón. Levantaba la mano y miraba la pieza de carne que descansaba en su cuchara.

»Era un dedo humano, aunque sin uña. Debía de haberse desprendido tras varias horas de cocción en la olla borboteante.»

Lo cerré atónito al reconocer aquella voz como propia, hurtada no sabía de dónde ni por quién, y lo dejé en su sitio justo cuando Juan salía de su cámara vestido de púrpura. Y tras él, su camarero: un joven de luengas barbas cuadradas y un gorrito tocado con una pluma de garza, al que seguí con la mirada mientras abandonaba el gabinete. Entonces me acerqué a Juan y me arrodillé para besarle el anillo, como habría sido mi obligación nada más verlo.

—Pero ¿estáis tonto o qué, Gonzalo? ¡Que sigo siendo yo, coño! Juan Gallinato. ¡Qué fácil os dejáis impresionar por la púrpura!

Me reí. No podía parar de mirarlo. Me encantaba verlo vestido de arzobispo y me impresionaba que, igual que el deán el día anterior, me hablara él a mí de vos, como había sido nuestra costumbre de estudiantes. Nos creíamos el futuro de la Iglesia, y lo éramos. No todos, claro.

—No teníais ninguna ambición y miraos —le recordé—. Habéis llegado muy lejos, Juan.

Al lado de su preparación filosófica y de su sabiduría teológica, yo me sentía un impostor consagrado a los saberes inútiles: la caligrafía, la prosodia y el cuidado de la uva.

—Vos sí que habéis llegado lejos, Gonzalo —me contestó—. Vuestra fama os precede desde que resolvisteis aquellos asesinatos de Silos.

No sabía que esa historia lamentable fuera conocida por nadie, más allá de los que tuvimos la desgracia de vivirla. Dudé si preguntarle por el libro, de dónde lo había sacado, pero enseguida cambió al único tema del día:

—¿Cuándo llegasteis? —me preguntó mientras me invitaba a que tomara asiento frente a él.

—Ayer. Y todavía no he descansado. ¿Qué diablos pasó ayer, Juan?

—Nadie lo sabe —dijo después de tomar aire suficiente para encarar el asunto—. Estamos todos devastados. No puedo dejar de ver la imagen del impacto una y otra vez. No se me va de la cabeza.

—Qué muerte tan espantosa.

—Y no es la primera desgracia que nos sucede. ¿Os acordáis de Adán?

Claro que me acordaba del bello Adán. Ganimedes lo llamábamos por su extraordinaria belleza y su musculatura perfecta, que atraía por igual a hombres y mujeres. Y con pocos rivales en las disputas teológicas: capaz de argumentar con la misma convicción un dogma y su herejía.

—Apareció hace unas semanas desnudo en el atrio de la catedral, y se vació los ojos delante de todo el mundo con un cuchillo para capar gorrinos. Ha perdido el habla, además de la cabeza: solo grita y grita en una lengua que nadie entiende.

Recordé entonces mi encuentro del día anterior con el ciego berreante. Hasta ese momento confiaba en que hubiera sido solo delirio de mi extraña borrachera. ¿Aquel era Adán?

—Dios os ha enviado a mí en el momento más oportuno —continuó Gallinato insistiendo en lo que me había dicho al verme en el patio—. He soñado que encontrabais al culpable que desató a Satanás para lanzarlo sobre el cabildo.

—¿Y por eso les habéis pedido a esos dos dementes que me trajeran a rastras?

No supe decirlo con un tono menos duro. Me pidió mil disculpas y me explicó que le constaba la eficacia de aquellos hombres, pero no llevaban demasiado tiempo a su servicio y aún no se habían adaptado. Les había pedido que trajeran a uno que vivía en donde, al parecer, me habían encontrado a mí, pero no a la fuerza. Juan

Arias buscaba a Lope, entendí, y no a mí, para que empezara a trabajar con el cabildo.

—Parece que ese romero manco entiende de vinos y está enriqueciendo a un bodeguero que nos hace la competencia. Ya veis que ando enredado con negocios mundanos, aunque no fueran esos mis planes. ¡La Iglesia es mundana por esencia, pese a lo que nos pese!

Después volvió a intentar liarme en el asunto del cabildo endemoniado. Le expliqué que estaba de paso en Santiago, que había venido también por asuntos mundanos, pero que mi intención era regresar al monasterio a lo sumo dentro de dos días.

—Siento deciros esto —me disculpé cortando sus nuevos intentos por lo sano—, pero en una jornada he tenido ya suficiente para saber que la metrópoli no es para mí. En cuanto consiga dormir un poco me vuelvo por donde he venido.

—¡Dile que quiero verlo inmediatamente! —se oyó fuera la voz de una mujer, a grito limpio—. ¡Inmediatamente!

Juan se levantó como impulsado por un resorte, empalideciendo.

—¡No puede ahora, Rosalba! —se excusaba la voz del camarero de la barba cuadrada en la puerta—, el señor arzobispo está... Mi ilustre santidad está...

—¡Qué ocurre! ¡Ya voy! —gritó a su vez Gallinato levantándose y saliendo apresurado.

Siguió una ristra de confusos gritos, exabruptos y reproches de la visitante entreverados de excusas y peticiones de calma del plenipotenciario. La patética discusión, en fin, de un matrimonio cualquiera. Quedaba claro que el arzobispo Juan Arias había encontrado su media naranja. Me alegraba, porque todas esas peleas suelen esconder detrás un tiempo de felicidad que muchos

clérigos se pierden, y hasta ese momento creía que Juan era uno de ellos.

No tuve que ser demasiado indiscreto para enterarme de la causa del enfrentamiento. Al parecer el entierro de Simón había dado al traste con la representación teatral de una obra que estaba programada para esa tarde, ante los miembros del cabildo, a cargo de una compañía en la que de algún modo participaba la tal Rosalba, que, enfurecida, reclamaba que se pospusiera el entierro «en favor de los actos para los vivos», a lo que Gallinato respondía que no podía dar diversión al cabildo cuando más desolados se sentían todos.

Tan lejos de la Navidad y la Pascua, imaginaba que se referirían a alguna representación religiosa en torno a la vida del apóstol Santiago, aunque no me encajaba muy bien que fuera una mujer la que organizara aquello. Cuando la tal Rosalba se fue, no sin maldecir y amenazar al pobre Gallinato («Esta no te la perdono. ¡Ya me has visto!»), el arzobispo tardó aún un rato en regresar.

—Os pido disculpas, Gonzalo —dijo al entrar—. A veces es mucho más fácil manejar una metrópoli entera que la propia casa.

—¡Mujeres! —lo secundé, para que viera que todavía había alguien en el mundo dispuesto a bailarle el agua.

Me sentí obligado a decirle también que quería asistir al entierro de Simón. Me caía de agotamiento, y aún me duraba el susto en el cuerpo, pero recordaba a Simón como un fráter valiosísimo. Bien merecía el homenaje.

—Claro. Hoy tenemos capítulo y no lo he querido anular, porque hay que analizar la situación...

Desde que no compartían casa en la canónica y cada uno tenía su propio palacete, me explicó, la convivencia entre los miembros del

cabildo se había vuelto más sencilla y amigable, como en los viejos tiempos. Pero se hallaban bastante menos protegidos.

—Vendrán aquí a almorzar. Y luego es el entierro. E igual entre todos los amigos os convencemos de que nos ayudéis...

La sala de ceremonias era un espacio majestuoso. Grandes columnas de piedra sostenían su techo abovedado. El fresco que lo decoraba representaba pasajes del Génesis, cuyos primorosos colores parecían más vivos a la luz de una gigantesca lámpara de hierro forjado. Varios candelabros colocados estratégicamente iluminaban los tapices que colgaban de las paredes: una crucifixión, una epifanía y una última cena. Al fondo se había levantado una mansión, una de esas tarimas para representaciones teatrales y espectáculos cerrada con ricos cortinajes, que impedía ver el tapiz que debía de haber detrás de ella.

Los miembros del cabildo fueron llegando poco a poco, desolados. Fernando el Moro se fundió conmigo en un abrazo sostenido y me pidió disculpas por las prisas con que me había saludado el día anterior. Estaba atormentado por haberse ido de la catedral justo aquel día. Simón se sentaba a su lado durante la misa, y él mismo lo habría detenido de haber estado allí.

—Qué horrible, Gonzalo, qué horrible —repetía el deán con los ojos anegados en lágrimas.

—Nórbac ohcác ozárba Nu emdád Y íuqa dínev dadna! —gritó Adán al entrar en la sala.

—Os ha oído —me susurró Fernando al oído—. Al perder la vista se agudiza el resto de los sentidos...

Me acerqué a él y le di un abrazo.

—Adán, Ganimedes, amigo mío —le dije—. Ayer no os reconocí en la catedral. Pero Juan me lo ha contado todo. Sé que tras el dolor inmenso que habéis sufrido sois el mismo.

Adán empezó a gimotear.

—Opréuc led saníur sal Ne ríviv etsírt yum se Iuf Euq Ol ed arbmós olós Yos ay on.

—Ea, ea, Adán —lo consoló Juan—: estamos entre amigos. Dejad de llorar, hombre. Sentaos aquí. He pedido que nos preparen cigüeña rellena, que sé que os gusta.

—Asédaba anú Euq onacár Sam Sios yeub odís aréibuh rójem —dijo Adán mientras, dócil, se dejaba conducir hasta su lugar en la mesa.

En mi fuero interno, les agradecía que a pesar de las circunstancias me recibieran con tanta calidez. No es que temiera que se hubieran olvidado de mí, pero después de tanto tiempo pensé que me verían como alguien que no merecía ya los privilegios de la amistad. Al fin y al cabo, era el traidor de la cuadrilla, el único que había claudicado de la misión pastoral que nos unió en Palencia. Lo que ellos no sabían es que yo seguía fiel a nuestra divisa «Renovación en la tradición», al menos, en mis quehaceres poéticos, radicalmente.

Una vez sentado a la mesa, el camarero de Juan, el joven de la barba cuadrata y el tocado con pluma, fue llenando las copas y sirviendo una ensalada de lechuga, repollo, verdolaga, hierbas aromáticas, frutas húmedas y carnes ligeras.

Resultaba evidente que la horrible muerte de Simón era el único acontecimiento del que les interesaba hablar, pero todos ellos se esforzaron al principio por mostrarse hospitalarios e incluso joviales. Se pasó revista a las conquistas de Adán, nos burlamos de la gula de Juan o de las fanfarronadas de Aznaro, el alumno más brillante de

todos nosotros, otro que también había establecido su propio camino.

—Nunca olvidaré la noche en que nos contó que había matado a su padre por impío —dijo sonriendo con admiración el deán Fernando el Moro—. Tenía un sentido de la moralidad envidiable.

No debí de poner buena cara con el recuerdo de las violencias de Aznaro, al que la vida me había enfrentado por entonces ya más de una vez, desde la primera en Silos, quince años atrás, casi siempre con grave peligro de mi vida, porque enseguida cambió de tema para recordar, cómo no, su encuentro en el desierto con aquella mujer desnuda, «la más bella del orbe», a la que había regalado su capa.

—Lo que no os conté —confesó esta vez— es que aquella mujer me engañó. Resultó ser una ramera que se hacía pasar por virtuosa para sacarle los cuartos a anacoretas incautos como yo.

Juan soltó una carcajada resentida, y yo sabía muy bien a qué se debía.

—Las mujeres son por natura engañadoras, fráter: provocadoras de guerras y causantes de celos y traiciones —dijo.

—Las mujeres engendran el mal —aseguró un arcediano cuyo nombre no recordaba.

—Si las mujeres engendran el mal, y la Virgen María era una mujer, ¿entonces la Virgen María engendró el mal? —soltó otro al que tampoco recordaba y era ahora uno de los siete cardenales de los que presume el cabildo de Santiago, aunque mucho menos encumbrados que los de Roma.

—Si Cristo nació de María y María desciende de Eva, entonces Cristo desciende de Adán —aseguró otro, el cardenal mayor y penitenciario de la catedral, un tipo al que sí reconocí y cuyo nombre

he olvidado después, anodino en tiempos del Estudio General, aunque ahora crecido y seguro de sí mismo.

—¿No veis que el silogismo está mal construido, fráter? —le corrigió Fernando—. La conclusión debería ser que Cristo desciende de Eva.

—Sí, fráter, pero si Eva nació de una costilla de Adán, entonces Cristo nació de Adán —insistió el cardenal mayor.

—Otílos Sov ráborpmoc odidop siérbah omoc dádecen airóton Anú se lauc Ol! —farfulló Adán a gritos.

—Si el dolor es un castigo y el parto es doloroso, entonces el parto es un castigo —desvarió otro cardenal.

Rieron. En Palencia nos embarcábamos en disputas como aquellas, solo que lo hacíamos en serio, mientras la bota circulaba de gaznate en gaznate. Lo de menos era el tema en disputa. Lo que nos gustaba de verdad era estar juntos y sentir que el amigo olvidaba su mano en nuestro brazo mientras construía su argumento de autoridad.

—¿Y vos, Gonzalo? ¿No queréis hacer un razonamiento? —me preguntó Gallinato.

Iba a hacerlo, pero el deán Fernando se me anticipó, imitando (sin gracia) mi manera de hablar y burlándose (sin motivo) de unas rimas no del todo acabadas para mi libro sobre los milagros de la Virgen, que había leído una tarde de la última primavera en San Millán a unos monjes, y que sorprendentemente él ya conocía:

—Si María es un prado y los evangelistas son las fuentes, entonces los evangelistas manan de María.

—Así es, fráter —acepté sonriendo.

No sonreía por la burla, sino al constatar que las rimas tenían fuerza, puesto que los monjes a los que se las había leído menos de un año atrás las habían memorizado, las habían transmitido y habían

llegado tan lejos, y con mi nombre auestas. En su momento, sus buenos dineros les sacaría.

—A mí esta costumbre de alabar a las mujeres convirtiéndolas en el centro de la creación me llega ya muy viejo —gruñó Fernando el Moro—. Vuestras rimas siguen siendo deliciosas, pero tienen trazas de herejía. Colocan a la madre de Cristo en un lugar que no le corresponde.

Preferí reírme y dejarlo ahí, seguro de que era el afán por aparentar una normalidad que no existía lo que enrarecía nuestra conversación.

Por fin, en el segundo plato, mientras comíamos con desgana el asado de cigüeña —salvo Adán, que repitió dos veces—, Fernando el Moro alzó la copa y dijo:

—Por el rubio Simón, al que tomábamos el pelo siempre que podíamos, hasta que un día se quedó sin él.

—Por su bondad infinita —añadió Juan mientras bebíamos—. Romeo, sirve más vino —le pidió a su joven camarero de la barba cuadrata.

—Y por que acabe de una vez esta pesadilla que se cierne sobre nosotros —añadió Fernando ya sin ningún entusiasmo, negando con la cabeza mientras le servían.

—Sería más fácil defenderse de los hombres. Al maligno solo puede hacérsele frente con sus mismas armas.

Así que el asunto no se podía dilatar más. El brindis había abierto el capítulo con esas palabras supersticiosas que nunca habría esperado de Juan Arias. A continuación nos informó de que había pedido a «unas señoras amigas» que lo tenían «en buena ley» que prepararan un conjuro para proteger al cabildo, en su conjunto y uno por uno. Y para ello necesitaban un mechón de cabello de cada

miembro y un trozo de ropa que hubieran llevado puesta recientemente, sin lavar.

—Im a omóc esárra so rólod le odnauc sodácep sortséuv Arap orípser siérartnocne olós secéllopilig! —gritó Adán fuera de sí, señalándonos a todos.

Mientras tanto, mis antiguos camaradas, tan racionales en otro tiempo, fueron cortándose los mechones y depositándolos en el mantel, al lado del cubierto.

¿Qué otra cosa sino un maleficio podía conseguir que en tan breve tiempo dos miembros del cabildo que él presidía hubiesen decidido infligirse tanto daño a sí mismos?, continuó Gallinato. ¿Había sido acaso él el único que vio salir de la cripta del santo un demonio que, haciéndose pasar por el apóstol, incitó a Simón a que se inmolará?

—Ahora bien —lo interrumpió su deán, Fernando el Moro—: de nada sirve combatir el maleficio sin averiguar su origen. Y no es tan difícil.

Entonces el deán habló de un sitio en Santiago en el que se practicaba, como todos conocían, la brujería: el convento de las clarisas, si es que se podía llamar clarisas a aquel atajo de brujas endemoniadas. ¿Quién había sido hasta el mismo día anterior el penitenciario de esas clarisas? El arcediano Simón, ¡qué casualidad! ¿Y qué pensaba Simón que había que hacer con ese convento? Lo mismo que Fernando el Moro: las freilas tenían que dejar de vivir extramuros abandonando ese lugar insalubre y venir a la ciudad, donde los monjes jerónimos podrían controlarlas. Pero a eso ellas, claro, siempre se habían opuesto, porque allí hacían sus horribles encantamientos impunemente y vivían a su aire.

—Por más que lo intentó, Simón nunca pudo cerrar un censo completo de esas freilas —afirmó—. ¿Y sabéis por qué? Porque

muchas de ellas no son damas de alcurnia, sino brujas que se untan todas las noches y mujerucas de malvivir.

Me sorprendió la ira que destilaban las palabras de Fernando, a quien siempre había tenido por hombre de medida. Para aplacarlo, su arzobispo le respondió con tacto. Las últimas noticias que él tenía daban a entender que el acuerdo estaba bastante avanzado. La abadesa Hilda —ese era su nombre—, en la que Gallinato dijo tener absoluta confianza, se había comprometido a abandonar aquel pantanal lo antes posible. En cuanto al censo, solo había que hablar con ella y cerrar el acuerdo iniciado por Simón.

—Me consta que las freilas de Hilda están haciendo una maravillosa labor con sus rezos —concluyó el arzobispo—. Se acoge allí a muchas mujeres que quedarían en la calle, a la aventura, convertidas, ahora sí, en juguetes de Satanás que...

—¡Tonterías! —le interrumpió Fernando—. Tienen un pacto con el diablo. ¿Cómo es posible, si no, que en tan solo un año convirtieran las ruinas de una iglesia en semejante monasterio? Decís que hay un acuerdo: ya veremos si es verdad.

Y propuso que si en unos días no había empezado el traslado, se tomara el monasterio, a sangre y fuego si era preciso. Y puesto que el arzobispo no parecía capaz de comandar ese ejército, a él mismo le sobraban dignidad y determinación para hacerlo.

Era evidente que la jerarquía estaba invertida. Por muy bastardo que fuera, un hermano de rey era mucho deán para el buenazo de Gallinato. Por las caras de los demás me di cuenta de que el arzobispo estaba solo allí.

—Yo también he oído que esas mujeres del convento dominan las artes diabólicas —secundó el cardenal mayor a Fernando.

Y a partir de ahí todos se explayaron:

—Tras las paredes del convento se cometen hechos impúdicos que asustarían al mismísimo Belcebú.

—Una de las freilas sale de noche buscando recién nacidos para hacer sacrificios de sangre en honor de Lucifer y mitigar así el sufrimiento que le produjo la pérdida del suyo.

—Óirap so euq erdám al Euq sohcárrob sam siátse.

—Se untan con menstruó y vino los cuerpos y sobrevuelan la ciudad montadas sobre sus telares o sus escobas.

—Y al pasar sobre el claustro de la catedral lanzan en él ratas que han cazado previamente.

Gallinato se volvió hacia mí y me preguntó qué pensaba yo de todo eso.

Pero ¿qué ayuda podía darle yo ante una situación así?

Le dije que según mi experiencia los actos de brujería no suelen esconder nunca maniobras del diablo, sino voluntades humanas e intereses pecuniarios. Y recordé que el *Canon de los obispos* de Regino de Prüm consideraba herejía creer en brujas y en sortilegios.

—Nuestra obligación como pastores —añadí— es evitar que nuestro rebaño acepte esas supercherías.

—¿Me estáis diciendo que no vimos lo que vimos? —protestó Fernando, ahora enfadado ya conmigo.

—Vimos lo que vimos —se impuso por fin Juan—. Pero necesitamos saber más.

Pidió un tiempo de reflexión en el que hablaría con la abadesa Hilda para acelerar el censo y el traslado.

—Ahora, la misa —sentenció cerrando el capítulo—. Tenemos que enterrar a nuestro querido fráter.

El entierro fue solemne. Le otorgaron a Simón una tumba de preferencia en el nuevo claustro construido con esa sabiduría artística que Gallinato sabía convocar. Yo no podía llorar por Simón, tan lejos de mí ahora que tenía su gesto de obediencia expiatoria y brutal grabado en la mente, así que eché de menos el planto, aunque hubiera sido de plañideras alquiladas, algo imposible, claro está, en lugar tan sacro. Y me extrañó que no hubiera ni una sola lágrima en los ojos de los que todavía eran sus compañeros. La edad y la responsabilidad habían hecho mella en sus sentimientos, sin duda.

De vuelta todos en la sala de ceremonias, Gallinato pidió a Romeo que diera paso al resto del cabildo, los clérigos menores. El joven de barba cuadrata se dirigió al fondo de la sala y abrió un enorme portón ricamente labrado por el que fueron entrando como cabestros los miembros de ese inmenso rebaño que es el cabildo: priores, jueces, racioneros mayores, maniapanes, cilleros, tesoreros, porteros, guardas, pincernas, cantores, vihuelistas, ministriles, gaiteros, sacerdotes lenguajeros, capellanes, campaneros, sacristanes, dobleros y demás acólitos.

—¿Hay teatro ahora? —le pregunté al arzobispo al oír movimiento tras las cortinas de la mansión, sorprendido de que hubiera aceptado al final las disparatadas exigencias de su barragana en un día de duelo.

—¡No, no, no! —respondió apurado—. He pedido a Serafín que trajera a los muchachos del coro para unos cantos de réquiem en honor de Simón. ¿Lo habéis visto por algún sitio, a Serafín?

A Serafín lo había visto, pero de manera fugaz, cuando dirigía el coro en la catedral. Y tenía verdaderas ganas de abrazarlo. Le pregunté a Gallinato qué obra había programada y me habló del *Pamphilus*, una comedia que él y yo habíamos representado en

nuestros tiempos del Estudio General. Me habría hecho gracia volver a verla, desde luego.

Mientras contemplaba al ganado capitular entrando en el redil en busca del mejor asiento disponible para acomodarse en él sin contemplaciones, me pregunté cuánta gente tenía que trabajar de sol a sol para sostener aquella ingente maquinaria.

Eso sí que parecía conjuro de brujas o maniobra del demonio.

Cuando todos estaban sentados, hubo un tiempo de zozobra: se veía a Gallinato preguntando a unos y otros por Serafín. ¿Dónde estaba el chanfre, ahora que los coros aguardaban formados en el escenario y los espectadores abarrotaban la sala?

Entró en ese momento cabizbajo el gigante Serafín por la puerta interna de palacio. Tan apocado iba que nadie excepto yo lo vio, y luego el camarero Romeo, que se dirigió a él, le ofreció un vino que Serafín apuró, y otro más enseguida, desaparecido por la misma vía. Llegó entonces a la puerta con los brazos abiertos Gallinato, feliz de encontrarlo por fin. Se dirigieron ambos a un costado del escenario, cuyas cortinas dos sirvientes corrieron con parsimonia dejando al descubierto dos filas de cantores vestidos con garzas túnicas angelicales, la primera, al frente, de niños de ordenadas melenas, la segunda de sonrosados y calvos y bovinos adultos. Tras ellos descendió un decorado celeste surcado de nubes blancas como ovejas. Ante el mismo coro que el día anterior había cantado en la catedral, Serafín se plantó de espaldas, pequeño y encogido como nunca, pese a su tamaño.

En los tiempos del Estudio General de Palencia Serafín había sido, además de un buen amigo, el impulso que necesitaba para acabar de entender mi relación con la música, en concreto con la vihuela.

—Relajaos —me decía en nuestras tardes de ensayo— y dejad de intentar arrancarle el sonido con el arco. Nunca os lo dará.

Me hizo gracia: ¿Serafín trataba de convencerme de que había otra forma de conseguir un sonido exacto que no fuera imponiéndolo yo con mis manos y el arco?

—Es al revés —me explicó—. El arco sirve para transmitirle a la muñeca la melodía que habéis ideado en la cabeza y que las cuerdas os devuelven.

Reí a gusto, pero Serafín no bromeaba:

—Cuando la melodía mueve la muñeca con sus dulces ondas, la muñeca alcanza una flexibilidad que nunca alcanzará si pretendes moverla con la voluntad.

Y su muñeca, entonces, se movía con movimientos centelleantes detrás de una sucesión imposible de notas llegadas de su cabeza, sí, pero, decía, transmitidas por el propio sonido a la cuerda, por la cuerda al arco y por el arco a la muñeca.

—En la dirección inversa no es lo mismo. Y lo único difícil es pensar el sonido. Ejecutarlo es solo escuchar lo que la cuerda canta al reproducirlo, y mover la muñeca consecuentemente, en su persecución. Guiada por el sonido, nunca delante de él.

Sé que estas palabras no se entienden si no se sienten, pero cambiaron mi relación con la música y con mi propio cuerpo. Y ahora estaba allí, ante mí. A punto de dirigir un coro. Me parecía el mejor modo de despedir a Simón. Me emocionaba hasta el silencio que precedía a la música.

Y sin embargo, mi querido amigo se quedó, durante demasiado tiempo, inmóvil y cabizbajo, de espaldas al público.

Me dio mala espina.

Hasta que de pronto alzó ambas manos y la música fue.

¡Día aquel, día de ira,
que hunde el tiempo en la ceniza,
lo ven David y Sibila!

Maravilla de las maravillas.

Pero sin dejar que concluyera el *Dies irae* Serafín bajó los brazos y se dio la vuelta, mirando hacia nosotros, sin vernos, puesto que, excepto las antorchas que iluminaban la escena, las luces se habían apagado. Los niños y hombretones del coro intentaron continuar sin su ayuda, pero poco a poco y de manera desacompasada fueron callando.

Entonces el virtuoso chantre se levantó el faldón de la sotana y mostrándose enhiesto ante la incredulidad de todos, empuñó sus genitales desde la raíz con una mano y con la otra alzó un cuchillo de hoja curva que hasta ese momento había mantenido oculto en la faltriquera.

—¿Te aaarreeepieeentees deee tuuus peeecaaadoos? —empezó a cantar en falsete melismático.

—Sííí, me aaarreeepieeentooo —se respondió a sí mismo.

—Pueees yooo te absueeelvooo de tuuus peeecaaadoos een noombreee deel paaadreee y deeel Hiiijooo y deeel Espíííriituuu Saaantooo.

El chorro de sangre salió a presión y nos salpicó de lleno a los que estábamos en primera fila.

—Neib átse Ay on ortó soid Rop on asap et Euq o odabmuz sátse! —gritó a mi lado el maestrescuela Adán, el primero en reaccionar.

No sé cómo conseguí salir de la parálisis que me había asaltado para subir de un brinco al escenario mientras Serafín, enarbolando victorioso aquel pedazo de carne sangrante, se desplomaba. Con un grito de terror el coro se dispersó por entre los bastidores de los costados, al tiempo que el revuelo se extendía en la sala, con todos tropezando entre sí y clamando por luz.

Me quité la saya y presioné la herida para parar la hemorragia. Entre Gallinato y Fernando el Moro, que habían subido tras de mí,

intentaron incorporarlo para que pudiera respirar mejor. El arzobispo buscó con la mirada a su camarero, que había presenciado toda la escena al pie del escenario.

—¡Corre en busca de Abenmasarra! —le dijo.

Una eternidad después el tal Abenmasarra, un cirujano de edad provecta que vivía cerca del palacio, llegó, pulcro y atildado, detrás de Romeo. La calma de ambos me irritó, pero rápidamente el hombre se hizo cargo de la situación. Abrió su valija, extrajo unas tijeras, aguja, hilo y un pequeño cilindro de metal, además de varios rollos de lienzo y dos redomas que colocó a su lado. Con las tijeras cortó el hábito de Serafín hasta descubrirlo por completo, y untando los lienzos le aplicó el ungüento de una de las redomas, que tenía olor ácido y penetrante. Después cosió los bordes de la herida colocando con habilidad la pieza de metal en la uretra de Serafín. Y a continuación lo vendó.

Como si hubiera hecho yo el trabajo me tumbé exhausto allí mismo.

—Cuando despierte e no pueda soportar dolor —le dijo Abenmasarra al arzobispo, tendiéndole el segundo de los frascos—, pon gotas de opio bajo lengua. Obliga a caminar moocho, e después a dormir moocho. Caminar e dormir. Caminar e dormir. E que no beba líquido. ¡Ninguno! Si no hay infección e consigue orinar, es salvado.

Antes de que se fuera me levanté, impresionado. Hasta ese momento yo solo había conocido a un capón, el monje giróvago Aznaro, y este conocimiento había estado a punto de llevarme a la muerte. Le consulté cuántas veces había realizado una operación como esa.

—Mooochas veces —me dijo.

Se trataba, al parecer, de una técnica abenásí, depurada a lo largo de milenios en la castración de esclavos para los harenes.

—La aprendí de joven a Granada —me confesó—, antes de pasarme a tierra cristiana. Aquí suelo hacerla solo con niños, moocho más delicados. A la edad de Serafín, y con fortaleza, es todo moocho más sencillo.

Y se fue, sin más. Y yo me quedé preguntándome si, como otras costumbres sorprendentes, la castración se había convertido en fiebre dentro de la Iglesia.

La discusión a voces que, mientras yo hablaba con Abenmasarra, mantenían Fernando el Moro y Gallinato me sacó de mis elucubraciones.

—¿Qué más pruebas necesitáis para convencerlos de que son mujeres las que hacen esto? —le gritaba a Gallinato Fernando el Moro—. Las brujas de ese convento han pactado con el diablo para que seduzca a los fráteres y los amanse. ¡Hay que sacarlas de ahí inmediatamente! ¡Hay que dispersarlas! O acabar con ellas de una vez. Cortar el mal de raíz.

—¡Vámonos ya de aquí! —le aconsejó el cardenal mayor al deán tomándolo de un brazo—. Hay que llegar a casa antes de los primeros gallos, cuando las puertas del Alén se abren y comienza el gobierno de los muertos Aquén.

Cuando instalamos a Serafín en una de las habitaciones del arzobispado, saliendo de allí junto a Juan Arias, me sentía sucio, manchado de sangre reseca por todas partes. Solo quería marcharme a la posada de Lope, asearme, tomarme un jarro de vino en compañía de aquel botarate y echarme a dormir.

—Gonzalo, quiero que investiguéis todo esto. Tenemos que acabar con quien esté detrás de este ataque al cabildo así sea el mismísimo Belcebú.

Apenas llevaba una jornada en Santiago y ya había visto morir a un viejo amigo, a otro con la vida arruinada por la ceguera y la estupidez, y a un tercero emasculándose delante de mis narices. Y no solo eso: una harpía me había perseguido a lo largo de una larga pesadilla tan auténtica que todavía me parecía real, y dos soldados locos habían intentado cortarme un brazo. En todo ello pensaba contemplando los adefesios de gamuza azul que habían sustituido en mala hora a los mejores zapatos que había comprado en mi vida.

—Juan, fráter mío, lo siento —le dije—. He llegado al límite. Definitivamente, la vida de la ciudad no es para mí. Mañana salgo para San Millán.

Quería volver a mi celda, a mis uvas y a mis versos. El alejandrino que me había venido a la cabeza en la catedral pedía a gritos una cuaderna vía donde encajarse.

—Os entiendo, no puedo negarlo.

Se sentó agotado, vencido, en la escalinata por la que bajábamos. Ahí me di cuenta de lo viejos que éramos los dos. El tiempo nos había barrido.

—Os entiendo tanto que me iría con vos. ¿Creéis que el abad dom Juan Sánchez me haría un hueco en su monasterio de San Millán? Puedo empezar como barbas, limpiando el establo.

Había abandonado a mis amigos mucho tiempo antes, a este Gallinato abatido más que a ninguno. ¿Iba a volver a hacerlo?

—Levantaos, fráter, que me da dolor de corazón veros así. Me quedo una semana, pero ni un día más. Y si en ese tiempo...

—Pedidme lo que queráis —exclamó recuperando el ánimo y levantándose—. Pongo a vuestro servicio mi palacio y mis hombres, ya conocéis la eficacia de Bernardo y Medardo.

Antes de cerrar el trato puse dos condiciones. Solo dos, pero fundamentales, le dije. La primera, absoluta libertad para moverme, sin someterme a ningún tipo de obligación o disciplina, y con cédula expedida en ese mismo momento para asegurarme la posibilidad de meter las narices donde me viniera en gana sin tener que rendir cuentas a nadie.

—Pensadlo, Juan. Voy a husmear en la vida de quien me interese independientemente de su posición: freila, arzobispo, deán o barragana.

—¿Y la segunda?

—Que alejéis a esos dos tarugos de mí. Pienso mejor solo. Pero, sobre todo, que los alejéis de mi amigo Lope.

No sabía quién era Lope, y le di las señas que lo identificaron: el manco al que había encargado buscar y con el que sus competentes guardias me habían confundido a mí.

—Vale, pero deberíais decirle a ese mendigo disfrazado de burgués que venga a trabajar conmigo o se busque mejores compañías. Ha soliviantado a Fernando el Moro. Y no solo: los bodegueros de Compostela, muy preocupados, han pedido al cabildo que intervenga.

Me quedé sin saber qué decirle. No podía confesarle que yo mismo estaba ahí para participar en ese negocio. Y ya me imaginaba que el bodeguero más importante de Compostela sería el propio cabildo. Lope se estaba enfrentando a la Iglesia en una cuestión de competencia de vinos, con los peligros que conlleva algo así. Casi me alegré de que el frugal Fernando el Moro fuera la persona que

había chocado con él, porque podía mediar a partir de mi doble amistad. Pero ante Gallinato me hice el inocente:

—¿Un arzobispo interviniendo en una disputa de vinos?

—¡Y de pescados, Gonzalo! Esta misma mañana el deán Fernando ha cerrado todas las disposiciones sobre la compra y venta de pescado en la ciudad. Nuestra labor como cabildo es conseguir que los intereses cruzados, incluidos los de la Iglesia, no perturben la paz de la metrópoli, aunque estas tareas tan poco espirituales nos lleven mucho más tiempo del que queríamos.

Había problemas, me dijo, que no iba a contarme ahora, pero que podían llegar a ser terribles: desde monasterios dúplices que se daban a la fornicación como vía de acercamiento a Cristo hasta enfrentamientos por ventas de ganado entre obispados que estaban bajo su jurisdicción, como el de Salamanca y el de León.

—Para vivir en paz con Dios basta la oración, pero los hombres necesitan leyes —se lamentó.

Le dije que hablaría con Lope. Y tenía verdaderas ganas de salir de ahí para ir a buscarlo de inmediato.

—Pero ahora lo que necesito es descansar un poco —mentí.

Gallinato quería que me alojara en su palacio, a lo que también me negué como parte de la libertad de acción exigida. Finalmente convinimos en que me instalaría en la canónica, al otro extremo del complejo catedralicio. El enorme caserón adyacente al claustro estaba vacío desde que cada miembro del cabildo había tomado posesión de su propio palacio, aunque aún se mantenía el servicio como lugar de recepción de prelados invitados a la ciudad y peregrinos de alto nivel.

Mientras Gallinato iba a firmarme la cédula y a buscar a su camarero Romeo a las cocinas para que me acompañara a la canónica, decidí comenzar la investigación en ese mismo instante y

volví a la sala de ceremonias. Allí, sobre la mesita de entrada, estaba el vaso que le había ofrecido Romeo a Serafín a su llegada. Todavía tenía restos de vino. Lo envolví con uno de los lienzos que había dejado por allí Abenmasarra y, junto al resto de los lienzos y tres o cuatro ampollas vacías olvidadas por el cirujano, me lo eché al zurrón.

Más supersticioso y acobardado de lo que nunca hubiera imaginado, el arzobispo Juan Arias no permitió que saliera a la calle para dirigirme a la canónica porque —decía, de acuerdo con lo oído antes a unos de sus cardenales— a partir de los primeros gallos las puertas que separaban lo que llamaban allí el Alén y el Aquén se abrían y las almas en pena circulaban por la ciudad en desbandada.

No reconocía a mi amigo Gallinato, pero tampoco quería discutir. Eso sí: tanta insistencia en que no saliera a la calle de Santiago de noche empezaba a hacer mella en mí. Se me estaba pasando el agotamiento, de ganas que tenía de buscar una taberna, por ejemplo la de Lupa, y tomarme un buen vino, por ejemplo el de Lope.

Siguiendo la pluma de Romeo por una larga galería que arrancaba en el descansillo de la escalinata del primer piso, llegué a una puerta de hierro junto a la cual había colgada un hacha de cera que Romeo tomó y encendió con el candil que llevaba. Descorrió los cerrojos de la puerta y nos adentramos por otra galería menor que daba a una balaustrada, sobre el piso de la nave norte de la catedral. Y desde allí descendimos para atravesar la catedral y el claustro nuevo, en donde reposaba ya mi querido Simón, y adentrarnos, nada más salir de él, en el jardín trasero de la canónica.

Allí estábamos. El edificio era frío y húmedo, y yo lo bastante viejo para descartar la lectura a la luz de una vela, pero no tanto como para quedarme encerrado en aquel caserón por cuyos pasillos corría el viento batiendo puertas y ventanas que crujían con quejidos funerales, y cuyas paredes rezumaban una humedad como la que rebosa de un féretro mal cerrado.

Sin embargo, cuando le dije al portero que quería dar un paseo, me aseguró que en la calle correría mucho más peligro.

—En cualquier sitio somos vecinos del infierno —me explicó—, pero al comienzo del día, o como dicen otros a la medianoche, la linde se borra bajo nuestros pies al salir de casa, y si nos distraemos, un paso de más o de menos nos coloca al otro lado... ¡para siempre!

Cabeceó sin darse por vencido cuando le aseguré que llevaría cuidado, y consideró oportuno ofrecirme una antología de los peligros que podía correr.

Se hablaba de vecinos difuntos que vagaban con uñas de ave de presa y arrastraban a los vivos. Sabía a ciencia cierta que en la trasera de las iglesias las lechuzas volaban en círculos mientras, a pie, merodeaban criaturas de pesadilla con cabeza de lamprea, cuerpo de jabalí y cola de langosta. Tenía oído que a decenas de vírgenes sin mácula les brotaba leche agria de los pechos, por lo que, enloquecidas, corrían por los tejados salpicando con ella a los incautos paseantes. Y no se volvía a saber nunca de ellos...

Lo dejé allí enumerando aún sus peores sueños. Las calles, en verdad, estaban vacías, y en las ventanas no se veía luz alguna, pese a lo cual me dirigí a la Taberna del Mono Chispo. ¿Sería verdad que, en una gran ciudad de un gran reino cristiano como aquella, cerraban las tabernas a medianoche, en tanto que en cualquier villorrio podía uno pasarla entera cantando y bebiendo?

No me equivocaba. Desde lejos se veía el resplandor de la hoguera de la taberna de Lupa, y hasta me pareció oler el guiso del puchero colgado sobre las llamas. Cuando abrí la puerta, me saludó el estruendo de las risas. Al fondo vi, por fin, la desgarrada silueta de Lope.

Pese a los cambios acumulados, lo reconocí a primera vista, como siempre, con la misma sencillez con que nos reconocemos a nosotros mismos por las mañanas. Él me localizó a su vez al volverse al ruido de la puerta mal engrasada. Entonces vino a mí, dejó la jarra de vino que traía sobre una mesa y nos fundimos en uno de sus cariñosos abrazos mancos.

¿Cambiamos a lo largo de la vida? Sí, pero mantiene nuestra unidad el mismo hilo que la construye: el de la memoria. Sabemos que lo que nos pasó en otras vidas nos ha pasado a nosotros porque lo recordamos. Aunque ya no soy el soldado de las Navas de Tolosa, aquella batalla le ocurrió sin duda al otro que soy ahora. No soy tampoco, como es sabido, el muchacho al que quebró la ilusión Leonor de Andrade, aquella verdadera serpiente con apariencia de paloma. No soy ya, lamentablemente, el amante de Elo, la tabernera de Silos, pese a que no he olvidado ni su tacto ni su olor ni su voz. Como tampoco he olvidado a Quiteria, por la que siento la misma atención dulce y perdurable del primer día cuando se me aparece en sueños tal y como suele representarse a la santa de su nombre: llevando su propia cabeza sujeta en las manos (o a veces en una triste bandeja).

He sido muchos, demasiados, y entre tantos nunca he sido el hombre cuyo regreso de Silos Teresa aguardó. Se cansó de esperarme, aquella mujer de cuerpo acogedor y caudaloso, y yo no la he olvidado. Si no recordáramos los que fuimos, desapareceríamos convertidos en nadie, convertidos en nada, en un

punto en el infinito sin pasado ni presente, en una estrella fugaz tan somnolienta que no recuerda de dónde viene ni adónde quiere llegar.

Además del vino a mano, había algo inmutable que hacía muy reconocible a Lope: siempre parecía disfrazado. Desentonaba vestido de romero entre los monjes de Silos tanto como ataviado de sarraceno entre los moros de al-Ándalus. Ahora, entre los peregrinos de Santiago, llevaba llamativas ropillas de burgués, a la nueva manera gótica, con colores estridentes. Desde unos botines de gamuza azul parecidos a los míos hasta unas calzas desparejas ciñéndole las esqueléticas piernas bajo la saya verde: una con listas verticales blancas y negras y la otra de un naranja algo gastado. Tenía el aspecto desubicado de quien se mete en fiesta ajena, pero con ese gesto satisfecho, casi retador, del que sabe que nadie va a darse cuenta jamás de que se ha colado.

Tras su intenso abrazo demediado (quién sabe dónde estaría la otra mitad), me preguntó en su jerga sin procedencia ni destino, una particular versión del latino ajamiya de moro tornadizo:

—Tú supliciado, amigo?, quasi morente? Tú damnado so il potere di Pilato?

Como no entendía a santo de qué me decía eso, me lo quiso explicar:

—Lupa mi confidenció eras prosecuto de la militia...

—Fue un malentendido —expliqué sin aclararlo.

—E óculos tuyos spiritados? Tienes niente más di la pupila, sin lo iris. Óculos di spanto!

Aquello me tranquilizó, sin embargo. Si se me habían dilatado tanto las pupilas, no me estaba quedando ciego, al menos no todavía, y la sequedad que aún sentía en la boca tenía su causa. Le

dije que me temía que algo no muy sano habría tomado para tener así los ojos.

—Si cura di vino! —garantizó, y fue a pedirme una jarra.

Cuando regresó con ella, lo acompañaba un hombre al que me presentó como Facundo, el dueño de la taberna. Expresé mi aprecio por el lugar.

—Toda la cuadra es mía —dijo Facundo como incomodado por la inmodestia—. Se la compré por cuatro blancas al arzobispo anterior, Bernardo.

Al parecer de Facundo, Bernardo no era como Gallinato: tenía vicios abultados y siempre necesitaba dineros.

—Que te presto esto, que no me lo devuelves y me debes más, que te llevo este vino, que me olvido de cobrarte y te pido todo junto... —enumeraba—: al final una ganga. Ahora el cabildo la quiere recuperar, y dicen para convencerme de vendérsela que he levantado mi casa sobre una de las puertas del infierno. ¡Pero me llamo andana!

—Non si sape cuánto pórtico será de Inferno —dudó Lope—. Yo vi mapa greco di un centio!

Para mi asombro, los dos sugirieron que el cabildo tenía amedrentados a los burgueses, a los comerciantes y hasta a los nobles del lugar.

—Quien mal anda... —aseveraba Facundo, recordando a mis amigos Simón, el arcediano muerto de botafumeirazo, y al maestrescuela Adán.

Había testigos que habían visto a Adán por la calle clamando ayuda porque oía voces del más allá, y eso el mismo día en que se sacó los ojos ante el altar de la catedral.

—Los más ninios si quedaron sin abrazo suio carinioso, pobriños —lamentó Lope.

Lope hacía progresos admirables. En poco tiempo había conseguido añadir el galaico a su populoso galimatías deslenguado.

Pero ¿abrazos a niños del virtuoso y bello Adán? No. Lope sin duda se había dejado llevar por la maledicencia ciudadana, que siempre se ceba —y muchas veces con razón, todo hay que decirlo— con los clérigos, poniendo en duda sus virtudes. Pero yo conocía bien al hombre de mucho antes de su desgracia, y nada de eso encajaba con su bondad.

De cualquier modo, no dejé pasar aquellos comentarios. La investigación no había hecho más que comenzar, y ya tenía ahí posibles móviles contra miembros del cabildo.

En esto, alzó la voz uno que estaba jugando a las tablas:

—¡Deja esa ficha donde la habías puesto! —vociferó con garganta aguardentosa.

—De eso nada —protestaba calmado su rival—. Estoy pensando. Y mientras no suelte la pieza con los dedos, aunque la ponga en el tablero, puesto que aún la tengo agarrada, la jugada está incompleta y puedo rectificar y llevarla donde más me plazca.

Creí reconocer aquella voz de apariencia meliflua pero de fondo imperativo y áspero. Lope y yo nos acercamos. Jugaban a las tablas, donde entran en liza tanto seso como ventura.

—Aquí a los que retroceden los atravesamos con un espetón y los ponemos a tostar en el hogar —avisó el rufián.

—Pues haberme dado el pliego de reglas. Yo sigo las de la corte, que es donde más sabiamente se juega.

Como suponía, el que había cambiado de opinión a medio movimiento no era otro que Alonso, el correo real. Se trataba del no muy conocido juego de los doce canes o doce hermanos, donde el tablero se halla dividido en cuadrantes con seis piezas redondas, unas blancas y otras prietas, o negras, como se las empezaba ya a

llamar, en las seis casas de cada cuadrante. Mirando el tablero deduje que daba igual dónde colocara Alonso su pieza: tenía la partida perdida. Pero aquello poco importaba. Su adversario era un jayán facineroso, sin duda diestro en el uso del cuchillo, y al que ya rodeaban otros tres como él. Alonso, con indolencia, seguía pendiente del tablero y sin dar atisbo de preocupación.

—Todo esto ya lo sabía por las estrellas: he profectado mi ascendente esta mañana en la casa novena en Ares y quedaba claro —dijo.

Como si hubieran recibido una señal secreta, los rufianes se echaron al tiempo la mano a la ropa. Iba a interponerme entre Alonso y el más cercano a mí cuando el correo real, que parecía distraído, nos sorprendió a todos. Con violencia volcó la mesa con el tablero sobre su adversario, que cayó al suelo, y de una patada derribó al tiempo al que tenía a sus espaldas.

Resulta que a lo mejor sí conocía el mate de la cox.

Un ictus de diestra ejecutado con las piernas flexionadas y de arriba abajo tumbó al segundo de los tres, todavía demasiado atónito para defenderse: fue un ataque ridículo pero eficaz, tengo que reconocer como púgil que fui. Y de un codazo en el estómago dobló al último contrincante justo antes de que consiguiera sacar su arma.

De nuevo en aquella ridícula posición agachada, y puños en alto, el correo Alonso se volvió hacia mí. Levanté las manos en señal de rendición, momento en que me reconoció y sonrió. Pero dejó de hacerlo en cuanto apareció la tabernera Lupa.

—*Xa estás recollendo todo. E págasme a mesa!* —le exigió con muy mal gesto.

—Señora —respondió él poniéndose de rodillas a sus pies—, de mi dolor sabéis que vuestro honor persigo, y en mi dolor tenéis el

vuestro siempre amigo.

Fue el último golpe de su pelea, que venció al más peligroso enemigo de todos. Para mi asombro y el de Lope, Lupa quedó ante él boquiabierta, sin un ápice de ira, como si entre dos amercillos la hubieran transportado a un palacio. Al tiempo llegó Facundo, que a su vez pidió disculpas al correo real por el carácter de su hija, y nos invitó a beber con ellos, mientras las gentes del bronce se escabullían sin hacerse notar, renqueantes y doloridas.

Y vaya si bebimos. Bebimos hasta que solo quedábamos Lope y yo en la taberna, y entonces seguimos bebiendo. A punto estuve más de una vez, entre recuerdo y recuerdo convocado de nuestras anteriores vidas, de informarle de que el arzobispo lo buscaba para ponerlo bajo su ala protectora, pero el desprecio que había manifestado por el cabildo me decidió a no meterme en donde no me llamaban.

Hasta que a Lope se le cayó la cabeza sobre la mesa y de inmediato ya roncaba.

Ahí fue cuando comprobé que entre él y Lupa había más intimidades de las que cabe esperar entre un vulgar cliente y su tabernera. Aquello se parecía más a la relación entre el aventajado aprendiz y la hija del maestro bodeguero, por más que Lope no estuviera ya en edad de juegos así. Al verlo rendido, Lupa se lo echó al hombro como si fuera un saco de trigo en grano, para subirlo a la habitación de arriba entre lamentos, amenazas, cariños y dicterios galaicos. Como aquellas mujeres montaraces de antaño que lo mismo se enfrentaban a una vaca furiosa a la que han separado de su ternero que a un evangelizador empecinado, así fuera el mismísimo apóstol Santiago. Como si, en fin, descendiera de la legendaria reina Lupa.

TERCER DÍA

El canto de los capones

No había amanecido, pero, desamparado ya por el sueño, pese al cansancio que arrastraba o quizá precisamente a causa de él, no me quedó otra que levantarme. La habitación estaba en penumbra. Mi cuarto era grande y espacioso, de una sobriedad más palaciega que conventual. Soy de lento despertar y, con la gran resaca y sin haberme desayunado, me resultaba imposible recordar cómo había llegado hasta allí.

El camastro del que acababa de levantarme era corto y estrecho pero mullido, y estaba envuelto en holandas y cubierto por un dosel del que caían unos cortinajes de terciopelo cárdeno más ligeros que majestuosos, pero con cenefas de oro.

Utilicé el gran orinal que había a los pies de mi cama, me lavé en la palangana tras llenarla con el aguamanil y me vestí.

Como me había despertado demasiado temprano, me senté en el escritorio, saqué de mi zurrón, además de los útiles de escribir que siempre me acompañan, unas copias de juegos departidos, una invención reciente a la que había tomado gran afición. Eran por entonces y son aún difíciles de conseguir y nada baratos, y me los administraba con cuentagotas, como se hace con los más selectos perfumes o con el láudano. Solo disponía de los cuatro que caben en medio pliego.

Sentado a la mesa, con la vela encendida, no me sentí capaz de escribir. O quizá deba admitir que cedí a la tentación de regalarme un enigma de ajedrez, uno de los cuatro juegos de que disponía. Los enigmas de ajedrez consisten en ilustraciones de tableros con las piezas dibujadas en una posición obtenida de alguna partida memorable o, a veces, me parece, finamente inventada, con indicación del objetivo. Por ejemplo, al pie del que iba a ocuparme: «Blancos dan mate en tres veces, o en menos si los prietos no lo supieren alongar». Algunos de estos juegos departidos son muy difíciles, con un *xamat* en quince movimientos; otros, como aquel, más asequibles. Me concentré en el tablero dibujado.

La solución más evidente casi nunca es la correcta, eso es lo que se aprende con los juegos departidos.

Pensaba ya en una combinación de piezas cuando tocaron a la puerta. Abrí sin preguntar. Si se trataba de alguien peligroso, no creía que fuera a identificarse como tal. Era un joven de aspecto rústico, con pelo pajizo y granos en el rostro sonrosado.

—Soy tu camarero —dijo, como si pidiera disculpas.

Traía una bandeja. Aparté mis cosas y le indiqué que lo dejara en la mesa.

Eché un vistazo al aposento y se dirigió al pie de la cama, de donde recogió mi bacinilla con elegante naturalidad y el debido respeto. Cuando me preguntó si necesitaba algo, le pedí un favor: que me buscara un saco de arpillera de un quintal y lo llenara de hojarasca y hierba seca del huerto, pero poniendo primero un palmo de arena en el fondo. Y que después lo subiera a aquella habitación y lo colgara de una argolla en una de las vigas, de modo que su centro quedara a la altura de mis hombros, más o menos.

Escuchó con atención mis instrucciones, y luego se quedó mirándome con cara alelada. Hasta que al fin reaccionó:

—Es para espantar a las almas en pena —dedujo.

—Chico listo —lo animé.

Llevaba como poco un año sin mover el cuerpo con alegría. Ya era hora de retomar las peleas con el saco de ejercitación. El solo cambio de actitud me animó. La noche anterior lo había rumiado: si hubiera sido necesaria mi ayuda en la pelea, el correo Alonso habría tenido como tarea añadida protegerme a mí.

En la bandeja había un cuenco de guiso con judías, verduras y algo de cerdo, un pan de más que razonable tamaño y un tazón con un cuartillo de vino caliente. El calor en el estómago puso en marcha mis entendederas.

Solo entonces me permití meditar sobre mi nueva condición de investigador del arzobispo en la catedral. Tenía que resolver un problema complejo. Jugar una larga partida de ajedrez en el tablero de la ciudad de Compostela. Y debía meterme algo en la cabeza: en las partidas complejas la solución más evidente siempre se convierte en el refugio de los perdedores.

Cuando salí a la calle, sentí un relente helador en la oscuridad. Aún no había amanecido y no había ni un alma en la plaza ni me crucé con nadie en mi recorrido. De haber vislumbrado una silueta al doblar una esquina, habría sentido miedo.

Rodeé la catedral completa para hacerme a la idea del entorno a la espera de que la abrieran, y una vez allí decidí empezar por el botafumeiro, que quería examinar con cuidado. No encontré, claro está, ninguna colaboración hasta que enarbolé la cédula arzobispal.

Visto de cerca, el sahumero resultaba descomunal, como un planeta misterioso e inmóvil derribado sobre el suelo de piedra. Si

había tenido manchas de sangre ya estaban borradas, pero conservaba una abolladura que parecía el vaciado fiel del cráneo del desdichado arcediano Simón. Dentro la limpieza no había sido tan escrupulosa y aún quedaban rescoldos del día anterior. Recogí en uno de los lienzos de Abenmasarra muestras frías de aquellos tizones grasientos.

Quise charlar con los tiraboleiros, por si habían notado a alguien acercarse al brasero antes de la ceremonia. El mismo sacerdote que me los trajo los acusó de no haberse apiadado del pobre arcediano impidiendo que lo alcanzara, pero eso solo denotaba su ignorancia, pues ¿cómo cambiar la trayectoria en caída de un trasto de ese peso a tal velocidad?

—Semejante maniobra —explicó el tiraboleiro mayor— solo el mismo apóstol podría haberla hecho.

Nada habían notado anómalo ese día, excepto que al prender el sahumerio, dijo uno de ellos, una llamarada lo cubrió, algo que había quizá ocurrido por la no muy buena calidad de las resinas, en las que cada vez se invertía menos dinero.

Entonces pedí ver a la dama que tan primorosamente tocaba el órgano, no porque pensara que fuera a darme ninguna opinión concluyente sobre lo sucedido, sino porque su música y su misteriosa figura me habían despertado una enorme curiosidad y ardía en deseos de verle el rostro. Pero me dijeron que nadie por allí la conocía, excepto el arzobispo Juan Arias, y que por tanto con él debía hablar.

Aquello desató más aún mi curiosidad.

Seguí hablando, algo fastidiado, con otros auxiliares del cabildo: porteros, guardas, pincernas, músicos, campaneros y ministriles, y lo cierto es que escuché tantas versiones del suceso como entrevistados. Eran varios, sin embargo, los que como yo habían

visto salir al apóstol de su tumba para hablar con el desventurado Simón antes de su muerte.

De lo más increíble había pocas dudas.

Cuando pedí por fin que me abrieran la cripta para ver la tumba del apóstol, se negaron en redondo.

—Eso ni con el sello del abad —afirmaban.

La cripta guarda al parecer, desde hace tiempo, los que todo el mundo considera verdaderos restos del apóstol, y la urna que hay en el altar mayor está más vacía que la cabeza de quienes se creen todas esas historias sacablancas para fieles y beatas. Todo el mundo en la ciudad recuerda como si lo hubiera vivido el saqueo del templo, hace ya un par de cientos de años, por parte de Almanzor en una de sus fulgurantes razias contra los reinos cristianos, en la que a punto estuvieron aquellos infieles de destruir la santa osamenta.

Mi amenaza de marcharme y volver con el mismísimo arzobispo para que les gritara la orden en persona les hizo recordar que el tesorero tenía llaves. Fueron a buscarlo a su casa, que no estaba lejos, según me decían. Una vez a solas, meditando sobre qué puede llevar a varios testigos a tener la misma experiencia sobrenatural, me apoyé descuidadamente en la reja y se abrió sin más.

Descendí una empinada escalera que llevaba a la cripta. Una inscripción daba la bienvenida al visitante en latín:

CONSAGRADA A LOS DIOSES MANES.

ATIA MOETA EN TESTAMENTO

ESTE EPITAFIO DISPUSO PARA EL SUEÑO ETERNO

DE VIRIA MOETA,

NIETA BUENÍSIMA DE AÑOS DIECISÉIS,

Y SU PROPIO ENTIERRO PROVEYENDO.

Así que se trataba de la tumba de una patricia romana y su querida nieta, nada menos. Se veía que la elección de aquel lugar sagrado como sepulcro del «fráter de Cristo» se había hecho con prisa, algo que no me pareció acorde a los modos habituales del trabajo eclesiástico, que buscan la eternidad. Lo normal habría sido localizar un templo sagrado, no la primera tumba disponible, pagana para más señas.

Pero eso es lo que encontré: una cámara con el sepulcro familiar romano de piedra, en bastante mal estado, y luego un pasillo por el que se llegaba a otra más pequeña pero más cuidada, que calculé que se hallaría bajo el altar mayor. Ahí habían fabricado un ciborio de madera cubriendo una gran urna de piedra: la supuesta tumba del apóstol y de los dos discípulos que lo trajeron de Jerusalén según todos los testimonios tan reales como perdidos en el tiempo.

De aquí había salido el cadáver del apóstol la víspera, caminando por su propio pie y con la cabeza en su sitio —contradiendo verdades de todos conocidas—. Y debió de regresar a su tumba para continuar su reposo milenario tras aterrorizar a la concurrencia, aprovechando que todos nos habíamos quedado estupefactos mirando el cadáver de su víctima..., a no ser que siguiera luego por la galería que salía del otro extremo de aquella segunda cámara, adonde me dirigí a mi vez.

Al final de esa galería había otra escalera de piedra empinada que ascendía de nuevo a la catedral. Y a un costado de la escalera encontré dos zancos que explicaban la portentosa altura del apóstol y su caminar desarticulado. Subí por la escalera. Daba a una de las capillas del ábside. La reja de la pequeña estancia adyacente en la que desembocaba también estaba abierta.

Cuando volví por arriba a la entrada de la cripta me topé con el hombre que había partido en busca del tesorero. Iba acompañado

de un venerable canónigo que afirmó, en un tono que no admitía réplica, que no podía abrir la cripta.

—¿Quién más tiene copia de las llaves? —le pregunté.

—Nadie más. —Parecía irritado y ofendido por la pregunta.

—¿Dispone de servicio en casa?

—Una mujer que cocina y limpia.

—¿Y el sacristán tiene copia?

—El sacristán también tiene copia —respondió, sin esconder que le sacaban de quicio mis inquisiciones.

—¿Y a su vez tiene mujer que le cocine y limpie?

—¡Está casado! —dijo ya harto de mi ignorancia supina.

Se amostazó entonces, dando a entender que consideraba terminada nuestra charla, y yo me fui sin más preguntas, que tampoco eran necesarias. Quedaba claro que había francas posibilidades de que medio Santiago tuviera acceso a las llaves de la cripta, visto lo cual era preferible que se quedarán las dos rejas abiertas, por si en cualquier momento necesitaba echarle otro vistazo al lugar.

Cuando llegué al aposento de Lope en la taberna, la puerta estaba cerrada. Toqué con los nudillos y, al no recibir respuesta, abrí. Allí estaba.

Parecía un *corpore insepulto* o más bien recién desenterrado, varios días después de un alevoso asesinato por la espalda, dado que estaba tendido bocabajo, con su único brazo colgando fuera de la cama, vestido como el día anterior y con las botas puestas, las pocas briznas de pelo pelirrojo enmarañadas y las piernas abiertas como un compás.

Esta fúnebre visión se desvaneció con los estruendosos ronquidos del apuñalado. Pronuncié su nombre en todos los tonos posibles, del arrullo al grito, sin ningún resultado. En la mesa había un cuenco en el que quedaban dos dedos de vino, que derramé de golpe sobre su nuca.

Allí fue Troya.

—Mísero hideputa qui atreves malgastare sacro vino! Ti espera castigo por pecado contra tota la cristiandade! Xamat!

Con una rapidez y agilidad que nada hacían esperar de su estado y su mermada anatomía, se incorporó de un salto empuñando como si fuera un cuchillo una vela apagada que había sobre una mesita, al costado de la cama.

—Recuerda, alma dormida: soy yo, Berceo, tu amigo —le dije con sosegada voz.

—Fráter —me reconoció bajando el arma—, pirdóname!

Desplegué en una mesa el lienzo con las muestras del contenido del botafumeiro y desenvolví el vaso del que había bebido Serafín.

—Dime qué venenos hay aquí.

Con cierta indiferencia, Lope respondió:

—Se ripones il vino derramato.

Bajé a pedirlo en la taberna. Lupa protestaba con desesperación:

—*Mais viño? Se xa tes pel de cordobán, carallo!*

Se dirigía a Lope en la distancia, no a mí. A su manera agreste, Lupa lo quería, y sin dejar de apostrofarle iba calentando el vino mientras ponía un tasajo de cerdo en una olla sobre las brasas.

—*Sírvalle o seu veneno, pero só se come antes esta cousiña.*

—Se hará lo que se pueda.

Pero Lope me arrebató el jarro de las manos y bebió la mitad de un trago con su sed insaciable. De inmediato, sin esperar ni tres días, resucitó.

—Cómete el torrezno, ese es el trato —le ordené.

Comió a regañadientes y dejándose en el plato buena parte, que yo mismo acabé para darle a Lupa una alegría entre tanta tristeza. Le rogué entonces que se tomara en serio la ayuda que le había pedido. Y me sorprendió sin moverse con una descripción pormenorizada, aunque hecha con palabras diabólicas, de todo lo que le había traído.

En la muestra del botafumeiro, había —además de restos de carbón impregnado en resinas que no eran ni incienso ni mirra ni de lejos— grandes cantidades de datura, beleño y adormidera.

—Provocan de visajes y auditiones y tacteos non vistos ne auditados ne tantiados. E prestan per desatornillare la propia capita sin dolore.

Se golpeó la nariz varias veces con el dedo cuando le pregunté cómo lo había averiguado. Y pasó a describir los restos del vaso del que Serafín el chanfre había bebido antes de arrancarse de cuajo su pudenda: trazas del vino de la Ulla que maltrataban y vendían los manazas del cabildo, dijo, con abundante polvo, eso sí, de cornezuelo de centeno seco y machacado.

Untó el dedo en los posos y me lo ofreció.

—Gustas di provare?

—Pero ¿el cornezuelo no es un veneno sin más? —pregunté a mi vez.

—Non per certo!

Me explicó que si se tomaba en cantidades apropiadas servía para que el más cuerdo volara por el orbe entero sin cambiar de posición. Era, según él, lo que añadían los «grecos alfaquies» al vino antes de beberlo.

—Per iso lo mezclaban con torrentes di aqua, fijos de mala madre, si non querían di perdere la testa!

Quedaba claro que había habido un ataque muy meditado a la catedral.

—Pero qué riquiño istá il vino caliente pola mañán! —comentó indolente, mientras apuraba aquel mención que él mismo había confeccionado.

Lo dejé comulgando en la taberna como si no hubiera un mañana (¿lo hay?: nada lo garantiza) y salí hacia el arzobispado. Cuando uno está enredado indagando un enigma sin aparente solución, lo mejor es concentrarse en él con los cinco sentidos, y al tiempo de forma relajada. A mitad de camino de mi paseo, como esperaba, intuí la solución del problema, el final de mi búsqueda, como quien atisba un repentino relámpago en la oscuridad. ¿Y si...? ¡Eureka!

¿Y si sacrificaba mi roque y abría espacio para el ataque con los dos caballos? ¿Podría conseguir tres movimientos forzados que acabaran en mate? Claro. Esa es la ventaja de los problemas de ajedrez: hay solución, como para casi todo en esta vida. Funcionan como las cartas cifradas, es solo cuestión de tiempo que las claves aparezcan.

Juan Arias no estaba. Su criado Romeo fue quien me llevó a visitar a Serafín, que deambulaba por los despejados pasillos de la planta primera apoyándose en dos bastones. La luz de la mañana en las vidrieras del tramo orientado al este proyectaba una sombra estilizada de su enorme cuerpo. Quejoso, con las piernas muy abiertas y los ojos extraviados, el capón avanzaba con esfuerzo, no sabía hacia dónde ni para qué.

Yo venía a preguntarle. Y no sé si se lo esperaba, pero el caso es que en cuanto me vio descubrió que estaba necesitando a alguien a

quien contarle su azarosa peripecia, acaso con la ilusión vana de desembarazarse de ella.

—Me considero más ángel que hombre —comenzó a decirme—, más esponjoso espíritu que la crasa y untuosa materia que ves, Gonzalo. Así que todo lo doy por bien empleado.

Me repitió la cantinela de su pérdida de voz en la pubertad, y cómo desde entonces había buscado dar sentido a su vida con otros instrumentos —de la vihuela a la dulzaina— que solo le daban migajas de su antigua gloria. El trabajo de chanfre era su único consuelo: manejar las voces de otros, algunas de calidad semejante a la de la que él perdió.

—La culpa fue del motete —denunció.

Sí: ese canto a varias voces que se empezaba a usar apenas en los coros eclesiásticos cuando Serafín y yo éramos jóvenes estudiantes había trastocado los cánticos religiosos y hasta lo que canturreaba cualquiera en su paseo matutino, me reveló. Fue al comenzar a componer motetes cuando Serafín se dio cuenta de la limitación de los coros. Sus nuevas composiciones lo acercaron al cielo por el que había transitado de niño, pero había tonos de voz a los que los hombres no alcanzaban, solo las mujeres!

Llegó a pensar que el único modo de ejecutar los motetes que ideaba era incorporando mujeres al coro de la catedral, pese a que le daba pánico tener que tratar con ellas, y durante un tiempo peleó, en vano, por conseguir que Juan Arias lo permitiera. El trabajo con expertos en falsete le dio grandes alegrías al principio, pero acabó proporcionándole enormes desilusiones.

Hasta que conoció a Dulcidio, un mozárabe que había sido esclavizado y castrado para un harén de Córdoba, y que tras su liberación se hizo monje: la emasculación antes de la pubertad le había permitido conservar su maravillosa voz infantil, que, con los

pulmones de capón adulto, se convirtió en el instrumento más perfecto que ha dado nunca la naturaleza.

Eso dijo Serafín. Como si una mutilación fuera un proceso natural.

En fin, ambos se hicieron hermanos de día y siameses de noche. Mientras vivió, Dulcidio borró con su canto claro la nostalgia oscura de Serafín por su voz de niño. Pero tras su muerte a causa de una peste mal avenida hacía ya diez años, el abatimiento hizo presa en el chantre, acompañado de una melancolía incurable.

En vida, Dulcidio le había presentado a varios amigos mozárabes, entre ellos Abenmasarra, el cirujano que lo había atendido el día anterior. Habló con él y le propuso convertir en capones a los niños del coro con mejor voz. Los dineros hicieron el resto, y así convirtió el coro de Santiago en una referencia en el mundo cristiano.

¿Cuántas almas en pena no habrán abandonado sonrientes mucho antes de lo previsto el purgatorio, para flotar hacia la gloria con los motetes de la catedral?, me preguntaba Serafín. Él mismo ofrecía a las familias de los niños la posibilidad de un futuro como cantores del cabildo, añadiendo a veces pequeñas sumas que las sacaban de la pobreza. Y luego, sí, era verdad, en ciertos casos los niños lo maldecían por haberles roto la vida. Pero su voz...

La soledad tras la muerte de Dulcidio, unida a la belleza de los niños —la belleza espiritual de su canto, pero también su turbadora belleza corporal—, hizo que Serafín cayera en tentaciones. Y aunque se impuso una abstinencia absoluta, ¿cómo detener la fuerza de un volcán? El volcán estallaba a veces, y los niños capones eran los más afectados.

Hasta que el apóstol le exigió que hiciera con su cuerpo lo mismo que él había impuesto a los niños, por más que ya no tuviese modo de recuperar su voz infantil. Y así, en la obediencia al santo, había

encontrado la paz de espíritu que tantos otros buscamos a tientas y sin resultado apreciable a lo largo de toda la vida.

—¿Cómo se comunicó contigo el santo? —pregunté.

—Escribiendo en las paredes con la sangre de su martirio.

Evidente: de la manera más sencilla, ¿cómo si no? Y aunque Serafín borraba las órdenes apostólicas, siempre volvían a aparecer en la pared de su habitación, trazadas con la inagotable sangre del mártir.

—Sé que estos dolores acaban para siempre con mis pecados, Gonzalo. Estoy en paz espiritual. Dadme vuestra absolución.

Lo absolví como si sirviera de algo, y me largué de allí de nuevo asombrado con la inagotable capacidad del hombre para arruinar la vida. La propia y la de los demás.

De regreso a la taberna me encontré con una escena que nunca habría creído posible. En vez de ejemplares de los habituales bebedores vociferantes, pendencieros, lacrimosos, desamorados y enamorados (no se sabe cuáles son menos soportables) o querulantes (porfiados en reclamar cuanto nadie les debe), había allí tres hombres que bebían vino de forma pacífica, se diría que resignados, cada uno en su mesa y en silencio. Pertenecían los tres al escaso gremio de los ebrios tranquilos y de buen conformar.

Así las cosas, Lupa, en lugar de blandir la habitual escoba o el cuchillo mientras vigilaba con cien ojos a los parroquianos, se hallaba junto al fuego removiendo sonriente un guiso, las mejillas coloradas por el calor y los ojos con resol propio, y volvía cada poco el rostro hacia Lope, que en vez de beber estaba tocando la flauta (aunque no todo el rato, cierto: de vez en cuando la soltaba y bebía

un poco). Sí: tocaba la flauta, pues se trataba de una de sus industrias, ingeniada para músicos de una sola mano.

Pensé que no era la imagen de la felicidad, sino la de algo más sencillo y valioso: su simple posibilidad, disponible para todos a despecho del mundo, a costa de nosotros mismos y contra viento y marea. Esa ocasional y efímera posibilidad de felicidad brotada como hierba silvestre donde menos la esperamos, y que el viento se lleva en cuanto le da la gana, como hace con los hermosos y breves pétalos del cantueso.

Compartí allí un vino sosegado y feliz con Lope, y después le pedí que me acompañara: teníamos cosas que hacer.

—*Non te metas en beber e volve pronto. Hai traballo* —se despidió Lupa.

—Si lo permiten mis obligaciones tantísimas —respondió él.

Cuando llegamos al palacio de Serafín ya había puesto a Lope en antecedentes. Mostré la cédula del arzobispo y solicité a un criado que nos enseñara las habitaciones del dueño. Subíamos las escaleras mientras Lope me explicaba que no es difícil determinar si un escrito en una pared está hecho con sangre o con pintura. En caso de que sea sangre, resulta posible, aunque peliagudo, distinguir si es de humano o de animal, me aclaró. Y una vez detectada como sangre de persona, averiguar a quién perteneció —añadía a su razonamiento ya casi al final de la escalera— es tarea solo al alcance de una sanguijuela muy experimentada.

El criado abrió la puerta, que su amo había cerrado la tarde anterior, antes de ir a reunirse con el cabildo, y allí estaba el letrado pintado que esperábamos:

ARREPIÉNTETE Y CORTA EL ARMA CON QUE PECAS

Las letras habían sido trazadas con dos dedos, con sangre, con calma, con verso latino y con la firma del santo al final: «Yacob».

—Sangre di doña —exclamó Lope nada más entrar—. ¡Menstruo!

Entonces se oyó gritar abajo al criado:

—¡A mí la guardia! ¡Al ladrón!

Me asomé a la ventana justo a tiempo de ver al maestrescuela Adán, mi viejo amigo Ganimedes, saliendo apresurado de la casa con su bastón de ciego repiqueteando en el suelo de piedra de la plaza y tras él, gritando, al sirviente. Para mi asombro, el maestrescuela, que llevaba bajo el brazo un códice de tapas tintadas de color que parecía bermejo desde arriba pero seguramente sería del naranja del miniado, echó a correr como si nada se lo impidiera y dobló la esquina a la carrera seguido a duras penas por el sirviente.

A su vuelta con las manos vacías, el hombre explicó apurado que había resultado imposible cazar al ladrón ciego porque se había escabullido entre la multitud de peregrinos esquivándolos con habilidad, mientras el perseguidor chocaba con unos y otros.

Pedí al criado que nos mostrara la biblioteca de Serafín y nos llevó a una sala confortable, con chimenea y un muelle sillón, en la que había varios estantes de obra con códices, algunos de tapas miniadas como las del que llevaba Adán. Tomé uno de ellos y comprobé que se trataba de una suerte de diario, con el aire de las anotaciones de algunas freilas místicas que pudimos leer en nuestro tiempo de estudio, como las de Ángela de Foligno o de Hildegarda von Bingen. En él Serafín había ido apuntando las reflexiones de su vida día a día. Busqué entre los tomos el que tenía numeración postrera. Lo abrí por la última página y leí la apretada letra goda de Serafín:

Hoy ha venido al coro el nuevo niño cantor, Catalino.

Voz y cuerpo de ángel.

Perdóname, Señor, por lo que voy a hacer, una vez más.

Faltaba, evidentemente, el último volumen.

—Quedan requisados todos estos libros —le dije al criado.

Me miró llevándose la mano a la boca, a punto de echarse a llorar, como si los pecados que se contaban ahí los hubiera cometido él.

TERCER DÍA (PARTE II)

El gran teatro del mundo

—La niña ha sido educada para contentar a un marqués, como poco: isabe música, bordar y hasta latines!

Al hablar, dona Pedra, la esposa del bodeguero Facundo, abría con soltura expresiva la boca minúscula, por la que escapaban fragmentos del carnero desmenuzado que estaba engullendo a dos carrillos. Su hambre aminoraba la mía.

Nos había sorprendido, al sentarnos, que ni ella ni su hija Lupa tuvieran mesa aparte, más aún cuando nos reunía en casa de Facundo un negocio de primer orden: el contacto entre el vinatero y mi amigo Iago, el exportador de vinos galaico al que, en la época en que Lope y yo nos conocimos, habíamos conseguido colocar el vino de Silos mejorado, y que luego se convertiría, para mi familia, en comprador del no mucho sobrante de nuestra producción en la ribera del Cárdenas. Era la razón principal por la que Lope me había pedido viajar a Santiago.

Razones nos sobran siempre para justificar lo que hacemos sin saber por qué, dejándonos llevar por un impulso que no comprendemos hasta que ya es demasiado tarde para dar media vuelta.

Facundo había intentado varias veces sentarse con Iago, pero este nunca había aceptado. Dudó mucho cuando le pedí que

asistiera, solo por nuestra amistad pero sin compromiso, a la comida. Y finalmente accedió.

Ahora, sentado a mi lado, estaba como yo sorprendido de que ni a madre ni a hija les importara que les viéramos los mofletes deformados por la masticación (bastante ruidosa) o las manos grasientas que no conocían el reposo, siempre de la escudilla a la boca como los incansables mazos de un batán.

—Estudia desde hafe dof año con las freilaf —añadió la madre con la boca llena, orgullosa de su hija—. Y toca la viola que ef un gufto oírla, ¿ferdad, mi sol?

—... Y trabaja en la taberna —se sumó Facundo, que presidía, con dona Pedra sentada a su lado—. La fortuna no le llega del aire a nuestra familia. Ya puede decir la pequeña que también ayuda a amasarla.

El manotazo orgulloso y cómplice que Facundo le propinó a la primorosa doncella hizo carraspear azorado a mi amigo Iago. Le había dado muchas vueltas a la invitación antes de aceptarla cuando lo asalté esa misma mañana de camino a la catedral. Se me ocurrió entonces que quizá estuviera temiéndose, por la actitud de los padres con la hija, que aquello fuera una encerrona para casarlo con Lupa, más que un banquete de negocios. Antes de que declarara (en legítima defensa propia) que ya estaba casado intervine:

—Iago me ha comentado que conocía perfectamente vuestro vino; es el que pide que le compren para casa. ¿Hacemos los honores?

Facundo sirvió la copa de una cántara con gesto ceremonial, y uno de los cuatro sirvientes se la pasó al invitado, que dio un trago y sonrió antes de devolverla para que me la entregaran a mí, sentado a su lado.

—Excelente —reconoció Iago—. ¡Salud para todos!

Los tablones de la mesa se habían tendido en el huerto interior, bajo una pérgola con parra que recorría la fachada trasera de la casa. Nada tenía que envidiarle el lugar a un palacete episcopal, si no fuera por el gusto rural que presidía la organización de los edificios, su construcción y el aspecto del huerto, en el que las plantas alimenticias no dejaban hueco para la flor innecesaria. Toda una manzana en el centro de Santiago, rodeada por un sobrio muro de adobe que ocultaba el jardín a los viandantes. En la parte más recogida, con fachada a un callejón, se alzaba la casa. Y, separada de ella por una tapia medianera, enfrentaba la plaza desde su ochava. La tercera esquina de aquel triángulo tenía unas caballerizas, seguidas de un gallinero que daba olor de pueblo al lugar.

—Pero hay también algunos problemas que le hacen dudar de la conveniencia de participar en vuestra empresa. ¿Verdad, Iago? —añadí antes de beber y devolverle la copa al sirviente, que se la pasó a Lope, el burgués inexplicable, en quien quedó varada.

Traía sed acumulada, en verdad. Tras la azarosa visita a la casa del chantre Serafín, Lope y yo habíamos pasado la mañana sumergiéndonos en los volúmenes de sus diarios como buscadores de perlas espirituales, pero para encontrar en ellos, como suele ocurrir con los diarios místicos, solo de las carnales: ascendiendo con su lanza por los montes y collados perseguía nuestro chantre, una y otra vez, escondidos no se sabía bien dónde, cervatillos de su coro hasta cazarlos impunemente, y se aplicaba sin apuro a preservar sus voces de la manera natural ya conocida.

Sobre el misterioso niño cantor Catalino que cerraba el penúltimo volumen, nada más había en las notas anteriores, o acaso no supimos localizarlo ni Lope ni yo en nuestra exploración inicial de los textos, así que todo quedaba pendiente de una nueva entrevista con

el músico divinal, de la que, sin embargo, no esperaba mucho. Y como única alternativa, tampoco muy esperanzadora, la de localizar al escurridizo maestrescuela Adán y arrancarle el volumen robado.

Aprovechando el pie que le daba, mi amigo Iago se atrevió a exponer sus temores ante el poder del cabildo, que como ya sabría Facundo no aceptaba bien la competencia, y menos en vino: un mercado que el arzobispo Juan Arias dominaba con una producción enorme pero bastante desaliñada del vino de la ribera del Ulla, plagada de viñas en el tiempo que llevaba con la mitra puesta. Era muy difícil que una nave partiese de un puerto galaico sin someterse al escrutinio y los diezmos abusivos del arzobispado.

—Juan Arias —aseguraba Iago— intenta llevar el control de la caza, la pesca y toda la recolección galaica, además de acaparar el suelo y los negocios de la ciudad, y eso está creando enormes tensiones con los comerciantes, y en general con todos los ciudadanos de Compostela que no forman parte de ese cabildo en constante aumento.

Aquella noticia me dejaba de un aire. ¿El austero y nada ambicioso Juan Arias asfixiando a los mercaderes del lugar? ¿Maledicencias o el tiempo, que todo lo cambia?

Facundo miró a dona Pedra, que se revolvía inquieta en la silla.

—Aunque, en realidad, nunca habría aceptado tu amable invitación —se apresuró a añadir Iago— para darte una negativa...

Entonces explicó que en un par de semanas partía una pequeña flota en expedición comercial, y que, como organizador de la partida, había conseguido acordar con el arzobispo Juan Arias que le daría vía libre y sin inspecciones a cambio de quedarse él para sus mercancías con la bodega de uno de los barcos.

—Vamos a Constantinopla.

Se hizo un silencio solo interrumpido por la protesta de una gallina, a la que un criado había pisado en sus esfuerzos por quitarle la copa a Lope, que solo la devolvió cuando logró vaciarla. El cruce de miradas entre Facundo y dona Pedra se repitió, aunque esta vez más íntimo, en torno a la escudilla de Facundo, de la que ella comía siguiendo el protocolo. Mientras dona Pedra le bisbiseaba algo, Facundo atrapó una magnífica paletilla de carnero que enseguida le fue arrebatada por ella.

Hubo que volver a llenar la copa, cuando la soltó Lope, para completar el brindis.

—Como le estaba comentando a mi mujer —mintió Facundo alzando la cabeza—, tenemos dos dudas importantes. La primera es: ¿cómo va a evitar la flota el Estrecho?

—Bogando hasta Suez! —sentenció Lope—. Pero naos piquenias deben ser per pasare el canal de Darío, inter Nilo e Laco Amargo. Y hay que rodar la África entera, Virgo Santa! Empresa di fenisios. Non li arrendo la ganansia.

Nos dejó abrumados a todos, para variar. ¿De dónde sacaba esa información inaudita? Quizá del fondo de los vasos, tazones y calabazas de vino, porque para el estudio o el viaje no podía quedarle demasiado tiempo entre trago y trago.

—No se evita el Estrecho —le corrigió Iago—. El capitán de la flota es un morisco que se las da aquí de cristiano y de mahometano allá. Se dedica a eso. Y aunque lo cobra muy bien, asegura la llegada de las mercancías al puerto de destino.

—Y los qui tripulan? —se me adelantó Lope.

—Ni moros ni cristianos: devotos de la Estrella del Mar —bromeó Iago—. Ya me ha funcionado una vez, lo que no quiere decir que vaya a funcionar de nuevo. El beneficio posible es mucho, pero el

riesgo es real. Lo prudente es que vayamos, como vamos, en cofradía varios mercaderes.

Iago estuvo explicando que el capitán era un pirata, pero había trazado con él un acuerdo según el cual iría aumentando el volumen de mercancías aportadas por la cofradía en la flota a medida que se fueran viendo los resultados. El morisco azuzaba para cargar lo más posible en Coruña y librarse de los vinos de Oporto, muy resistentes a los viajes pero mucho más caros. Sin embargo, Iago había hecho depender el acuerdo de la evolución de los resultados: a cada viaje un barco más para la cofradía, de los diez cargueros que componían la flota, si todo salía bien. Iago había empezado llenando tres cargueros y ahora iban ya cuatro. Había margen de ganancia para ambas partes.

—Pero es un acuerdo con un pirata. Ganará el que se retire primero —añadió—. Y si se retira él antes, lo hará llevándose todo lo que haya en el viaje en que decida hacerlo, este u otro más adelante, como imagino. Es un juego de riesgo, de tensión entre la ambición y la mesura. Y creo que conozco a mi rival y puedo ganar..., o no perder demasiado.

Le pedimos a Facundo que planteara la segunda duda, y miró a su mujer. Se le había ido el santo al cielo.

—¿De cuánto vino estamos hablando y a qué precio? En pipas y maravedíes —soltó ella, que ya se había adueñado de la escudilla de su marido, poniéndola ante sí, y tomaba a grandes sorbos la salsa del carnero con un trozo de pan a modo de cuchara.

La distinguida señora había conseguido quitarme el hambre por completo.

El rostro de Iago ni se inmutó: había entendido ya antes de dónde le venía la vis mercante al cachazudo Facundo, igual que había encontrado yo la vara de la que procedía tal astilla como Lupa.

—Tenemos que sentarnos a hacer cuentas, dona —le dijo—, pero hay que ver antes el vino que queréis llevar, porque de eso depende la fuerza de la empresa.

Nos explicó que en Constantinopla no se andaban con chiquitas en cuestiones de vino, y el de la Ulla con que el cabildo iba a llenar el barco que se les había asignado no estaba suficientemente cuidado para semejante viaje, largo y por aguas más calurosas que las del Cantábrico. Iago había advertido una y otra vez a Juan Arias de la posibilidad de que tuviera que tirar el vino al mar en el puerto de Juliano nada más llegar, pero él no atendía a razones.

—Este que hacen Facundo y Lope con la mencia es un vino de primera —dijo Iago señalando la copa—, y el éxito de la bodega lo demuestra. Pero no creo que aguante el viaje.

—Ah, no no no! La mencia no está el vino, sino otro que ahora catamos. —Lope se levantó, le arrebató la copa al servidor, que iba a pasársela a mí saltándoselo a él, y la apuró de un largo trago—. Ecce vino de sousón! —añadió al acabarla, levantando el muñón como para que el espectáculo comenzara.

Y entraron tres de los sirvientes con una pipa a la que Lope, el burgués inefable, quitó de un martillazo el corcho que la taponaba para llenar de nuevo la copa y, no sin catarla primero con arrobó, ofrecérsela a Iago, mientras Lupa, que hasta ese momento había estado callada, prorrumpía en maldiciones, atrapaba el corcho mientras aún rodaba por el suelo y lo incrustaba de nuevo en la pipa deteniendo el desperdicio.

Todos esperamos en silencio a que Iago probara el vino. Lo olió, se volcó un poco en el cuenco de la mano para mirarlo al sol, y luego se lo restregó en la palma con los dedos para sentir en la piel el tacto. Solo después le dio un pequeño sorbo. Se quedó mirando al

infinito, paseándolo con suavidad por la boca cerrada, antes de tragar.

No tuvo que decir nada, fue más que suficiente la sonrisa de alegría que se le quedó. A mí no me causó tanta felicidad cuando lo probé a continuación, quizá por no haberlo manoseado. Era un vino con sabor a uva pasa, recio, en el que se notaba muy ligeramente el encabezado que Lope lograba combinándolo con aguardiente. Mucho mejor, eso sí, del que había conseguido hacer en Silos. Pero yo seguía prefiriendo el vino normal, el de mi casa, o, ya puestos a beber algo más fuerte, mejor aquel aguardiente del diablo que Lope destilaba con primor. Acuciado por las preguntas de Iago, nos contó Lope en su algarabía que cuando viajó a Ribadavia, la villa de Orense de donde procedían Facundo y dona Pedra, para ver las viñas de sus familias, encontró por ahí restos de plantaciones romanas con cepas de otras uvas, entre ellas aquella tan especial, a la que llamaba sousón, que plantó con prodigalidad, consciente de su fuerza para viajar.

—É la seconda cosecha y ya da un vino di ángeles! —celebró.

—Con este vino podemos perfectamente competir con Oporto —aseguró Iago.

Aconsejó a dona Pedra que no lo comercializara en Santiago, para impedir que Juan Arias se enterase de su existencia. Que dedicara todo a exportación. Y se mostró dispuesto a comprar cuanto produjeran en el futuro a muy buen precio, para enviarlo también a Britania.

—Estoy más que harta de las exigencias del cabildo y de sus diezmos disparatados. Si la oferta es buena y el viaje funciona, el año próximo el vino es tuyo —aseguró dona Pedra.

—Hasta el propio cabildo está harto del cabildo —añadió Facundo, feliz de abandonar las estrategias mercantiles y pasar al terreno en

el que se encontraba más a gusto, la habladuría—. Andan buscando herirse, cada uno a sí mismo: después del maestrescuela Adán arrancándose los ojos, tenemos al arcediano Simón, que se transportó al otro mundo abrazado al botafumeiro... Por todo Santiago se comenta que les han echado mal de ojo.

A mí también me interesaban esos chismes, con el negocio ya enfilado.

—¿Hay por aquí tantas meigas como se dice? —le pregunté de pasada.

—*Chulas, fofocas e mentiras!* —se enfurruñó Lupa, como si la acusaran a ella, en su galaico cerrado mamado en la taberna con los paisanos.

—¡Haylas! —la contradijo su padre—. Y más de las que parecen.

—¡Padre! —Pero fue la esposa la que lo llamó al orden, no la hija.

—¿Y...? —retaba él.

En ese terreno iba a ser más difícil que Facundo se arredrara.

—He oído hablar de un convento que construyó el diablo —soplé sobre los rescoldos.

—*Non necesita construír conventos: o Demo abonda con inventar enganós.*

Lupa tiraba sus agudezas galaicas con ballesta.

—Una noche no estaba y a la mañana sí, ¿o me lo invento? —se revolvió Facundo.

—Tampoco es eso —comentó divertido Iago—. Pero lo cierto es que esas monjas se dieron prisa en restaurar aquella ermita abandonada y levantar su casa de las ruinas.

—En un día o en cuatro, ¡tanto da! —insistió el bodeguero—. ¿Cuánto tardaron en construir el puente?

Un monasterio con un puente al lado. Aquello me sonaba de mis correrías por los arrabales el día de mi llegada.

—Pero ¿quién lleva el monasterio ese? —preguntó el vinatero Iago—, ¿son clarisas de los jerónimos?

Facundo explicó entonces que la construcción de aquel monasterio la había hecho la abadesa Hilda («primorosamente», apuntó dona Pedra). Al parecer, Hilda, una mujer a la que nadie conocía y que, como era lógico, no se prodigaba en la ciudad, había conseguido el respaldo del papa para mantenerse alejada de la influencia de los jerónimos, y llegó a un acuerdo con el anterior arzobispo: las freilas se encargaban de la construcción del monasterio y el cabildo de proveer un puente que permitiera cruzar el río Sarela, obra sin la que el convento se hacía inaccesible desde la ciudad, como estuvo durante bastante tiempo.

—Tres años más que el convento tardó el puente en construirse —afirmaba—, sin la ayuda del diablo.

En verdad yo había visto aquellas ruinas convertirse en convento de la noche a la mañana en mi delirio, y en manos de una diablesa, así que los chismes de Facundo, en vez de orientarme, como pretendían, empezaban a desconcertarme.

—*Sen pagar aos traballadores será!* —le espetó Lupa a su padre—. *Hilda pagou man a man, e seguen buscando o arcebispo!*

—¡No hables román galaico cuando hay invitados, y menos si es un poeta! —se encolerizaba Facundo.

—*O galaico é a lingua da poesía. Que aprenda.*

—¡Si tu abuela levantara la cabeza, ya verías tú lo que es llevarle la contraria a un padre!

Tenía su razón, el pobre Facundo, víctima del mal del siglo. La devoción a la Virgen solo había traído desdichas para los varones castellanos y galaicos, sin distinguir nobles de campesinos: las mujeres se aferraban como osas en celo a su revalorización. La rebeldía y altivez de los muchachos de la época de Facundo se había

acallado ya bajo el fragor de las querellas de las damas, desde las niñas a las abuelas.

—*A ponte fíxose cun pacto con Satanás: non pagar* —insistió Lupa, acostumbrada a no ceder—. *Dona Hilda coa que ten un pacto é a Virxe...*

—¡Es tonta esta niña! —la interrumpió dona Pedra—. No quiere casarse con un marqués que le está buscando su madre, iprefiere meterse freila y repartirse la dote con esas monjas soñadoras!

Pero lo decía con media sonrisa, como orgullosa de ver a su hija saltando sin complejos sobre la barriga creciente de Facundo, aunque fuera en contra de su propia voluntad.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Qué había allí antes? —pregunté.

—¿Dónde? ¡Ah! Un castillo visigótico —respondió Facundo.

—Na! —intervino Lope—. Nin castillo nin visigótico. Un timplo di Roma, di Dionisos. E su cimiterio di bacantas!

Siempre tenía información disparatada para refutar cualquier desatino. Todos se quedaron mirándolo, pero, como solía ocurrir, decidieron pronto no darle importancia.

Un criado se acercó a Facundo, le cuchicheó algo al oído y lo siguió cuando el bodeguero se levantó y se dirigió a la casa.

Desde donde estaba sentado veía el interior de la vivienda, y, al fondo, el recibidor. Facundo hablaba ahí con un hombre al que reconocí perfectamente: el deán Fernando el Moro. Aunque no los oía, por los gestos tensos del deán quedaba claro que la conversación que mantenían no estaba siendo nada agradable. Tras soltar su perorata, con esa actitud intimidatoria que suele gastar un prelado al discutir de cosas mundanas con un simple ciudadano, Fernando se largó dando un portazo.

Era uno de esos palacios que intentan pasar desapercibidos y no lo consiguen en absoluto. Construcciones que los nobles encargan a sus ministros en una ciudad en la que piensan que jamás podrían vivir, sin saber que no les falta mucho para abandonar sus castillos alejados del ruido y trasladarse allí para siempre: «Una casa discreta, sin demasiado gasto, en cualquier parte del centro, para cuando tenga que pasar dos o tres días en la metrópoli. Un lugar donde encerrarme, librarme del gentío y descansar de las disputas de compra».

«Ya», reflexiona entonces el artífice. «¿Y qué es una casa discreta? ¿Qué quiere decir “sin demasiado gasto” para alguien que tiene fortuna sin cuento?» Muros de piedra con vanos en la fachada, desde luego. Arcadas en la planta de abajo y ventanas arriba para que haya luz por las mañanas y corra el aire tras las grandes cenas. Y una torre como poco, desde donde un noble acostumbrado a asomarse a las almenas de su castillo pueda divisar el horizonte, más allá de los tejados de la ciudad, sentirse libre y dominante como un pájaro en la copa de su árbol preferido.

Así que enseguida se pone en marcha la enorme maquinaria que rodea a cualquier noble para complacer sus deseos, el engranaje capaz de triturar la realidad con sus ruedas dentadas. Se elige el maestro constructor más reconocido que esté libre en la ciudad, se busca con él un cantero de su gusto...

Máquinas del deseo fabricando obras para el asombro.

Era una casa así, otro palacete de otro noble. Pero en plena hora sexta, con aquella tarde esplendorosa, la construcción señorial que daba brillo al cruce anodino de calles llamaba la atención sobre todo

por el trajín que había en los tres escalones de la escalinata de entrada, más propio de iglesia en horario de misa mayor.

Esa era, de las cuatro casas que hacían esquina en aquel cruce de calles, la única que podía pertenecer a un conde, al marido de la que había sido ama de leche del niño Alonso. Allí nos habíamos citado el correo real y yo. Y, mientras él llegaba con el retraso que suelen gastar los cortesanos, estuve paseando alrededor, una actitud compartida por otros sujetos. Se habían apostado a mirar frente a la puerta, indiscretos, unidos todos por la oscuridad, pero cada uno de distinta condición que los otros, como conjurados para trazar un retablo de los variados tipos que componían la ciudadanía compostelana: peregrinos descalzos o con sandalias desparejas, campesinos de pies roñosos en abarcas sucias, burgueses con zapatos de gamuza azul como los míos... Entre aquellos transeúntes que no transitaban distinguí entonces a los corchetes gemelos Bernardo y Medardo, vestidos ahora de peregrinos, pero con traje nuevo, como si en vez de venir de lejos se dispusieran a partir. Quizá, esta vez sí, estaban disfrazados para pasar desapercibidos..., ¿con qué fin?

Hasta que me di cuenta de que lo más característico era que no había mujeres. Solo muy de vez en cuando entraban o salían y siempre por parejas, altas las dos, con vestidos de color llamativo y andares de chapín de palmo y medio, con tocados que recogían en moños de trenzas las pelucas bermejas, despejando rasas frentes desde las entradas hasta la línea casi invisible de las cejas, con los ojos borboteando en rostros blancos de albayalde.

Ya sabía yo qué tipo de palacio era ese.

—Ahí debería estar la casa —me dijo también desconcertado Alonso, que se había llegado junto a mí sin que lo viera.

—Espero que no —contesté.

Mientras Alonso miraba las otras casas de la plaza, me dirigí a un gañán apostado de vigilante junto a la puerta y le pregunté directamente qué sitio era aquel.

—El lupanar del cabildo —me contestó—: Pasa y escoge.

—Estamos buscando al matrimonio que vivía aquí antes —se me ocurrió decirle al tiempo que se llegaba a nosotros Alonso.

—¿El conde bujarrón y su puta germana? —me preguntó el portero con cara de guasa.

En mala hora. Sin más palabras, Alonso lo enganchó del jubón, lo volteó sobre el suelo todo lo grande que era y le colocó en el cuello una faca que había aparecido en sus manos como por obra del diablo.

—¿Cómo la has llamado? —le preguntó entre dientes, simulando serenidad, pero con rostro oscurecido.

—Yo..., yo no la conozco..., yo no quería... —balbuceó el gañán con el pincho en la garganta.

Buena respuesta. Para calmar a Alonso bastó apretarle el brazo con la mano.

—Vamos —le dije.

Soltó la presa, que se había quedado sin habla. Hubo que intentar calmar también al resto de los rufianes, que al ver la trifulca se estaban acercando con prudencia, dispuestos a saltar. Pero la cosa no se apaciguó hasta la aparición de la Madona, avisada por alguno, que se presentó con sus oropeles y nos llamó la atención:

—¿Ya estáis de pelea y aún no ha anochecido?

Con una inclinación de cabeza le puse un sueldo en la mano y le pedí mesa, pero ella me lo devolvió.

—Vete y llévate a tu amigo en buena hora —me contestó—. Tiene hierro fácil y este no es el mejor sitio para morir.

El que apareció entonces, en mejor hora aún, fue Lope, el burgués inusitado, que al vernos se acercó, y fue recibido por la dueña con aspavientos corteses como si fuera un obispo. No me encajaba mi amigo como oscuro cliente de aquel tenebroso lugar. Y él se sorprendió de encontrarme ahí tanto como yo de verlo a él. Venía, dijo, a buscar a la Madona para reponer vino en el lupanar.

Luego, echando cuentas, comprendí que, entre el vino para su prostíbulo y el que dedicaban a consagrar en buena parte de las iglesias del arzobispado, el cabildo eclesiástico era el mejor cliente del bodeguero Facundo, que por eso mismo se había convertido en la más amenazante competencia de su vino de la Ulla.

Así es el curioso mundo de los comerciantes.

No solo nos dejó pasar, la Madona, sino que se sentó a la mesa con nosotros. Nos acomodamos lejos del bullicio, porque al final de la sala había una mansión en todo semejante a la que habían utilizado los coros en la sala de ceremonias del pazo arzobispal, solo que el decorado esta vez no era un cielo, sino un infierno pintado al modo godo, con sus demonios grises y panzudos devorando a pobres almas representadas, como se suele, con cuerpos desnudos, esmirriados y blanquecinos, cuyo pataleo de poco servía para escapar de la saña con que eran engullidos.

Sobre el escenario cantaba con alegría, y coreado por los clientes, un trío de comediantas.

A cada rato nos presentaba la Madona a alguna de sus madamiselas, como las llamaba, celebradas con labia por Lope, aunque ellas a quien miraban codiciosas era a Alonso, el cual,

bermejo como guinda, balbuceaba algún despropósito si le requerían.

—Guapo, ¿nos invitas a un hipocrás? —le pidió una, refiriéndose también a otra que la acompañaba.

—Bueno, bueno, bueno, bueno...

—Dejad al mooochacho y metersi con los di edade vostra —intervino entusiasmado Lope, al que los afeites de las madamiselas no llevaban a engaño—. Hipocrás per todos, a la mi cuenta! —pidió luego a grandes voces, levantando el muñón.

—Venga, Melusina, Jacinta, traed la bebida, ique estáis dormidas!

—Casi prifería sin miele y del di Facundo... —se corrigió Lope a tiempo de que el correo Alonso y yo nos sumáramos al cambio.

Cuando supo la razón de la riña con el portero, y que buscábamos a una dueña que quizá vivió en aquella casa y se llamaba Garda, la Madona cambió el rostro, llevada del desconsuelo.

—Aquí vivió ella, sí. Lo sé bien, porque nadie la quería como yo —dijo.

Hablaba como si hubiera muerto, y Alonso se levantó pálido, pero ella nos tranquilizó contando que simplemente no sabía de Garda desde que, tras la muerte del conde, dejó la casa, hacía ya quince largos años.

—... Pero siento deciros que era lo que todos llaman una perdida. Y lo digo yo, que a mí me recogió de la calle, en la puerta de su casa, donde un chulo bastardo me arrojó cuando más hundida estaba y ya ni le servía para sus negocios.

Tras un mes bajo las atenciones y el cariño de Garda, con el cuerpo y el ánimo bastante recuperados, la Madona le preguntó a su salvadora cómo podía pagarle la ayuda, pero ella le contestó que eran las dos iguales y nada se debían. Al parecer Garda había sido recogida por el conde cuando trabajaba también de meretriz. Él la

vio cantando en una taberna una canción gala. La invitó, hablaron y le ofreció dejar su oficio y vivir acompañándolo. Cuando la acogió en su casa, Garda le dijo a la Madona que quizá el único modo de pagarle el favor era hacer eso mismo ella con otra persona, si tenía ocasión en su vida.

—Me ofreció quedarme cuanto quisiera, o irme cuando lo decidiera. Pero yo sabía que no era como ella. Y se me ocurrió que, si me hacía libre, lo era también para servirla. Estaba segura de que encontraría algún modo de ayudarla. ¡Y encontré varios!

Un día la oyó cantar en galaico una canción que conocía de su infancia, pero con una letra que a ella le pareció equivocada. Le dijo que ella la sabía bien y le cantó la versión de su madre. Era una tonada sobre una mujer en una fonte frida, de la que sacaba agua con un cántaro, pero no la aminoraba, sino que la aumentaba con sus lágrimas.

—¡Eso la entusiasmó! —contó sonriendo bajo la atenta mirada del correo Alonso—. Y descubrí que era poeta, ¡madre mía! Nunca había conocido a una. Recogía cantigas del lugar o las componía ella misma. Y las cantaba, acompañándose con el laúd.

Garda se sabía cantigas en galaico, pero también en provenzal, en germano, en galo, en castellano y en otras lenguas que la Madona era incapaz de nombrar. En sus buenos tiempos Garda, nos decía, había formado parte de la corte de Fernando III, como nosotros ya sabíamos, y de allí salió de malas formas por algún lío de bragas o de faldas del que no hablaba.

Ahí el rostro de Alonso volvió a oscurecerse.

Al principio Garda amenizaba las fiestas del conde con sus canciones, pero se hicieron tan amigos que decidieron casarse.

—Era un matrimonio de conveniencia, pero conveniencia para los dos, ¿eh? Sus vicios yo no los cuento por fidelidad, pero los pecados

que vieron mis ojos entonces en esta casa... Madre del Amor Hermoso —decía con nostalgia y apartándose a manotazos las musarañas ante los ojos—. Esos pecados ni por aquí se ven. Siendo esta casa lo que es, parece ahora un lugar de recogimiento y paz, al lado de lo que fue.

Sí podía hablarnos, sin embargo, de sus virtudes, decía aferrada a su copa de hipocrás: el conde era, al parecer, hombre de libros. Tenía en la casa una biblioteca inmensa y estaba todo el día copiando nuevos.

—Ella prefería la memoria y la voz, pero acabaron conjurándose también en eso.

Garda le dictaba sus canciones al conde, y él las copiaba en pliegos que luego cosía y encuadernaba con pieles pulidas, y le dejaba los códices en su alcoba o debajo de las almohadas de la cama.

—Solo en eso profesaban de casados, y se querían más que muchos.

A la Madona, que desde pequeña se había aprendido canciones y más canciones en román galaico, Gardá le pedía que se las cantara y las aprendía y cantaba con ella.

—Aunque yo no tenía su voz maravillosa, tenía memoria, y con ella aprendí a explorarla, a recordar los versos que oía a mi madre de niña en la aldea, uno a uno.

Le quise preguntar si se sabía cantigas de la Virgen, y aunque andaba mohína con sus recuerdos, se mondaba de risa.

—A veces aparecen vírgenes al principio de las cantigas que conozco —dijo cuando logró coger resuello—, aunque al llegar la última estrofa ya no lo son nunca.

Pero al contar la muerte del conde se le acabó la diversión.

—Mayor sí era, pero con bríos, alegre, inofensivo y de bien. Aunque el diablo se le metía en el cuerpo y lo dejaba transformado, como si fuera un luisón, uno de esos hombres lobo que salen en las noches de luna. Era el último hijo de sus padres, que habían tenido antes de él a siete niñas. Yo se lo decía: «No salgas con la luna llena, que te la juegas».

Desde luego, no podía echársele la culpa a la luna, por lo que la Madona contó, de lo que torturaba a aquel hombre alegre, inofensivo y de bien.

—¿Por qué sales, le decía yo, si en tu casa lo tienes todo y nadie sabe? Pero él salía. Si se cruzan por la calle, dos hombres lobo se reconocen con solo mirarse, y se acechan, se aguardan, se obsesionan. Él los atraía y venían aquí.

A la tercera copa de hipocrás, a la Madona le costaba no derribar los muros del tiempo de aquella casa en la que ella seguía viviendo. Tuvo que esforzarse en no contar. Nos hablaba de las fiestas desde fuera, con las puertas cerradas, sin dejarnos mirar adentro. Fiestas de maitines de aquellos hombres lobo odiados por tantos.

—Se lo dije otra vez aquella noche. No salgas, no salgas, ¿para qué? Pero no podía, siempre quería más... La influencia de la luna: la casa le quemaba, necesitaba buscar más en las rúas de la ciudad. Le gustaban los cruces nocturnos de embozados en los rincones: ¿Quién va? ¿Cómo te llamas?...

Lo estaban esperando en la esquina de su casa, volvía con otro de los suyos, jovencito. Los apalearon a los dos y los colgaron juntos. Penitencia sin confesión, para que el alma caiga en el infierno rápido.

—Nos despertó una vecina a gritos: «¡Garda, desdichada, lo han muerto a tu marido! ¡Reza por su alma!».

Garda le vendió el palacio al cabildo y se esfumó. Quería pasar el luto en algún lugar lejano, escondida. Y luego no volvió, huyó para siempre.

—Aunque se preocupó —continuaba la Madona— de que Juan Arias me diera este trabajo para cuidar de mis madamiselas, y de que ninguno de los que estaban al servicio del conde quedara en la calle.

Él lo había previsto bien, y le había dejado todo a ella, sus siete hermanas mayores habían ido muriendo antes. No tenía más familia.

Tan sombrío andaba Alonso que tuve que ser yo quien preguntara por el paradero de la biblioteca. Al parecer unos arrieros habían recogido los libros tiempo después, para llevárselos a Garda, pero sin saber aún dónde tenían que dejarlos. Dijeron que iban a Lavacolla y allí recibirían instrucciones. La Madona no se pudo enterar de por dónde andaba su admirada protectora.

—Yo quería irme con ella, ¿quién era yo sin ella? Pero los arrieros traían carta suya, con nota firmada y con su sello, y ahí me decía que necesitaba estar sola. Tenía que pensar y encontrar su camino. Me pidió que me olvidara de ella. ¡Olvidarme de ella, que me enseñó a quererme a mí! No he podido.

Me levanté para buscar el corral aprovechando que el correo Alonso, picado por la curiosidad, se animaba a preguntarle a la Madona detalles sobre su antigua nodriza. Cuando volvía de orinar, pasé cerca del escenario y me llamó la atención el canto al que estaban entregadas, en cuerpo y alma, las comediantas. Era un viejo poema de poetas sin rumbo, que tantas veces había cantado de noche.

Las chicas tenían aquella zona de la sala prendada, y no por sus voces, pese a que no eran malas. Se habían puesto bancos corridos en fila ante la mansión infernal que se representaba, y había un buen número de clientes ocupando los sitios.

En taberna cuando estamos,
no nos pesa ser humanos,
al juego nos aprestamos
con lo mucho que sudamos.
En taberna me acontece
que el dinero desaparece:
¡no vayas sin enterarte,
de lo que puede pasarte!

Entonces me fijé en los zapatos de una de ellas. Eran unos chapines de enormes plataformas. Había visto, el día anterior, a una muchacha comprar unos parecidos en el mismo zapatero que me dio a mí el timo de los zapatos de gamuza azul... Y comprobé que la bella comedianta que llevaba la voz cantante era la misma que se los estaba probando y estuvo a punto de caer sobre mí.

Recordaba hasta su nombre: Urraca, y el de sus compañeras Constantina y Alejandra que la acompañaban en el escenario, vestidas las tres de madamiselas.

¡Y yo que había pensado, al oírlas hablar de una abadesa, que eran novicias a punto de entrar en el convento! ¿En qué cueva había estado metido todo este tiempo? Aquello era la metrópoli, donde las meretrices del cabildo visten a la moda goda o gótica y viven su vida sin importarles lo que hacen los prestes ni los poetas de villorrio. Y cantan lo que quieren:

Beben damas, caballeros
y soldados; bebe el clero.

Hombres beben y mujeres,
bebe el siervo, esclavas beben,
el activo, el indolente,
el inquieto y el paciente,
vagos y perseverantes,
beben sabios, e ignorantes.

Bebe el pobre y el lisiado,
el ignoto, el desterrado,
bebe el niño y el anciano,
Bebe el nuevo y el decano,
Freilas beben, bebe el fráter,
beben los bebés y máter,
esta bebe, aquellas beben,
beben cientos, imiles beben!

Me quedé pasmado mirándolas, como el resto, hasta que concluyó el canto. Constantina y Alejandra cerraron el telón desde dentro mientras Urraca anunciaba el comienzo de una «comedia de amor» titulada... Y dijo el nombre, pero no pude oírlo por el estruendo de contento de los asistentes, que sin duda estaban avisados.

Eso sí que no me lo perdía. No había vuelto a ver una representación teatral desde que acabé los estudios.

Iba a quedarme sin asiento si volvía a la mesa en donde estaban Lope y Alonso, porque el anuncio de la obra había coincidido con la llegada de mucha gente, quizá informada por otros medios de la función, así que decidí sentarme por allí. Entonces me di cuenta de que, además de la fauna y flora común a todo lupanar, se habían reunido en el lugar bastantes conocidos del cabildo, aunque sin sus hábitos. Iban todos vestidos de burgueses, que es como imaginé

que asistirían por lo general al lugar. Un par de filas más adelante vi al deán Fernando el Moro junto al arzobispo mayor. Y en una esquina, encapuchado, estaba nada menos que Juan Arias, Gallinato.

La sala se quedó completamente a oscuras. Se oyeron los carraspeos de rigor y a continuación unos timbales y el dulce sonido de una flauta, que, con el telón descorriéndose de nuevo, anunciaron el comienzo de la representación. Alguien había prendido unas antorchas en el escenario, cuyo decorado representaba ahora las casas de una plaza. En el centro estaba el primer actor, que empezó a declamar en romance:

Herido estoy de oculto dardo en pecho;
sin cuento aumentan llagas y dolores.
Mas miedo no me deja declarar
el nombre de quien con su amor me hiere.

Reconocí sin duda detrás de aquellas palabras traducidas la obra latina. ¡El *Pamphilus*, nada menos! La comedia cuya representación había prohibido Gallinato a causa del entierro del arcediano Simón en la víspera. La misma que él y yo habíamos representado, con alguno más, en el Estudio General de Palencia.

Y el actor protagonista, que hacía de Pamphilus, no era otro que Romeo, el camarero de la barba cuadrada, que ahora había dejado en algún sitio la pluma de garza. Su interpretación me resultó un poco exagerada, sobre todo al principio.

Pamphilus es la historia de un burgués mediocre enamorado de una dama de familia más rica, Galatea, a la que conquista con la ayuda de una vieja alcahueta. La vieja los reúne en su casa y desaparece dejándolos solos.

Lo interesante de la comedia, lo que todo el público espera a lo largo de la representación es el momento en que Pamphilus goza a Galatea en la casa de la vieja, pese a que Galatea no parece muy de acuerdo con el plan.

Tras el quejoso parlamento inicial del enamorado Pamphilus, salió Venus a escena, y allí sí que me quedé boquiabierto. Venus estaba representada por una mujer.

Era la primera vez en mi vida que veía a una mujer haciendo una comedia.

Titiriteras y cantoras y perdularias lanzándose obscenidades en carromatos destartados, claro, pero ¿actrices que declamaran versos con pasión dramática? Nunca jamás. Sabía de las compañías itinerantes con mujeres, pero en San Millán mi condición de preste me impedía asistir a aquellas representaciones, por lo demás bastante perseguidas. Y había oído también que en las casas nobles se representan obras con las damas en papeles femeninos, pero evito como la peste ese tipo de lugares, así que yo nunca había visto comediantas de las de verdad, y, a juzgar por los aplausos y el entusiasmo que despertó en el público la salida de Venus al escenario, muchos de los presentes tampoco.

Si no recuerdo mal, en el Estudio General de Palencia había sido el ahora arzobispo Juan Arias el encargado de dar vida a una Venus más bien decepcionante. Pero esta Venus que teníamos allí, frente a nosotros, era muy diferente. Iba envuelta en una túnica de color carne no poco ceñida y que tenía dibujada su fingida desnudez. Tres estrellas amarillas de cinco puntas habían sido estratégicamente colocadas en el pubis y en los senos.

La primera pregunta que me hice es si sería aquella mujer Rosalba, la barragana del arzobispo a la que yo no había visto aún, por más que la hubiera oído gritándole a su querido. La cosa me

parecía posible aunque difícil de averiguar sin preguntarle al mismo Juan Arias, al que, puesto que andaba por allí de incógnito, no iba a acercarme tras la representación.

Por otro lado, me pregunté si sería también una mujer la encargada de representar a Galatea. En el Estudio General de Palencia, ese papel lo había hecho el ahora acabado arcediano Simón, al que colocábamos un velo que dejaba ver apenas los ojos y las pestañas. Aunque representada por dos hombres (Simón y yo), la escena en la que el imbécil de Pamphilus goza a Galatea había resultado muy perturbadora y había tenido consecuencias disciplinarias para los actores por culpa de algún chivato. La esperanza de verla en aquel momento con una mujer real me tenía con los ojos abiertos de par en par. Y a alguno más del cabildo por allí, imaginaba.

Gozar mujer podrás si en el empeño
vergüenza del deseo no confiesas,
porque, de mil, apenas una niega.
Si aquella a quien supliques te rechaza
primero con su áspera desidia
poca importancia darle deberías.
Pues tras de protestar compra el porfiado
bienes que el vendedor vender negaba.

Estas palabras de Venus, que habían provocado una ovación en el Estudio General de Palencia, veinte años después mantenían intacto su poder enervante en la variada clientela del lupanar, que reflejaba ahora, con la irrupción de los clérigos, y aunque vinieran de incógnito, mucho mejor la sociedad compostelana.

Salió Galatea. Y sí, era una mujer. Lo esperaba, pero me dejó atónito de nuevo:

Con artificios engañarme urdías
y con palabras, mas ingenio nunca
de tu mente enloquecerme podrá.

Conocía muy bien a aquella joven corpulenta que movía sus grandes pestañas con aire virginal. ¿Qué diablos hacía ahí Lupa, la tabernera quejosa? Desde luego, presencia no le faltaba, aunque en mi recuerdo la Galatea de Gallinato era más verosímil. Había abandonado, además, el román galaico, lo que la dejaba un poco desnaturalizada.

No me pareció buena comedianta ella, pero sí la que encarnaba primero a Venus y luego a la vieja alcahueta. Pude saber que eran la misma por su prosodia, porque, como Venus, iba velada de rostro y, como alcahueta, llena de maquillaje para fingir las arrugas. Pero sobre todo la delataron sus ojos claros, godos o góticos o visigóticos, o como se diga ahora, que fulgían en ambos personajes, incluso tras el velo. ¿Sería aquella mujer de dos caras, ninguna reconocible como real, Rosalba o no sería?

Y por fin llegó la esperada escena.

¡Quietas esas manos crueles, Pamphilus,
con que agravias tu amada! Oigo a la vieja...
¿Por qué así me destrozas? ¡Basta! ¡Grito!...
Malicioso me descubres..., ¡infeliz!...

Los más enajenados del público, incluidos algunos de los respetables miembros del cabildo, se habían puesto en pie sobre el banco y gritaban obscenidades que prefiero olvidar. Vi entonces a Lope, que se había sentado en la fila de delante de la mía, en actitud completamente distinta de la que tenía poco antes, cuando sonreía ante las madamiselas: parecía traspasado por la lanza de los

celos al contemplar la violencia y la pasión con la que Romeo se imponía a Lupa.

Ahí me di cuenta de que en el fondo Romeo sí resultaba buen actor, puesto que conseguía dar el tipo de fogoso enamorado de Galatea, algo tan increíble para su naturaleza como para Lope dar el tipo de peregrino o burgués.

En cuanto a mí, me sentía incómodo con el fervor libidinoso del público y con la rijosidad de los gritos que lanzaban a la actriz. Estaba más pendiente de la calidad de la representación que de la escena en sí. ¿Me estaría haciendo viejo? No lo sé. Quería fundirme en aquella corriente de lujuria general, sentir las mismas ansias que me anegaron cuando leí la comedia por primera vez, en plena juventud. Sin embargo, para mi sorpresa, no sentí nada de eso, como si estuviera ante una obra distinta de la que había representado yo. ¿Sentí lástima por Galatea?

Puesto que el mundo parecía igual, me pregunté si habría cambiado yo o la obra. O quizá fuera posible que hubiéramos cambiado los dos: el *Pamphilus* y yo.

El público aplaudía con ardor, y Lupa y Romeo agradecían la efusión. Se encendieron las luces, me di la vuelta y, entonces, vi al más inesperado asistente al espectáculo que podía haber imaginado. El maestrescuela Adán, con sus cuencas vacías y babeante, subido a su banco, chiflaba y pataleaba.

—Sotréum sol a errúba arbo Ed adréim atúp ayáv!

Dejé a Lope pastoreando su pálido rebaño de infundados celos y fui a por Adán. Salió del lupanar ya en silencio, entre otros espectadores, y enseguida, sin dejarlo alejarse demasiado, le di caza, inmovilizándolo por la espalda.

—Siérev ay Euq aitsóh Anu otém so u nómam emdatlos! —gritaba como si lo estuviera destazando.

No iba a arredrarme con sus gritos infernales. Le dije que lo había visto robar el diario místico de Serafín, le dije que estaba harto de su comportamiento incomprensible. ¿Qué tenía él que ver con el asesinato de Simón?, ¿y con la castración de Serafín?

—¡Decidme dónde tenéis el manuscrito, Ganimedes!

El problema no era tanto que no hubiera quien entendiera la especie de arameo que hablaba, sino que la gente empezó a agolparse a nuestro alrededor.

—Deja al anciano, hombre, ¿no ves que está ciego y no rige?

—Hay que ver qué mala baba tienen algunos. Hacerle algo así a un pobrecillo.

Entonces vi acercarse a nosotros a los corchetes Bernardo y Medardo disfrazados de peregrinos. Eso era más peligroso. Tuve que soltarlo.

Salió disparado, esquivando a la gente con su sorprendente habilidad. En una esquina se dio la vuelta, me miró como si me viera y me soltó uno de sus graznidos:

—Senójoc sol ed ortsáteop Ned so Euq.

Pensé que me vendría bien un vasito de vino, y volví al lupanar.

Había un rapaz parado en la esquina, mirándonos concentrado y ceñudo, con gesto de adulto, descalzo pero vestido con ropas nuevas, como para una boda o un entierro. Juraría que acababa de oír los segundos gallos cantar poco antes. Estábamos a mitad de camino entre la medianoche y el amanecer. ¿Qué hacía aquel mocoso en la calle a esas horas?

En ese momento hubo como un destello de penumbra, una luz de tinieblas en la noche, si algo así tuviera sentido. Fue como un ángel

de sombra atravesando al vuelo el siguiente cruce de la calle que llevábamos. Rápido, fugaz, pavoroso.

Busqué con la mirada al niño, que de pronto me dio mala espina, pero ya no estaba.

—¿Habéis visto eso? —pregunté.

—Si me cai! Si me cai! —me alarmó Lope.

Llevábamos entre los dos colgado de nuestros hombros al correo Alonso, que era el que se había cogido la tajada peor y apenas conseguía dar un paso de cada cuatro, arrastrándose casi siempre, volcado a veces sobre uno, a veces sobre otro. Pesaba una tonelada, y nosotros no íbamos muy cristianos tampoco. A punto estuvimos de rodar ahí.

Y es que en el lupanar del cabildo, sabiendo que localizar a Garza no iba a resultar nada sencillo, Alonso se había desanimado, y mientras los demás veíamos el *Pamphilus*, para olvidar las penas se había enredado a beber y a jugar a los dados, demostrando que no era fanfarronería aquello de que no perdía nunca. Cuantas más veces ganaba, más rivales acudían al reto y más se le abultaba la bolsa, para su disgusto. Los dados lo cansaban pronto, y él quería jugar al ajedrez. Pero sus rivales estaban empeñados en arruinarse y lo retaban una y otra vez, mientras él bebía esperando a que su suerte cambiara y alguien le ofreciera montar un tablero.

Los únicos que no se atrevieron a enfrentarse a él fueron los dos guardias, Bernardo y Medardo. Habían entrado a la vez que nosotros y se habían sentado desde el principio en una mesa no muy lejana a la que teníamos al principio para poder escuchar lo que decíamos. En fin, cuando acabó el *Pamphilus*, el correo Alonso tenía ya la bolsa a reventar y llevaba una cogorza de época.

Entonces regresó a su mesa un hombre que poco antes, tras perder y perder, al ver caer los dados de Alonso una vez más con

jugada ganadora, le había entregado las monedas que le quedaban y se había declarado en ruina. Volvió a sentarse ante él con rostro determinado y le hizo un reto mayor:

—Todo el dinero que me has ganado a cambio de mi mujer y mi casa.

—No quiero ni tu casa ni tu mujer —le afeó el gesto Alonso—. ¿Tienes un caballo?

—Tengo un mulo.

—Pues tu mulo por todo el dinero que te he ganado a ti y todo el resto que hay en esta bolsa. Pero tiene que ser al ajedrez.

Respiré con alivio cuando el jugador poseso aceptó, porque los locos perdedores me despiertan una compasión irrefrenable, aunque no se inmuten al deshacer la vida de los que los soportan: de todos modos, su mujer estaría mejor con cualquier otra persona que con él.

Alonso resistió lo suficiente en la partida como para emborracharse hasta casi rozar la pérdida de conocimiento, pero acabó cayendo derrotado, por fin. Era lo que buscaba, lo que pedimos todos, un castigo para tapar el sufrimiento.

Sin embargo, el jugador poseso necesitaba más:

—Pues vamos otra vez a los dados: me juego esta misma bolsa contra tu mujer.

Afortunadamente, Alonso no podía ya ni hablar, y Lope y yo decidimos llevárnoslo. Bajábamos los tres caminando a trompicones por la rúa das Casas Reais, a pocas cuadras de la Taberna del Mono Chispo, y yo acababa de tener un espejismo pavoroso, que quería achacar al vino, a pesar de que aquella ciudad me tenía escamado.

Entonces vi otra vez aquel fulgor de sombra, con la particularidad de que estábamos más cerca, y venía acompañado de un murmullo

de letanía de voces agudas, rápidas y crispadas. Lope se detuvo. Esta vez él también lo había sentido.

—A Santa Compañía! —exclamó—. A terra, rápido, a terra!

Se tiró al suelo él y tras él caímos Alonso y yo sin remedio. Ante nosotros, calle abajo, cruzaba una procesión de encapuchados vestidos de blanco.

—Non mirare, fráter! —me acuciaba Lope musitando, pero con fuerza y con urgencia—. Como dormito o morto!

¿Cómo no iba a mirar? La posición no era la mejor, porque con el peso de Alonso yo había caído casi de espaldas y en diagonal, así que tenía que mirar de soslayo y veía la procesión al revés. Por otra parte, el vino casi me chorreaba por las orejas.

Los componentes del cortejo eran espigados y ligeros, arrastraban las faldas por el aire, como si flotaran cerca del suelo, y todos llevaban en las manos hachas de cera prendidas. Iban muy rápido, lo que le daba un efecto espeluznante a la visión.

Pero al menos pasaron deprisa.

Nos quedamos callados e inmóviles todavía un rato.

—Sona un susurro di alma! —dijo Lope en su cuchicheo acuciante, revolviéndose—, la tinemos serca, muuucho serca!

—Es el ronquido de Alonso —lo tranquilicé.

Lope me explicó que aquella era una procesión habitual en la noche compostelana, desde que acaban las vísperas y comienzan los maitines, momento en que se abren las puertas del Alén y las almas se pasean impunemente por el Aquén.

—Almas in pena qui levan moribundios al cimiterio, e a spíritus di mortos al inferno e lo purgatorio.

Estaba convencido de que el único modo de librarse de ellos era tirarse al suelo haciéndose el dormido o el muerto.

—Pero si ti buscan a ti non nada puede liberarti, fráter. Istás perduto! Intran tu casa per il oio di la cirtatura e si levan il alma sin rimedio!

Me explicó que siempre marchan con un vivo delante, de guía, también con su cirio: un incauto de los que se cruzan con ellos y no se hacen los muertos, decía, o uno con algún pecado terrible. Era el modo de que les abrieran sin cuidado las puertas del infierno.

—Il pobre! Lo qui ve a cada noche con oios suios, en il fragore de infierno, lo va consumendo como vela di mano suya, ronda a ronda, hasta que si apaca.

Al parecer, el desdichado que guía la procesión solo puede liberarse si se le acerca otro tan incauto como él y consigue colocarle la vela, traspasándole así su maldición.

Cuando acabó su cuento de magas, le pregunté a Lope si creía todas esas simplezas.

—Non e necesario nin creere nin decreere di a Santa Compañía: basta hacersi il morto o dormito cuando lega, e non si te levan la ánima, fráter!

Así que debió de ser poco después de los segundos gallos, más cerca del amanecer que de la medianoche, cuando llegamos por fin, rendidos, al ochavo de la taberna de Lupa, en donde queríamos acostar al correo Alonso. Nos detuvimos de nuevo cuando vimos más arriba, en la rúa, a las puertas de la taberna, un grupo de jóvenes reunido, tan a deshora, hablando a gritos entre ellos, divertidos y burlones. Le pedí a Lope que se quedara con el desvanecido Alonso en la esquina de abajo. Me acerqué, saludé e intenté entrar, pero dos de ellos se me encararon. Cuando les confirmé que no era de la casa, me pidieron que me volviera por donde había venido.

—No son horas de visita, borrachuzo.

Lo mismo pensaba yo, pero no me estuve a discutirlo, eran muchos. Hice como que retrocedía, torcí en la esquina y le pedí a Lope que dejara allí al correo Alonso y fuera a buscar a la ronda.

—Tráemela como sea —le pedí.

Bordeé la casa hasta llegar a un punto en que el muro era un poco más bajo. Ahí trepé y me tumbé encima.

—Facundo, ítemo por mi honra y por la tuya! —estaba gritando dona Pedra, verdaderamente asustada, cuando me asomé.

—¡Tranquila! —decía su marido, encarado con uno de los jóvenes, al que increpaba—: ¡Fuera de esta casa! Os voy a denunciar a la ronda.

Al ver el panorama se me pasó la curda del todo.

Cualquiera que haya estado una temporada en la milicia o en un estudio general conoce ese tipo de jaurías. Actúan a cara descubierta, aunque no están permitidas en absoluto por las autoridades, que se conforman con mirar a otro lado, si no es que las utilizan para acosar a alguien. Pero por lo general no atacan a familias de burgueses y comerciantes cristianos. Están especializados en familias de judíos y moriscos, renegados o sin renegar, aunque también en todo tipo de extranjeros de primera remesa o, si no hay nada más consistente, en familias del lugar, sí, pero muy venidas a menos, con deudas importantes, mejor si el cabeza de familia ha cometido algún crimen, y siempre que tengan hijas y no haya hermanos, para no verse obligados a matarlos. Porque, si no, la venganza puede darle la vuelta a la pesadilla algún día.

Ninguno de esos casos era el de la familia de Facundo. Así que solo quedaba una opción: a veces actuaban de encargo contra quien resultara molesto para quien los contratara, por lo general alguien con poder suficiente para después echar tierra sobre el asunto.

Su hazaña consiste en violar, todos en fila, a una muchacha a la que han echado el ojo con anterioridad. Y, si surge resistencia seria por parte de alguien, a todas las mujeres de la casa, ancianas o niñas. Conocido a menudo por las víctimas, este detalle suele ahorrarles problemas.

No se veía a los criados. Pensé que habrían sido reducidos previamente o que habían aprovechado para atacar en su noche de descanso. Me deslicé en el interior del huerto justo en el momento en que Lupa, que estaba en camisa, le daba por sorpresa un sopapo enorme a uno que la había cogido del brazo y lo dejaba fuera de la pelea. Salió corriendo a continuación hacia la cuadra, sin demasiadas posibilidades. Dos de los que andaban por ahí la atraparon de inmediato y le pusieron una faca en la barriga. Lupa se echó a llorar en silencio.

En el suelo había una azada que pasó deprisa a mis manos.

Uno de los chicos le arrancó la camisa a Lupa, que lo insultó con ronquera de furia pero inmóvil. Facundo gritó enfurecido también, yendo hacia ellos, pero lo volcaron entre otros dos. El jefe de la banda se acercó a Lupa y se bajó las calzas, momento que aproveché para atacar desde detrás de él. Lo sobrepasé y golpeé con la azada al que llevaba la faca. Uno menos. Por fortuna, el que le había arrancado la camisa a Lupa la soltó y se retiró asustado, así que el siguiente al que le aticé con el azadón y en la cabeza fue al jefe, que, maldiciendo su suerte, estaba intentando volver a subirse las calzas. Quedó tumbado bocarriba.

Lamentablemente, los demás no se dejaron llevar por el pánico, lo que era casi mi única posibilidad. Aunque muy inexpertos, eran demasiados. Conseguí librarme de los dos primeros, pero en uno de los mandobles perdí la cabeza de la azada. Con el palo detuve el ataque de uno más y lo tumbé. Entonces me llevé un buen estacazo

por detrás y, una vez en el suelo, me cayeron como lobos, sacudiéndome patadas y trompazos.

Mala cosa.

—*Fillos de perra! Galiñas!* —les gritaba la valiente Lupa.

Antes de que me desvaneciera me pareció oír gritos fuera:

—¡La ronda, vámonos, vámonos!

Eso sí que no me lo esperaba. Dejaron de lloverme golpes. Y bendije a Lope. Si no hubiera sido por él, ahí se habría acabado mi aventura compostelana.

—Lo han matado, lo han matado —decía dona Pedra de mí.

No, dona, pensé. Es que no puedo ni moverme. Me había vuelto la borrachera de golpe.

Entre todos me levantaron.

—¡Ve por agua! —le dijo dona Pedra a su hija, volviendo conmigo.

—Non, por os santos, Lupa! Aqua non! Trae di vino, que non mi tengo di sed! —suplicó Lope entrando en el jardín y yendo a consolar a su amada. Estaba aterrado.

Tras Lope llegaron varios corchetes indignados con él, y al frente de ellos Bernardo y Medardo, todavía disfrazados de peregrinos. Protestaban porque Lope había mentido a la autoridad, y se lo querían llevar. Pero ahí se las tuvieron que ver con dona Pedra.

Luego me contó mi amigo que los había alertado del vuelco de un carro con barricas de vino a la puerta de la casa del bodeguero. Nunca se habrían acercado para ayudar.

—Pero per vino regalato...!

Cuando consiguió librarse de la ronda, Lope se encargó de recoger a Alonso de la esquina en donde había quedado tirado y de subirlo a su habitación para que durmiera allí la mona. Mientras tanto, dona Pedra me curaba las muchas heridas, despotricando contra los chicos.

—Son del noviciado de la catedral —decía—, y bien conocidos. A más de uno lo veo yo en las procesiones con su cruz auestas, rezando.

—Esto ha llegado demasiado lejos —se lamentaba Facundo, desolado—. Mañana le vendo el edificio al cabildo. ¡Se acabó!

Por su parte, dona Pedra estaba desorientada, incapaz de imponerse por primera vez. La que respondió, entonces, fue Lupa:

—Dáslles a taberna e a casa..., e por que che deixarían as viñas, ou o gando, en lugar de quedar con todo?

Le dijo que si cedía se quedaba sin hija y no volvía a hablarle nunca más.

CUARTO DÍA

¡Salve, autor!

Siempre me ha inquietado que me vean dormir.

Cuando abrí los ojos, tenía ante mí un par de ellos que me miraba en silencio. Es lo primero que vi. Dos ojos grandes, enormes, mirándome. Al principio no fui capaz de entender que a su alrededor había una figura humana. Solo dos ojos.

Cerré los míos para intentar volver a la horrible pesadilla en la que había pasado la noche, pero no conseguí retomarla. No sabía dónde estaba. Solo que me dolía tremendamente el cuerpo, de la coronilla a las puntas de los pies.

Volví a abrirlos.

No era el camarero de la mañana anterior. Romeo, el de Juan Arias, estaba frente a mí, a los pies de la cama, hierático, sosteniendo una bandeja con una jarra de vino caliente y un vaso de plata repujada. Me miraba con ojos encendidos con kohl de antimonio. Tenía el cutis blanco, casi transparente, de esa palidez que solo consiguen las mujeres comiendo todos los días un poquito de barro perfumado con ámbar. Sus mejillas arreboladas con granada y bermellón contrastaban con la negrura de su barba cuadrata. Vestía una túnica de raso blanco, como la de los dominicos pero más garbosa. Iba tocado con un bonete de paño color turquesa. Y la pluma había cambiado. No pude reconocer el ave a

que pertenecía. Sus reflejos de oliva en fondo morado hacían juego con el paño del bonete.

Más tarde me di cuenta de que su porte tenía gracia. De momento, solo había conseguido aterrorizarme.

—Buenos días, páter. ¿Has dormido bien?

Debía de ser tarde. Del exterior llegaba por el ventanuco una alegre algarabía, en la que los gritos de los vendedores ambulantes que pregonaban las excelencias de sus mercaderías se mezclaban con los mugidos de las reses, los relinchos de las monturas y las llamadas al arrepentimiento de los predicadores ambulantes. Todo ello sobre un fondo de cacareos y música de flautas, laúdes y vihuelas.

—¿Un tazón de vino caliente? —me ofreció Romeo, mostrándome la bandeja.

Me incorporé para alcanzar el vaso que me tendía. La estocada de dolor en la ijada me trajo de golpe a la memoria la batalla de la noche anterior. Me escocían los nudillos de ambas manos, y sentía una quemazón en el pómulo derecho. Al pasarme la lengua por los labios los noté inflamados.

—Para el ojo hinchado dicen que es bueno ponerse una llave de latón en el párpado y presionar un poco.

La pregunta era qué hacía él ahí y dónde estaba mi camarero. Pero no la hice.

—Nada que no se cure con un vaso de vino —le solté—. Pero siempre aderezado con cardamomo.

—¿Cardamomo, páter? —preguntó atónito el presumido camarero.

—El primer vino del día hay que tomarlo con cardamomo. Es una costumbre que aprendí en Damasco —le dije, para dejarlo aún más

desconcertado—. El cardamomo alivia la fatiga, cría sangre, es carminativo y protege contra la peste.

—Os traigo enseguida unos granos molidos —se excusó.

Aproveché su salida del aposento para levantarme, y me sorprendió descubrir que estaba vestido solo con una camisa y unos calzones. No recordaba haberme deshecho de la ropa antes de meterme en la cama. Tomé en una de las ampollas de Abenmasarra que llevaba en el zurrón una muestra del vino que me había traído, abrí el ventanuco y arrojé el resto a la plaza. Alguien me maldijo.

No me gusta que me vean dormir, pero todavía me gusta menos que intenten envenenarme.

Cuando entró Romeo con el cardamomo molido en un pequeño cuenco de cerámica, yo ya estaba en la cama otra vez y me limpiaba la boca con el revés de la mano, simulando no haberme podido resistir al aroma de aquel vino.

—¿Otro vaso, páter?

Le dije que no y le pedí mi ropa. Tenía mucho que hacer aquella mañana. Entre otras cosas, plantarme ante Fernando y pedirle explicaciones sobre las jaurías de novicios y el ataque que había sufrido la familia de Facundo la noche anterior. No estaba seguro de poder controlar la ira. Le pregunté a Romeo dónde podía encontrar al deán a esas horas de la mañana.

—Pasa la mañana de visita por la diócesis, pero almorzará como todos los días en el palacio del arzobispo. Hay tiempo para hacer de cámara, rasurarte sin prisa y tomar un baño. Mientras, pido que sirvan la mesa.

No iba a dejar que me envenenara tan fácilmente. Sin embargo, la idea de sumergir el cuerpo dolorido en agua caliente me resultó irresistible. No estoy acostumbrado a semejantes delicadezas. Salvo que haga mucho calor, duermo vestido, hago de vientre en un bacín

de barro y desayuno un tazón de vino caliente al amanecer. Un día a la semana me lavo las partes más sucias en la orilla del río si hace calor o en una palangana si empieza a apretar el frío. De mi pequeña tonsura y la barba se ocupa los miércoles y los sábados Toribio, un vecino de San Millán que se cree barbero porque su padre era esquilador de ovejas. No tiene finura, pero es eficiente.

Mientras me explicaba que aquellos habían sido durante mucho tiempo los aposentos del deán Fernando el Moro, Romeo me condujo a la cámara de baño, fuera de la habitación, por un pasillo. Era la primera vez que yo entraba en una. Había oído hablar de sus pilas en las que cabe el cuerpo entero, pero no me las había imaginado tan cálidas, acogedoras, espaciosas y refinadas como aquella.

—Este sitio que ves aquí es el bacín. Toma asiento en él y evacua mayores y menores sin preocuparte de nada.

Pero eso para mí era imposible. Le expliqué que ni siquiera en el campo de batalla, cuando ya están formados los escuadrones y la inminencia del combate suelta las tripas del soldado más templado, he sido yo capaz de pedirle a un compañero que me sujetara la jabalina para alzarme la loriga y hacer de vientre allí, como otros muchos. Hay actividades que solo puedo llevar a cabo si me encuentro a solas, en silencio y lejos de la mirada de mis semejantes. Esta es la principal de ellas. La segunda es hablar curso rimado con sílabas contadas por cuaderna vía.

—Anda, déjame solo —le pedí.

Romeo se sorprendió de que quisiera enjabonarme sin ayuda de ninguna clase en aquella gran pila que los criados acababan de llenar con agua tibia. Pero en Madriz, la aldea de San Millán donde nací, al otro lado del río Cárdenas, es costumbre que las madres

enseñen a los niños a vestirse y desvestirse solos. Domino la técnica desde crío.

—Ahí tienes la ropa —señaló, resignado a marcharse—. Anoche me permití deshacerte de ella y bajársela a las lavanderas. Ya está seca. Los zapatos los he limpiado yo mismo con el cuidado que merecen.

—¿Te gustan? —le pregunté con una pizca de envanecimiento.

—¿Que si me gustan? —preguntó a su vez—. Los he dibujado en la memoria para mandar que me corten dos pares iguales.

No me entretuve mucho con mi desnudez para no pecar de lujuria, y cuando salí del baño y me llegué de nuevo a mi habitación, me sorprendió la contumacia de aquel hombre. Había cubierto la mesa con un mantel de hilo blanco y había servido viandas para alimentar a un cabildo catedralicio: huevos de faisán, de gallina y de oca, tocino, mantequilla, frutas variadas, arenques ahumados, cuello de cordero cocido, un queso de tetilla y otro que imaginé que era una maravilla de la que me habían hablado en San Millán.

—No, no es de Cebreiro —me corrigió Romeo—, es queso de la sierra de La Carba, que el cabildo admite como diezmo.

El pincerna me esperaba de pie, al lado de mi asiento, con un jarro de vino humeante, dispuesto a servirme el caldo cuando se lo solicitara.

Le propuse con despreocupación que me acompañara a la mesa.

Estudí su reacción con placer. La idea de comer conmigo lo turbó bastante y se quedó mudo. Y cuando le repetí la invitación la rechazó: llevaba desayunado desde hacía rato, y por expreso mandato del deán Fernando no se permitía a los sirvientes sentarse con las dignidades del cabildo. Le recordé que yo no lo era.

—Páter —me preguntó de pronto—, ¿sospechas que están envenenando al cabildo?

Me tomé un tiempo para darle respuesta. Después lo miré directamente a los ojos:

—Alguien está suministrando a mis viejos amigos cornezuelo de centeno —dije—, y luego les pasan cosas muy extrañas. Eso sé.

—Y piensas que ese alguien soy yo —me dijo con gesto serio.

Ahí me callé.

Entonces acercó con resolución una silla a la mesa, se sentó y fue probando, uno a uno, los quesos, las carnes y las frutas, antes de servírmelas a mí. Confieso que me hizo sentirme un poco mentecato cuando empecé a comer yo también.

—Ahora, si me lo permites —añadió—, para completar la salva voy a darle un buen trago al vino. Te he traído uno de la uva mencía que hacen por aquí, y que me parece que te va a gustar más que el del Ulla. Como a mí, si te digo la verdad.

Sirvió vino en dos copas y bebió de la suya. Y como siempre sucede, la comida y el vino fueron alimentando a los comensales y la conversación, y pude preguntarle lo que más curiosidad me provocaba.

—¿Siempre llevas plumas en el tocado?

—Las plumas vienen de las aves, y las aves vuelan cerca del cielo —respondió.

Tenía, además de las dos que ya había visto, una gris oscuro con iridiscencias cárdenas y otra de color negro opaco, sin iridiscencias, para alternar con la blanca los días de diario.

—Y para las fiestas de guardar tengo una pluma color marrón sólido, que se va aclarando hacia un anaranjado cercano al blanco —añadió—. ¿Te gusta esta?

—Yo soy de otra época, Romeo. No me atrevo a tanto acicalamiento.

—Me extraña que diga eso un poeta. Tan artificial es la retórica como la cosmética, páter. Administradas en su justa medida, mejoran la naturaleza.

Desayunar con un hombre sabio es algo que aconsejo a todo el mundo que haya recibido una paliza el día anterior. A Romeo lo que le molestaba era que quienes critican a las mujeres que se enrojecen los labios con *minium* luego pidan oscurecerse el cabello y las barbas todas las semanas, como era el caso, al parecer, del deán Fernando el Moro. Eso me contó.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba al servicio del arzobispo y me dijo que cosa de cinco años. No sabía su edad, pero calculaba unos veinte.

—¡Pues parece que tuvieras más! —le dije extrañado.

—Cuentan que cuando la desdichada de mi madre me abandonó en el torno de las clarisas yo ya tenía todos los dientes.

Se había criado en el convento durante más de una década.

—Viví con las freilas participando de sus rezos, juegos y lecturas, y creyéndome una monja más entre ellas.

Porque cuando iba a cumplir cinco años, y por tanto se dispusieron a sacarlo por el torno, él lloró y lloró, y las monjas con él. Decidieron que se quedara. Nunca había salido del convento, y se figuraba que todo el mundo era así. La costumbre de pintarse los ojos con kohl, asearse todos los días con fragancias olorosas, tocarse con plumas y perfumarse el cuerpo después del baño las adquirió en sus primeros años de vida.

—Hasta que un día la abadesa me mandó llamar. En el pecho ya empezaban a asomarme los pelos, y en la cara unas cerdas como escarpas.

Hildegarda le explicó por qué no podía ser monja, y el futuro que el arzobispo y ella habían pensado para él.

La abadesa Hilda era una de las personas de allí que más curiosidad me provocaban.

—¿Qué puedo decirte de ella? Es mi madre, páter. Y una santa, que concibe la vida como entrega a los demás. A veces asusta.

Eso no me lo creí. Ni cuando me dijo que el arzobispo era como su padre. Yo había visto muy bien cómo miraba Gallinato a Romeo y ahí no me parecía que hubiera una relación paternofilial.

—¿Quién prepara el vino, dime? ¿Lo llenas tú mismo de la barrica?

Me dijo que antes sí, pero que ahora solo lo servía por capricho del arzobispo, y de hecho su primera función al servicio de Juan Arias había sido la de pincerna, y ahí aprendió todo lo que sabía de vinos. Hasta que llegaba a la mesa se encargaba de todo el fráter bodeguero.

—¿Es persona de fiar?

Lo odiaba, porque iba diciendo por ahí que a Romeo le gustaba yacer con hombres.

Cuando tocaron a sexta, ya hacía mucho tiempo que habíamos terminado de desayunar aquella salva convertida en banquete, ahítos los dos. Mientras Romeo recogía el desayuno, me ejercité un poco con el saco de arena, que diligentemente el otro camarero, el mío, había colgado de una viga del techo. La paliza del día anterior me molestaba tanto como me animaba al ejercicio.

Salí a la plaza, que estaba tan llena de vendedores ambulantes y peregrinos como siempre. Un enjambre de rapaces descalzos y con churretes en la cara me rodeó para pedirme limosna. Aproveché que se cruzaba una reata de yeguas para desembarazarme de ellos, pero

a punto estuve en esa maniobra de ser arrollado por un carro de bueyes. No había visto una plaza tan animada y peligrosa ni en Berbería. A cada paso, alguien te ofrecía pan o te preguntaba si vendías vino o si sabías de alguien que cortara buenos zapatos o si te interesaba comprar una vaca o alquilar una hacienda. Todos pregonaban a voz en grito las maravillas de sus vestidos, sus muebles o su miel, y se mezclaban cruzando en distintas direcciones las piaras de cerdos con las recuas de pollinos y los rebaños de ovejas.

Busqué un sitio a la sombra donde se viera bien la puerta de la canónica. Justo a mi lado había una de esas cuadrillas de tunantes que viven de la sopa boba y las pocas monedas que consiguen con sus chocarrerías. Eran cinco zarrapastrosos que me recordaron a nosotros mismos, la cuadrilla de Palencia: dos rasgaban la guitarra, otro tocaba el laúd, otro más la bandurria, y el quinto daba brincos haciendo sonar un pandero de panza de burro, tersa y lisa como su cráneo:

Por Dios, Lucía Sánchez, dona Lucía,
si yo foderos pudiese os fodería!

En el fondo me placen estos músicos ambulantes: sus coplas son indecentes y si te roban los versos los destrozan, pero siempre me acaban sorprendiendo con alguna ocurrencia de las que no se consiguen puliendo palabras en la soledad de un escritorio.

Como suelen hacer, sin preocuparse por el cambio de aires, empezaron a entonar una canción que me resultó vagamente familiar:

De un otro milagro os queremos contar
que se dio en otro tiempo en un puerto de mar
así entenderéis y podréis bien jurar:

la virtud de María es en todo lugar.

Me halagó escuchar versos míos en aquella plaza. Era uno de los milagros de la Virgen que estaba componiendo para reunirlos en una obra que diese en román lo que se cantaba en latín desde antiguo. Haría cosa de seis o siete meses que lo había compuesto, y no tenía idea de cómo habría acabado en el repertorio de aquellos vagamundos, pero sin duda igual que el poema sobre el jardín y la fuente de los evangelistas que también había llegado a oídos de Fernando el Moro. Mi fatuidad me llevaba a dejar copia de mis poemas en manos de desastrados maltratadores como aquellos, que no son sino fugaces estrellas llovedizas en la constelación poética.

Asistí con dolor al recitado de unos versos que me parecieron depauperados. Cuando terminaron de cantar, me acerqué a ellos y les dije que la copla era mía.

—Soy Gonzalo de Berceo —les expliqué con una ingenuidad que hoy me conmueve.

Me miraron con más pasmo que curiosidad, luego se miraron entre ellos, y por último rompieron a reír.

—¡Salve, autor! —se burló el calvo de la pandereta.

Se alejaron de allí entre risas, dejándome corrido.

En ese momento vi la figura de Romeo cruzando la plaza. Lo estaba esperando. Sabía que no iba a quedarse mucho rato en la canónica, pues la amenaza de que yo conociera su participación bastante poco mágica en la maldición del cabildo tenía que llevarlo a pedir instrucciones. Supuse que se dirigía al pazo de Fernando el Moro, la autoridad a la que lo imaginaba sometido. Pero tomó hacia el este rodeando la catedral. Lo seguí. Que volviera como si nada al arzobispado no entraba en mis cálculos.

Y efectivamente tomó por la rúa da Trindade hacia el arzobispado, pero luego pasó bajo el arco del pazo del arzobispo y

siguió su vía atravesando el Obradoiro.

¿Adónde iría?

Cruzó la plaza en dirección a la puerta de la muralla, y salió de la ciudad por los mismos senderos por los que la primera noche yo había creído seguir a una aguadora de ojos góticos. Estaba entonces fuera de mí, pero no lo suficiente como para no recordar ahora el pantanal hacia el que se dirigía Romeo.

A distancia prudente del camarero de la barba cuadrata, pero sin perderlo de vista, pude contemplar a plena luz del día lo que me había parecido un paisaje onírico e imposible de noche. El sendero discurría con dificultad por un lodazal apestoso, bordeando cañaverales y juncuales. A cada paso notaba cómo mis pies se hundían en el denso limo, pero evitaba mirar hacia abajo. No quería perder a Romeo ni perderme yo, pero sobre todo no quería constatar la pérdida de mis zapatos nuevos arruinados, como los anteriores, por el lodo. Atravesamos el robledal, que parecía cobrar vida de noche, y al salir de la arboleda reconocí la cruceta donde había pasado la noche.

Un poco más allá estaba el que sin duda alguna era el convento de las freilas clarisas. Pero no se encontraba en ruinas, como yo creí verlo de noche, sino nuevecito, como lo había visto de mañana y me lo habían descrito el día anterior.

El convento tenía entrada de fortaleza, por un piso elevado al que se accedía subiendo una escala de forja y pasando luego una plataforma con una parte levadiza que aseguraba el aislamiento de las monjas. Solo faltaba un foso con fieras marinas alrededor. Cuando Romeo llegó al último peldaño, alguien desde el interior accionó un mecanismo que hizo descender el puente de madera. Romeo lo cruzó y se detuvo en la plataforma ante la entrada.

La puerta del convento se abrió y el camarero de la barba cuadrata desapareció tras ella.

—¿Se puede saber de dónde venís, con el ojo morado como un gamberro? Me estáis poniendo perdida de fango la alfombra. Y esta la encargué tejer en Florencia con seda traída de Oriente.

Di un paso atrás, avergonzado. Tenía los zapatos de gamuza azul y las calzas llenas de barro.

—He salido extramuros, para echar un vistazo al convento ese de clarisas.

—¿A pie? ¡Haberme pedido un coche! Por cierto, ¿habéis visto a mi criado? No ha venido a despertarme y no lo encuentran por ninguna parte.

Se le veía dolido por haber tenido que vestirse y desayunar solo. Así que no me atreví a confesarle que yo había estado muy bien acompañado. Era evidente que el compañero de juventud que tantas veces había dormido tiritando de frío en su camastro de estudiante se había acostumbrado a los privilegios de su dignidad. ¿Y quién era yo para reprochárselo? Me había bastado probar una sola vez el desayuno de los arzobispos para que se me hiciera molesta la idea de tomarme un tazón de vino caliente de madrugada en mi pobre casa de San Millán.

—El mejor remedio para el ojo morado es hacerle friegas de vino —me aconsejó—. Me lo enseñó Hilda, la abadesa de las clarisas.

Le pedí que me contara todo lo que supiera de esa mujer. Se mostró convencido de que era una santa, por infamantes y variadas que fueran las especies que circulaban por Santiago. Le pregunté si

era verdad que había seducido a un noble anciano con fama de sodomita.

—¡Y cuántas no intentan lo mismo! Seducir para unos es enamorar para otros. En cuanto a lo de puto, no voy a explicaros a vos que la fama es tan caprichosa e ingobernable como el viento de la fortuna.

Gallinato estaba asustado de las cosas que se dirían de él en su ausencia.

—Es la lacra de nuestro tiempo —sostenía—, pero más que a ellas, hay que achacárselo a esos maridos que no las sujetan con firmeza. Hilda es una santa, pero mujer al cabo.

Cuando enviudó, me dijo, la que ahora era abadesa se presentó en el arzobispado en busca de un permiso para fundar una comunidad en la que se admitieran, además de mujeres que se habían quedado solas en la vida pero tenían medios de subsistencia, como ella misma, muchas otras que no los tenían o que se habían descarriado. Gallinato, que era entonces deán, le pidió que diera su fortuna heredada al cabildo y se retirara en un convento ya reglado y con todos los permisos en orden.

—No quiso —se lamentó—. Pero ¡que se esforzara en montar ella uno no puede considerarse razón de condena!

Gallinato me explicó que, puesto que esta Hilda ya había aceptado ponerse bajo la dirección de los jerónimos, solo había que darle el último empujón. Estaba convencido de que en cuanto las monjas abandonaran el enclave insalubre y tenebroso del pantanal del río Sarela, guarida habitual de forajidos y malhechores, las aguas volverían a su cauce.

—A todos nos hace mucha falta una comunidad de mujeres que con sus rezos y encierro salven almas —concluyó.

Sin hablarle de Romeo, le expliqué que había algunas cosas, incluidas las acusaciones de brujería de Fernando el Moro, que me hacían necesitar una larga conversación con la misteriosa abadesa de ese convento. Le pedí que me buscara una excusa para concertar una entrevista con ella.

—Ya está —dijo después de pensarlo un poco—: os voy a nombrar penitenciario del convento mientras decido quién será el sustituto de nuestro querido arcediano Simón.

Eso no me lo esperaba. ¡Confesor de freilas! Antes muerto.

—No. No hace falta tanto. Yo lo que...

—¡Sí! —me interrumpió—. Quiero que comprobéis por vos mismo que la abadesa Hilda es una santa.

También quería que me encargara de convencerla de que tenía que dejar el lugar inhóspito en el que vivía la comunidad para volver a la ciudad y ponerse bajo la regla de los jerónimos.

Me di cuenta enseguida de que yo solito me había metido en el berenjenal. No me apetecía confesar freilas, y casi menos aún andar incordiándolas en nombre de Gallinato. Sé muy bien lo celosas que son siempre de su independencia las comunidades monásticas.

Pero, por otro lado, la curiosidad me podía. Quería saber lo que se cocía en aquel convento. Y para mi encargo era necesario ir allí de algún modo. Intenté ganar un poco de tiempo.

—Dejadme pensarlo —le dije—. Antes de nada, necesito hablar con esa organista de la catedral. Me dicen por ahí que solo vos la conocéis.

Gallinato, al oírme, saltó como impulsado por un resorte y se sentó a la mesa, tomó uno de esos delicados y maravillosos pergaminos de vitela, mojó la pluma en el tintero y se puso a escribir sobre él.

Le pedí que dejara la correspondencia para otro momento, porque tenía que irme.

—Estoy haciendo la cédula que os convierte en penitenciario temporal de ese convento —dijo sin dejar de escribir—. Os informo de que la abadesa es también nuestra excelsa organista, un secreto que los dos hemos guardado con escrúpulo y que sabréis mantener. Como habréis comprobado, su música unida al coro de nuestro malogrado Serafín es uno de los elementos más importantes en la llamada a la devoción de los visitantes. Lo primero de todo, por tanto, es que vayáis a hablar con ella.

No me quedó otra que aceptar. En el fondo, si quería averiguar lo que se cocía en aquel lugar, ¿qué mejor manera que tener la posibilidad de confesar a quienes vivían allí?

Me faltaba solo una cuestión que tratar con él. Lo que más me preocupaba. Tenía que contarle lo que había pasado la noche anterior en la bodega de Facundo, y la implicación directa e indudable de Fernando el Moro en el violento asalto. Pero no encontraba modo de abordar el asunto, y tampoco sabía hasta qué punto era conveniente informarle de eso. Si se indignaba y le daba, por ejemplo, por reprender a Fernando el Moro, le pondría sobre aviso de que le seguía la pista.

—Una cosita más... —comencé a decirle.

Entonces se oyeron unas voces airadas en el piso de abajo. Alguien exigía ver a Juan Arias y otros intentaban impedirselo. Gallinato se puso en pie cuando un joven con la cabeza aparatosamente vendada, al que enseguida reconocí, irrumpió en el gabinete a la carrera y detrás de él dos criados intentando pararlo.

—¡Basta! —ordenó el arzobispo con autoridad—. ¿Qué es todo ese escándalo?

Sin reparar en mi presencia, el joven de la cabeza vendada se arrodilló ante él con la intención de besarle el anillo, pero el arzobispo dio un paso atrás y le retiró la mano.

—¿Qué maneras son estas de entrar en mi casa? ¿No ves que estoy reunido?

Sin embargo, aquel muchacho venía demasiado alterado para percibir otra cosa que no fuera su propia agitación. Temblaba y se había quedado allí, en el centro de la estancia, arrodillado y recogido, rezando o, más bien, sollozando en un estado lastimoso. Teñido de sangre, el lienzo que rodeaba su cabeza, al aflojarse, le había tapado el ojo derecho. El que quedaba al descubierto tenía un hermoso color cárdeno. Recordaba haberle atizado bien fuerte con la azada en la cabeza, pero ese ojo morado solo podía haber sido causado por mi formidable ictus de siniestra, golpe que (Dios me perdone la inmodestia) siempre me ha dado la victoria. De haber sido capaz de levantar la cabeza y abrir ese ojo tumefacto, me habría visto allí sentado, mirándolo con una estúpida sonrisa de púgil atontado pero vencedor que se me había dibujado en los labios y que no había forma de borrar. Mi ojo morado era mucho menos escandaloso.

—Anoche... —balbuceó por fin—. Anoche se detuvieron con sus rezos del diablo ante el palacete.

—¿Quiénes? —le preguntó Gallinato.

—Dicen que empezaron a entrar por todas partes, por las luces de las puertas, por las chimeneas, por las rendijas de las ventanas... ¡Como un vendaval!

— Pero ¡¿quiénes?! —Gallinato estaba empezando a preocuparse de verdad.

—Los criados. Me lo han dicho los criados. Cuando he ido esta mañana, seguían aterrados. Se habían encerrado en las cocinas

todos juntos. Han pasado la noche rezando allí, y oyendo sus lamentos.

—¿De quién?

—De su alma. Los lamentos de su alma. Dicen que eran quejidos de dolor, pidiendo auxilio. ¡Aullidos!, dicen.

—Pero ¿el alma de quién, por el amor de Dios?

—¡El alma del deán Fernando, os lo estoy diciendo! ¡Se lo han llevado!

—Pero ¿quién se ha llevado a Fernando?

El muchacho levantó la cabeza y miró con lástima al arzobispo, que le obligaba a decir palabras odiosas:

—*¡A Santa Compañía!*

Tuvo que responder a las acuciantes preguntas de Gallinato, que se había asustado bastante haciendo honor a la enseña de su familia. El muchacho contó entre gemidos que había ido a buscar al deán Fernando por la mañana para informarle de unas tareas que había hecho para él (y que yo conocía bastante bien), y que al llegar se había encontrado a los criados encerrados en la cocina.

Los criados le explicaron que, antes del amanecer habían recibido la visita de esa Santa Compañía, que se detuvo delante de las puertas del pazo del deán con su matraca.

El caso es que desde la cocina los criados escucharon a la procesión entrar y operar dentro de la casa para largarse después por donde había venido. Cuando las almas se marcharon, entre todos reunieron valor para subir a la cámara de Fernando, donde encontraron la puerta cerrada por dentro, como la deja siempre el deán al irse a dormir. Y puesto que no abría, decidieron echarla abajo. Temían encontrarlo muerto. Pero dentro no había nadie.

—Lo habían sacado como siempre hacen esas almas en pena malditas —concluyó el descalabrado—: ¡por el ojo de la cerradura!

Empezaba a atardecer cuando me llegué a la casa de Fernando. Me vino entonces, como tantas veces, uno de esos inesperados y límpidos alejandrinos, que resume todas mis malandanzas y molimientos en Santiago:

Quitemos la corteza, al meollo entremos.

Tras enseñarles la primera de mis cédulas arzobispales, que se reproducían en mi zurrón como conejos en un descampado, hablé con aquellos crédulos criados, y me contaron la previsible sarta de sandeces sobre la transustanciación de personas en niebla y viceversa.

Les pregunté, antes de nada, si, cuando los fantasmas asaltaron la casa, habían cerrado ya la puerta de la calle y me confesaron que todavía no, puesto que el deán había llegado poco rato antes.

Me llevaron al escenario de los prodigios, que estaba con la puerta hecha astillas. Había allí un armario de gran tamaño, y sin embargo las armas de Fernando el Moro estaban debajo de la cama amontonadas. Abrí el armario, previsiblemente vacío. Pero en el suelo había una pequeña diadema que recogí y guardé en mi zurrón sin decir nada a los criados, no fueran a perder su ilusión de ver al deán en el infierno a causa de sus muchos pecados.

Luego les pregunté si cuando llegó su amo a dormir aquella noche llevaba algún tipo de compañía. Callaron todos agachando la cabeza.

Tuve que hacer el teatrillo de rigor ante ellos.

—Estáis hablando con el arzobispo mismo, que me manda delegado —dije enarbolando la cédula—. ¡Y nos ocupa el alma del

señor deán! —añadí a gritos—. ¡Necesito saber el tamaño de su pecado para organizar las misas por su salvación!

El más atildado de todos, que sería su camarero, confesó que Fernando había llegado con una señora dama la noche anterior, y cuando le apreté un poco, por pura curiosidad, me confesó que traía una de esas damas de visita un día sí y otro no.

—¿Una dama o un caballero? —le pregunté con muy malos modos.

Estaba a punto de darle un síncope, y juró por la Virgen Santísima que era una dama. Me importaban tres cardos borriqueros el tipo de compañías que se buscara el deán en las noches, como todas las respetables cochinadas que hiciera en su lecho, pero tenía que asegurarme de que la diadema no fuera del atildado Romeo. A esas alturas, de Fernando, lo único que me molestaba, y mucho, era lo que mandaba ejecutar a sus novicios. Me tenía hundido desde que había descubierto sus métodos eclesiásticos, digo facinerosos, y me daba rabia estar trabajando para intentar salvarle el pellejo. Les pedí que me dijeran a qué hora había llegado.

—Cuando más oscura es la noche, antes justo de la amanecida —confesó el camarero.

Me imaginé, en fin, lo que había pasado. Un secuestro convencional hecho con más sugestión que magia.

Para librarse de los criados, la dama, que sin duda conocía bien las costumbres del deán, había preparado la espectacular llegada de la Santa Compañía al palacio desde antes de atraparlo en sus redes, sin demasiado esfuerzo, y dejarse llevar por él a las horas intempestivas en las que un buen bebedor como Fernando el Moro suele llegar a casa. Nada más entrar en la habitación, lo había dormido con una de las estupendas pócimas de las que se gastaba Romeo —a quien, sin embargo, había que descartar para este

envenenamiento—. Después, cuando se simuló la partida de los fantasmas, los criados echaron la puerta abajo, y en vez de buscar debajo de la cama o en el armario, convencidos de antemano de que se lo habían llevado con el método habitual de la Santa Compañía — por el ojo de la cerradura, hay que fastidiarse—, habían vuelto a encerrarse en las cocinas aterrorizados, dejando la casa abierta. La dama encontró así vía libre para salir tranquilamente del armario, donde se había encerrado con el deán dormido, y luego, quizá con la ayuda de sus secuaces, sacarlo de allí con toda la calma del mundo.

Como venía intuyendo, me di cuenta de que tenía entonces dos misiones: acabar con esos hostigadores de miembros del cabildo y encontrar, entre los propios prelados, a los facinerosos cuyos actos los convertían en objetivos de aquella especie de conspiración, si es que quedaba alguno vivo o entero todavía.

Cuando entré en la Taberna del Mono Chispo, esperaba encontrarme a la pobre Lupa quejosa, maltrecha y encamada, pero estaba más activa que nunca y de peor humor que de costumbre. Daba miedo verla trajinar entre las mesas, tratando sin contemplaciones a los borrachines que a esa hora buscaban cualquier excusa para retardar el temido momento de volver a casa. Debía de haber allí unos quince o veinte parroquianos: unos jugaban a las tablas y otros a los dados o al ajedrez, con las apuestas de rigor aunque escondidas, porque a esas horas, cerca de la medianoche, solo estaba permitido el juego sin apuestas para evitar pendencias que atrajeran a la justicia. La mayoría parloteaba entre risotadas, que cesaban de golpe cuando la bodeguera pasaba cerca.

—*A ver, ti, cagalindes. Último xerro que che sirvo* —le decía a uno, bajito y calvo, que recibía encogido la reprimenda, rodeado de cuatro amigos—. *Ya podes pagar la azume que bebeces. Y rebañando a casa!*

—*E ti, mangurrián, deixa de cuspir no chan!* —le espetó a otro, grande como un caballo, con dientes de caballo imposibles de esconder ni poniéndose ceñudo, que no paraba de expeler salivazos entre unos incisivos ligeramente separados—. *Vas limpar toda a adega coa túa lingua.*

»*O que faltaba!* —exclamó al verme—. *Aí tes o teu amigón!*

Lupa me señaló a Lope, que, sentado a una mesa, solo, la miraba desde el fondo de la bodega con ojos de cordero que barrunta el degüello.

Se quejó de que llevaba ahí toda la mañana, la tarde y lo que iba de noche haciéndose el desdeñado sufriente.

—*Díxenlle: se me queres festexar, suspira menos e varre a taberna ou dá de comer aos porcos.*

No es que esperara ser recibido como un nuevo Aquiles tras mi actuación de la noche anterior, pero me hubiera gustado una bienvenida con menos aspereza. Así que, un poco ofendido, decidí hacer mi trabajo de enviado del arzobispo con una falta de delicadeza semejante. ¿En qué medida podía estar Lupa relacionada con la desaparición del deán sucedida la misma noche, pocas horas después del asalto a su casa? No podía evitar imaginármela cargando ella sola con él al hombro para bajar la escalinata de su palacio, como le había visto cargar un par de noches atrás con Lope, ahí mismo, escaleras arriba.

—Parece que esta noche ha desaparecido el deán Fernando —solté con aires de cotilla de taberna—. ¡Dicen que se lo ha llevado la Santa Compañía!

Tuve la impresión de que en ese momento, justo cuando yo decía «Santa Compañía», todas las conversaciones de la taberna cesaban de repente, los jugadores interrumpían abruptamente sus partidas y los borrachines recuperaban por un momento su sobriedad para escucharme.

La única que no parecía impresionada por el anuncio era Lupa:

—*Espero que o levaran ao inferno!*

Todavía podían verse en el cuerpo de la bodeguera los efectos del ataque. Tenía arañazos en los brazos, una hinchazón en el labio y las narices bermejas.

—*Colle* —me dijo tendiéndome una jarra de vino y una rodaja de cucumis.

—¿Y esto?

—*Vino é, don gañán. Para bebelo co teu amigón e quitarlle as tonterías.*

Le expliqué que sabía la utilidad del vino, pero no la del cucumis, y me dijo que era para el ojo que tenía a la virulé. Me llegó al alma su sobria manera de manifestar cariño.

—Para golpes en el ojo, lo mejor son las cataplasmas de manzanilla —me dijo el de los dientes de caballo—. Ponte una esta noche y mañana tendrás el ojo como Dios lo trajo al mundo.

Facundo, que entró por la puerta trasera con Pedra y le oyó, no estaba de acuerdo. Él recomendaba requesón. De joven había sido pendenciero, y al irse a dormir se llenaba la cuenca de requesón y amanecía como nuevo.

—La cuajada también funciona —dijo uno de los que jugaban a las tablas.

—Para el ojo cárdeno —sentenció Pedra— lo mejor es el perejil machacado.

Yo, mientras discutían, me había acercado a la mesa de Lope, que seguía lánguido y abatido.

—Si quita con nieve di agua —me dijo cuando me senté a su lado.

Le dije que lo buscaba para que me ayudara a localizar a la Santa Compañía esa misma noche.

—Buscare a Santa Compañía?! A Santa Compañía?! —gritó mirándome como si me hubiera vuelto loco.

Le sugerí que bajara la voz porque de nuevo se había hecho el silencio en el lugar.

Estuvimos discutiendo un rato. ¿No decía que quería morirse? Entonces, ¿de qué tenía miedo?

—Contra más mi desatende, más mi place —suspiró.

En fin, viendo que su estado era producto al tiempo de la bebida y de la melancolía, decidí ayudarlo yo para ver si luego aceptaba ayudarme a mí. Pero antes le pedí que me confirmara que los restos del vino que me había proporcionado Romeo en el desayuno estaba contaminado con cornezuelo, como así hizo tras lamer un poco con la punta de la lengua.

Nada más inútil que las consolatorias que se prescriben para los amigos enamorados: ¿resignación?, ¿elogio de la paz interior?, ¿refutación de la tormenta espiritual en la que sume el amor no correspondido?, ¿imprecación de las mujeres?... Bah. Tonterías. Lo único que sirve de algo es escuchar al amigo, y eso fue lo que hice durante el tiempo que nos duró la jarra que me había ofrecido Lupa y otras dos más que nos sirvió Facundo.

Hasta que un borrachín calvo se acercó a nuestra mesa. Ya lo había visto al entrar: era el parroquiano al que Lupa había pedido que pagara el vino y se marchara a casa, un hombre muy pequeño que iba encogido en su capa, como si tuviera frío. Acababa de ver a

los amigos que reían con él saliendo del local. Me imaginé que venía a pedir dinero. Y me sonaba su cara de no sabía qué.

—¿Queréis ver esta noche el paso de la Santa Compañía? —nos susurró.

—Non! —susurró también Lope, pero con todo el énfasis que pudo—. *Diábolo di Satanás! Vade retro!*

Pero el calvo ni se inmutó.

—Este es el momento, la hora en que se abren las puertas de Alén y los muertos pasan a gobernar el Aquén. En estos días mueren aquí muchos romeros de los que no dejan de pecar ni en el viaje ni en destino. Las almas en pena recorren las calles y los caminos durante toda la noche.

Lope no quería de ningún modo, pero por mi parte los dos jarros que acababa de meterme en el cuerpo se me habían acumulado con el vino de la comida y estaba ya bastante perjudicado, así que la propuesta del calvo se me antojó más que razonable.

—Lo que te va a matar —le dije— no es la Santa Compañía, sino quedarte aquí, en la compañía de esta santa. ¡Vamos!

Lupa no permitió que el calvo se fuera sin pagar todo lo que debía, incluida la bebida de los amigos que habían escapado poco antes, así que me tocó aflojar.

Salimos de la bodega. Hacía frío. El calvo se arrebujó aún más en su capa. Iluminadas por el fulgor de las antorchas, las calles de Santiago parecían irreales. En el interior de las casas el reflejo de algún candil olvidado proyectaba sombras misteriosas sobre los pergaminos traslúcidos que velaban las ventanas.

Mientras avanzábamos sobrecoídos por aquel laberinto fantasmal de callejuelas, el calvo explicaba entre susurros que las ánimas de la Santa Compañía caminaban siempre detrás de un vivo.

—Pensaba que eran todos muertos —le dije, como si me lo tragara.

—Un home vivo porta un antorcho di fogo per lo incontro dil camiño d'inferno!

—Pero ¿las almas se ven?

—Si olen! Si senten! Si ven!

—Lo que se huele más —aclaró el calvo— es el olor a cera quemada.

Me recordaron que en caso de que viéramos la procesión había que hacerse el muerto o dormido, porque cazaban a todo vivo que se acercase para llevarlo en siguientes viajes de guía.

—Si un día te cogen —añadió el calvo—, ya no te sueltan.

—Ti vas tornando alfeñicue sen comere ni bebero vino hasta la morte!

El único modo que se conoce de escapar a ese destino es, decían el calvo y Lope, encontrar a un incauto que acepte tomar la antorcha, lo que le da el relevo inmediato de la maldición y libera al que la entrega.

La Santa Compañía es la versión galaica de la hueste antigua o estantigua, otro de esos cuentos de viejas para asustar a los niños que demasiados mayores se creen al pie de la letra. Se trata de un puñado de almas en pena, cazadores o, con más asiduidad, cazadoras a caballo o en batidas a pie, que operan de noche para llevarse las almas de los pecadores al infierno.

Leí sobre estas cazadoras por primera vez de joven, en una visita al Estudio de la Catedral de Aquisgrán. Y copié y memoricé aquellos versos sabiendo que acabarían sirviéndome, como así ocurrió

cuando escribí mi versión, poco después, de uno de los milagros de la Virgen, el de Teófilo el penitente.

—Mira, ahí van —le dije a Lope.

Dio un brinco.

Señalé el cielo estrellado.

—Hideputas! —insultó a las estrellas.

Antes de que bajen al mundo a por sus presas, pueden verse las almas de la Santa Compañía o la hueste antigua cabalgando en el cielo y formando la Vía Láctea. En tareas más amables el reguero de estrellas sirve para guiar con sus luces a los viajeros piadosos hacia el sepulcro del apóstol por el llamado camino francés, que recorre Europa empezando desde donde se quiera.

Solo el suave susurro del viento, que parecía acariciarnos en cada esquina que doblábamos, el ladrido en lejanía de algún perro siempre despierto y el eco de nuestros pasos reverberando en las fachadas de piedra profanaban el silencio sagrado de la metrópoli. Hasta que a lo lejos oímos un apagado murmullo que se acercaba.

—Ahí está —dijo el calvo con serenidad.

El rumor, creciente, cada vez más próximo, procedía de una callejuela que teníamos a nuestra izquierda.

—Non ti..., non ti asomes, fráter! —me reprendía Lope.

—¡Ya están aquí, hay que tirarse al suelo! —apremió el calvo.

De tanto beber hablando de supercherías sentí cierta inquietud, y me tiré de bruces.

El rumor se fue convirtiendo en un canto, y el canto en una copla. El calvo se levantó de un brinco y se sumó a los cinco que venían cantando, sacando de bajo el manto la pandereta, con la que comenzó a golpearse en la cabeza, haciendo cabriolas y piruetas a nuestro alrededor. Ya sabía de qué me sonaba su cara. Cantaron todos:

Vio tan asustado venir muy grandes gentes
con ciriales en manos y con cirios ardientes,
es la Santa Compañía, feos, que no lucientes:
ya querría don Gonzalo estar con sus parientes.

—¡Salve, autor! —volvió a saludarme con burlas el de la
bandurria.

Y se alejaron calle abajo riendo.

QUINTO DÍA

Las freilas liberatas

Cada vez que volvemos al pasado lo encontramos en ruinas irreconocibles y amenazadoras. Nunca sabemos el pasado que nos espera, y haríamos bien en evitar los recuerdos, más negros que la tizne de un perol unos, otros ardientes y dolorosos como pavesas que saltan a la palma de la mano... Todos despedazados, inquietantes y contrahechos.

Aunque para corcovado yo, que antes del amanecer me había levantado por el lado de la cama que no era y en vez de encontrar la ventana a cuatro o cinco pasos como esperaba me encontré con la pared a dos. Choqué con la frente y caí sobre el borde de la cama. Un buen trompazo. Me costó rehacerme y encontrar la ventana. Y mucho más entregarme luego al ejercicio de golpear rítmicamente el saco de entrenamiento.

Mi camarero, el mismo del primer día, llamó a la puerta y me trajo la bandeja con su pobre desayuno y ninguna de las maravillas del preparado por Romeo. Le pregunté cómo se llamaba ese plato.

—¿Cómo quieres que se llame el caldo? Caldo.

—Pero ¿qué verdura lleva?

—¡Pues grelos! Lo que se echa al caldo —dijo.

Me explicó que los grelos son brotes de los nabos y le preocupó que no me gustaran. Le aseguré que me encantaban y sonrió.

Después recogió mi bacinilla y se la llevó con pasos de bailarín y la misma delicadeza con que transportaría una patena hasta el altar.

El vino y el ejercicio me aliviaron el dolor y pude partir hacia el convento. Atravesé el terreno pantanoso con pasos tan torcidos como mis recuerdos. El golpe en la espalda me hacía andar encorvado, como una persona humilde. Nadie me reconocería de esa guisa.

El convento mantenía la apariencia restaurada del día anterior, sin aquellos vestigios que encontré en el delirio provocado por los venenos del botafumeiro en mi primera noche.

Subí la escala, di una voz y me respondió otra voz con el quién va.

—El capellán de freilas —dije con la modestia prestada por el dolor, tan ajena a mi naturaleza.

Bajaron el puente y crucé. La puerta estaba abierta. El pequeño recibidor tenía un torno por el que no podía entrar un niño mayor de cinco años, como mandan las reglas de todo lugar de recogimiento de freilas. Por allí podían salir, en ese caso, como probablemente lo harían, los menores de cinco años, hijos del deseo, como todo el mundo, pero quizá no tan deseados.

Pedí ver a la abadesa sin saber muy bien si alguien me oiría, y el torno me respondió con voz de una agudeza fina, nasal y vivaracha. No se sabe por qué razón al hablar tenía que taparse las narices aquel torno parlante. Quizá estuviera necesitando yo otra de las maravillosas visitas de limpieza a la cámara de baño de la canónica. El torno me dijo que la abadesa estaba recogida en oración, lo que me llevó a extraños pensamientos, porque faltaba casi una hora para el rezo de nona, a mediodía.

Desconfía de los tornos, me aconsejó una voz interior.

Solicité entonces conocer la sacristía y la capilla en donde tendría que officiar. Se abrió sola una puerta que daba a un pasillo. Vi una cuerda que atravesaba el muro enganchada al pestillo de la puerta. Aquellas monjas tenían una extravagante inclinación a la mecánica. Llegué a una sala con una escalera de caracol de hierro por la que bajé a la sacristía. No era gran cosa: apenas había allí espacio para un armario de vestiduras, una cajonera y dos escaños separados, el mayor de ellos tapizado en rojo, dispuestos para la confesión en sede abierta.

Esos eran mis nuevos y pequeños dominios laborales. Notaba allí una humedad insalubre. La sacristía daba a la iglesia. La nave desde donde oían misa los visitantes y sirvientes del convento estaba separada del coro, ya en la zona de clausura, por una gran reja de hierro tapada por completo con un lienzo gris que dejaba oculta la parte desde donde las freilas asistían al oficio. La reja tenía en un extremo una de esas sedes de penitencia cerradas, de madera, que llaman confesonario, invento del diablo. Estaba dispuesta para que el confesor se colocara fuera de la clausura y la freila penitenciaria dentro. En el centro de la reja había también una pequeña puerta por donde probablemente se administraba la comunión.

Parecía que estas freilas se tomaban muy en serio el aislamiento, lo que no es tan habitual.

Volví a la sacristía y salí por otra puerta que daba a un huerto en el que trabajaba un hortelano. Era un hombre alto, rubicundo, bastante joven y también deseoso de encontrar a alguien con quien pegar la hebra y abandonar, siquiera fuera por unos instantes, las bucólicas pero penosas tareas de la azada y el rastrillo. Llamaba la atención la amplia sonrisa que le recorría el rostro de oreja a oreja.

Como en mi paseo por el huerto vi también al mulero, que exhibía una sonrisa igual a la del hortelano, intenté apartar de mi cabeza el

exabrupto que soltaba siempre el abad de San Millán, dom Juan Sánchez: «En la sonrisa de los sirvientes de un convento se ve el pecado de las freilas». Aunque no pude evitar tranquilizarme pensando que quizá la regla no se seguía tan a rajatabla allí como el edificio hacía creer. Porque un convento de freilas con clausura estricta es un volcán que entra en violentas erupciones cada poco tiempo. Todo lo constreñido que puede crecer en demasía y estallar necesita de una vía de escape.

Una puerta de carros comunicaba el gran huerto con el exterior. Por ella entraba todo lo que no cabía por el torno, así que para abrirla se necesitaba un salvoconducto con los sellos del abad de los jerónimos, del obispo de zona, del arzobispo y, a veces, del mismísimo papa de Roma...

De nuevo en la sacristía, comprobé que disponía de lo necesario para oficiar la misa. En el armario había dos casullas, una dalmática, un amito, un cíngulo, una estola y varias garrafas de vino para consagrar, que probé.

Y lo reconocí de inmediato. El sousón dulce que había propuesto Lope a Iago para exportación. Aunque el vino dulce, si no es en el desayuno, no me convence demasiado, me puse un cáliz para disfrutarlo. Solo por ese vino casi me apetecía cantar la misa.

En la cajonera, de pino basto y decorada con estrellas y motivos florales, encontré un par de docenas de hostias sin consagrar, muy finas y bien formadas pero algo húmedas por culpa de aquel lugar insalubre. Pensé que habría que darles salida para que no se estropearan en esa misma ceremonia. Había también dos cálices de latón y una desproporcionada cantidad de paños para las manos o manutergios, como los lienzos de las narices pero rectangulares y más finos.

En esto oí pasos en la iglesia y me asomé.

La sorpresa me dejó paralizado.

¿Qué hacía Lope allí? ¿Cómo había conseguido entrar? ¿Qué propósito, sin duda desatinado, le había dirigido a un convento de monjas?

Caminaba de espaldas en dirección a la puerta de la gran reja tapada. Una vez allí, enredó un momento con su única mano en la cerradura, abrió, como por arte de birlibirloque, y entró como si fuera su propia casa.

Pensé que la abadesa Hilda ya habría acabado de orar y volví por el pasillo hasta el vestíbulo, en donde solicité de nuevo audiencia. La abadesa me estaba esperando, me informó con su voz agudísima el turno, no sin antes taparse bien las narices, y me indicó otra puerta que daba a un locutorio y que se abría con el habitual procedimiento de aquellas monjas mecánicas.

Notaba el vino sousón tomando posesión de mis venas, fuerte y espeso. Me dio por pensar que aquel edificio era una especie de autómata, producto de la sabiduría mecánica de las freilas, con tornos parlantes y puertas que se abrían al paso del visitante.

Allí encontré de nuevo, en uno de los costados de la sala, una reja de hierro, con su puerta en medio, y tapada toda ella por otro lienzo gris.

Desde detrás del lienzo me dio la bienvenida la abadesa. Oí una de esas voces empañadas y cavernosas ante las que me siento tan atraído como indefenso. Puesto que la había visto el día de mi llegada, aunque fugazmente y velada, intenté evocar su silueta de organista volcada con pasión sobre el teclado. Me la imaginé dulce pero severa, madura pero divertida, sobria pero sensual, alta y estilizada pero de presencia absorbente, como un remolino de viento a punto de convertirse en tornado.

Nos presentamos. Le propuse que charláramos, mientras hacíamos la inevitable visita a las instalaciones del monasterio para conocer la comunidad.

—Viéndonos las caras, la conversación sería mucho más agradable —le dije.

Dona Hilda me explicó que la clausura era allí muy estricta, y que la dolorosa muerte del arcediano Simón las había llevado a hacer voto de silencio, como siempre, pero redoblado estos días. Si ella lo rompía era solo por mi llegada...

Me atreví a comentar que había visto entrar hacía un momento a un hombre en la zona de clausura de la iglesia.

Se oyó un silencio chirriante, no sé si de la abadesa o de aquel edificio autómata.

—Es el bendito de Lope Ruiz —dijo al fin dona Hilda—, el afinador del órgano hidráulico, que esta mañana no iba bien.

¿Lope afinador de órganos? No me cabía ninguna duda.

—Es el mismo hombre que dio las instrucciones para construirlo —continuó explicándome—. El órgano es un instrumento complicado de ajustar.

—Si un afinador de órganos puede entrar en la clausura, con más razón podrá hacerlo el que afina las almas —alegué.

Esa era mi apuesta: doble o nada.

Me respondió con un suspiro. Se oyó el arrastre de una silla, y el paño comenzó a deslizarse por la barra superior que lo soportaba con arandelas, recogido por una mano blanca de dedos delgados y ágiles. Llevaba tiempo sin ver unas uñas limpias y largas. Estaban recortadas en punta, con solo los bordes pintados con alheña. Manos finas y cuidadas, pero no tanto como para maquillarse las dos manchas en el dorso, que revelaban su madurez.

Imaginé que ella había previsto la escena paso a paso, como yo mismo mucho antes de provocarla. Por mi parte, me había figurado que vestiría como en la catedral, de negro, aunque sin el velo. Pero me recibió con rostro velado, que apagaba a duras penas el fulgurante incendio negro de sus pupilas.

Charlamos ligeramente de la tragedia que nos reunía, y su voz imbuía de trascendencia cada comentario, por ligero que fuese. Le dije que Simón era amigo de juventud. Me dijo que ella no pudo conocerlo porque se escondía tras una máscara de frialdad, lo cual, admitía, le había agradecido. Valoré para mis adentros que el reproche me llegara agazapado detrás de palabras amables. Le pregunté cómo había caído la noticia entre las freilas. Estaban consternadas. Eso dijo, consiguiendo no sé cómo que no sonara convencional.

Me sorprendió ver en su mesa un sobrio tablero de ajedrez con cada pieza en su casilla. Y detrás de ella, el cuadro que presidía la cámara no era ninguna de las habituales santas beatonas, sino una crucifixión de santa Liberata, patrona de las malcasadas. La *Virgo fortis*, como algunos la llaman en latín. Aunque en este cuadro la santa no estaba barbada, como aparece en tantos, sentí una extraña turbación al verla crucificada como un Cristo femenino con la silueta del monasterio en el que estábamos perfilada en el horizonte. Pese a que no estaba barbada, como se pinta convencionalmente a esta santa, impresionaba verla así: menuda, con los brazos extendidos y las palmas de las manos sangrantes, con el hábito bermejo abultado sobre los senos y la melena también bermeja al aire, y esa piel oscura de campesina maltratada por el sol. Pero no me di cuenta de que se había utilizado como modelo a la misma mujer que aparecía en el *Noli me tangere* de la cámara del arzobispo hasta que me atraparon sus ojos godos, o góticos, o visigóticos, de un color de

mar turbulento, enmarcados en un rostro que despreciaba las simetrías, quizá por torpeza del maestro, o de la maestra: la misma, me parecía, de la tabla con la que Gallinato quería que lo enterrasen.

Le expliqué que era un consejero de confianza de Juan Arias, de paso por la ciudad, y que me había pedido que lo ayudara y aceptara el nombramiento de penitenciario del convento durante un tiempo de transición, hasta que el arzobispo nombrara un nuevo arcediano. Un tiempo que esperaba fuera breve y fructífero.

Y del que quería salir sano y salvo, aunque eso me lo callé.

Desde detrás del velo los ojos de Hilda fulguraban como pequeñas hogueras. Era muy posible que Romeo, el camarero de la barba cuadrata que se había criado allí, le hubiera contado que andaba indagando sobre las sustancias que habían alterado a los canónigos afectados por la supuesta maldición del cabildo. Tenía que andarme con pies de plomo.

Le dije que el arzobispo me había hablado del proyecto del traslado de su congregación de clarisas intramuros, más cerca de los franciscanos y a su amparo, y me había impuesto favorecerlo, continuando la labor de Simón. Me ofrecí a asesorarla en todo lo relativo a cuestiones administrativas y pecuniarias.

Con suaves palabras me dijo que Juan Arias estaba mal informado:

—Es un santo varón enredado en un mundo retorcido, me temo.

Quizá, continuó, el arzobispo no recordaba que el monasterio no se encontraba bajo la regla de Clara de Asís, sino que desde su fundación, hacía ya quince años, seguían su propia regla con la aprobación de Juan Arias y bajo la advocación de santa Liberata, añadió señalando el cuadro.

—No somos sórores clarisas —subrayó—, sino sórores liberatas.

En cuanto a Simón, parecía que ni siquiera le había hablado del traslado. A Simón, según dona Hilda, no le fascinaban las cuestiones administrativas. Él tenía sus propios intereses.

—Quien quiere que dejemos este lugar es el deán Fernando —afirmó.

Y me explicó que la intención de Fernando el Moro no era proteger a las freilas, sino quedarse con el monasterio, que ellas habían recuperado de la ruina. Al parecer Fernando le había escrito tres veces con esa petición, a la que ella no se había dignado contestar. No tenía ninguna intención de darle aquellas tierras heredadas al cabildo, menos aún para lo que desde su punto de vista estaban planeando.

—Quieren sacar el lupanar del pazo del centro de Santiago para traerlo aquí. No les gusta que todo Santiago vea a los miembros del cabildo entrando allí de noche. Y aquí podrían dar cabida a más clientes, aumentando el negocio, y acercarse cuando les viniera en gana sin dar pábulo a las habladurías. El papa mismo ha recibido más de una queja, eso me han dicho.

Me quedé de una pieza. Si todo eso no era una invención, y no lo parecía, confirmaba mis investigaciones. ¿En qué se había convertido la cuadrilla de Palencia a espaldas de Gallinato?

—Estos predios pertenecieron a mis antepasados —concluyó—, suevos venidos de tierras germanas, aunque eso es otra historia. Han vuelto a mí un poco por azar. Pero estoy aquí, y voy a morir aquí, con el convento abierto, acogiendo a freilas que lo necesitan.

Me costaba asimilar toda esa nueva información, que, entre otras cosas, convertía a la abadesa Hilda en beneficiaria del reciente secuestro del deán Fernando el Moro y por tanto en sospechosa de haberlo ordenado.

Le di las gracias a Hilda por la sinceridad con que había hablado conmigo, le prometí meditar sobre todo ello e informar con detalle a Juan Arias y le pedí un manuscrito de la regla aprobada por el arzobispo, para poder llevar a cabo mis tareas de confesor.

Por mi parte, tenía que irme ya a mis obligaciones. Le propuse que me acompañara en la misa con el órgano para mayor devoción de todas sus freilas, pero al parecer Lope, el hombre de los mil saberes, lo había mandado desmontar para arreglarlo.

Le pregunté si alguna de las freilas necesitaba confesión y me dijo que ninguna lo había solicitado: no esperaban mi visita, evidentemente.

En fin, me retiré a la sacristía abrumado por el rostro apenas entrevisto de la abadesa y por sus palabras y sus planes. Una vez allí tomé uno de los cálices de latón, lo llené de vino, me senté en el escaño tapizado y estuve saboreándolo. Era en verdad una bebida acorde a mi leve melancolía de ese momento. Abrí el ropero y empecé a vestirme para la ceremonia.

Dar misa, incluso si hay público, es muy aburrido. Uno se pone en pie y habla en latín a la pobre gente que no entiende demasiado de esa lengua y se entretiene mirándote, buscando un mote que adjudicarte, juzgando si tienes las mejillas demasiado hundidas o una mirada amenazadora, y llegando a la conclusión de que no eres de fiar por cosas tan absurdas como que te sobra músculo o te falta una buena cantidad de acogedora carne en el vientre.

Cualquiera que haya cantado misa y haya representado teatro sabe que no hay ninguna diferencia entre una y otra actividades. En ambas sales disfrazado y tratas de cautivar a un auditorio a través

de la sugestión de palabras que no son tuyas. Todos, comediantes y prestes, hemos desarrollado un sexto sentido para saber si quienes nos escuchan están ausentes o unidos a nosotros por un vínculo intangible. El problema añadido de los sacerdotes es que oficiamos de espaldas a los espectadores. Y si se encuentran parapetados tras una reja con cortina, invisibles incluso cuando a veces, al girarte, consigues echar una mirada de reojo, la cosa es aún peor.

Desde el *Introibo ad altare Dei* hasta el *Deo gratias*, en ningún momento sentí a las freilas invisibles conectadas a mis palabras tras el enrejado tapado. Me parecía oír el crujido de la tela de sus hábitos al arrodillarse en el suelo, y al levantarse imaginaba sus blancas rodillas enrojecidas. Ni siquiera sentía su presencia, ni podía oír sus voces respondiendo, ni me interrumpían sus toses y carraspeos. Era como si gravitáramos en orbes diferentes absortos en nuestras diferentes trayectorias.

Subido al púlpito de aquella iglesia vacía relaté la edificante historia del milagro de la abadesa preñada (y enfrentada a sus freilas), un poco para fastidiar y otro para probar la versión que tenía en mente y que había dejado inconclusa. Ni una reacción a mis palabras: ni un susurro, ni una queja, ni una tos.

Bajé del púlpito medio hundido. Consagré de espaldas a aquel lugar vacío en apariencia. Y me acerqué con el cáliz en la mano, desconfiado, a la puerta que debía abrirse si alguna de las sórores quería comulgar. No se abrió.

Para que no se estropearan, me atraganté tragando hostias a mansalva, que se me pegaron al paladar hasta formar una pasta no muy distinta del engrudo. Maldije a aquellas freilas y deseé que algún día se quedaran en pecado mortal sin encontrar confesor por ninguna parte. Me sentía excluido y, con lo que odio confesar, casi

estaba necesitado de escucharlas susurrarme atroces pecados de rodillas.

Fatigado, y también bastante intrigado por aquel silencio, me apresuré hasta alcanzar el *Ite missa est*. Y después, en vez de meterme a saborear mi derrota en la sacristía, me encaminé hacia la puerta de la gran reja.

La abrí sin problema.

Allí no había nadie.

Ni una sola freila.

Tras quitarme las vestiduras eucarísticas en la sacristía, volví a la reja dispuesto a adentrarme yo solo en la zona de clausura justo en el momento en que, precedida por un taconeo sonoro, llegaba la abadesa Hilda.

Acepté las elaboradas excusas sobre una monja desmayada sin creermelo una sola palabra pero fingiendo no darle ninguna importancia.

Mientras me guiaba por la preceptiva visita al monasterio, la abadesa me fue contando la historia del lugar. Aquel convento había sido un templo romano consagrado a Dioniso, después templo arriano, suevo en tiempos de sus antepasados, hasta que quedó en ruinas durante la invasión visigótica. Pensé que yo mismo podría testificar que sus piedras tanto tiempo cristianas guardaban aún memoria del paganismo, si las pesadillas sirvieran de testimonio.

De vez en cuando nos cruzábamos con freilas solitarias o en pareja, con su alegre manto bermejo pero siempre cabizbajas y veladas, por lo que entendí que habían sido avisadas de mi presencia.

Le pedí que me enseñara el escritorio y nos dirigimos hacia el claustro. Al llegar, una freila anciana le solicitó ayuda por algo que había ocurrido en su celda y la abadesa me rogó que la esperara por allí. Era un claustro de factura muy reciente, de dos plantas. El pequeño huerto montado alrededor de una fuente central rebosaba de plantas, hierbas medicinales en general. Había una freila en un rincón del huerto, agachada entre espigas de centeno. Me acerqué y aunque me vio llegar no se dio la vuelta para alejarse, sino que siguió a lo suyo.

—Poco pan vas a sacar de aquí —le dije.

Se saltó el voto para responderme y me explicó con viveza que no cultivaba el centeno sino el cuerno o cornezuelo, un hongo oscuro que parasitaba las espigas. Efectivamente, ella lo arrancaba de las espigas y lo colocaba en una cestita que llevaba. Le pregunté para qué servía. Me dijo que para muchas cosas.

—Ayuda a tener hijos y también a no tenerlos, pero con cuidado, porque puede darte la peste de San Antonio, o hacerte viajar lejos sin moverte de casa.

Y también puede contaminar botafumeiros y enloquecer a una catedral completa, pensé.

Entonces se le cayó un lado del velo y le dejó la cara al descubierto sin que se diera ni cuenta. Era joven y muy hermosa, y la reconocí de inmediato: Urraca, la muchacha que se estaba comprando con dos amigas unos zapatos con chapines enormes el día que el zapatero me había colocado los de gamuza azul que todavía llevaba. La misma que dos días atrás había estado cantando en el teatrillo del lupanar. Luego sí era freila, como había sospechado en el primer momento.

—Páter —me dijo, cambiando de tono—, necesito confesión. ¡Uy! ¡Perdón!

Se percató de que se le había caído el velo y se puso como una pepita de granada. Demasiada inocencia me pareció para una cantante de prostíbulo que anda por el mundo proporcionando venenos a los camareros del cabildo.

Me ofrecí a confesarla cuando quisiera. Ya mismo.

—No. Primero tengo que tener dolor de corazón. Voy a ver si lo consigo para mañana.

Me pareció un esfuerzo difícil, arrepentirse de algo de lo que no se arrepiente uno. ¿Qué habría hecho aquella muchacha?

—Y me da un poco de miedo la sacristía...

Eso me extrañó. Le dije que no era necesario confesarse en ningún sitio concreto. Podíamos hacerlo, por ejemplo, paseando por el claustro, o por donde ella quisiera.

—¡La abadesa! —dijo abriendo los ojos al verla venir, como pillada en falta—. Me voy a la botica.

Se alejó a la carrera.

Al salir del huerto para volver con dona Hilda, comprobé que abundaban las hierbas de uso especial para relajarse, por así decirlo: adormidera, beleño, belladona, datura...

La abadesa me explicó que Urraca llevaba apenas un año en el convento, pero que su sabiduría en cuestión de hierbas era inmensa. Era hija de una curandera del lugar y entró allí a petición de su madre, convencida de que iba a morir, aunque estaba sanísima.

—La trajo y acertó la predicción, a los dos días murió. La quemaron unos que la acusaban de haberles echado un mal de ojo.

—Dios Todopoderoso —dije.

Hilda no era lo que se dice una mujer sensiblera.

—Yo creo que Urraca es la única aquí que en verdad cree en Dios —añadió.

—¿Aquí en el convento? —le pregunté.

—Aquí en Santiago —respondió.

Quería ver el escritorio para hacerme una idea de la comunidad. Creo que es posible juzgar un monasterio o un palacio o una casa y a sus moradores por los libros que tienen. No por la cantidad, en absoluto, sino por la selección. No esperaba nada especial, pero al entrar me asombró ver tantas freilas escribiendo o leyendo en sus bancos. Por lo general, las reglas prescriben que las freilas oren y no laboren. Se les permite tejer su ropa, desde luego, y participar en las tareas de cocina y aseo del convento, pero se evita en lo posible que lean o escriban. Las mujeres que leen o escriben no son bien recibidas en ninguna parte, siempre acaban dando problemas. Y había allí más de veinte, todas veladas, imagino que en previsión de mi visita.

Pero lo que más me asombró fue la cantidad de códices que había acumulados en pilas en los estantes desplegados por las paredes de aquella gran sala. Hice un cálculo a ojo y me daba casi diez miles de libros. Nunca en mi vida había visto una biblioteca tan poblada, y menos en un monasterio.

Antes de acercarme a ver qué había en las estanterías, inveterada costumbre de letraheridos, miré lo que estaban haciendo las freilas en sus pupitres. Había una leyendo la traducción latina del *Organón* de Aristóteles. Otra estaba copiando el *Itinerarium* o *Peregrinación a los lugares santos* de la virgen Egeria: una freila de El Bierzo que narró en varias cartas sus viajes por Jerusalén... Eran obras infrecuentes, muchas de ellas en un monasterio común estarían bajo llave en las habitaciones del abad, en una pequeña librería cerrada o en un cubículo al que se suele llamar «el infierno». ¿Nadie tenía, por

ahí, un libro cristiano, un beato o un catecismo? Una tercera freila estaba copiando una traducción del latín al román: una obra teatral. Me acerqué, leí algunos versos latinos y me di cuenta de que se trataba del *Pamphilus*, la comedia que había vuelto a ver representada dos días antes en el lupanar del cabildo.

Me alejé a curiosear en los códices apilados en los estantes, abriéndolos para buscar sus títulos en la primera página o en el colofón: un *Arte de amar* ovidiano, un *Lancelot* de Chrétien de Troyes, un volumen de poesía del trovador Guillem de Poitiers... Era inaudito encontrar aquellos libros en un convento de freilas de clausura.

Sentía caminar en silencio a mi lado a Hilda, sin duda ufana de mi desconcierto, e iba a preguntarle de dónde habían sacado todos esos códices cuando en la primera página de uno que acababa de abrir leí el título: *Cantigas de Santa María*. Y entonces tuve una iluminación. O quizá fuera el aroma del huerto, que me había hecho efecto:

—Ya sé quién eres —le dije a la abadesa—, tú eres Hilda pero también eres Garda: Hildegarda, el ama de leche de mi amigo Alonso, que cuidaste de él cuando era niño en distintos pueblos de este viejo reino de Gaélica y sabes canciones galaicas de la Virgen por las que los dos te estamos buscando.

La abadesa se quitó el velo y me miró con los ojos muy abiertos. También yo la miré a ella, por primera vez a rostro descubierto. Era muy hermosa y muy mayor, y tenía el pelo completamente blanco.

—¿Dónde está el infante Alfonso, mi majestad? —preguntó con un quejido.

Sus palabras me sacudieron, pero sin impedirme disfrutar a mi sabor de su rostro envejecido con dulzura como arcilla moldeada por las manos de un alfarero sabio.

Todo encajaba: mi amigo Alonso era el infante Alfonso, el heredero de la corona, el primogénito de Fernando y de su primera esposa, la germana —ya entonces fallecida— Beatriz de Suabia, de quien sin duda esta Hildegarda, bastante mayor que ella, había sido noble servidora.

Anocheceía en Santiago cuando entré en la taberna, mi refugio de pecadores y faro en las tinieblas.

—*Hai un cura alí detrás* —me dijo Lupa acusadora como si fuera yo responsable de la conducta de todo el que hubiera tomado hábitos en la ciudad—. *Non fai máis que babear, tusir e falar nunha lingua incomprendible. E só cala se lle sirvo viño.*

Era Adán, mi viejo amigo Ganimedes, el escurridizo maestrescuela. Allí estaba, por fin. Quien había sido el efebo más hermoso de Palencia bebía con ansia, expectoraba e invocaba a cada frase a todos los demonios cual si tuviera un estropajo atascado en la garganta. Luego se quedaba callado y un hilo de saliva brotaba de la comisura de sus labios para resbalar por el mentón mal rasurado.

Había llegado sin pérdida, por su propio pie, y sin niño que le guiara ni bastón con el que tantear el suelo que pisaba. Me seguía pareciendo una proeza, incluso después de verlo correr esquivando peregrinos en las calles y por bien que supiera lo que la sed es capaz de obrar en el ingenio de un hombre.

Me acerqué a saludarle y me respondió en su lengua opaca y enrevesada. Parecía román, pero no era ni castellano ni galaico, ni ninguno de los romanes galos o itálicos que conocía, ni germano, ni tampoco el de mi madre, ese vascuence gutural y malhumorado para tantos y que a mí me arrulla nada más oírlo, ni ningún otro

idioma del que hubiera tenido yo noticia. Le hice saber que no le entendía, aunque él me comprendía sin dificultad, y le pregunté en qué idioma estaba hablando.

—Odrúlap námor! —me gritó con impaciencia.

No me sonaba a lengua humana, no al menos entre gentes civilizadas, sino a un idioma propio de quienes se desplazan a cuatro patas, de indígenas de la Luna o lunáticos, o de una tripulación pirata en estado de embriaguez terminal.

Me hizo gestos de escribir con la mano.

—¿Me lo podéis escribir?

—Is —respondió, con profusa efusión de saliva y no poca ansiedad.

¿Is? Me sonó a una variante corrompida del anglosajón que se habla en Britania. O quizá a la lengua en la que se cuentan las nubladas y trágicas sagas de Islandia.

Saqué de mi zurrón una de las tablillas en las que apunto a veces versos sin hilar, sombras de versos que corren el riesgo de perderse en algún recodo de la memoria.

Adán tomó el estilo, y le pregunté:

—¿Cómo haces para caminar sin niño guía y sin bastón?

—Sajéro sal noc oév —dijo.

Sí, pensé, debe ser una lengua hiperbórea, hecha para narrar las hazañas de caballeros cada uno con su destino trágico y acompañado de su propia virgen mártir y con gélidas tetas duras y ardientes como el hielo.

Adán escribió:

.sajéro sal noc oév

Al verlo escribir comprendí lo que sucedía: utilizaba una escritura sinistroversa, de derecha a izquierda, como la que se usa para el

arábigo, el arameo o el hebreo. Le pedí que lo pronunciara y, efectivamente, así era como hablaba, al revés. Del mismo modo que camina el diablo tras el Señor: a sus espaldas, mirando hacia atrás, pisando sus huellas para borrarlas e invertirlas, con el fin de que los buenos cristianos le pierdan el rastro.

Pero había algún problema más: ¿qué tipo de respuesta era «Sajéro sal noc oév», esto es: «Veo con las orejas»?

¿Tenía acaso Adán un espejo en los sesos que devolvía sus ideas invertidas y le intercambiaba los sentidos? Si veía con las orejas, ¿oiría, por ejemplo, con la piel? ¿O tal vez la misma locura que lo había llevado a sajarse los ojos y a arrancárselos de las cuencas lo había conducido a concebir disparates?

En ese momento apareció Lope. Tenía mucho que hablar con él, en particular quería saber a qué se dedicaba en el monasterio de las freilas liberatas.

Los presenté, y para mi sorpresa se pusieron los dos a hablar con soltura y desahogo en la lengua de Adán. Ante mi perplejidad, Lope me explicó que había personas, como él mismo, que tenían desde pequeños la capacidad de hablar y escribir al revés: a él, según dijo, se le había desarrollado de manera extraordinaria cuando le cortaron el brazo diestro y tuvo que hacerse zurdo lo más deprisa posible. Adán, calculaba, habría desarrollado esa habilidad con la ceguera, eso me dijo. Lope suponía que al vaciarse los ojos se habría herido los sesos con el cuchillo, y que eso le habría trastocado el habla: las heridas de batalla en la testa, cuando no son mortales, provocan a menudo conductas tan erráticas como las que acarrea el abuso de la lectura de los clásicos griegos y latinos.

Con Lope en funciones de trujimán no siempre fiel ni fácil de entender, pude comunicarme con Adán.

Adán me avisaba de que hacía dos días había llegado a Compostela un comisionado del deán Fernando el Moro, con el mandato de entrar encubierto en el monasterio y descubrir a las freilas que estaban embrujando a los canónigos del cabildo. Lo había oído en la catedral de labios del propio Fernando, que, delante de Adán y considerándolo incapaz de entender o revelar sus planes, se los había comentado a uno de sus secuaces novicios. El comisionado tenía la orden de identificar a las freilas rebeldes y acabar con ellas sin piedad alguna, aunque solo fueran simples sospechosas. Y por lo que había oído Adán, era un mercenario experimentado, sin escrúpulos y muy hábil, capaz como espía de infiltrarse en cualquier ejército y cortarle la cabeza al que se le señalara como objetivo, ya fuera a traición con sus dobleces o cara a cara como insuperable guerrero.

El sabueso husmeador que había en mí tenía como regla fundamental la desconfianza. ¿Por qué me contaba eso Adán?

Pedí más vino.

Habiendo sido el propio Adán víctima del supuesto embrujamiento o posesión diabólica de las freilas, ¿cómo es que buscaba protegerlas?

—Otnéimicedarga rop —dijo.

—¿Por agradecimiento? —preguntó Lope, tan extrañado como yo al traducirlo.

Adán no sabía a ciencia cierta quién había sido responsable de que él alcanzara semejante bonanza espiritual despojándose de los ojos, pero si eso había sido cosa de las freilas, les estaba muy agradecido. Su penitencia era para él un don. Desde que había dejado de ver, se había apartado de los niños, y ahora vivía sin la tentación permanente de aquellos pequeños cuerpos de nalgas sonrosadas. Estaba persuadido de que se iba a salvar. Había hecho

mucho daño. Necesitaba prepararse para la confesión. Admitió ser culpable de varias muertes.

—Soñín ed setréum! —exclamó recreándose en su propia maldad, como es costumbre en los arrepentidos vanidosos, que exageran sus pecados para engordar la bondad de su corazón.

Según explicó el ciego voluntario, era Serafín quien lo había enredado para convencer a los muchachos de mejor voz, o a sus madres, de que la castración era el único modo de mantenerla. A cambio ofrecía dinero, por supuesto, pero también un lugar en el cabildo (primero de sirvientes, pero con todas las posibilidades de mejorar de posición): ¿qué había más valioso que el rezo cantado para empujar a las almas fuera del purgatorio?

Y, bueno, no siempre sobrevivían, pese a que el cirujano Abenmasarra era un maestro en el delicado arte de la emasculación.

El espectáculo de la maldad alevosa siempre me desazona y me da sed. Pedí una copa del *aqua vitae* local, al que llaman orujo, una bebida que me había descubierto Lope en Silos y que por allí circulaba como si fuera el pan nuestro de cada día. Lope y Adán pidieron otra cada uno, envidiosos.

Al primer trago me convencí de que eso debía de ser lo que beberían los bienaventurados los domingos en el cielo.

Adán seguía con su perorata de pregonero de su propia vergüenza.

Un día llegó al coro una voz sublime. Eso dijo Adán. Serafín no quería arriesgarse a perderla. Se obsesionó.

Pero la madre, una viuda, jamás aceptaría: tenía dinero y, sobre todo, poder.

Sabiendo que ella no iba a ceder, Serafín le pidió a Adán que lo ayudara a convencer al muchacho, sin que la madre se enterara.

Le ofrecieron la gloria en vida y en la eternidad.

El niño se llamaba Catalino.

Catalino era el nombre del niño con el que acababan los diarios místicos de Serafín, a falta del último tomo que se había llevado Adán.

Consciente de la belleza de su voz, Catalino cayó en las garras de Serafín, sin valorar demasiado el precio que iba a pagar. Aceptó la castración con apenas doce años: ¡un verdadero angelito de peana! Serafín dijo que le darían a la madre los hechos consumados: castrado, feliz, salvado para la vida eterna y con el don de la voz perenne. ¿Se podía pedir más? No, claro, vistas así las cosas, quedaría agradecida para siempre.

No salió bien.

Enterraron al niño en el cementerio del claustro de la catedral, una noche, esa misma primavera, bajo un manto de flores que luego plantaron sobre la tumba. Al principio nadie imaginó que allí había una sepultura, pero en poco tiempo las flores murieron, una tormenta removi6 la tierra y, para espanto de Serafín y Adán, el ángel muerto salió de su tumba hecho un endemoniado.

Así lo contaba el locuaz y ciego Adán para terror de Lope, que seguía traduciendo sus palabras del revés. El querubín, convertido en un ángel del demonio, empezó a perseguir a Adán:

—Arráncate los ojos. Arráncate los ojos para no ver más niños — le decía.

Y después, cuando consiguió que se los arrancara, fue a por Serafín.

En este punto de su narración, a Adán le dio un ataque de gruñidos, esputos y lágrimas.

Esperé a que se calmara, y le pregunté por Simón y Fernando. ¿Qué tenían que ver los presbíteros con ese niño? Adán no lo sabía, pero un demonio se había desatado, y todos estaban en peligro, o,

visto de otra manera (y no sin cierta manga ancha), estaban todos ante la oportunidad de salvarse para siempre.

Al final de la conversación, Adán se levantó.

—Esperad —le dije—. No os vayáis.

Él había robado el tomo último de las memorias de Serafín, así que habría leído ya el nombre de la viuda. ¿Quién era?

—No lo sabe. No ha conseguido entender el libro y, enfadado, lo ha tirado a la chimenea esta misma mañana —tradujo Lope.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Séver la otírcse átse ozáñoc otúp nu Se —respondió.

Eso lo entendí perfectamente. Y tuve unas ganas inmensas de estrangular allí mismo a mi viejo amigo Ganimedes. Lo peor era que ya me había familiarizado con su modo plomizo de hablar.

Él, sin embargo, se despidió sonriente, yo diría que casi feliz. Y echó de nuevo a andar sin bastón y chasqueando la lengua como cuando se quiere alejar a un perro: caminó entre las mesas, tropezando de vez en cuando, pero más por la borrachera que llevaba que por la ceguera, y salió de la taberna, acompañado por la indiferencia de los parroquianos y nuestro estupor.

Lope comentó que había conocido a viejas sacerdotisas en las montañas de Cartagena, otra ciudad conquistada hacía no mucho por el infante Alfonso, adoradoras de una variante local de la ninfa Eco, que vivían en cuevas y caminaban a oscuras por ellas haciendo ruidos con la boca y detectando los accidentes del terreno por su eco: mujeres que a la luz del día apenas podían ver, con los ojos heridos por el sol, y que sin embargo de noche se apañaban de sobra, como murciélagos. Y si ellas podían *ver con las orejas...*

Como no sé si llegué a escribir alguna vez con ánimo bondadoso o muy malévolo, si es hecho de un hombre, a otro cabe hacer lo mismo.

Antes del anochecer había ido al palacio del arzobispo a interrogar a Serafín para averiguar el nombre de la madre del niño cantor Catalino. Si era verdad lo que el maestrescuela Adán había contado, aquella viuda tenía motivos más que suficientes no solo para querer acabar con él y con Serafín, sino también para convertirse en el azote del cabildo entero.

Gallinato me informó de que esa misma tarde el chantre había conseguido hacer pis. No había sido gran cosa, pero parecía que con eso estaba salvado. Agotado tras la proeza mingitoria, se había quedado dormido, no sin la ayuda de una infusión de beleño que Abenmasarra le había proporcionado, y descansaba desde ese momento a pierna suelta. Nos dijo que podíamos volver al día siguiente, mejor no muy temprano.

Acuciado por sus preguntas tuve que confesarle que no sabía aún nada de Romeo, pero creía que andaba bien y pronto daría con él. Luego me hizo una revelación que no esperaba. Rosalba, la mujer que el día en que él y yo nos reencontramos le había reprochado suspender la representación, no había regresado tampoco. Estaba preocupado. Temía que cumpliera su promesa de no volver a verlo. Quise preguntarle, pero no le pregunté, si Rosalba era la comedianta que hacía de alcahueta y de Venus en el *Pamphilus* que los dos habíamos visto en el lupanar un par de días antes.

Gallinato también quería que le diera detalles de mi periplo en el convento, pero me excusé diciendo que era demasiado pronto para llegar a ninguna conclusión y tenía que continuar con la búsqueda.

Le prometí que cuando fuera a ver a Serafín al día siguiente, le contaría nuevas positivas, sabiendo que probablemente no sería así.

Los versos no se pueden buscar, porque si los buscas te esquivan. Y mucho peor es decidir olvidarte de ellos: entonces te esquivan aún más. Hay que dejar que vengan cuando ellos quieren, con la puerta abierta para que pasen. No cerrar la puerta jamás a los versos es mi método de maestro viejo. Se trata de urdir una búsqueda desatenta, pero en la que participen los cinco sentidos.

Porque sé bien que no solo soy maestro el rato en que me siento en soledad en el banco de mi casa o de un monasterio, sino a cada momento del día. No soy un contable ni un usurero de la poesía con su banco en la plaza y su horario de mercado. Soy un siervo suyo, un cautivo, un esclavo a su constante disposición. Vivo para ella cuando paseo, cuando charlo, cuando como en la taberna, cuando duermo o cuando consigo meterme en el lecho de alguna generosa amiga: siempre respondo a su llamada. Y así, libres, los versos se presentan como y cuando ellos quieren.

Tenía entonces tantas cosas que buscar que decidí que lo mejor era no buscar ninguna y dejar que vinieran como quisieran, igual que llegan siempre los buenos versos: basta con desearlos. Recogí a Lope y los dos paseamos con tranquilidad por la ciudad, sin buscar a nada ni a nadie, y acabamos donde cabía esperar: engolfados en una de esas tabernas en las que cualquier alma en pena y transeúnte se ve forzada a meterse tres o cuatro jarros de vino en el cuerpo. Ni en el cuarto aceptó Lope contarme sus aventuras amorosas en el convento, que yo intuía, ni cómo las hacía compatibles con sus amores cortesés hacia la temible Lupa.

—Non si pode parlo teare de amore, perque non e solo proprio: e de más, de pareja o tríu o cuarteto. E cuando amore cura, palaboras

hieren. Ma amor non sabe curare lo qui hieren palaboras.

Era un caballero andante, además de un pensador. Eso sí: me dejó de un aire con los tríos y cuartetos aquellos. Aunque imaginé que se refería a reuniones musicales en las que él colaboraría con su flauta para una sola mano.

En una taberna nos cruzamos con el correo Alonso, del que yo ya sabía que era el infante Alfonso pero al que no podía llamar así. Venía buscándonos. Nos dirigíamos con él a otra taberna cuando en la plaza de Platerías, caminando y enredados en una de nuestras disputas beodas habituales, nos dimos de bruces con lo que menos esperaba, es decir, con lo que estaba yo buscando: la Santa Compañía.

—Lo sabía —dijo inquieto el correo infante al ver que la procesión se acercaba a nosotros—. He aplicado esta mañana sobre mi carta astral las direcciones primarias y las progresiones secundarias, sin olvidar el ciclo de los cronocrátors y me daba un encuentro enemigo para esta noche.

Haber avisado, pensé.

Llegaron esta vez mucho más lentas, las almas, enfundadas en sus hábitos, como recién salidas del sepulcro.

Lope, más borracho que aterrado, se tiró al suelo para hacerse el dormido mientras murmuraba jaculatorias y ensalmos. Y nos pedía que hiciéramos lo mismo.

Pero yo estaba preparado para ese momento. Siempre me ha resultado muy difícil temer a los muertos: el peligro son los vivos. Así que me fui hacia la procesión sin dudarlo para ver de cerca la catadura de aquellas almas en pena. Las primeras eran almas encapuchadas del tamaño de personas, pero había otras espigadas y altas como gigantes, con enormes faldones, que caminaban a grandes zancadas. Otras llevaban sobre sus hombros dos o tres

cabezas asomando desde largos cuellos, y algunas tenían aspecto de animales horribles: hidras, grifos, mantícoras y quimeras.

Reconocí inmediatamente al vivo que iba al frente, y era el que suponía: el deán Fernando. Portaba una tea en la mano y estaba depauperado. Debía de llevar sin comer desde que desapareció. Pero lo peor era el olor que traía.

—¡Gonzalo, amigo! ¡Auxilio! —me suplicó.

Todo el mundo intuye el olor del miedo, aunque no haya llegado a sentirlo. El miedo huele a mierda, el olor de la victoria o la derrota, que en realidad dependen solo de en qué lado se esté. Eso lo aprendí en las Navas de Tolosa. La teoría me la explicó un día antes de la batalla el instructor de los jóvenes de nuestra tropa, un viejo soldado que presumía de haber estado en la Cuarta Cruzada, cuyos ejércitos se dispusieron para arrebatarse Jerusalén al turco, pero al final se usaron para arrasar y saquear la plaza cristiana de Constantinopla:

—Usa cota de malla que te cubra también bajo la falda de la saya —me dijo este sabio guerrero—, pero ni se te ocurra ponerte bragas. Si nos derrotan querrás salvar la vida y, para huir más deprisa, tu cuerpo se cagará sin pedirte permiso. Y doy fe de que con algo así en las bragas se corre fatal.

Ahí aprendí la teoría. Al día siguiente llegó la práctica. Nunca olvidaré el olor que nos sacudió cuando se desató el pánico entre los almohades y salieron en desbandada. Tan cerca estuvo el miedo de contagiármese que apenas logré resistir la tentación de huir con ellos.

Aquella noche me detuve frente a Fernando el Moro, obligándolo a parar. La procesión paró detrás. Aumentó el tenebroso rumor que traían. Dentro de las capuchas los rostros estaban a oscuras, como desaparecidos. Fernando me tendió la tea con asombro, sin creerse

lo que estaba ocurriendo. La tea tenía forma de tibia humana, y yo la cogí sin dudarlo.

En ese momento el rostro de Fernando se transformó.

—¡Siempre habéis sido un mentecato! —rio.

Y echó a correr.

A mi vez, sin saludar a mis acompañantes, me di la vuelta y enfilé hacia el palacio del arzobispo. A ver si aquella panda de farsantes me seguía y las metía a todas en el calabozo.

Yo creo que al principio, aunque hubo un revuelo de inquietud, la procesión me siguió. Pero de pronto una voz gritó: «¡A por él!». No había previsto que me atacaran, y me di la vuelta asustado, en el mismo momento en que recibía un empujón que me tiró al suelo. Pero en vez de arrollarme allí, me esquivaron para correr detrás del deán Fernando.

Chillaban como posesas, con alaridos guturales y animales, como si estuvieran a punto de hacer un sacrificio humano. No me habría gustado nada ir delante de ellas.

Me levanté dudando si seguir las, Lope llegó a mi lado desencajado, pero Alfonso, sin pararse, corrió tras las perseguidoras. Eso nos dio valor.

Perdí de vista a Alfonso, que iba por delante, y a Lope, que iba a mi lado, tras doblar una calle para intentar rodear y llegar a ellas de otro modo, y me acabé desorientando en las desiertas callejuelas de Santiago. Intenté guiarme por el rumor de sus gritos, que llegaban a mí desde alguna parte que no lograba localizar, rebotando y multiplicándose en las fachadas de piedra.

Me había dado ya por vencido cuando al doblar una esquina el fulgor de una hoguera me cegó momentáneamente. El infante Alfonso estaba intentando apagar una pira encendida golpeándola

con unas ramas de olivo. En lo alto de la pira Fernando estaba atado a un poste, gritando, con el fuego lamiéndole ya las piernas.

Por fortuna, Lope había avisado a los vecinos llamando a las puertas y pidiendo ayuda. Algunos habían salido con cubos que llenaron en la pila de la fuente central de agua con la que consiguieron apagar el fuego.

Trepé a la pira apagada para ayudar a Alfonso a desatar al deán. Lo bajamos desmayado y lo sentamos en un banco recostado contra un muro. Alfonso y Lope se tiraron al suelo allí mismo, agotados. Los vecinos volvieron a sus casas.

Examiné a Fernando el Moro. No tenía quemaduras de importancia. Una en la rodilla que le dolería durante un tiempo, y el pelo y las cejas chamuscados.

Había sido un buen hombre, pero se había convertido en una víbora.

Ahora olía a mierda.

Me alcé la saya, me bajé las calzas y trazando una cruz sobre su rostro desmayado me alivié de todo el vino que había bebido aquella noche.

—*Exorcizo te, omnis spiritus immunde, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* —dije.

—¿Qué haces? —me preguntó el infante Alfonso.

—Tenía la capa ardiendo aún y la he apagado —dije componiéndome la ropa.

Fernando había vuelto en sí.

Menuda borrachera.

SEXTO DÍA

Crímenes, confesiones y comuniones

—Tienes una demanda de confesión —me dijo el torno con su voz agudísima y nasal, al preguntar por la abadesa.

A mi lado el correo Alonso o infante Alfonso me miraba sin comprender qué hacíamos ahí. Si hubiera tenido que buscar a un simple correo del rey, me habría vuelto loco preguntando de puerta en puerta por toda la metrópoli, pero localizar a un infante real es muy sencillo. Simplemente pregunté por el palacio real.

¿El pazo real?, me corregían.

El pazo real era uno de los que daba nombre a la rúa das Casas Reais. Estaba muy cerca de la Taberna del Mono Chispo pero más abajo, ya junto a la porta do Camiño. Me presenté allí, pedí hablar con el correo Alonso, pues no sabía hasta qué punto el infante estaba de incógnito. Apareció al poco tan campante. Y cuando le dije que tenía que presentarle a alguien que nos iba a dar pistas sobre dónde estaba la biblioteca de su ama de leche, con todas sus cantigas manuscritas, le cambió el rostro, pidió que nos prepararan montura y fuimos al convento a caballo. No quise confesarle de antemano que había localizado a la propia Garda, porque no sabía bien qué tipo de relación se establece entre un niño y su nodriza, esto es, literalmente su *criado*. ¿Amor solo o esa mezcla de amor y odio que marca las relaciones entre madre e hijo o entre amada y amado?

Como la mayoría de los tristes humanos, no tuve nodriza de pequeño. Mi madre se encargaba de todo. La etapa en la que me crio no la recuerdo en absoluto, aunque sin duda el afecto —no por común menos particular— que nos hacía sentirnos —¡ay!— inseparables nos marcó a ambos.

El infante y yo caminamos juntos por el pasillo que unía el recibidor del torno con la antecámara de las habitaciones de la abadesa, que me dio la bienvenida, oculta tras el tapiz.

—¿Quién ha venido contigo, Gonzalo? —me preguntó.

Lo miré. Estaba a mi lado, quieto, con su nariz de aguilucho recién aterrizado, atento a todo lo que se moviera a su alrededor. Calculé que no hacía ni un año que había rendido Sevilla, y menos de siete meses que se había rendido a su vez a una niña de doce años, su esposa Violante de Aragón, de la que, como es lógico, había salido huyendo a los pocos días de que empezaran a agobiarle con que tenía que arrancarle un hijo a toda velocidad.

—El infante Alfonso —le contesté.

Hubo silencio a ambos lados de la tela. Silencio profundo.

Luego, poco a poco, Alonso o Alfonso, hijo y correo del rey, volvió la cabeza hacia mí mirándome con rostro impávido, muy serio. Saberse descubierto no le había preocupado en absoluto, pero sin duda no entendía la situación. Pese a todo, dijo, convencido:

—Lo sabía.

Algo habría encontrado, por la mañana, consultando los planetas.

Al cabo se oyó el arrastre de silla con el que dona Hilda, o Garda, o Hildegarda solía levantarse. Su mano pálida corrió la cortina, abrió la puerta, dibujó su silueta esbelta y algo cansada ante nosotros, levantó lentamente el velo que le cubría el rostro.

—Majestad, has crecido bastante —le dijo al heredero, tuteándolo como yo, que al principio creía que era un noble más, pero con

menos guasa, con una sonrisa que quería ser respondona y estaba a punto de deshacerse.

—Me abandonaste, Garda, pero he sobrevivido —dijo a su vez el infante, tragando la saliva de la tragedia.

¿Se iban a echar a llorar? Supe entonces que aquello que sucedía entre los dos me excluía.

—Tengo que ir a confesar —dije.

—Yo no te abandoné. Tu padre me expulsó —continuó Hildegarda sin escuchar nada de lo que yo pudiera decir.

—Algo harías —contestó la cría de la criada.

Como estaba comprobando, el vínculo entre una nodriza y el niño que cría se alimenta de amor y odio, como siempre entre un hombre y una mujer con demasiado contacto corporal. Es semejante al que se establece entre madre e hijo o entre amada y amado, aunque al tiempo, creo, es muy diferente: el niño es el criado y la nodriza es su criada. No hay entre ellos tampoco esa alianza desigual que une al siervo con su señor y en la que diluyen ambos todos los demás afectos. Es una relación entre vasallos sin dueño.

Hasta ahí escuché antes de cerrar la puerta tras de mí, pensando que da igual el pecado que uno cometa: lo que importa es la penitencia, excepto cuando se la lleva uno ya en el pecado, como suele ocurrir.

Una vez fuera, resoplé. Ahora he envejecido y estoy más blando, pero entonces me causaba aversión la tensión de las emociones, y se me ponía mal cuerpo. Prefería hasta decir misa. O, si se me apura, confesar a alguien.

Así que me dirigí, a través de la sacristía, a la pequeña nave de la iglesia. La luz entraba por las vidrieras limpiando el aire con sus colores, y caía sobre la sede de confesión.

Odio esos armatostes. No sé ni quién es ese emperador de Constantinopla llamado Marciano ni el patriarca Anatolio a quienes se atribuye el uso del primero: ojalá estén los dos purgando su invento muy cerca de Satanás. Prefiero, sin dudarlo, la confesión en sacristía, o paseando. Incluso las que se hacen en sede abierta y con testigos, en el atrio o ante el altar, me resultan más gratas. Si pudiera elegir, preferiría no confesar, porque con el tiempo ya no sé qué diablos es un pecado. Pero admito que para poder vivir es necesario estar en paz, aunque solo sea con uno mismo. De modo que, cuando tengo que escuchar culpas ajenas e imponer penitencia, prefiero hacerlo cara a cara, como un amigo que solo busca serenar la zozobra y calmar el desasosiego. No me parece que la sede cerrada favorezca, como dicen, la sinceridad sin vergüenza del penitente, su concentración y la del penitenciario, ni mucho menos el acercamiento sin contacto. Por más que quien lo ideara buscase separar a las monjas del confesor en los conventos de freilas, el confesonario favorece todo lo que pretende evitar.

Y hablo por experiencia.

Aquel día entré en el confesonario, situado en el rincón que formaban el muro de la nave de la iglesia y la enorme verja de hierro cubierta con paño que la velaba, y enseguida me di cuenta de que la freila solicitante ya estaba al otro lado, arrodillada en el reclinatorio. Le hice la salutación latina con la voz nasal que me sirve de máscara en situaciones así, y ella sin embargo respondió muy poco mecánicamente, con tono afligido. Tardó aún un tiempo en comenzar.

—Páter, yo me acuso..., yo me acuso...

Como nos ocurre a todos, no encontraba de qué acusarse con exactitud. Es muy difícil creerse las culpas, no dejarse ir en frases discordantes del tipo: «Yo me acuso de que la abadesa..., yo me

acuso de que el sacristán..., yo me acuso de que s  r Matilde...». Yo me acuso, en fin, de que los demás tienen la culpa.

—...   Un fantasma me persigue! —consiguió articular la pecadora.

No era lo que esperaba en estos tiempos en que todo lo que no es acostumbrado es inaudito. Mir   a través de los mínimos resquicios que dejaba la rejilla de madera. Había más luz en su lado que en el mío, pero no se veía mucho de su rostro a contraluz, aunque sí pude saber que no llevaba velo.

—  Y qué crees que quiere de ti el fantasma, s  r? —le pregunt  .

No sirve de nada dudar de las ensoñaciones de quienes van perdiendo el seso. Yo también me acuso, incluso en esta vejez despreocupada en la que he ido sumi  ndome, de que me persiguen fantasmas, por difícil que sea ponerles nombre. De hecho, no hacía tanto que un fantasma de muy mal aspecto me había dado caza para retorcerme el alma en una noche de pesadilla de la que no estaba seguro de haber escapado aún.

—Castigarme, eso quiere. Es el del arcediano Simón.

  El arcediano Simón! Eso sí que resultaba bastante inquietante, teniendo en cuenta que se trataba de un fantasma reciente, tras su pequeño y no muy fructífero enfrentamiento al botafumeiro.

—  Y qué le debías t   a Simón antes de muerto para que su fantasma se revuelva en tu busca?

—Dice que le ment  a en confesión.

—  Y le ment  as?

—No le decía la verdad —matiz  .

Se veía a las claras que aquella s  r era del tipo freila cabeza dura.

—... Así que estoy en pecado mortal —concluyó.

Pero de eso no se muere nadie, estuve a punto de recordarle. Añadió que venía a hacer una confesión general, para intentar

redimir sus pecados verdaderos, además de sus fingidas confesiones:

—A ver si el fantasma encuentra descanso y yo me desato de mis yerros de una vez por todas —suspiraba.

Me dieron ganas de decirle que nadie está preparado para escuchar una confesión general, que preferiría no saber lo que iba a contarme, que le dijera al fantasma de Simón que viniera a hablar conmigo, a ver si yo conseguía apaciguarlo un poco... Pero aparté esas vanas esperanzas de mi mente. No había más remedio que escuchar: la primera tarea del confesor. Cogí aire.

—¿Empiezo por los pequeños o por los grandes? —preguntó.

En eso por mi parte no había preferencias. Los pecados pequeños me gustan mucho más, claro, como a todo el mundo, pero lo mismo brillan al principio que al final de una confesión. ¿Y qué sería de nuestras vidas parduzcas sin pecados grandes para atormentarnos al cabo de los años, con saña?

—Háblame primero de aquellos pecados de los que no consigues arrepentirte —se me ocurrió, por ver si abreviaba.

Pero no eran ni uno ni dos. Y por desgracia, todos del mismo orden carnal:

—... Al principio él intentaba evitarme. Una vez, a solas ante él, me arrodillé e iba a tomar su mano para besarle el anillo... «No me toques», me dijo, como un Cristo resucitado que llega de darse un paseo por el infierno, pero no sé qué maldad debió de pensar que quería hacer...

Con ese caso comenzó el largo y detallado relato de sus amores con un religioso de envidia y del lugar. Me puse alerta para averiguar de quién se trataba: cualquier hilo que uniera al cabildo con el convento era fundamental para tirar de él e intentar desenmarañar sus tortuosas relaciones. Pero la freila se enredaba

sola en el relato minucioso de los pecados, sin atender a lo que yo más quería oír, y consiguiendo sin duda distraerme:

—... Aquella noche abrimos otra vía de perdición, que él conocía bien de practicarla con su camarero mayor. Y en vez de arrepentirme, yo lo celebré, por lo que desde entonces la frecuentamos a menudo, cada vez más. Lo que sí me pareció nefando —comentó preocupada— es que fuera en la propia catedral donde se abrió esa vía no tan natural como la otra.

—¿Cómo «en la catedral»? —pregunté pensando que se trataría de otra metáfora fornicatoria.

—Ante el altar mayor, a los mismos pies del sepulcro del santo —especificó.

Sentado en el banquito del confesonario, nada mullido, por cierto, me sorprendí al oírlo. ¿Quizá se había enamorado del sacristán, y no de un prelado, para andar de noche por la catedral? Pero los sacristanes no tienen camarero, ni mayor ni menor.

Para saber el tamaño de su pecado, y no solo por la maldita curiosidad en la que inevitablemente cae todo confesor, le pregunté cómo había llegado ahí. El relato fue esclarecedor.

La freila estaba cenando en casa del prelado en cuestión, que al acabar propuso mostrarle «la grandeza de mi templo», con esas palabras literales, así que lo siguió, pensando que se dirigía como otras veces a sus aposentos. Sin embargo, tras encaminarse por una galería, su amado tomó un hacha de cera, la encendió, abrió una puerta de hierro que daba a otra galería, y accedieron —no entendía ella muy bien cómo— al interior de la catedral, que estaba a oscuras, en silencio y vacía.

En ese momento supe sin ningún género de dudas que aquel religioso «de envidia y del lugar» no era otro que el arzobispo Juan Arias. Ese pasillo que conectaba su palacete con la catedral lo había

recorrido yo, en mi segunda noche en Santiago, junto a su camarero Romeo. En pos de él atravesé la catedral, y el claustro después, camino de la canónica.

Y si el prelado era Juan Arias, la freila que se estaba confesando no podía ser otra que Rosalba, su amancebada. La que irrumpió buscándolo a gritos el día de nuestro reencuentro.

La confesión cobraba nuevos matices: me acomodé en el asiento.

—Era de ver, veramente, la grandeza del templo —continuó ella ensimismada—, y mi amado me pidió que, pues me había enseñado el suyo, le mostrara yo el mío. Y, como no adivinaba sus deseos, vuelto él en toda una fiera, rasgó mis mejores galas de un zarpazo, tomó mis posaderas con adoración y, arrodillado ante ellas, hundió allí su rostro.

Al escuchar aquella voz grave, ronca y severa trayéndome a los ojos de la imaginación los detalles de sus pecados con el arzobispo, en semejante lugar y por semejante vía, intenté en vano recuperar la imagen de Rosalba, la manceba de Juan Arias que, me parecía, había hecho, en la representación del *Pamphilus*, de Venus enmascarada y luego, cubierta de arrugas pintadas, de vieja alcahueta. Y en ese momento me di cuenta de que la piedra con que estaba construida la iglesia de aquel convento no nos aislaba bien del calor que hacía fuera. El verano había alcanzado también el confesonario, y yo estaba sudando bastante.

—Al final me arrepiento siempre del amor, pero no consigo arrepentirme del placer —dijo.

Y después me contó que sus gritos de deleite convocaron al sacristán, que a punto estuvo de sorprenderlos. Por fortuna, lo oyeron venir y lograron interrumpir a tiempo sus ensueños.

Puesto que era confesión general, le dije, tenía que relatarme su pecado desde los inicios. Y lo solicité con sumo dolor, porque no

encontraba en mi ánimo la austeridad que necesitaba para escuchar impasible semejantes episodios.

No recuerdo quién fue el que me dijo que el mejor remedio para defenderse de los relatos de los pecados de las monjas consistía en pasar cuentas del rosario, rezando compulsivamente avemarías, pero que, si eso fallaba, quedaba la posibilidad de pedirles que los narraran en latín. Siempre que fueran letradas, claro.

—Si sabes latín, sórora, te agradecería que siguieras en ese idioma sagrado...

—Claro, páter —obedeció, y lo hablaba con desparpajo, como suponía—: *La prima vez que me perdí en brazos de este amado que tanto pecar me ha hecho, en esta iglesia misma sucedió. Y en este mismo confesonario en que ahora nos hallamos.*

—¿Y posible cómo algo así fue? —le pregunté.

—*Del confesonario la puerta sin cerrar estaba, y ni se había dado cuenta él, que sumo despiste se gasta.*

Menudo susto se llevaría Gallinato, imaginé. Pero me sentía muy raro hablando de él, aunque fuera sin nombrarlo. Y me percaté enseguida de que el salto al latín había sido mal negocio, porque en realidad, al tratarse del idioma al que la Iglesia relega todas las cuestiones amorosas, era para mí también el lenguaje del deseo, la lengua sonora de mis poemas más procaces. Por mi mente pasó la idea de recurrir entonces al rosario, pero no sabía en qué oscuro rincón de mi vida habría quedado arrumbado el mío: uno de garbanzos horadados, barnizados y engarzados con cordel que yo mismo me hice en mis fervorosos tiempos de novicio de San Millán. Lo había recuperado en casa para ir al Estudio General, pero allí lo perdí de vista para siempre. Para distraerse de la religión no hay nada mejor que sumergirse a fondo en ella.

El caso es que no veía cómo librarme de la cháchara envolvente de aquella freila, que seguía relatando sus primeros amores con Juan Arias.

—... *Y mientras los pecados míos a mi amado le confieso, la ropa voy quitándome, la puerta abro, en el confesonario me cuelo y sobre sus rodillas me siento* —narró vívidamente Rosalba—, *desnuda como al mundo Dios me trujo*.

»Así —añadió de pronto, abriendo la celosía que nos separaba, convertida en una inesperada puerta, y metiéndose en mi lado del confesonario para sentarse, también desnuda, sobre mis rodillas.

Me quedé de alabastro.

Rosalba era, en verdad, pequeña, de piel tostada como la de una campesina. Tenía los senos esféricos y tersos, como moldeados en arcilla, de pezones negros. Se había tomado a sí misma como modelo al pintar la Magdalena de su *Noli me tangere*, sin duda, y para la propia santa Liberata crucificada que había en la cámara de la abadesa Hilda. Por un momento, hasta temí que tuviera patas de yegua, pero no. Sus piernas, algo deformes, estaban cubiertas de una ligera capa de vello rubio, apenas visible.

Tuve poco tiempo para contemplarla, porque, en medio de aquel rostro no del todo armonioso, los espíritus azules de sus dos ojos godos, o góticos, o visigóticos, candentes como agujas de hielo, se abrieron paso a través de los míos hasta quemarme el alma.

A menudo en mi vida he recordado aquel día, como hago ahora, recreándome en los detalles. En mi evocación, tomo en los brazos a Rosalba, vuelvo a abrir la portezuela que ella ha cerrado a su paso, me levanto, salgo del confesonario y la dejo con delicadeza en el suelo. Luego recojo su hábito bermejo caído allí mismo, se lo entrego y le pido con voz apacible que se cubra. Y mientras ella lo hace algo avergonzada, con cariño le digo que es bella —y en

verdad me lo parece, pese a que sea un poco gibosa, como compruebo al ayudarla a vestirse—. Le confieso —yo, su confesor— que en cualquier otra situación en que nos hubiésemos conocido me habría seducido completamente, porque me encantan sus ojos y sus senos tostados y su piel morena y no tan tersa ya. Pero le explico que en realidad soy amigo desde la juventud de Juan Arias, Gallinato, como le llamábamos, y que estoy seguro de que en él tiene Rosalba un tesoro. Y le aconsejo que deje ese convento, que no es para ella, y vaya al encuentro de Gallinato, que —le recuerdo, algo regañón pero con cariño— la ama. Y que dentro de unos años, cuando la pasión los haya abandonado en parte, apaciguada por el cariño, lo convenza de que deje la mitra y se retire con ella a una casa de campo en donde pasar juntos la vejez.

Todo eso hago en mi ensueño. Y al evocar una a una esas acciones y esas palabras, me entran ganas de llorar del orgullo que mi comportamiento me provoca.

Pero la realidad no siempre es como uno quisiera.

—*¿Y cómo el amado reaccionó?* —pregunté con voz apocada a Rosalba, desnuda y temblorosa en mis brazos como un pajarillo recién caído del nido.

—*Ni una palabra decir pudo. Pero yo la verga le tomé, así* —continuó, y hurgaba impunemente debajo de mis hábitos en busca de lo que su relato había enervado—, *y la puse a buen recaudo* —añadió poniéndola, en realidad, a su húmedo servicio.

No tuve tiempo ni de comprender que estaba atrapado, sin escapatoria, en aquel pequeño e incómodo confesonario del infierno, porque ya navegábamos los dos, sin rumbo primero, y a la deriva enseguida, flotando a duras penas en nuestro falucho de madera, hundiéndonos a veces en picado en las aguas de los ojos godos de Rosalba, hasta que se tornaban tan oscuras que no nos dejaban

vernos, o surgiendo como empujados contra el cielo por un surtidor, de sus ojos también, este sí, tan cristalino que daba brillo a la sombra tostada de su piel, mientras sus lamentos amorosos espantaban a todos los sacristanes del mundo y azuzaban mis remordimientos y mi placer.

Pese a todo lo que pasó después, no he conseguido aceptar nunca que fingía, y sigo pensando, sigo inventándome que algo la atrajo a mí. Pero ¿qué?

Nada, en verdad, que yo poseyera y pudiera entregarle.

Cuando acabó conmigo, abrió la puerta por la que había entrado y, como al ciervo herido, me dejó para escapar por la nave de la iglesia con sus andares zambos.

Pensé, antes de abrir mi propia portezuela, que saldría de ahí en otro tiempo y en otro lugar, más joven y con esperanza de hacer algo útil e interesante en mi vida.

O que quizá encontraría el confesonario encallado en arrecifes, lejos de la orilla del mar.

La vergüenza y los remordimientos me abrumaban cuando llamé a la puerta del palacio arzobispal, pero no podía demorar mi entrevista con el chantre Serafín. Era necesario ratificar las palabras del maestrescuela Adán, pues nada impide pensar que un hombre que habla al revés pueda, también, entender al revés los hechos y relatarlos al contrario de como sucedieron. Era Serafín —al tiempo culpable, vengador y víctima— quien tenía que aclarar o negar todas las sospechas que caían sobre él. Pero necesitaba sobre todo que me diera el nombre de la madre del niño cantor Catalino, que él mismo conocía, y no para desenmarañar la madeja de culpabilidades

y agravios, que también, sino como sospechosa de conspiración y para protegerla del comisionado de Fernando el Moro.

Juan Arias me recibió con los brazos abiertos, pero me mantuve un poco distante, de pura vergüenza.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó turbado.

Al mirarle me atormentaba imaginando que le contaba directamente la verdad. Juan, Gallinato, he confesado a tu amada del alma y, además de enterarme de las oblicuas vías de vuestro amor, las he practicado con ella para cerciorarme de que no exageraba y así poder ponerle una penitencia acorde, además de buscar otra para mí. ¡Y te lo cuento todo como amigos que somos!

—Perdonad, yo...

Como no podía explicarle lo que había sucedido, tapé la verdad del mejor modo, esto es, sincerándome con otra verdad: le expliqué que su encargo de investigación me colocaba, como así era, en una situación incómoda pero que debía afrontar con determinación. Para proteger al cabildo era mi obligación investigar al cabildo, y todos, él incluido, habían pasado a ser sospechosos en mi cabeza.

Cierto, cierto, cierto. Y a la vez muy mentiroso.

Me miró no sé si con asombro profesional o decepción de amigo.

—Vengo de nuevo a ver a Serafín... —concluí.

—No ha dado aún señales de vida —me comentó, como una madre que excusa a un hijo vago—, pero debe de estar ya despierto. ¡Vamos! ¡Perpetuo!

Subimos por la escalinata al pasillo superior y en el camino se nos unió el criado al que había llamado. Juan golpeó con los nudillos la puerta, pero no hubo respuesta. Le hizo una seña a Perpetuo para que abriera.

Las habitaciones estaban a oscuras. Pasamos a la cámara y el criado cruzó la estancia para abrir también allí el balcón.

—¿Ave María Purísima? —se anunció Juan en un tono muy agudo.

No hubo respuesta tampoco. Así que entramos sigilosamente en el dormitorio. En la penumbra se divisaba el bulto del chantre Serafín sobre la cama. El criado se apresuró a abrir las contraventanas del balcón ahí también.

—¿Fráter Serafí-iiin? ¿Fráter? —Arias lo llamaba con esa molesta voz cantarina—. Madre del Amor Hermoso, sigue dormido como un cesto.

Pero cuando la claridad exterior iluminó al fin el lugar, el arzobispo lanzó un grito de terror demasiado agudo para su voz, en la línea de su escenificación maternal.

Desde luego, Serafín parecía haber descansado bastante regular y no tenía muy buen aspecto. Estaba pálido, con la boca y los ojos muy abiertos y un puñal clavado en el pecho a la altura del corazón. Y había aferrado con las dos manos el arma por el mango, no se sabía bien si para intentar arrancársela o como consecuencia de habérsela clavado él mismo. La cama estaba deshecha, llena de sangre, como los paños en el suelo.

En la pared de enfrente de la cama habían escrito, también con sangre pero en latín:

¡LO QUE EMPEZASTE, MALDITO, ACABA!

El panorama me hundió el ánimo hasta la misma línea de flotación. Y no solo porque mi única vía para conocer la identidad de la madre del niño cantor Catalino acabara de cerrarse. Mi viejo amigo Serafín había concluido de forma horrible una vida llena de desgracias. Su música lo debería haber elevado para mantenerlo al margen del mundo, pero no había sido así: había muerto después de largo tiempo rebozándose en el cieno.

Sin embargo, la necesidad de encontrar al culpable cuanto antes me salvó. Aparté el dolor y me concentré en analizar la situación. No se puede jugar triste al ajedrez.

Todos tenemos fuerzas suficientes para clavarnos un puñal bien afilado en el pecho, calculé. Otra cosa es la convicción con que se lleve a cabo una operación de ese tipo. Pensé que si yo quisiera clavarme un puñal en el corazón nunca me tumbaría en una cama. Además, no podía olvidar que Serafín parecía muy sincero cuando se había declarado en paz espiritual tres días antes. Y, en fin, sus grandes esfuerzos por curarse no encajaban de ninguna manera con la desesperación del suicidio.

En cuanto a la sangre del grafito, no parecía sangre de mujer, como la de la pintada que lo incitaba a castrarse, sino del propio Serafín. Todo indicaba que la orden se había escrito con descuido, salpicando el suelo, con más preocupación por escapar que por hacer verosímil el hecho improbable de que, para matarse, el muerto hubiera obedecido una orden escrita con la misma sangre de su sacrificio..., como un vihuelista que persigue con el arco la música que él idea y su vihuela le da.

El improvisado pintor había hecho la letra con dos dedos, salpicando por debajo la pared y el suelo, y después se había limpiado la mano en los paños de la cama. Tenía prisa y quizá cierta sensación de impunidad, o tal vez fuera solo soberbia. Había utilizado, además, una letra antigua, con aire de inscripción romana en la piedra, muy distinta de la retorcida letra goda de la inscripción que, en sus habitaciones, animaba a Serafín a castrarse, llena de redondeces ampulosas.

¿Quién podía querer matar a Serafín?

Además de una madre despechada que hubiera decidido hacerlo —algo caprichosamente— en dos tiempos, había algunas

alternativas. La principal era la de alguien que estuviera buscando lo mismo que yo: la identidad de una mujer que intenta acabar con los canónigos del cabildo, y supiera que Serafín lo sabía. Pero ¿para qué matarlo una vez obtenida la información? ¿Para protegerse quizá?

Había que pensar más, ampliar el campo de visión.

Una vez excluido yo, tenía dos o tres sospechosos, según se mirara.

Juan Arias, que, al encontrar el cadáver, había abandonado el papel de madre que llega a despertar a su hijo jueguista al final de la mañana y se había sentado en el borde de la cama, estupefacto, en silencio. Si había sido el arzobispo, sus dotes como actor habían mejorado mucho desde el tiempo en que estudiábamos juntos, aunque estímulos no le habrían faltado durante los últimos años, obligado a fingir que era arzobispo.

—¿De dónde ha salido ese puñal? —le pregunté a Juan Arias, que se había quedado ensimismado.

Se dio la vuelta y miró la empuñadura.

—Es mío —balbució.

Lo descarté de inmediato.

El otro sospechoso era el deán Fernando el Moro, cuyo deseo de culpar y cazar a cualquier mujer que rondara al cabildo había expresado él mismo. Y si, como me había explicado el maestrescuela Adán Ganimedes, un comisionado suyo andaba por la ciudad, ahí estaba el tercero. Un mercenario de Fernando el Moro que, tras sacarle a Serafín el nombre de la viuda, lo hubiese liquidado precisamente para que yo no obtuviese la misma respuesta. Alguien que supiera que yo podía ser un obstáculo para sus cometidos y que no tuviera demasiados problemas para cargarse a Serafín, sino todo lo contrario: que encontrara en la idea de chapotear un rato en sangre un estímulo añadido al de la obtención de información.

Si esa era, como parecía, la hipótesis correcta, la viuda estaba perdida.

Tras mi naufragio a bordo del confesonario había escapado del convento como un ladrón, sin despedirme de nadie, en plena hora sexta. Así que encontrarme de vuelta esa misma tarde allí, al comienzo de la nona y sin almorzar, no parecía el más maravilloso de los planes.

La muerte de Serafín había desatado el pánico de Gallinato, que hizo gala de su apodo:

—Cualquiera puede ser la próxima víctima de un grupo de brujas enfermas de odio que han hecho un pacto con el diablo y se saben todas las artes para llevarlo a cabo. ¡Yo mismo, madre Auxiliadora! —había exclamado, todavía sentado en la cama en la que su invitado había encontrado la muerte.

Y entonces se puso en pie, salió al pasillo, se asomó a la escalinata y comenzó a dar órdenes a los criados:

—¡Menendo, adereza almuerzo de viaje a ocho bocas! ¡Remigio, dispón forraje y agua para los caballos! ¡Perpetuo, la valija mía! ¡Bernardo, Medardo, aprestad el carruaje! ¡Jahúda, veme al banco a por dineros! ¡Gutierre, recógeme del cementerio, a ser posible de cerca de una tumba de vieja, un ramillete de escilas contra el mal de ojo, para llevarlas encima! ¡Raimundo, vísteme de viaje! ¡Durán, adelántate a la Rocha Forte y avisa: esta noche dormimos allí!

La Rocha Forte —según me había contado en la comida en su casa el bodeguero Facundo— era una fortaleza que el arzobispo se había construido hacía unos años, para esconderse allí en tiempos de revuelta, invasión, correrías o tormentas de otro tipo.

—¿Y vais a poner fosos, torres y lienzo almenados —le pregunté — entre el diablo y vos?

—Él es como nosotros, al fin y al cabo: siempre pillá primero lo que más a mano tiene.

—Dejad eso y calmaos. ¡Hay que enterrar a Serafín!

Me hizo caso, pero solo para aumentar sus disposiciones:

—¡Fabián, te quedas al frente con todos los demás! Ve lo primero a casa del deán Fernando, y le dices que te he dicho yo que la misa de difuntos por Serafín la da él mañana en el altar mayor, como ministro principal mío. Y el entierro, a continuación, en el claustro, oficiado también por él. Y nada de delegar en otro, dile, se encuentre como se encuentre, si quiere su ración todos los días de lo que queda de mes.

Hablaba a trompicones, mientras bajaba las escaleras.

—¡Ah! Y usa para el entierro de Serafín cualquiera de las cuatro tumbas de la panda este que quedaron listas en mayo. La que más rabia te dé. Todo lo demás que haya que disponer, lo delego en Gonzalo de Berceo, aquí lo tienes. ¡Y salimos ya —concluyó—, a ver si nos va a caer la noche en el camino y hacemos un pan como unas hostias!

En todo eso iba pensando cuando, de vuelta en el convento de las freilas liberatas, abrí la reja para entrar en la zona de clausura y pasé al claustro del convento. Oí entonces una música cautivadora, en pos de la cual llegué a la sala capitular, cuyos escaños no estaban dispuestos, como era costumbre, alrededor de la estancia, sino frente a una tarima de tablas elevada vara y media por encima del suelo. Sobre ella, la abadesa Hildegarda estaba tocando la melodía a la fídula, acompañada por Lupa, al laúd, y la desquiciante Rosalba, que percutía con la mano un pandero o lo agitaba para que

chispearan las sonajas que llevaba incrustadas en el marco octogonal.

Imaginé a las tres damas en una pintura de la maestra Rosalba que la incluía: *Las tres edades y la música*. Ante ellas, manoteando con gracia, a medio camino entre el amorcillo acogedor y el temible guerrero Marte, el infante Alfonso cantaba una cantiga profana en falsete que, como supe luego, él mismo había compuesto para burlarse de una trovadora galaicoportuguesa de la conocida familia de poetas Eanes:

Domingas Eanes tuvo una batalla
con algún jinete, y fue mal herida,
empero quedose allí tan ardida,
que hubo después de vencer sin falla,
y, de tal, venció al buen caballero,
mas empero es él así buen bracero
que al fin logró a ella con fuerza atizalla.

Era la historia de escarnio de una soldadera y sus batallas obscenas de amor, una canción nada conveniente en aquel lugar y con aquel acompañamiento.

Pero lo que me impresionó fue la buena voz de Alfonso en contraste con su capacidad para aplastar cabezas, demostrada en la taberna de Lupa. Poco importaba que fuera hombre de una pieza o de varias: si acababa reinando, de cualquier manera se desmoronaría aquella personalidad de varios rostros en la habitual monotonía del tirano, como luego así fue. Un rey concluye en eso inevitablemente, rodeado de una corte, esto es, de un complejo grupo humano de solicitantes. La alta política.

La abadesa viuda, frente al infante, tenía un aura especial. Envuelta en el arrastre del sonido de la fídula, buscaba los ojos de

su criado mientras cantaba. Puesto que había sido ama de leche del niño Alfonso hacía treinta años, tenía que haber parido un hijo por entonces. Dieciocho años después, en la fecha en la que debía de haber nacido el niño cantor Catalino, ella continuaría, con toda probabilidad, en edad fértil.

Garda o Hilda o Hildegarda, ama de leche del infante, poeta en busca de cantigas en todos los idiomas de la triste Babilonia del mundo, dama de corte (de la ya por aquel tiempo fallecida reina Beatriz de Suabia) expulsada por el rey quién sabe a raíz de qué desventuras, abadesa de una tropa de descarriadas y, por último, intérprete de cualquier instrumento que cayera en sus manos... Aquella mujer ubicua y polimorfa, en fin, ¿sería capaz de conspirar para provocar la muerte de distintos miembros del cabildo?

Podía ser.

El golpe le entró por una abertura
de mala loriga, que ya estaba suelta,
y pésame, porque en esa reyerta
ella, Dios me valga, tuvo más bravura,
venciérale entonces, pero el caballero
con su arma ganó, así era de artero,
que ella para siempre queda señalada.

A Rosalba, de edad mediana, arrasadora y declinante igual que una luna, que manejaba el pandero como si hubiera venido al mundo aferrada a uno, solo era capaz de mirarla de soslayo, por puro temor de sus ojos como flechas godas, y siempre que ella no me mirara también. ¿Qué tenía esa mujer patizamba, de rostro asimétrico y de piel alazana para causarme ese revuelo tan parecido a la felicidad en el cuerpo?

Y era de ver cómo entre sus dos maestras —la de música Hildegarda y la de comedia Rosalba—, la bronca y joven Lupa, capaz de manejar con brida de rienda corta a cuantos borrachos provenientes de distintos lugares del mundo se enfrentaran a ella en su taberna, se había transformado en una exquisita intérprete de laúd: sangre de comerciante recién llegada del arroyo para abolir la máxima que otorga los privilegios a la nobleza.

Y, lo más sorprendente de todo, enfrentado a las tres, con su falsete agudísimo, Alfonso parecía una más de ellas, como si de pronto se hubieran derruido las diferencias naturales entre hombres y mujeres. ¡Igual a una damisela, el mismo guerrero que, en su primera incursión bélica por tierras de Córdoba, a los once años, de la mano de su tío Alonso de Molina, había mandado pasar a cuchillo a la población de Palma del Río, si había que creerse la hablilla popular!

Y aquel moro trajo, para exaltación,
dos compañeros en toda esta guerra,
y aún más: tiene fama de que nunca yerra
cuando da gran golpe con todo el rejón,
y fue tras tumbarla de espaldas ayuso,
le dio así tal viaje cayendo de suso,
que la llaga nunca quedará cerrada.

Entonces, viendo el trío de tañedoras, y al infante cantando con esa voz tan femenina aquel poema procaz que él mismo había compuesto, se me ocurrió que el mundo acabaría siendo de las mujeres. Fue el primer día en que pensé que pronto habría una gran revuelta, y que la mujer, es decir, mujeres como aquellas tres acabarían haciéndose con el universo, guiadas por la Estrella del

Mar, diosa de una religión nueva, mariana, que vendría para borrar todas las religiones inventadas por los hombres.

La rebelión de las esclavas y del amor frente a la guerra. El apocalipsis femenino.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó Alfonso al acabar—. ¡Tienes que contarle a Garda el final del relato de la abadesa preñada, porque ella lo recuerda incompleto en una canción que escuchó cuando estábamos viviendo en Maceda!

—En Allariz —le corrigió ella—. Eso fue antes de ir a Maceda.

—Ya se lo conté completo en el sermón de mi primera misa —objeté.

—Es cierto —reconoció dona Hildegarda con la boca pequeña, como habría reconocido igual si le hubiese dicho que en el sermón les había contado la batalla del Vado de Jacob.

Que se aguante, pensé. Y, si no, que hubiera asistido. No iba a repetirlo.

—En fin —concluí dirigiéndome a la abadesa y al infante—, ¿me acompañáis los dos a un lugar recogido? Tengo algo urgente que comunicaros y que nadie más puede oír.

Las caras de Rosalba y Lupa se pusieron de un bermejo macilento, un tono digno de verse, entre la apoplejía y la ictericia.

Por entonces yo disfrutaba fastidiando a los demás.

UNA SEMANA EN EL CONVENTO

La dulce vida contemplativa

Las campanadas del alba me despertaron a hora prima. La oscuridad era absoluta. No sabía dónde estaba y tenía dudas sobre quién era, pero aún recordaba mi nombre: Gonzalo.

Cuando muere un papa, el camarlengo le golpea la frente con un martillo de plata con mango de marfil. Lo hace tres veces pronunciando en cada una de ellas su nombre, pero no el que adoptó como pontífice y que llevaba ante el mundo sino el de pila. Si tras la tercera vez no hay reacción, declara: «En verdad el papa muerto es».

Si después de tres invocaciones alguien no responde al nombre con el que le llamaba su madre de niño, ¿cómo podría seguir viviendo?

Por eso, porque recordaba mi nombre, y a mi madre gritándome desde la casa cuando yo estaba en el corral —¡Gonzalo!—, sabía que estaba vivo. Asustado, sí, pero todavía en este mundo.

Al poner las plantas de los pies en el embaldosado me dio un escalofrío. Me sentía perdido. Por más que tanteé el suelo, no encontré mis sandalias.

De pie, comencé a hacer algún uso de la razón, sin dejar de tiritar, y llegué a la conclusión de que estaba en la habitación que la abadesa Hilda me había asignado en el monasterio, lejos —me avisó, ignoro a santo de qué— del dormitorio de las freilas.

En el tiempo que llevaba en aquella inhóspita ciudad de pertinaces cielos grises, sin contar la noche que pasé a la intemperie atado a una cruz, había dormido en tres habitaciones diferentes: en el alto de la Taberna del Mono Chispo, en el primer piso de la canónica y en el monasterio: cada una de ellas con los muebles en distinto sitio. A falta de memoria, utilicé la deducción para moverme sin correr demasiados riesgos: puesto que al entrar la luz me había deslumbrado de frente, y la cama estaba con el cabecero contra la pared de la derecha de la puerta, la ventana tenía que encontrarse a la derecha de la cama.

Tras apenas un par de encontronazos con aviesas patas de muebles, alcancé la pared y la ventana. Abrí los postigos y el dormitorio se materializó saliendo de las tinieblas.

Era una espaciosa alcoba con un lecho blando y vestido con mantas de lana, un escritorio de madera, un pequeño estante con libros (no todos piadosos, como comprobé más tarde), dos jarrones con ajadas flores de magnolia, un sillón confortable y un tapiz en el paramento frente a la cama, en el que estaba tejida la escena de la huida a Egipto. Ocupaba la alcoba de una freila de pago. Hija de algún noble, sin duda. Una de esas muchachas que, a causa de un tropicón con su madre, de un amor apasionado y baldío, de una preñez inoportuna o de cualquier avería de las que acostumbran a acaecer a mozas noveleras (y en virtud de las cuales dejan de ser ambas cosas), no encuentran mejor arreglo que acogerse a un monasterio hasta que escampe, a costa de los dineros de su señor padre.

El día era nublado y húmedo, y el miedo con que me había despertado no se debía tanto a la oscuridad como al peligro que parecía ser el pan nuestro de cada día en Santiago.

Tras el concierto del trío de damas con el infante Alfonso del día anterior, me había reunido con este y con la abadesa y les había informado a ambos de la existencia de un comisionado mercenario enviado por Fernando el Santo en busca de venganza para el cabildo. También les había contado la historia de la viuda madre del niño cantor Catalino, objetivo principal del tal comisionado, pidiéndoles que me ayudaran en un plan de búsqueda de la viuda para su captura, por un lado, y defensa ante quien la buscaba, por otro. Después, a solas con el infante Alfonso, le rogué que hablara con su tío Fernando el Moro para que retirara al mercenario. Me dijo que su ascendente sobre él era mínimo, pero que lo intentaría. Le expliqué entonces el peligro de que apuntara a Hildegarda, lo que lo dejó pensativo.

Mis sandalias estaban al otro lado de la cama. Me puse el hábito que utilizo antes de vestirme, el más percutido de todos, y una manta por los hombros. Encontré la no muy bien enjuagada bacinilla bajo el lado derecho de la cama. Aún conservaba restos de meada de monja con medios y fortuna: freila caprichosa y consentida por su padre, el agraviado y puntilloso condestable (pongamos).

En cucullas, agregué a la suya mi oscura micción. Después me desayuné con algo de vino que quedaba en mi bota, un pedazo de pan y un trozo de tocino. La comida me conectó con mis obligaciones. Había que localizar a una viuda y madre del fenecido niño cantor Catalino. Había que localizar, si no aparecía la viuda vengadora, al camarero de la barba cuadrada Romeo, que sin duda la conocía. Había que impedir que el comisionado de Fernando el Santo la localizara antes.

La sospechosa principal de ser la vengadora, por más que no diera en absoluto el perfil violento adecuado ni se inmutara al oírme hablar del niño cantor Catalino, acabado por las intrigas y caprichos

del chantre Serafín, era la misteriosa Hildegarda, detrás de la cual se escondían no menos de tres mujeres como en otra pintura imaginada por la maestra Rosalba, *Las tres gracias*, todas de la misma edad madura y disputándose una misma manzana bermeja en honor a su belleza. La primera de ellas era la nodriza Garda, madre por tanto de algún niño cuya historia no se sabía, un niño que posibilitó la leche con que amamantaba a su criado, el infante Alfonso, y que quizá había muerto por entonces, o que había crecido a la sombra del infante, como corresponde a los niños naturales de las nodrizas. La segunda, la viuda Hilda, casada por conveniencia con un viejo noble de vida oscura y muchos libros, y heredera de su fortuna. Y la tercera, la abadesa Hildegarda, fusión de las dos anteriores y, quizá, por qué no, de una cuarta mujer aún por descubrir, madre de otro niño en su madurez, el cantor Catalino, y, desde su muerte, vengadora de los hombres del cabildo, además de por ese posible hijo muerto, por la disputa del monasterio que ella misma había construido en tierra de sus antepasados y no iba a ceder sin dar batalla a Fernando el Moro.

Si era dona Hildegarda la viuda vengadora ni se me iba a escapar, ni podía protegerla yo mejor que su criado Alfonso, quien me había prometido en la víspera que no la dejaría ni de día ni de noche, instalándose en el convento si fuera necesario con la excusa de la recopilación de cantigas que quería hacer, algo para lo que me parecía que no hacía ninguna falta animarlo y que de hecho ya venía haciendo desde que yo mismo le abrí las puertas del lugar.

Romeo era, por tanto, el hilo del que tirar para dar con la viuda. Y para llegar a ese hilo había que desmadejar otros. El que menos me apetecía era el de la freila, pintora y comedianta Rosalba, cuyo peligro no era pequeño.

Así que iba a comenzar mi búsqueda por otra madeja muy distinta: Urraca, la boticaria. Hija de bruja, si es que de brujas estábamos hablando. Y dueña de un arsenal que podía convertir cualquier botafumeiro en un arma capaz de abatir de un solo golpe mesnadas de peregrinos, por no hablar de lo que podía hacer con un inocente vaso de buen vino como el que Romeo le había dado al chantre Serafín.

Encontré a la joven Urraca en la botica, trabajando de amanecida en sus mejunjes. Se echó el velo al rostro cuando me vio entrar, así que tuve que imaginarme su sonrisa con la memoria.

Alineadas en las estanterías vi pótimas suficientes para convertir al cabildo de Santiago en una piara de cerdos alados dispuesta a planear sobre los montes y collados del entorno: desde la sedante belladona hasta la adormidera capaz de tumbar a un toro, pasando por la esencia de flor de mandrágora, ideal para devolverle a un hombre amputado todo lo que hubiera perdido, aunque solo fuera en su imaginación. Ella estaba preparando en ese momento algo más inocente, me dijo: una solución concentrada de ajeno, cúrcuma y azafrán para abrir el apetito.

—Lo toma todos los días sórora Angelina, la decana del convento, antes del almuerzo. ¿No querrás una porción?

—Para eso mismo prefiero vino, un poco siempre antes de comer.

—Puedo darte entonces un preparado para conciliar el sueño, páter.

—Suelo tomar vino antes de acostarme para dormir a gusto...

—O un elixir para las digestiones pesadas.

—Ahí me decanto por comer siempre con vino.

—¿Y para el dolor de muelas?

—Enjuagues de vino me ayudan a sufrirlos, sórora, antes de que caigan como todo cae.

—¿Y para la melancolía, el miedo, la fatiga...?

—Vino, vino, vino... —le enumeré.

La vejez misma, tuve que explicarle, la curaba, como tantos otros, amojamándome en vino. Ciertamente que no me evitaba todos los achaques, pero me mantenía con los justos.

Accedió al fin y sirvió en dos vasitos un vino dulce que guardaba para sí en un cántaro. Lo bebí a su salud sin precauciones, al tiempo que ella bebía el suyo.

No estaba nada mal.

—Pues entonces —concluyó—, en cuanto acabe lo de sórora Angélica voy a prepararte un compuesto de este mismo ajeno, sin mezcla, para quitar la embriaguez, páter.

—No, filia, eso yo lo apaño con... Eehh...

Ahí me había pillado. Como buen perdedor le agradecí el compuesto e incluso mostré mi disposición a usarlo si alguna vez se daba la rara circunstancia de que me excediera con el vino.

Le recordé a continuación que nos habíamos emplazado a mantener una pequeña charla. Detuvo el golpeteo y me miró. Soltó la mano del almirez y se restregó las suyas en el delantal, que se quitó y colgó en un pequeño clavijero.

—¿Vamos a la sacristía? —preguntó.

Estaba decidida.

Le expliqué que no era necesario si a ella no le gustaba, y que yo prefería hablar paseando por el huerto. Y puesto que el suyo del claustro resultaba pequeño con las plantas invadiendo los senderos para el paseo, fuimos tranquilamente hacia el grande amurallado que había a un costado del monasterio. Me sorprendió encontrar allí

a las freilas afanadas en el trabajo de la tierra. Me parecía sano que se entregaran al cuidado de plantas y de letras descuidando un poco el rezo, pese a que muchas almas tardaran, a causa de eso, en abandonar el purgatorio. Lo que no me gustó tanto es que nada más vernos unas y otras recogieran sus enseres y se retiraran de ahí. Esa mañana, al salir de mi habitación y caminar hasta el claustro sin cruzarme con nadie, había tenido la sensación de hallarme solo en el edificio, como si se hubiera vaciado en el momento de instalarme yo en él. De hecho, la única freila con la que me había cruzado hasta el momento era Urraca, que tal vez no hubiera podido esquivarme al abordarla yo en su cubil.

Le pregunté cuánto tiempo llevaba en el monasterio, me dijo que apenas un año. Lamenté la reciente muerte de su madre. Había quedado huérfana, me dijo, pero la abadesa se había convertido en su nueva madre, y las freilas en inesperadas hermanas.

No quería hablar mucho de su pasado. Se veía: estaba deseando ir al grano. Se detuvo, se arrebujó en su manto porque la mañana estaba aún fresca, y lo soltó:

—Páter, yo soy la matadora del arcediano Simón.

Eso sí que no me lo esperaba. Me detuve también a mirarla, pero apenas alcanzaba a reconocer la expresión de su rostro tras el velo.

—¡Qué dices, desdichada! ¿Y cómo lo lanzaste a esa muerte?

Me daba pena, pero confieso que con cierta complacencia pensé que ya tenía la solución. Ahora me iba explicar la colaboración con Romeo en el trabajo con el botafumeiro.

—Con mis rezos —contestó entonces—: pidiendo al apóstol que lo acabara como fuera. Y con un conjuro de mi madre. ¡Yo lo maté!

Ya estábamos. O aquella mujer no tenía seso, o se encontraba bajo los efectos de alguna hierba de su huerto. De nuevo la solución habitual: embrujos y colaboraciones a cuatro manos con el diablo.

Habría que ir más a fondo, desde el principio. Pero no me esperaba nada bueno en la historia que iba a escuchar.

Volví a caminar. Gimió. Me detuve. De sus ojos estarían brotando, imaginé, dos enormes lagrimones. Me acerqué a ella para consolarla, pero me rechazó.

—No me toques —dijo.

Ya había vivido aquella pintura antes.

—Soy venenosa —añadió.

Caminamos los dos despacio junto al muro del huerto hasta que consiguió serenarse. Y me contó su historia.

Cuando Urraca llegó al convento, el arcediano Simón le impuso confesión general antes de la primera comunión, y la convocó en la sacristía. Le pidió que se arrodillara ante su silla y se quitara el velo para poder medir su contrición y escoger con acierto la penitencia.

Urraca decidió no mentir, pese a que algo extraño la impulsaba a no fiarse de aquel hombre. Le confesó sus amores juveniles con Felicitas, otra muchacha de su aldea.

Simón quiso saber si todavía tenía pensamientos impuros, y de qué tipo eran esos pensamientos. Quería detalles. Y ella seguía decidida a no mentir, inocentemente. Dio detalles. Y no mintió.

—Mira lo que has hecho, puerca —estalló el estricto Simón, al cabo, dándole una bofetada primero y levantándose la falda del hábito después.

Lo demás es la misma historia de siempre. Quien había sido hace no tanto tiempo un muchacho estricto solo consigo mismo e indulgente con el prójimo mostró a su presa la ira divina del cazador.

Le pedí a Urraca que no me diera a mí ningún detalle. Pero no pude evitar preguntarle algo más.

—Dime: ¿pudiste encontrar consuelo entre tus compañeras freilas? ¿Hablaste con alguna de lo que había sucedido?

Sí habló. Cuando pudo levantarse del suelo de la sacristía, salió del convento y se lavó en el río. Después fue al dormitorio a coger sus cosas para largarse. Pero tuvo que tumbarse en su catre a descansar un poco, y entonces llegaron sus más queridas amigas entre las freilas, sórora Alejandra, la mayor, y sórora Constantina, que había entrado de novicia poco antes que ella. Conocía esos dos nombres: sus dos compañeras de cantos tabernarios en el lupanar del cabildo y de compras en la zapatería en que había vestido yo mis pies.

—Intentaron consolarme. Constantina sabía lo que me había ocurrido, porque había sufrido el mismo recibimiento del penitenciario, y se maldecía por no haberme avisado. Intentaba todos los días borrar de su pasado aquel desastre. Alejandra, que ya no es novicia y conoce a todo el mundo en el convento, propuso que habláramos las tres con la abadesa. A Constantina y a mí nos creerían mejor si le acusábamos unidas...

Pero envalentonada al compartir con ellas la ira, Urraca pensó en una solución mucho mejor. ¿Quién les podía asegurar que la abadesa no era cómplice del arcediano? Ella, Urraca, tenía un conjuro —infalible, claro está— de su madre.

Quería contármelo despacio, pero no hacía ninguna falta. Conozco esos conjuros muy bien, mi madre también los practicaba con el resultado habitual. El más infalible, porque lamentablemente se trata de una infalibilidad de grado, consiste en escribir en piel de cabra o grabar en tablillas de plomo el nombre de la víctima, para llevarlas al cementerio de noche, quemarlas ante la tumba de un muerto reciente y arrojar las cenizas o el metal tizado dentro de la fosa. El espíritu del muerto se encarga luego de todo lo demás. Y sin darle muchas vueltas podía hacerme una idea de la tumba que Urraca

habría escogido, con su madre muerta como bruja hacía tan poco tiempo.

Hablé con ella de justicia y culpabilidad, palabras a partes iguales elegantes e inútiles para extirpar los caprichos de la culpa, que siempre se refugia junto a los inocentes. Le aseguré después que no necesitaba ninguna penitencia.

—Vete —le dije—, y no vuelvas a pensar que has pecado. El arcediano Simón ha sido vengado por alguien, pero no por ti. Y si dudas, pregúntale a tu madre, que sabe la verdad.

Durante aquellos días, Alfonso, aunque a veces salía a su pazo intramuros, pasaba buena parte del tiempo en el convento, reunido con Hildegarda en su cámara o en el escritorio, recopilando y anotando cantigas y atento a su protección.

En los días anteriores, cuando quedábamos o nos encontrábamos en las tabernas de Santiago, su obsesión era jugar al ajedrez. Yo lo esquivaba como a un niño pesado, pero Lope, que era capaz de jugar contra él sin prestar atención a la partida, sino a cualquier otra cosa que lo ocupara en el momento, cedía de vez en cuando y lo arrollaba sin piedad.

Durante uno de los primeros días en el convento, el infante Alfonso irrumpió en la sacristía.

—¡Esta vez no te me escapas! Venga, santidad, vamos a echar una partida. Necesito sorprender a Hildegarda, que me gana siempre en cuanto me distraigo. He estado ejercitándome en el jaque de la guadaña y ya lo domino a la perfección.

Y mientras lo decía, blandía en el aire el cofre con su ajedrez de travesía.

—No es el jaque de la guadaña sino de la coz.

—Tanto da. Me juego mi cargo contra el tuyo. El robaperas de Lope no ha querido jugar conmigo, así que no te queda otra.

—¿Lope está en el monasterio? —le pregunté.

—Entra y sale cuando quiere, como un rey.

—Como tú...

—No, no, no. Yo no tengo trono ni reino.

Esta vez iba a aceptar porque quería hablar con él. Pero no esperó consentimiento alguno: retiró sin miramientos el manuscrito del *Itinerario* de la beata Egeria que estaba yo leyendo tras tomarlo de la biblioteca del escritorio, plantó el tablero en la mesa y decidió que yo jugaría con prietas.

Utilizó el tiempo necesario para vaciar dos clepsidras del tamaño de la torre mayor de la catedral antes de hacer el primer movimiento de peón. Le pregunté por qué había tardado tanto en un movimiento tan convencional.

—He pensado ya toda la partida —contestó tan campante, como si jugara solo.

Moví yo el peón enfrentado al suyo.

—Mierda —dijo.

No se lo esperaba.

—¿Has hablado con tu tío Fernando desde que lo libraste de morir en la pira? —le pregunté.

—¿Mi tío Fernando?

—...

—Mi tío Fernando... Lo mejor será avanzar con la caballería... O no.

Dejé que pensara de nuevo toda la partida, y cuando movió el caballo, como imaginaba, aproveché para repetirle la pregunta.

—Tu tío Fernando, el deán. ¿Has hablado con él?

—¿Mi tío Fernando? Está amedrentado por lo de la Santa Compañía, así que fue más sencillo de lo que creía.

Me explicó, parando su relato para pensar en la partida cada vez que mis movimientos hundían sus previsiones, que Fernando el Moro tenía también el cargo de arcediano en Salamanca, en donde había acumulado ya un enorme patrimonio, su vicio fundamental. Ahora le había ofrecido la posibilidad de aumentarlo haciéndose canónigo subdiácono de la catedral de León, donde podría de nuevo arramblar con edificios y terrenos. Le había entregado una petición expresa, con sello real, para el arzobispo Juan Arias. Y le había puesto para ello dos condiciones...

—¡Valiente movimiento, hideputa! —interrumpió su explicación cuando le amenacé el rey con un alférez.

Durante un tiempo solo se oyó el engranaje de su cerebro buscando una defensa de mi amenaza. Aquel ofrecimiento de carnaza para el deán me pareció un excelente modo de alejarlo de allí. La ubicuidad es una virtud divina que los miembros de la Iglesia aprenden rápido para ampliar su hacienda y conseguir así que sus virtudes se muestren al mayor número posible de fieles.

—¿Alguna sospecha sobre el comisionado? ¿Has visto algo que te haya llamado la atención?

—¿El comisionado?

No me oía. Estuvo con el caballo alzado e inmóvil en la mano gran parte del resto de la mañana. Luego lo dejó en la misma casilla donde había amagado con dejarlo al principio. Le pregunté de nuevo por el comisionado, sin mover, para ver si me respondía.

—Ah..., el comisionado... Eso se acabó, ya está solucionado.

Conseguí sacarle que las condiciones para dar a Fernando el cargo de subdiácono en León eran que el comisionado no viniera al

convento o lo abandonara si ya estaba en él, y que se le pagara su misión obligándole al compromiso de que no la llevara a cabo.

—Lo ha jurado y ha quedado muy agradecido. No sé qué hacer... Si embestirte o proteger a mi señor...

No hizo ni lo uno ni lo otro.

La situación mejoraba mucho, evidentemente. Aunque para mí un juramento de Fernando el Moro no tenía ninguna validez: imaginaba la fuerza de su miedo y de su odio ante quienes lo habían perseguido y atado en una pira para prenderle fuego.

—¿De verdad quieres poner ahí la dama? —le pregunté.

—Estás hundido. Te voy a relegar a confesor de presidio o de prostíbulo, ya veremos.

Me bastó con avanzar un peón.

—Jaque mate. Te vendo mi cargo de infante.

La posibilidad, aunque no certeza, de que el comisionado hubiera abandonado el monasterio me ayudaba a tomarme con más tranquilidad la búsqueda de la viuda. Pero no era sencillo dar con Romeo, que, aunque sin duda seguía allí, parecía haber ascendido al cielo o descendido a los infiernos, tragado por la tierra. En vano hablé con el torno, que me aseguraba con su aguda voz nasal no saber de quién le hablaba, y no soltaba prenda pese a que le tenía que haber dado paso.

Al principio me movía como un apestado por las dependencias del convento. En un paseo del segundo día atisbé en un rincón del claustro a un grupo de freilas que conversaban animadamente, me dirigí a ellas con actitud recogida, pero en cuanto una vio que me acercaba, musitó algo y el grupo se disolvió con discreción.

Poco importaba que me asomara por la ventana de mi habitación, o que saliera a pasear por el gran huerto de fuera, o por las pandas del claustro: todas me esquivaban al verme. No podía comunicarme con otra freila que no fuera la camarera, que a sexta hora me servía velada y refunfuñando monosílabos la comida en mi habitación. Ese mismo segundo día descubrí, al verle sus chinelas de seda, que era o la joven Constantina o, con más posibilidades, la más madura Alejandra, una de las amigas de Urraca con las que había coincidido en la zapatería y que cantaban con ella en el lupanar del cabildo.

Cuando le expliqué a la abadesa que mi intento de proteger a las monjas no podía llevarse a cabo sin que ellas colaboraran, me aseguró que no había dado orden de alejamiento ninguno, y atribuyó todo a que Simón era más temido que apreciado y me asociaban con él, lo que me preocupó. Al fin y al cabo, aquellas mujeres no se habían recluido allí para hablar con hombres, por muy clérigos que fueran. Debía ganármelas.

Le pedí que me ayudara asegurándose de que asistieran todas a la misa ese día. No vinieron muchas, pero cuando llegaron se encontraron con que había quitado el paño que las ocultaba. En vez de dar la misa subí al púlpito para contar el milagro del monje poco amigo de reglas que dejó preñada a una ramera, y, llegada su hora, murió sin confesión, así que los demonios se lo llevaron al infierno. San Pedro, apiadado del monje, le pidió misericordia a Jesús, que se la negó por haber frecuentado a fulanas. Desesperado, san Pedro fue a la Virgen, y esta, con sus cariños y tontunas convenció a Cristo para que lo resucitara.

Al contar el momento en que san Pedro les arrebató el alma del fraile a los demonios, noté que el espíritu de las freilas y el mío por fin se ensamblaban. Y las dejé ir en paz sin más monsergas.

En la siguiente misa había lleno. Crecido, conté el milagro del niño judío que, fascinado al ver una imagen de la Virgen, se queda en la iglesia a oír misa y recibir comunión, por lo que su padre, al enterarse, lo agarra y lo arroja al horno de casa vestidito y calzado.

El grito de las freilas rebotó por las paredes de la iglesia.

Tan embebidas estaban en mi relato que algunas no advirtieron que sus velos empezaban a caer. Aproveché que las tenía atrapadas en el cuento para describir despacio el dolor y los gestos de desesperación de la madre, el aturdimiento de los vecinos y la voracidad del fuego.

Y entonces, para mi sorpresa, lo vi ahí: se había echado a llorar y había levantado el rostro para sonarse las narices con el lienzo. La barba cuadrada no engañaba.

—¡Romeo! —grité desde las alturas.

Al verse descubierto, el camarero del arzobispo se puso en pie y salió del coro a todo correr. Pero yo no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Apoyé las manos en la pared de la caja y salté por encima. La distancia hasta el suelo era mayor de lo que pensaba, y, aunque caí bastante bien, noté un pinchazo en el gemelo. Tuve que sentarme en el suelo, y enseguida las freilas se arremolinaron a mi alrededor y agarrándome unas de las faldas y otras de las mangas o de la capucha me suplicaban que terminara de contar el milagro.

—Páter —decían quitándose la palabra unas a otras—, pero ¿se muere el niño?

—¿Lo salva la Virgen?

—¿Prendieron al padre?

—Y los vecinos... ¿no hicieron nada?

Romeo se había vuelto a evaporar. Pero al menos me había ganado el interés y la cercanía de las freilas.

Lope, efectivamente, pasaba el día entrando y saliendo del monasterio. Había desmontado y reconstruido con infinita paciencia el órgano hidráulico y ahora, según me contaba el infante Alfonso, estaba trabajando con la comedianta Rosalba y su querida Lupa en la tarima de tablas de la sala capitular, para ajustar los rieles de los paneles ilustrados con cuadros que ambientaban la escena y otros engranajes y trampillas que estos escenarios tienen para montar las distintas mansiones con sus variados ambientes.

Lo que no me esperaba es el regalo que me hizo de pronto. Se presentó en mi habitación a medianoche y me dio un códice. Estaba tan tiznado y quemado por los bordes que las manos se me quedaron negras al cogerlo, pero enseguida, viendo los restos del color de sus tapas de pergamino miniado supe lo que era: el último volumen de los diarios místicos del chantre Serafín. Y los desperfectos no impedían leer muy buena parte.

¿Cómo lo había rescatado del fuego?

Me explicó que cuando el maestrescuela Adán había dicho que había quemado en la chimenea el códice no se había dado cuenta, pero esa misma tarde, tras la siesta (que como yo sabía era con el despertar de la mañana uno de los pocos momentos plenamente lúcidos del día de Lope), se acordó de las palabras de Adán y pensó que no era tan fácil quemar pergaminos.

—Leí en la Córdoba moocho códice quemado de ninio! —me aseguró.

Cuando se percató de eso probó suerte y visitó a Adán al acabar de trabajar en el escenario de la sala capitular. El maestrescuela le dejó hurgar en la chimenea. Allí estaba, en un costado, el códice, solo quemado por las primeras y últimas páginas y por los bordes.

Me disponía a echarme a dormir cuando me lo trajo, pero me puse a analizarlo en cuanto salió.

En efecto, no era el fuego lo que dificultaba la lectura. Como el resto de la obra de Serafín, parecía escrito a gritos. Pero aquí la caligrafía se iba deteriorando página a página, hasta volverse ilegible, como si escribiera en la arena de la playa y llegara una y otra vez la pleamar perseverante para borrar sus palabras.

En la exploración inicial en la misma casa de Serafín, no habíamos visto ninguna alusión a la madre del niño ni a ninguna viuda, sino solo al niño cantor Catalino y a alguien a quien Serafín llamaba «la Mantis Religiosa» y que estaba a veces en relación con el niño cantor.

Me dispuse a dedicar el resto de la mañana a su lectura.

Era el cuaderno de bitácora de una navegación a través del infierno. O quizá el testimonio de un hombre que había sucumbido a la propagación del fuego infernal en su interior, mientras se tambaleaba con los pies todavía sobre la tierra. El sufrimiento había alcanzado a mi apacible y bondadoso amigo de los buenos tiempos de Palencia. Una vez más me asombró lo poco que podemos llegar a saber de lo que sucede a los demás.

Cuanto más avanzaba en la lectura, menos sentido le encontraba, como debió de ocurrirle a él con su propia existencia. Un día relataba una agradable comida con amigos del cabildo y al siguiente se ponía a echar cuentas para averiguar cuántos demonios había, sumando centurias, cohortes y legiones. Le daba un resultado tan astronómico como arbitrario.

Escribía un lunes: «¡No más dolor!», y el miércoles confesaba: «¡Más dolor merezco!». Hacía entre líneas dibujos de animales fabulosos, gorgonas, mujeres con cabeza de ave de rapiña y querubines con molledos en brazos y piernas. A veces apuntaba una

sola palabra en una página: «sangre», «lujuria», «perdón»..., cosas así de lapidarias.

Con la autoridad que le otorgaban san Marcos y san Lucas, afirmaba que en una sola persona podía habitar una legión entera de demonios. Luego recurría a Polibio para asegurar que una legión eran cuatro mil y doscientos demonios. «Mi nombre es legión», escribía en el centro de una página en blanco.

La crónica de un desmoronamiento.

¿Qué tendría Serafín dentro de la cabeza? A un desconocido, sin duda.

En varias de las entradas afirmaba, lacónicamente: «Mañana, nueva cita con la Mantis Religiosa».

En alguna: «Ayer la Mantis no se presentó».

Por ningún sitio se explicaba con claridad la razón de ese nombre, aunque deduje que sería por el color del velo que llevaba, si es que la nota que más información de ella daba, poniéndola además en relación con Catalino, no era un delirio más. Afirmaba: «¿Nunca le veré el rostro? Bajo el velo verde le adjudico el mismo que a Catalino, pero ella es hierática. Parece poderosa. Terrible».

Y la última nota no dejaba lugar a dudas de que era el cierre del texto, aunque quedaban después páginas en blanco o, las del final, muy quemadas: «Catalino ha muerto. La Mantis Religiosa me atraparé. Me he condenado».

Solo una cosa parecía clara: Serafín no supo quién era. Y si él no lo sabía, el comisionado tampoco.

Aunque Fernando no lo retirara, no me llevaba ventaja.

Con esa tranquilidad, en el momento en que me disponía a soplar la vela para quedarme dormido oí un grito de mujer largo y desgarrador.

Salí del cuarto lo más deprisa que pude, con el corazón en un puño, en camisa y descalzo.

Pero nada más salir, hube de detenerme por la falta de luz. Ya iba a volver a por el velón que tenía para iluminarme cuando vi venir a una freila con un hacha de cera. Era la abadesa Hildegarda, a la que seguí por aquellos inhóspitos pasillos hasta que llegamos al gran dormitorio común de las freilas: el de las que habían profesado por fe, por hambre o por curiosidad. El lugar tenía poco que ver con las comodidades de mi celda de freila noble. No había por allí ni siquiera una silla: en hilera y arrimados a la pared, alzados sobre tablas con patas que al menos conseguirían aislarlos de la humedad del suelo, se alineaban los jergones, delimitando cada uno el pequeño espacio necesario para quienes nada tienen: un orinal al pie y un clavo a la cabecera para colgar el hábito, la toca y el rosario.

La abadesa entró en el dormitorio, pero yo por prudencia me quedé en la puerta, atento a los movimientos en la penumbra. Sentada en su lecho y rodeada de sus compañeras, la desventurada se deshacía en lágrimas. Su puesto, relegado a una esquina, era la parte más iluminada del dormitorio, por los cirios que llevaban en sus manos algunas de las freilas que la rodeaban, dándole a la escena un aire nada acogedor de velatorio.

—¡Sóror Alejandra! ¿Qué ha ocurrido? —le preguntó la abadesa.

Ella lanzó un sollozo al verla.

—¡Cuando he despertado, un fantasma me estaba mirando, sentado al borde de mi cama! —se lamentó.

Sóror Alejandra era la cocinera gruñona que me servía las comidas, la mayor de las dos amigas de la boticaria Urraca, que la

acompañaba cuando ellas y yo coincidimos comprando zapatos, y también en el escenario del lupanar del cabildo.

—¿Tenía una flecha clavada en el cuello? —preguntó una tercera, que era bizca.

—Tenía hábito bermejo, pero era un espíritu varón.

—¿Te ha tocado? —quiso saber la abadesa.

—¡Creo que no! Miraba como espíritado —contestó Alejandra.

—Yo lo vi, sigue aquí —dijo aterrada la de la cama de al lado, que no era otra que Constantina, la amiga más joven de la boticaria Urraca, a la que reconocí también, por su voz aguda y nasal, como la del torno parlante: la freila que hablaba tras el torno—: ¡debajo de esa cama!

—¡Luz! —pedí imperativo cerrando la puerta tras de mí—. ¡Encended las lámparas, y que nadie salga de aquí!

Quedaba claro que la solución del infante Alfonso no había tenido mucho éxito. ¿Cuánto llevaría en el convento el comisionado? Pero quizá iba a resultar más fácil de lo que había calculado dar con él. Cogí una de las teas ya encendidas que había en la entrada del dormitorio con intención, más que nada, de usarla como arma si era necesario.

Las oficiosas cuatro monjas de cabecera encendieron más cirios y velones, en lo que la abadesa se hacía con un candil para buscar a un hombre —como el mismísimo Diógenes— entre aquellas decenas de sórores.

Cuando la sala estuvo bien iluminada, miramos debajo de la cama que había señalado Constantina y de las otras, sin ver a nadie. Y pedí a las freilas que se pusieran cada una al pie de su lecho. El dormitorio estaba completo, con nueve camastros al fondo y veinte a cada lado. La abadesa hizo un solemne escrutinio de las monjas, en silencio y una a una, para confirmar que, salvo yo, no había otro

hombre allí, y volvió junto a la temerosa Alejandra, que, abrazada a ella, nos contó que el fantasma la había mirado con tristeza infinita, y tenía la cara pálida como la nieve.

—Me dijo algo espantoso —sollozó.

—Tranquila —recomendó una monja bizca que, si no estuviera por allí también la boticaria Urraca, sería la más guapa del convento, con esa mirada que al tiempo te acogía y te evitaba—. Es el fantasma del guerrero invasor, ya lo tenemos muy visto por aquí. Trae una flecha clavada en el cuello.

—El mío venía sin flecha —dijo sórora Alejandra.

—Se la habrá quitado para esconder la herida —intervino una robusta freila con aires de campesina—. Fue un flechazo de un ballestero, cuando el convento era un castillo. Él mandaba un ejército que estaba a punto de invadirlo.

—Murió en el convento, encerrado en una mazmorra, con la flecha clavada en el cuello, y sigue aquí —añadió una monja renga, y después se santiguó.

—¡Basta ya de tonterías! Sórora Alejandra, cuéntenos lo que te dijo, anda.

—Me miró a los ojos y me dijo: traigo un mensaje de tu hijo Catalino muerto.

—¿Cómo? —preguntó la abadesa.

—¡Ah! ¡Lo mismo que a mí! —dijo una monja de aire místico, arrodillándose como si fuera un milagro.

—¿Cuándo? —preguntó la abadesa.

—¡Y a mí! —dijo otra, menos afectada.

—¡Callaos! ¿Y tú qué le dijiste, Alejandra?

—Me quedé tiesa sin saber qué contestar. Y luego le dije que no conozco varón.

—Pues yo le dije que no tengo hijos, y que, si tengo alguno, Catalino no se llama y está vivo —dijo la mística.

—¿Puedo haber quedado encinta? —preguntó entonces Alejandra.

—¿Qué más te hizo, querida? No te preocupes, cuéntame. —La volvió a abrazar la abadesa.

—Nada más. Lo digo porque como se sentó en mi cama...

No sabía si era tan simple o demasiado lista. Más de una vez he oído a monjas afirmar que han quedado preñadas porque un hombre tropezó con ellas en la calle, o por haberse acucillado en una letrina. Las demás fingían creerlas. Y puede que incluso las creyeran. Pero en aquel momento lo único claro era que el comisionado de Fernando el Moro, como imaginaba, andaba por ahí, y no muy dispuesto a perder el tiempo.

Lope se negaba a bajar conmigo, pero necesitaba su ayuda porque no sabía lo que iba a encontrarme en el sótano cuyo acceso había localizado en los planos del monasterio. Quería explorar aquel lugar. Por el día era fácil ocultarse con el hábito bermejo y la capucha puesta por el convento, pero en algún sitio tenía que pasar la noche. Para proteger a las monjas y no meternos en una encerrona, dejamos al infante Alfonso en la puerta de arriba de guardia, con su salvaje soldado golfín, que había traído como refuerzo, haciendo ronda de vigilancia por el convento.

Le dije a Lope que no había nada que temer allí.

—Spritus de freilas mortas! —exclamó con un escalofrío.

Descendíamos por una escalera angosta, de peldaños desiguales y resbaladiza a causa del musgo atravesando el claroscuro que provocaban nuestras antorchas —ramas de árbol envueltas en

bayetas roñosas empapadas en aceite—. Proyectábamos la gigantesca sombra de nuestros cuerpos en el muro de piedra, en cuyos recovecos tendían las arañas sus enormes telas. La humedad que torturaba las articulaciones, el aire enrarecido y esa oscuridad profunda no podían desembocar, desde luego, en sitio ameno. Vimos caracoles, lagartos, sierpes, babosas y toda clase de alimañas blandas y repelentes arrastrándose. Y a nuestros pies, de vez en cuando, escapaba veloz una rata. Cuando dejamos la escalera, una bandada de murciélagos huyó internándose en los pasillos del sótano. Los suelos de las galerías estaban revestidos con rectángulos de cerámica en espina de pez.

—Suelo di vila romana! —se asombró Lope.

Las galerías se retorcían intrincadas asomándose a patios cegados en derrumbes antiguos y a habitaciones vacías de cuyas puertas no quedaban ni restos. Pero en un recodo dimos con un postigo de madera carcomida y de tamaño tan reducido —cedió de una patada— que tuve que entrar de rodillas. Lope se negó a seguirme. Dentro había lápidas con inscripciones romanas. Cuando salí y se lo dije, me rogó que nos volviéramos arriba, pero le pedí un último esfuerzo y seguimos inspeccionando el lugar laberíntico.

—Tienes preparado epitafio tuyo? —se interesó Lope.

—Estoy en ello —le dije, por decir algo.

—Mas non! —se asombró—. Morte non pode sorprendere a uno poeta sin epitafio súo. Epitafio mío hace grande consejo al caminante que se detendrá al borde de la mía tomba: Mientras viví, bibí. Bibe vivo! —Y me tendió una bota de vino que llevaba colgada en bandolera, no sin antes demediarla.

Le obedecí pensando que era un sabio y saludable consejo.

Del comisionado enviado al convento, no vimos ni rastro. Si se ocultaba bajo tierra, era muy cuidadoso. Pero dimos con otra

portezuela de madera carcomida que llevaba a un almacén en el que estaban escondidos los zancos, capirotos, sábanas, hachones de cera, cruces y demás enseres, cachivaches y bártulos que posibilitaban el teatrillo de la Santa Compañía, como disfraces ricamente labrados de melusinas, mantícoras, hidras, grifos y quimeras.

Lope me miró asombrado.

La cámara de al lado, la más insalubre de todo el sótano, era una celda sin puerta pero con grilletes clavados con firmeza a la pared y de mecanismo engrasado. Había habido alguien encerrado ahí hacía no mucho.

Antes de volver por donde habíamos venido, le rogué a Lope que no dijera a nadie una palabra de esas dos últimas cámaras que habíamos visto. Y al salir le pedí a Alfonso que el golfín se encargara de clausurar esa puerta asegurándose de que nadie volviera a abrirla en un tiempo.

Tenía fuera del convento una cita ineludible. Alfonso, quien me comentó, para mi sorpresa, que también iba a asistir, dejó a su golfín al mando de otros tres hombres protegiendo a las monjas, aunque yo dudaba si podía resultar más peligroso el golfín que el comisionado.

Llegué puntual y con mi amigo el exportador de vinos Iago a la cena en casa de Facundo, en donde se iba a celebrar la firma de los estatutos de la cofradía de exportadores para el viaje a Constantinopla.

Ya estaba en el jardín Lope, que andaba catando el vino para la cena, y mostraba dudas variadas e importantes que le llevaban a

volver a probarlo una y otra vez, y a solicitar la ayuda de Iago. El bodeguero y su esposa dona Pedra iban de un lado a otro ultimando los preparativos. Atardecía y los sirvientes iban encendiendo las antorchas en torno a la mesa, puesta para ocho comensales.

—¡Qué hombre...! —exclamaba de vez en cuando dona Pedra—. ¿Y con quién crees que vendrá, un caballero o una dona? Mira que conocer a la esposa del emperador de Constantinópolis... ¡Qué hombre! Si la conoce es porque será noble, ¿no? ¿Cómo se llamaba?

—¿Quién? —le preguntaba su esposo.

—Pues quién va a ser, ¡el emperador de Constantinópolis!

—¡Ah! ¿Babuino?

—¡Balduino! Eso es. ¡Balduino II! ¡Ah, qué hombre! ¿Y tú crees que querrá casarse con nuestra pequeña?

—¿Babuino II?

—No, hombre, no, ese ya está casado con..., con..., ¿cómo se llamaba?

En ese momento entraron los dos invitados que faltaban. El infante Alfonso venía charlando de la falta de lluvia con el sirviente que le había abierto la puerta como si lo conociera de toda la vida, y a su lado caminaba un joven figurín de sonrisa complaciente, más delgado que un silbido.

—Mi amigo Fortún —lo presentó, sin ninguna ceremonia, dándole al otro una palmetada en la espalda—. Conde de Durria —añadió luego, como disculpándolo.

Dona Pedra casi se cae de culo al oírlo.

Hubo un instante de silencio y pasmo.

Por su parte, Fortún no le quitaba ojo al carnero que había matado Pedra esa misma mañana, según nos contó luego, y que reposaba ya bien tostado a la boca de un horno moruno que había en un costado del huerto sobre una base de piedra.

—¡Me encanta este jardín tan salvaje! —exclamó sonriente el conde Fortún cuando Facundo le dio una patada a una gallina que caminaba picoteando el suelo distraída.

A dona Pedra la boca minúscula se le había quedado redondeada e inmóvil en la «o» de «conde».

—¿Se las arriendas al cabildo? —dijo el muchacho señalando a las gallinas, y creo yo que mirándolas con hambre.

—No. Son mías —dijo Facundo.

Al fin Pedra consiguió reaccionar, y pronto orquestó ella misma, seguida con docilidad por su marido, una danza de presentaciones, voseos y reverencias sin gracia que concluyó con todos sentados en torno a la mesa según una disposición pensada para situar al conde junto a su hija.

Ya a mi lado, y mientras dábamos cuenta de unas deliciosas filloas de sangre de carnero, Lope, que había intentado sin ningún éxito sentarse junto a Lupa, me explicó la secuencia que traía al infante a la casa de Facundo: Lope le había regalado al supuesto correo Alonso una barrica de mencia para agradecerle su intervención en la marcha del deán Fernando el Moro a León y el consecuente fin de las hostilidades del cabildo contra la casa del bodeguero Facundo. Al día siguiente el supuesto correo Alonso se había presentado en la taberna para alabar el vino y comprar otra barrica que pidió que le enviaran a una mansión de Valladolid. Y una vez allí, desenvolviéndose con esa habilidad regia para tratar igual a Agamenón que a su porquero (verdades aparte), al probar el vino de sousón que le ofreció Lope y enterarse de su exportación en barco a Constantinopla, había decidido comprar toda la partida como regalo para una conocida suya, que no era otra que María de Brienne, la emperatriz, sobrina del rey Fernando III y por tanto prima del propio infante Alfonso, como luego pude averiguar.

Así son las familias reales, manejan a sus retoños como piezas de ajedrez en los retablos familiares de las cortes del mundo, y se cruzan y recruzan unos con otros como perros en majada, hasta que a los hijos se les queda esa cara de media luna con la mandíbula prominente.

—Pues imagino que estará bien —comentaba el infante Alfonso sobre la emperatriz a demanda de dona Pedra—, y mejor que va a estar cuando le llegue el vino, ahora que el cansado de Balduino anda liado de batalla en batalla en la Cruzada, y ella se ha quedado sola de regente en la metrópoli...

Lupa miraba de reojo, dubitativa, a Fortún, el atildado titular del condado durriense, que había caído junto ella como por arte de magia y se mostraba tan atento como locuaz. No era aquello, al parecer, lo que esperaba Lupa para rebelarse de una vez por todas ante su madre. Si le hubieran traído un marqués viudo, viejo y sin hijos que la mirara codicioso de abusar de ella a placer hasta que le pariera uno, entonces se habría amotinado a gusto y por todo lo alto. Pero un pimpollo de veintitantos años que movía con donaire ropas de calidad aunque bastante ajadas..., un muchacho de modales exquisitos y ninguna displicencia ante la riqueza de los bodegueros o ante la belleza voluminosa de Lupa...

Era difícil resistirse ante semejante ganga.

Así que cuando sirvieron el carnero, relleno de huevos, menudillos y pichón desmenuzado, y un asado de una col que llaman allí berza y de grelos, es decir, cuando el conde perdió el recato que había conseguido mantener con las filloas y se puso a zampar como si saliera de una penitencia de siete años sin carne por haber quemado Roma entera, Lupa se puso a picotear de su escudilla sin recato, como si ya fueran marido y mujer, a riesgo, pensé yo, de llevarse un mordisco en una mano.

Y viendo que su amada no le hacía ningún asco al pretendiente, Lope se me puso mohíno, sin soltar ni por un momento la copa, y comenzó a lamentar haberle pedido al supuesto correo Alonso que complaciera al matrimonio bodeguero.

—Yo mismo mi trayo la disdicha con amigo mío Alonso, qui per darme felicidad mi hiere, per espanto de corazón mío enamorado —dijo, regodeándose como un poeta provenzal en la paradoja.

Siempre acababa encontrando una razón para beber, aunque fuera la busca del suave olvido de los enamorados de fortuna adversa. Sin duda Pedra, a sus espaldas, le había pedido al que ella creía simple correo del rey su máxima aspiración: un marqués para la hija, a ser posible necesitado de dinero, y este le había respondido con generosidad real.

—¡Pero al fin veo sonrisa suya, qui miele é per mis ojos! —celebraba, estoico y cada vez más beodo, el burgués inviable—. ¡Bienvenudo sea il conde!

—... Si no se nos come de postre —dije.

Aquella noche llegué tarde y bebido a mi habitación en el convento, me acosté agotado y me quedé dormido sobre la marcha, pero al poco rato me despertó un estruendo de vidrios. Me levanté y me asomé a la ventana, que en mi habitación estaba cubierta apenas por un lienzo. Había alguien corriendo por el tejado de la panda del claustro opuesta a la mía, en camisa y como alma que lleva el diablo.

Pensé en el comisionado del deán y di por muerta a la viuda. Salí de mi habitación candil en mano y me dirigí lo más deprisa posible en dirección al lugar en que había ocurrido el destrozo. Las monjas

ya habían abierto la puerta. Dentro, además de una vidriera destrozada en la que se intuían restos de una Anunciación, se veían una cama deshecha y, a sus pies, un pequeño baúl con un hábito de freila doblado encima. Al otro lado de la habitación estaba Rosalba preocupada, murmurando «Ay Madre Santa, ay Madre Santa» y recogiendo del suelo vidrios añiles y bermejos, algunos todavía engarzados por entre los trozos de malla de plomo que sostenía la vidriera.

Ningún cadáver.

—Pero ¿quién dormía aquí? —pregunté a la abadesa Hildegarda, que acababa de llegar.

—Nadie desde que murió la viejita sórora Sancha, ya hace meses y meses —se adelantó vivaracha sórora Urraca, la boticaria, mostrando a todas un par de abarcas grandes que acababa de encontrar bajo la cama.

Abarcas de hombre, parecían, a pesar de la corpulencia y el tamaño de manos y pies de las más recias de las freilas.

Bajé al huerto del claustro, pero por allí no había tampoco cadáveres ni huellas ni meigas, ni cualesquiera otras presencias fantasmales: apenas algún resto de la Anunciación de la vidriera. En las cuadras y casas del mulero y el jardinero tampoco habían visto a nadie llegar. Tras dar una vuelta por el monasterio, revisar que los maderos que sellaban la puerta a los sótanos seguían firmemente clavados y encontrar todo en orden y en silencio, decidí volverme a la cama.

PENÚLTIMO DÍA

El regreso del fantasma

Primero asomaron, saliendo del suelo, los dedos de dos manos que floreaban y cabrilleaban como olas caprichosas, seguidos de los morenos brazos, la melena bermeja y el rostro asimétrico de Rosalba, y luego, muy despacio, poco a poco, creció su cuerpo que surgía de debajo de la tierra como un árbol brotando ante los ojos, hasta que asomaron los pies descalzos.

—¡Para, para! ¡Urraca! —gritó Rosalba dirigiéndose a la boticaria, que movía las palancas entre bastidores—. ¡Urraca!, tienes que parar justo cuando la plataforma llegue a la altura del suelo del escenario. Si no, se ve el engranaje.

Era el ensayo de la original salida a escena de la *Venus del Pamphilus*.

Y yo estaba allí en calidad de actor sustituto de Romeo, para hacer el personaje protagonista, Pamphilus.

Rosalba me había hecho una visita a la sacristía para convencerme el día anterior.

—¡No me toques! —le había dicho aterrorizado al verla entrar.

Pero ella se rio y me dijo que solo quería que sustituyera a Romeo. La representación se hacía como celebración de la festividad de la santa bajo cuya advocación estaba el convento, una fecha inventada, puesto que santa Liberata o Librada, pese a su popularidad, nunca ha sido canonizada de hecho por los recelos que

despierta entre los presbíteros de la Iglesia, y muy especialmente en la curia romana. El caso es que Rosalba me consideraba culpable de su desaparición y no tenían modo de sustituirlo. El indiscreto de Lope se había chivado de que yo conocía la obra de mis tiempos de estudiante, como le comenté tras la representación en el lupanar del cabildo. Y por otra parte, mi idea era llegar a Romeo a través de todas aquellas comediantas, que sin duda tenían relación con el camarero del arzobispo.

Acepté por eso, pero también, en el fondo, porque no podía decirle que no a Rosalba. Su ataque en el confesonario me había rendido, me había seducido, y me había hecho pensar que todavía era joven, si era capaz de atraer a alguien de cuerpo tan seductor, aunque cojeara un poco y tuviera esa pequeña pero adorable joroba en la espalda.

Así que allí estaba ensayando el *Pamphilus* con Lupa y Rosalba.

—No sé si voy a ser capaz —le decía a Rosalba—. Yo ya no tengo edad para esto... No me acuerdo de los versos.

—¡Un poeta desmemoriado! —se burlaba ella—. Tontunas. ¿Con cuántos años lo hacías?

—Qué sé yo. Menos de veinte tendría.

—¿Y qué querías entonces, en el fondo de tu corazón?

¿Qué quería?

—Quería hacer un poema con el mundo dentro —le respondí.

—El único modo de creerse joven es recordar los deseos de aquellos tiempos, lo que se anhelaba y no se consiguió. Aunque solo te sirva para cuando seas Pamphilus en el escenario.

Ya había hecho el poema y me había arrepentido, pero no se lo dije a Rosalba. Y por entonces, en Santiago, no me quedaba ni rastro de aquellos delirios juveniles. Ahora intentaba hacer un poema como un jardín. ¿Para qué?

—Si estuviera Romeo, otro gallo nos cantara —me lamenté con patetismo de mal comediante—. Él sí que era un Pamphilus, y de los buenos.

—¡Y Romeo...! —se lamentaba la comediante—, ¡quién sabe dónde estará!

Pero antes de decir esto último se había dado la vuelta para dejar de mirarme a los ojos. ¿Mentía? Probablemente, pensé, o quizá me había obsesionado yo con Romeo, como si solo a través de él se pudiera llegar a saber quién era la Mantis Religiosa.

El caso es que a lo largo de los ensayos me dejé llevar por los versos y por la presencia imponente de aquellas dos mujeres. Sí, Lupa también. Como Rosalba, crecía en el escenario y se convertía en otra. Cuando ensayamos el momento en que Pamphilus la viola, temblaba como imagino que temblará una mujer que va a ser forzada. Y esos lamentos... O me convertía yo mismo en Pamphilus despiadado, o me salía de la representación.

—Eres más torpe que el Sandio —me decía Rosalba al ver mis intentos frustrados de hacerme con el personaje.

—¿El Sandio?

—Sí. El niño bonito de la abadesa.

Al lado de las dos en el ensayo de esa mañana, viendo con qué facilidad nos transformábamos los tres en otros —sobre todo Lupa: de cantinera zafia en dama de alcurnia—, me di cuenta de que las personas fingen siempre, no solo en el teatro: al amar o al folgar, también al reír y al comer, al bailar y al pasear. Que nuestra vida era una sucesión de fingimientos, una ficción improvisada sobre la marcha. Pura invención.

Lope, que se había presentado a mitad del ensayo a contemplar entre suspiros a su querida Lupa y no había recibido de ella más que silencio y desdén, me acompañó a la sacristía al acabar.

—¿Cómo se puede saber si una mujer es viuda para localizarla entre sesenta freilas?, ¿eh, Lope? —le pregunté, pero estaba bromeando.

—Per los caminares si sabe se é vírgina o non é, e se é madre o non é.

—¿Por el modo de caminar? ¿Y quién dice eso?

—Aristótele, lo stagirita.

Lope tenía cosas así, había leído libros de Aristóteles que nadie conocía.

—Aristóteles dice demasiadas cosas. ¿Y cómo camina entonces una viuda? —le pregunté cuando entrábamos en la sacristía.

—Di una viuda non, pero di una vírgene si sabe: así. —Y se puso a caminar alejándose de mí y meneando la cabeza leve y rápidamente a derecha e izquierda, dos meneos por cada medio paso—. No hay visto Lupa? —preguntó deteniéndose y encarándome.

—Pero ¿Lupa es virgen? —pregunté a mi vez con incredulidad, y me arrepentí enseguida.

—É —aseguró tajante.

Puse rostro neutro. Más de una vez los había visto escaparse a los dos en la taberna escaleras arriba, primero uno y luego el otro.

—Conmego solo di cintura para riba —continuó—, eso li dice donna Pedra. Il virgo é per il marqués!

—¿Y cómo camina una que no es virgen? —intenté cambiar de tema—. ¡Lope, ese no, que está consagrado!

Demasiado tarde. Creí que me estaba ayudando a preparar la misa, y cuando me quise dar cuenta había llenado el cáliz de vino,

con mañas de manco, y se lo había bebido de un trago. El vino era suyo, al fin y al cabo.

—La non vírgine camina así —dijo entregándome primero el cáliz vacío, y volvió a alejarse de espaldas meneando la cabeza igual que antes—. Pero la mama non, la mama camina así —añadió poniéndose a mi lado de nuevo y echando otra vez a caminar, agitando la cabeza igual que las otras dos veces, como cargado de razón—. Non hay visto a Hildegarda o a Rosalba?

—¿Rosalba es madre? —me estaba poniendo nervioso, con tanto disparate, pero eso me llegó al alma—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Per cómo camina.

Para mí todos los andares eran iguales.

—Pero ¿lo dices por la forma de mover la cabeza al andar?

Se volvió enfadado. Ahora era él el que no entendía:

—Mi miras la cabesa, mentecapto? —comentó moviéndola negativamente esta vez, para mostrar su disgusto—. Ma mírami il culo!

Al acabar otra de mis innovadoras misas me senté como todos los días un rato en el confesonario. No porque esperara que ninguna freila viniera a contarme sus pecados —allí no se confesaba ni Dios —, sino para meditar un poco.

¿Qué iba a hacer con la representación del *Pamphilus*?

La idea inicial era dar una excusa de última hora, hacerme el enfermo, por ejemplo, a la espera de que apareciera Romeo y solucionase el problema que mi ausencia iba a generar. Pero era, en el fondo, un plan estúpido, y me sabía mal fastidiar a Rosalba, que

tanta ilusión ponía en el espectáculo de celebración de la imaginaria festividad de santa Liberata.

En eso estaba pensando cuando oí un susurro en latín:

—... *Purísima*.

—¿Cómo? —pregunté, distraído.

—*Ave María Purísima*.

Era la voz de un hombre.

—Sin pecado concebida —contesté sin salir de mi asombro.

Me acerqué a la rejilla de madera. Se entreveía un rostro joven y pálido, enmarcado con la capucha bermeja del hábito de las freilas liberatas.

—¡Páter, soy Romeo!

Quién lo diría. Se había afeitado la barba cuadrata.

Antes de nada, eché con cuidado el pestillo del confesonario. No me apetecía encontrarme por sorpresa con Romeo desnudo sentado en mis rodillas.

—Así que aquí estabas, finalmente —le dije.

—Páter: me persigue un diablo. Un espíritu de hueso y carne dura como la piedra. No sé dónde esconderme. Necesito ayuda. Quiere matarme.

—A ver: ¿se trata del fantasma del arcediano Simón, mi antecesor aquí, o del de un guerrero herido con una flecha de ballesta en el cuello?

Me alegraba poder hablar con Romeo, por fin, pero estaba un poco harto de fantasmas.

—El guerrero, por su violencia, pero sin flecha —dijo—. ¿Cómo lo sabías, páter?

Le ofrecí que pasáramos a la sacristía para que se sintiera más protegido, pero él estaba seguro de que no lo habían seguido. De

momento se imaginaba a salvo, pero no por mucho tiempo. Quería contarme lo que le había pasado.

—Anoche estaba durmiendo y sentí una respiración a mi lado. Había un hombre sentado en el borde de la cama.

—¿Dónde estabas?

—En una de las cámaras que dan al jardín, sobre la panda oeste del claustro.

Sin duda se trataba de la cámara en la que se había quebrado la vidriera. Eso encajaba bastante bien.

Una vez que supo que yo sospechaba de él como culpable de suministrar a las víctimas del cabildo vino emponzoñado, y deduciendo que no tardaría en contárselo a su señor Juan Arias, Romeo se internó en el convento de las freilas de santa Liberata para esconderse de él el mismo día en que lo seguí hasta allí. Eso, que yo imaginaba ya, me contó en su confesión.

Su relación con Gallinato fue muy especial siempre. Cuando él lo acogió como su confesor, le ofreció ayuda y consuelo espiritual, y después lo animó a convertirse en su camarero y dejar pendiente su ordenación para cuando llegara a una edad menos fogosa.

—Me quería solo para él, y tengo que confesar que me ha hecho feliz y me ha tratado muy bienamente.

Pero en vez de sobrellevar con paciencia, como cualquier otro, las contradicciones del amor a Cristo y a sus ministros en el mundo, Romeo comenzó a atormentarse con el pecado. ¡Sodomía! En vano el arzobispo lo intentaba convencer de que la vía llamada *contra natura* era la más natural entre hombres y solo constituía pecado, y

de la peor calaña, si se practicaba con una mujer, aunque fuera prostituta, ya no digamos si se trataba de la esposa.

Entonces, y a través de los consejos de la comedianta Rosalba, con la que a veces compartía el lecho del arzobispo y a la que pronto unió una fuerte amistad, empezó a plantearse la posibilidad de volver al convento de las madres liberatas, su casa de verdad, donde, rodeado solo de mujeres, sus deseos quedarían expuestos a muchos menos peligros. Así que llevaba un tiempo conversando con la abadesa Hildegarda para que lo dejara profesar, algo a lo que ella nunca se mostró del todo reacia, aunque era consciente de las dificultades.

—Rosalba me atrajo y me sedujo. Me enseñó a utilizar mi rostro como una máscara cambiante, a controlar las emociones, los deseos y los placeres míos y de los demás: a ser otro. Y comencé a participar en sus comedias para aplicar en juegos mis enseñanzas vitales.

El día en que lo seguí hasta el convento, Romeo pidió hablar con la abadesa, le confesó que era amante del arzobispo y le rogó que lo acogiera de nuevo y le permitiera esconderse de él y de su pecado allí.

—Pero no le revelé nada de tus sospechas.

Efectivamente, de lo que tenía miedo era de la reacción de Juan Arias cuando se enterara de sus tejemanejes con los vinos emponzoñados. La abadesa le asignó habitaciones apartadas y le pidió que no se dejara ver demasiado de las otras monjas. Durante algunos días estuvo semienterrado, paseando en las horas de menor concurso por los rincones del convento y acostumbrándose a una vida recogida que, pronto, comenzó a dar sus frutos en forma de paz espiritual. Enseguida, también, cedió a la tentación de volver a hablar con las freilas a las que conocía y ellas lo abrazaban felices al

recordarlo. Estaba en su casa. Hasta que yo lo vi en mi sermón sobre el niño judío, y tornó a ocultarse con mayor cuidado.

—Me entregué por primera vez desde que conocí a Juan Arias a la castidad. Aunque algo andaba mal en mi corazón, porque tenía pesadillas.

Son los pequeños problemas que siempre lleva aparejada la castidad, nunca se sabe por dónde va a salir el volcán. Aunque no se lo dije.

A pesar de todo, había ido acercándose a la felicidad, hasta aquella misma noche maldita. Despertó de la pesadilla en que andaba sumergido al sentir a su lado una respiración profunda. Abrió los ojos y vio la silueta fantasmal de un hombre sentado al borde de la cama.

—Me llamó por mi nombre y me preguntó por la madre de Catalino, un niño del coro que murió hace no mucho tras ser castrado por el cirujano Abenmasarra. Decía que tenía un mensaje del niño cantor para ella.

El terror paralizó a Romeo en su cama. Entonces, levantando el lienzo que cubría su cuerpo en camisa, el fantasma se deslizó como una serpiente a su lado. Romeo vio al contraluz lunar de las vidrieras su figura pavorosa y oyó:

—Dime el nombre de la madre de Catalino o le corto a tu cuerpo impío lo que le sobra para adaptarse a tu espíritu de freila, asqueroso sodomita. Sé lo que haces con el arzobispo.

—Pero ilo hacemos por amor! —consiguió excusarse, sin atreverse a esconder su pecado—. No por deseo concupiscente.

La respiración agitada del fantasma le hizo entender que no era una buena excusa. Aterrorizado, le acabó dando el nombre de la viuda. Y enseguida, arrepentido de su traición, reaccionó al fin, empujó con brusquedad al desprevenido fantasma y, levantándose

del lecho, se lanzó contra la vidriera, la atravesó con estrépito despertando a medio convento y huyó por los tejados del claustro. Luego se descolgó con peligro de romperse la crisma hasta el huerto del convento y se ocultó en uno de los escondites habituales en sus juegos de niñez, asustado tanto del fantasma como de sí mismo.

—Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Páter... — le dije, sabiendo que sería mucho más difícil, por no decir imposible, liberarlo de su sufrimiento.

—¿Y cuál es la penitencia, páter?

¿Cuál era? Eso sí que no podía saberlo yo. Suficiente había hecho con no interrumpirlo para que me dijera a mí también el nombre de la viuda vengativa.

—Antes dime el nombre de esa desdichada madre, Romeo. Hay que advertirle de que la busca un fantasma peligroso en verdad.

—¿El nombre? —dijo él, pasándose al susurro.

Y lo pronunció, pero fue como un largo silbido de aire roto. Y se acercó tanto a la rejilla del confesonario para decírmelo que se golpeó con la frente en ella. O eso me pareció.

—¿Cómo has dicho? —volví a preguntarle.

Silencio.

—¿Romeo?

Descorrí el pestillo e intenté abrir la puerta, pero Romeo estaba volcado contra ella y me costó bastante esfuerzo conseguir que su cuerpo se apartara para abrir. Cayó al fin al suelo, desmadejado. Tenía una flecha de ballesta clavada en la espalda. Un disparo preciso que había evitado las costillas para alcanzar el corazón.

Me puse a cubierto de un salto y vi una sombra escapar al fondo de la iglesia, por el lado de clausura. En vano corrí tras ella.

PAMPHILUS

Mínima culpa me cabe, si el hecho supieras que se me reprueba con saña tan dura que el mal no merece.

Mas quede por siempre el secreto sellado entre amantes:
no quiere el pudor que se cuente lo hecho a su espalda.

Era mi última intervención en el escenario del convento: el parlamento en el que Pamphilus escurre el bulto ante las quejas de Galatea, representada por Lupa, y pide a la vieja enflautadora, encarnada por Rosalba, que apacigüe a la joven, que ha entrado dudosa en casa de la alcahueta, pero ahora, forzada, sin virgo y sin futuro, llora con desconsuelo.

Nunca hasta ese momento me había imaginado a Lupa llorando.

En vez de las carcajadas cómplices que se oyeron cuando Romeo, en el papel de Pamphilus, pronunciaba esos mismos versos en la representación del prostíbulo, hubo en el convento un abucheo largo del público. Ni siquiera me sorprendió a aquellas alturas, porque ya cuando me había lanzado sobre Galatea para comenzar nuestra fingida galopada oí una exclamación de horror, y luego un silencio tenso, fomentado no poco por la actuación de Lupa, que exageraba mis embates con sus recepciones sufrientes y lanzaba quejidos y lamentos como si la estuviera degollando, aunque, de haber sido real el ataque, le habría bastado un solo manotazo para librarse de mí.

Cada vez era mejor comedianta, en verdad.

Estaba claro que a las freilas no les hacían ninguna gracia las gracias de Pamphilus. Y no ayudaba tampoco el hecho de que Rosalba me hubiera preparado como atuendo del personaje un hábito sacerdotal, muy parecido al que llevaba yo en el convento. Le

expliqué que Pamphilus debía vestir como burgués, no como novicio, pero me dijo que era la única ropa de hombre que había podido conseguir allí, y que lo importante no era el disfraz sino la actuación.

No sé por qué me vino a la cabeza, en ese momento tan cercano al final de la obra, el día en que en San Millán unos campesinos, al acabar la función que daban unos comediantes de paso, persiguieron, apalearon y lanzaron al río Cárdenas al pobre farsante que hacía el papel de villano.

GALATEA

¡Así el pez capturado percibe el corvo anzuelo!

¡Así el ave cazada lazos del hombre ve!

¿Y qué haré ahora?, ¿huir, cautiva, por el mundo?...

Me desentendí de los silbidos, dirigidos a Pamphilus y no a mí, al fin y al cabo: por entonces aún pensaba que sabía bien quién era yo, una vanidad que se cura con el tiempo. Tenía cosas más importantes por las que preocuparme. Si guiñaba los ojos, como escuchando cínicamente el lamento de Galatea, podía entrever en la primera fila la mirada penetrante de Urraca, que parecía ida, como si estuviera viviendo en realidad la peripecia de la ficción; la actitud hierática de dona Hildegarda con el infante Alfonso a su lado, avizor, girando el rostro hacia cualquiera que pudiera acercarse. Y a mi derecha, junto al telón recogido, veía la silueta de Lope, con su saya verde y sus calzas desparejas. El peregrino conjetural y nuevo burgués había pasado el día trasegando el vino de la sacristía y ya no estaba en condiciones de nada, por lo que lo había descargado de cualquier responsabilidad en la vigilancia del comisionado, pese a lo cual debía de haber reunido fuerzas para acercarse a ver la actuación de su amada.

Tras la muerte de Romeo en la mañana y la vana persecución de su asesino, fui a informar a Hildegarda y al infante Alfonso de la situación.

Hildegarda lloró desconsolada por la pérdida de aquel hijo del convento.

Luego se prestó a lo que le pedí: decidimos esconder el cadáver hasta la noche en su habitación y mantener la representación de la obra como cebo para la captura del comisionado, estableciendo un plan de protección de las freilas espectadoras y de las comediantas, incluida, por tanto, la Mantis Religiosa.

Había en puntos estratégicos de la sala hombres del infante Alfonso con hábito de freila liberata vigilando los movimientos de los asistentes, entre ellos el golfín salvaje, que estaba junto a la única puerta de acceso, pendiente de quién iba entrando. Había algunos más fuera, atentos al entorno y a las dos grandes vidrieras de la sala, que también podían convertirse en vía de entrada.

Todo estaba, en apariencia, bajo control. Alfonso no se separaba de Hildegarda, y el dispositivo había dado ya sus primeros resultados. Su golfín salvaje había atrapado a los dos corchetes gemelos Bernardo y Medardo, justo antes de que lograran acceder al convento, levantándoles el puente levadizo, del que quedaron colgados. Los había atado y enviado al castillo de la Roche Forte con uno de sus hombres para alejarlos del lugar.

Por mi parte, llevaba un cuchillo bajo el hábito, por lo que pudiera suceder, e incorporé a la caracterización de mi personaje la costumbre de mirar a su alrededor antes de hablar, como temeroso de que en cualquier momento pudieran aparecer por allí los padres de Galatea, el comisionado o quizá dos o tres de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

No había nada más que verla, a Rosalba, ahora, moviéndose por el escenario como si acabara de cumplir ochenta años. Igual que una mantis religiosa, aquella mujer seducía a los hombres que se acercaban a ella, los atenazaba amorosamente con su abrazo y, sin dejarles pensar, empezaba a devorarlos por el cerebro, una vez inmovilizados. De hecho, en cierta manera, eso mismo me había sucedido a mí...

Pero ¿qué estaba diciendo ahora la alcahueta? Los versos que declamaba no pertenecían al *Pamphilus*. ¿Se había confundido de obra en su último parlamento?

VIEJA

Me conmueven tus palabras, mi querida Galatea, niña de mi corazón.

Por tan solo unas monedas te he vendido, y me arrepiento.

Pero mira...

En el instante en que decía eso, sentí un tirón en los tobillos e, impulsado por una fuerza tremenda que me volteó, caí de costado al suelo golpeándome el hombro, mientras las piernas se me elevaban hasta acabar suspendido en el aire, colgado de los pies sobre el escenario, con la sangre agolpándoseme en la cabeza.

Las carcajadas de las freilas del público estallaron de gozo.

¿Qué había ocurrido? ¿Un accidente? ¿Me había enganchado con las cuerdas de la tramoya?

VIEJA

... Pero mira cómo el pájaro, atrapado,
iya no puede fornicar como es su gusto!
La venganza está dispuesta, Galatea.
Elige...

Y entonces, sacando del refajo un cuchillo curvo como los que utilizaba Abderramán para capar niños, volviéndose hacia el público para exhibirlo, la taimada alcahueta, o más bien habría que decir la pérfida comedianta Rosalba, preguntó a grandes voces para que respondiera la concurrencia:

VIEJA

Elige: ¿castración o muerte?

Lo peor de todo era que, mientras me balanceaba sin control sobre el escenario, la falda del hábito me caía desde la cintura tapándome la cara y tenía que apartármela a manotazos. Afortunadamente, llevaba puestas las bragas que me habían proporcionado con el disfraz, algo de lo que no tengo costumbre, por pura comodidad, en verano. Pero ni mucho menos pensaba en ese momento en el ridículo que estaba haciendo, sino más bien en sobrevivir. Mi estrategia de defensa estaba preparada para detener a un comisionado vestido de monja, no a una actriz en plena representación. Y era evidente que nadie allí conocía la obra: el espurio desenlace había pasado inadvertido y las freilas reían con ganas.

Solo Hildegarda, velada, en primera fila y con Alfonso al lado, se mantenía en silencio.

En respuesta a Rosalba sórora Alejandra, recuperada ya de la visita del fantasma, se levantó y gritó:

—¡Castración!

Otra, Constantina me pareció, por su voz nasal y aguda de torno, chilló:

—¡Muerte!

Varias secundaron a una u otra, hasta que al fin Urraca dio con la fórmula que convenció a todas, pese a su redundancia y

ensañamiento:

—¡Castración y muerte!

¡Vaya con la hortelana!

Pero al tiempo que la alcahueta se volvía cuchillo en mano hacia mí, vi que las calzas desparejas de Lope, a un costado de la escena, se levantaban y echaban a andar. Sin duda había decidido defenderme. Caminó hacia nosotros irrumpiendo en la escena para sorpresa de todos. La luz de las antorchas que iluminaban el escenario le robó un destello a la espada que llevaba en la mano. Respiré, e iba a pedirle que cortara la cuerda que me sostenía. Pero él se plantó ante Rosalba, que lo miró sin entender muy bien lo que ocurría. Y entonces la atravesó con la espada. De lado a lado.

Los ojos de Rosalba se encendieron en dos llamas y lanzó un vómito de sangre.

Yo sabía que aquel vómito no era uno de esos simulados con sangre de gallina que los actores llevan en una vejiga oculta en la boca y rompen de un mordisco en el momento oportuno. Sabía que la espada no era fingida y no se había deslizado disimuladamente por el hueco entre el costado de la comedianta y su brazo. Sabía que había entrado por el centro de la barriga para salir por la espalda. Estaba muy cerca.

Un rugido de dolor recorrió el público, y a continuación, como impulsado por un resorte, un batallón de freilas se levantó de sus asientos y se abalanzó sobre el escenario gritando con ferocidad, dispuestas a descuartizar a Lope con sus propias manos.

¿Qué había hecho aquel insensato borrachín?

Entonces el asesino se dio la vuelta y lo vi. No era Lope.

Era Aznaro, mi odiado monje giróvago. El otro verso libre de la cuadrilla de Palencia.

Imposible olvidar aquel bigote, cada vez más ralo, que había tenido frente a mí ya en tantas ocasiones, siempre a punto de ejecutar alguna refinada crueldad de las que le vi en las Navas de Tolosa, o intentando matarme a mí, su compañero de estudios en Palencia, como aquella primera vez que nos enfrentamos en una cueva cercana al monasterio de Silos y me clavó un estilete que casi me da la moneda para el viaje al otro mundo.

Había estirado el brazo y blandía con brutalidad su espada de derecha a izquierda para mantener a raya la jauría de freilas rabiosas que esperaba la oportunidad para echarse sobre él y despedazarlo a dentelladas.

Encabezadas por Alejandra y Constantina, las freilas que habían subido al escenario, sin duda las peligrosas integrantes de la Santa Compañía, habían rodeado al giróvago, aunque iban desarmadas. El resto de las monjas, temerosas, estaba agolpado al fondo de la gran sala.

—¡Que la noche eterna te abrace con sus sombras! —oía aullar a Urraca con una voz ronca que me estremeció—. ¡Que el tormento te persiga en todas tus rondas, el remordimiento te carcoma el alma sin tregua y la paz te sea negada en esta vida y en la otra! ¡Que cada paso que des sea tortura en tus pies, y que el eco de tus actos infames te siga por doquier! ¡Que el odio y el desprecio sean tu compañía, y que el perdón jamás encuentres en tu agonía!

Aznaro se reía a carcajadas.

—En cuanto acabe con estas hijas de Satanás, estoy con vos, Gonzalo. Para cortaros la cabeza, el mejor homenaje para el apóstol. Me hacéis un precioso favor si mantenéis esa postura.

Me dispuse a defenderme sin muchas esperanzas. El cuchillo ya había pasado del hábito a mi mano cuando vi venir a Rosalba, y si Aznaro seguía acercándose, acosado por las freilas, iba a lanzárselo

antes de que estuviera tan cerca como para degollarme con muchas posibilidades de acertar. Siempre que no hubiera entrevisto mi maniobra desde su posición y, a la espera de ese ataque, lo esquivara con su rapidez de anguila.

Entonces oí la voz del infante Alfonso, que se sumaba a la representación.

—Depón tu arma, caballero —le ordenó con ingenuidad conmovedora mientras se abría paso entre las freilas, haciendo caso omiso de la invisible línea que Aznaro trazaba con su espada a un lado y otro.

—¡Cuidado! —grité.

La especialidad de Aznaro era acabar los duelos antes de que empezaran. Pero para mi sorpresa el infante Alfonso no necesitaba advertencias.

Al tiempo que hablaba dirigiéndose hacia Aznaro había alzado un brazo y su golfín salvaje le había lanzado una espada corta como la de su rival. Cuando el monje giróvago le tiró el mandoble, el infante lo pudo detener sin problema.

—Te requiero que ceses en tus actos criminales —le repitió sin inmutarse.

Pero Aznaro volvió a atacarlo sin dejarle terminar la frase.

Sin aparente esfuerzo, Alfonso hurtó su hombro a la estocada del giróvago, que hirió el aire a su costado, y lo apartó de un empujón. A continuación —y afortunadamente, porque la sangre agolpada en la cabeza me estaba dejando muy mareado—, girándose hacia mí cortó la cuerda que me sostenía y pude ponerme a salvo.

Me acerqué a Rosalba, que estaba tendida en un costado del escenario. Dona Hildegarda la había arropado con una manta y Urraca, llorosa, le estaba suministrando agua con adormidera para intentar calmar la sed.

Tenía los ojos godos, o góticos, o visigóticos a punto de apagarse para siempre. Me daba dolor de corazón salvar así la vida, a su costa, como si sin mi muerte el amor se nos hubiese interrumpido en medio de la noche.

—Si hubiera conseguido matarte —me dijo antes de morir—, ahora podríamos buscar juntos un confesonario en el infierno.

Aznaro sabía que sus posibilidades dependían de que el combate no se alargase, así que puso en juego todo su ingenio y su vigor en los primeros embates, y a punto estuvo de vencer, con dos sangres del infante: una en la oreja y otra en la cadera, muy de refilón, esta segunda vez con uno de sus trucos preferidos: haciendo aparecer un puñal en su mano izquierda cuando, en combate cercano, cuerpo a cuerpo y con las espadas cruzadas, ambos intentaban forzar el retroceso del otro.

Alfonso no pudo esquivar por completo la cuchillada, que le rozó la cadera. Se apartó de un salto, alzó la mano izquierda y recibió en ella un puñal lanzado por uno de sus hombres para pelear también a dos manos.

En ese momento vi llegar a Lupa cargada con la cántara de vino de consagrar bajo un brazo y con Lope en camisa sobre el hombro opuesto, semiinconsciente pero sin soltar el cáliz. Tuve un respiro de alivio. Le había pedido que lo buscara por el convento, porque temía que Aznaro lo hubiese acabado.

Aunque era mucho más joven, el infante tenía larga experiencia guerrera y el cuerpo lleno de cicatrices. Las heridas no lo afectaron. Sabía que cuanto más se alargara el tiempo de pelea mayores eran sus posibilidades de vencer. Así que evitó las constantes

provocaciones de Aznaro, se mantuvo alejado de él haciéndolo desplazarse por todo el escenario, pacientemente.

El ritmo del monje, por su parte, fue lentificándose y sus movimientos se tornaban menos precisos. Empezaba a sentirse agobiado por la amenaza de las freilas, que lo acechaban a la espera del menor descuido adaptando su cerco a sus movimientos. Su vejez me recordaba a la mía, y casi me daba lástima verlo perdiendo fuelle. Poco a poco Alfonso lo iba acorralando en un costado del escenario.

Y de pronto, cuando más vencido parecía y más desprevenido estaba su contrincante, atacó con renovadas fuerzas. El cansancio era el punto débil de Aznaro, pero lo había estado exagerando mientras acumulaba fuerzas para una última arremetida a la que fiaba su victoria.

Vimos a Alfonso perdido, retrocediendo mientras recibía uno detrás de otro los tajos con su espada, a punto de perderla. Un último mandoble lo hizo caer de espaldas, y Aznaro lanzó la estocada final, que el infante esquivó en el suelo por milímetros. La espada del atacante quedó clavada en la madera del escenario y, de una cuchillada, Alfonso hirió la mano que la empuñaba.

Aznaro dio un aullido, desarmado.

Las freilas, que esperaban ese momento, se abalanzaron sobre el asesino de Rosalba.

—¡Deteneos, sórores! —ordenó Alfonso.

Todas se quedaron como petrificadas.

—El duelo ha terminado —exclamó—. Y he vencido, pero le concedo la vida a esperas de que dona Hildegarda establezca la pena. Al fin y al cabo —añadió dirigiéndose magnánimamente a su rival—, los dos peleamos como paladines: él, en defensa de un clérigo perdido por la avaricia; yo, en defensa de una abadesa.

—No me compares contigo, infante —respondió Aznaro alzándose, con la mano sangrante tomada por la otra, ocultando su dolor. Quedaba claro que sabía con quién había peleado.

Alfonso sonrió. Esperaba un elogio por su magnanimidad.

—Yo soy puro con el arzobispo por el que lucho —continuó el monje giróvago dejándome helado—, aunque él mismo se haya convertido en una vergüenza para la Iglesia con sus pecados. Pero vos os revolcáis cada noche en el lecho de una abadesa ramera que es todo lujuria.

La sonrisa de Alfonso se quebró. Avanzó dos pasos hacia Aznaro y levantó el brazo para descargar sobre él un revés.

Tan atónito estaba yo que no me di cuenta de lo evidente: el estilete de Aznaro brilló al aire en su mano zurda. Su frase estaba medida al milímetro para acabar con su rival. Pero no engañó a alguien que se había aproximado a su espalda con una cántara de vino en las manos, y la hizo añicos contra su cabeza.

El monje giróvago se desplomó sobre las tablas del escenario incapaz de apreciar el caluroso entusiasmo de nuestra ovación final.

—Lo sabía —exclamó Alfonso el Sandio, con su increíble capacidad de profetizar *a posteriori*.

—*Testa mais dura tiña o cabrón! Veña, varrer todo isto!* —se quejó Lupa.

ÚLTIMO DÍA

Visita al castillo

—¡Qué alegría veros, querido Gonzalo!

Dicho con aquel rostro agrio, el cumplido del arzobispo Juan Arias resultaba muy original, aunque quizá solo acabara de levantarse. Estaba dándose un baño termal en las instalaciones anejas a la torre del homenaje. Cuando llegué, un sirviente me entregó un paño y me invitó a que pasara a bañarme con él.

Por mi parte me había levantado a hora prima y había pedido montura en el establo del convento. Aunque prefiero siempre un burro o un mulo, acepté un percherón de trote cómodo, porque a pesar de la cercanía no sabía con exactitud cuánto tiempo me iba a llevar mi visita al Castelo da Rocha Forte.

A poco más de una legua de camino divisé, muy de lejos, la altísima torre del homenaje. Impresionaba aquella fortaleza enorme y muy reciente, construida al último gusto godo, como todo lo que salía de manos de Juan Arias, con sus lienzos de piedra superpuestos y sus ocho torres. Había sido creada como primera defensa de Santiago en la confluencia de los caminos que venían de la ría de Noia y de Portugal, para posibles incursiones portuguesas o de piratas que llegaran por mar. Eso decía de oficio el arzobispado, aunque, como había ido averiguando en mis conversaciones con la abadesa Hildegarda, el bodeguero Facundo o el infante Alfonso, hasta el momento había servido principalmente para la defensa ante

los enemigos locales que el arzobispado se hacía: terratenientes y nobles de cuyas tierras se apoderaba o comerciantes a los que freía a diezmos muy superiores a la décima parte de las cosechas.

Sobre la barbacana de entrada, que custodiaba el puente levadizo para salvar el foso, se hacía visible, brillante y en color, el escudo de la familia Gallinato, con su gallina de sable y alas abiertas, picada y uñada de oro y crestada de gules. Emblema de la mansedumbre de que hacía gala aquel vástago privilegiado de la familia, sin duda.

El arzobispo estaba tumbado en una especie de altar de mármol que emergía en el centro de una piscina, con el ara a la altura de la superficie del agua. A su lado un hombre desnudo, fornido y de piel tostada y grasienta le estaba proporcionando un masaje.

—Antes de nada, tengo que daros la mala noticia que traigo: ha muerto Rosalba.

Acusó el golpe. No se lo esperaba.

—Asesinada —añadí—. Poco después de que asesinaran también a Romeo, vuestro otro servidor.

Según mis cálculos, esa noticia se la esperaba. Agachó la cabeza:

—¿Quién fue?

—¿Me lo podéis decir vos?

Se irguió para volver a mirarme, protestando:

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —preguntó.

—¿Esto qué era antes?, ¿un *hamam*?

—Bueno, parece que en origen fueron termas romanas. Pero sí: hubo también aquí un baluarte árabe...

Le conté sin más preludios el resultado de mis investigaciones, que no llevaban a sortilegios de brujas guiadas por las malas artes de Satanás sino a una inteligente combinación, por parte de su amada Rosalba, de sus evidentes dotes como comedianta, el uso de elixires que hacían perder el sentido de la realidad y la facilidad para

la sugestión de unas mentes asoladas por la culpa y la superchería: las de los propios miembros del cabildo.

Le expliqué que, el día en que mi antecesor como confesor del convento, el arcediano Simón, se puso en la trayectoria del botafumeiro camino del infierno, todos en la catedral, incluido él mismo, estábamos ebrios de adormidera, beleño, cornezuelo y otras sustancias que se habían mezclado en cantidad no pequeña con las resinas del incensario, lo que aprovechó Rosalba para hacerse pasar por el apóstol sin más disfraz que el típico atuendo de peregrino y unos zancos, con un teatrillo elemental pero muy efectivo en aquel momento de arrobo tóxico, y ordenarle al arcediano que hiciera lo que hizo sin temor de su vida o más bien con ganas de acabarla. Llevaba intrigando contra él desde que supo por otras freilas que había violado ya a tres de ellas.

—No sé bien cómo lo enredó hasta hacerlo víctima de su capacidad de sugestión, pero me lo imagino. Rosalba sabía tomar el mando de las confesiones e imponer su sistema de penitencia, como vos mismo habíais comprobado tiempo antes. Simón también lo comprobó, creo. Y yo, que fui juguete suyo en ese confesonario en el que también os sedujo a vos.

Juan se había sentado en su altar de friegas a mirarme mientras su enorme sirviente se aplicaba en masajearle el cuello. No movió un músculo de la cara al oír eso.

A continuación le hablé del detonante, de lo que hizo que Rosalba dejara de ser una amante en busca de posición y bienestar para transformarse en la Mantis Religiosa: la muerte de su hijo Catalino tras la castración que le aconsejaron Serafín y Adán, con métodos de sugestión —semejantes a los que luego utilizaría su madre—, para convertirlo en otro eterno niño capón del coro.

Ahí sí que se le alteró el rostro.

—¿Ella? ¿Madre de Catalino? Pero... ¿por qué no me lo dijo?

Le expliqué que parecía lógico que la intención de Rosalba fuera, mediante su ascendencia sobre los deseos de *su* arzobispo, conseguir que Catalino comenzara una carrera próspera en la Iglesia y, con el tiempo, le posibilitara a ella la independencia económica. Algo muy distinto a permitir, desvelando su maternidad, que algún desalmado aprovechara aquel punto débil como elemento de extorsión...

Soltó un quejido por la fuerza del masaje en los hombros y luego volvió a esculpir su careta impasible.

Comprendí que no se había preocupado por el pasado de Rosalba tras varios años de usarla a su antojo, y le expliqué lo que me había contado entre lágrimas la abadesa Hildegarda tras los sucesos trágicos del día anterior. No era la comedianta prostituta que prejuiciosamente Gallinato había imaginado, insensible a sus conocimientos y sus habilidades, sino la protagonista de otra historia de declive y caída: huérfana pero con formación exquisita y bien casada, acostumbrada a divertir a los amigos y familiares de su marido con conciertos y comedias en los salones de su casa, había enviudado embarazada del primer hijo, y la familia de él le arrebató la hacienda sin piedad. Dio con Hildegarda y entró en el convento, donde conoció a Gallinato y confió en renacer de sus cenizas con la ventaja que le daba ser su amante.

—Cuando se dio cuenta de la ralea de criminales que constituía tu cabildo, la cuadrilla de Palencia, ya era demasiado tarde y su hijo había muerto —continuó—. Entonces decidió vengarse. Primero provocó que el maestrescuela Adán se arrancara los ojos a puñaladas embriagándolo y acosándolo con pintadas. Después, y siempre con los mismos métodos, logró la autoemasculación pública del chantre Serafín.

—Sugestión diabólica.

—Mañas humanas de quienes conocen las debilidades de los obsesionados por la castidad, prefiero pensar —contesté—. Ni Adán ni Serafín llevaban bien la contención a la que los obligaba su voto con la cercanía de tanto novicio cantarín. Sucumbieron a sus pasiones, como suele ocurrir, tras acrecentarlas con esa contención maniaca que predicáis todos.

Después le expliqué la intervención del deán Fernando el Moro en el ataque a la casa del bodeguero Facundo, como organizador, y la respuesta de Rosalba, a petición de Lupa y con su complicidad, para acelerar un plan que sin duda ya tenían previsto: llegar a su casa con todo el aparato farsante de la Santa Compañía. Y cómo Rosalba secuestró al deán seduciéndolo, durmiéndolo en su habitación y escondiéndose con él en el armario, para después, aprovechando el temor irracional que provocan las almas en pena a tanto palurdo, sacarlo de la casa impunemente mientras los criados se ocultaban en las cocinas para rezar a todos los santos. Lo tuvieron preso en los sótanos del convento y lo pasearon de noche por Santiago, disfrutando con su ignorancia y su terror.

—¡Comediantas disfrazadas! —me reí—. Utilizaban el espectáculo de la Santa Compañía para abandonar el convento a conveniencia, pasearse por la ciudad sin que nadie las abordara y vengarse con impunidad de quien quisieran, robando, entre tanto, en distintos palacios del cabildo.

Por último le hablé de la búsqueda por parte del deán Fernando de un mercenario para que entrara en el convento, localizara el foco de la rebelión contra el cabildo y acabara con todas las brujas que supuestamente participaban en ella: el comisionado. Y cómo su primera misión fue interrogar a Serafín, del que probablemente no pudo obtener más que el apodo de la mujer que, según el propio

Serafín, lo había acosado —la Mantis Religiosa—, y la información de que era viuda y madre del niño cantor Catalino. Tras el infructuoso interrogatorio, para no dejar ningún rastro que yo pudiera seguir, eliminó al desdichado Serafín.

—Intentó colocaros el muerto a vos, no sé si os disteis cuenta, al usar un arma vuestra —le hice ver—. Por cierto: tampoco sé si os enterasteis de que fui yo el que os libró de las quejas constantes del deán Fernando el Moro. No me deis las gracias.

Le informé de cómo lo había salvado de las garras de la Santa Compañía y de cómo provoqué de algún modo que se lo nombrara subdiácono de León, y se comprometiera a apartar del convento al terrible comisionado que había contratado, gracias a la colaboración rápida y eficaz del infante Alfonso.

—¿El infante Alfonso? ¿Qué tiene que ver el infante con todo esto?

—Está aquí —le revelé—. Aunque vino de incógnito, haciéndose pasar por correo real. Hemos hecho buenas migas estos días.

Se levantó y caminó hacia mí por la piscina, que le cubría casi hasta la cintura. El armario de procedencia africana lo siguió hecho todo él una sonrisa. Tenía una dentadura prominente y luminosa.

—No sé si os he hablado de las habilidades de Karim —dijo refiriéndose a su acompañante—. Está tan preparado para colocar en su sitio los huesos como para arrancárselos al más pintado. ¿Verdad, Karim?

—No os preocupéis demasiado, Gallinato. Todavía no le he contado nada de esto al infante Alfonso. Pero he tomado mis precauciones. Hay una carta con todo perfectamente descrito y alguna cosilla más en manos de un tipo de confianza. Le será entregada al infante en caso de que yo no aparezca antes del anochecer en el convento, sano y salvo. O, si no, en el momento de

mi muerte, venga cuando venga. Yo que vos le pondría una vela al apóstol para que no me suceda un estúpido accidente por ahí.

Se detuvo.

—En fin —continué—, lo cierto es que Alfonso no ha visitado Santiago por nada de esto, sino para reencontrarse con su nodriza. ¿Sabéis de quién se trata? Nada menos que de la abadesa Hildegarda, a la que adora.

Le expliqué que eso quería decir que lo mejor para él era olvidarse de pasar el prostíbulo al convento y dejar a las freilas en paz.

También le relaté la derrota de Aznaró, tras llevarse por delante a Romeo y a Rosalba.

—Le pedisteis que liquidara a Romeo, ¿verdad?, por abandonaros. Y lo encontró, así que Romeo, cómplice de Rosalba, lo llevó a ella, cuya responsabilidad en todo esto no imaginabais. Pero, al fin, qué más dará, ¿no es cierto?

Le expliqué también las sorprendentes prisas de Aznaró para zarpar, con una brecha en la cabeza y atado de pies y manos, aquella misma mañana, encadenado, por orden de dona Hildegarda y el infante Alfonso, en la bodega de la nave capitana de la expedición comercial que llevaba vinos a Constantinopla. La idea era que acabara en las mazmorras del palacio imperial.

—Y ahora tengo que confesaros que me habéis sorprendido, Gallinato —añadí, aprovechando la ventaja—. Nunca habría imaginado que detrás de vuestra apariiencia bonachona se escondía un depredador semejante.

En realidad, el truco de distraer a las freilas con mi presencia para dejar que un mercenario descubriese la conjura fue excelente. Escondido detrás del deán, Juan Arias había manejado las piezas por el tablero con soltura. Estaba claro por qué había llegado a su cargo.

—Que el comisionado elegido haya sido Aznaro, cuyo odio hacia mí os aseguraba de que acabase conmigo para cerrar el caso, me haría quitarme el sombrero si no estuviéramos tan desnudos —concluí.

—¿Y qué vais a hacer ahora? —dijo, poco dispuesto a mostrarse preocupado por el fracaso de sus planes.

—Pues me gustaría darme un baño de agua fría, aquí hace un calor horrible. Y luego comer un poco, si tenéis algo para darme en esta covacha goda o gótica, o como queráis llamarla.

—¡Claro! Siempre que me contéis vuestros siguientes pasos y que no me disgusten demasiado. No olvidéis que, en el peor de los casos, no es imposible sobrevivir desde la Iglesia a un conflicto con el rey.

El masajista Karim me miró sonriendo más aún. En el fondo tenía razón: no sería, desde luego, el primer arzobispo que consigue enfrentarse al rey sin dejarse la piel en ello.

—¿De dónde lo habéis sacado? —dije señalando al armario—. Os habrá salido por un pico.

—¡No! Regalo de la diócesis de Fez, los compren a muy buen precio en los mercados árabes. ¿Seguís practicando el pugilato?

Hasta ese instante no sabía que teníamos una diócesis en el Reino de Fez. Los imaginé allí, baluarte de la Iglesia lleno de mártires, resistiendo ante los embates de la fe de Mahoma.

—No voy a hacer nada, y no es que me sienta muy orgulloso —contesté entonces a su pregunta anterior, sin desvelarle que seguía haciendo ejercicios y aún conservaba los callos en los nudillos, pero que mis movimientos me acompañaban siempre con un retraso lastimoso, imprevisto por mi mente—. ¿Qué iba a hacer? Soy un preste de aldea al que un arzobispo le ha encomendado la tarea de resolver los crímenes de los que él mismo es el mayor responsable.

El trabajo está hecho. Tenéis los nombres de los culpables y de las víctimas. Me voy a casa, si no se os ofrece nada más.

—Os debo una bolsa de dineros. Hicisteis bien vuestro trabajo. Seré generoso.

—Guardaos vuestro dinero —le dije con todo el desprecio que había ido acumulando.

Fue mi mayor satisfacción de ese día, llevaba un rato esperando la oportunidad. Ya me arrepentiría después.

—Como queráis. Yo también vuelvo a Santiago.

—No os lo aconsejo.

—¿Y eso?

Le expliqué que Aznaró conocía por indiscreción de Romeo todos los pecados del arzobispo de Compostela con él.

—... Y eso lo va a solucionar a su manera, como siempre hace. Ya lo conocéis.

—Me da igual —se rio—. Pasará bastante tiempo antes de que Aznaró vuelva de Constantinopla, si es que vuelve.

Le dije que era un iluso. Por mi parte, no daba ni una higa por la pequeña flota. ¿Cuánto tardaría su comisionado en liberarse y acabar con los tripulantes de la nave en la que lo hubieran puesto? Llevar un fantasma en la travesía nunca fue buen negocio.

—Aquí estáis un poco más protegido que en el pazo de Gelmírez. Pero se colará al fin. Y una noche vais a despertaros con él a vuestro lado, no lo dudéis. Tendréis vuestra penitencia al fin, más pronto que tarde. Yo que vos aprovecharía para colmar los deseos antes de que dejéis de tener con qué.

Gallinato tragó saliva. Otra gran satisfacción que me llevaba. No era un hombre bueno, no era un hombre manso, sino un gallina de tomo y lomo, como el escudo de su familia explicaba perfectamente.

Solo tienen miedo los que pueden. Es patrimonio de los ricos. Resultaba bastante posible que yo también me despertara o me despierte un día con Aznaro sentado en el borde de la cama. Y puede ser esta noche o mañana, si sigue vivo. Pero lo cierto es que cada vez que me tumbo me quedo como un tronco, y eso no puede considerarse un acto de valentía en absoluto. Porque, sin contar con que alguien como él tiene siempre un montón de cosas más importantes que hacer que acabar con mi vida, ¿qué perdería yo en verdad con su visita?

Abusando un poco de mi pequeña ventaja, tras sentarme a la mesa de Juan Arias y comer en su sillón, me eché sin levantarme una siesta arzobispal antes de emprender el regreso. Luego fui a despedirme de Gallinato. Estaba hojeando el extraño manuscrito titulado *La taberna de Silos*. Había encendido una chimenea, aunque hacía calor ese día.

—Al fuego con esta bufonada —dijo, y lo lanzó.

El códice se plantó encima del fuego como si hubiera encontrado por fin su verdadero lugar. Lo vi comenzar a arder. Ya sabía por Lope que un códice arde mal, pero no me parecía mala idea que ese se consumiera allí, quizá no en este, pero sí en fuegos sucesivos.

—Adiós, Gallinato. Dadle un abrazo a Aznaro de mi parte cuando lo veáis.

En el patio de armas, a lomos ya de mi percherón, vi a Bernardo y Medardo, los torpes guardias gemelos, que estaban al pie de su carro preparados para seguirme sin ningún disimulo. Órdenes de Juan Arias aparte, me tenían ganas, así que iban a estar haciéndome la vida imposible hasta que me largara de Santiago, si es que no se

les iba la mano y se saltaban la regla que probablemente les habría impuesto de mantenerme con vida el arzobispo.

Volví del castillo al paso, para dejar que la tarde cayera. Antes de dirigirme al convento me desvié a Santiago, detuve mi cabalgadura en la plaza de Platerías, frente a la escalinata de acceso a la catedral en obras, y cuando vi que el carro de Bernardo y Medardo entraba en la plaza y me aseguré de que los guardias me habían visto desde el pescante, pasé dentro. Cristo me bendijo y Moisés, cornudo, me sacó la lengua. Una vez allí, comprobé de una carrera que, como en el día en que comenzó mi investigación, seguía abierta la puerta de la capilla del ábside que descendía a la cripta, y luego me dirigí ligero a la otra entrada al subterráneo, en el brazo norte del transepto, para esperar allí a que los guardias gemelos pudieran verme acceder a ella cuando entraban en la catedral en mi busca. Entré despacio, pero descendí a toda velocidad, crucé la cripta como una exhalación sin postrarme ante el sepulcro del apóstol —tan falso como el que se veía arriba— y ascendí con la lengua fuera a la capilla. Luego salí a Platerías, bajé la escalinata, abrí el carro, tomé los dos pares de grilletes que había bajo el asiento, volví a la catedral y cerré con los grilletes ambas entradas con los guardias dentro.

—¿Habrá subido por esta escalera? —oí al acabar, desde la capilla, que decía Bernardo abajo. O quizá era Medardo.

—¿Y qué querías si no?, ¿que la bajara? —le respondió el otro.

Al salir definitivamente coincidí con el sacristán, que se acercaba por fin a cerrar las puertas. Me di cuenta entonces de que los gritos de los guardias llamarían su atención y los tendría a los dos en el convento poco después.

—Hoy duermo en casa —me dijo, sin embargo, cerrando desde fuera—. Tengo a la dona indispuesta.

Miel sobre filloas, pensé, como decían por allí. No siempre tiene que salir mal todo. Ahora solo faltaba que no me cerraran la puerta de la muralla. Caía la noche deprisa.

Como Constantina, la freila del torno, debía de andar velando y no atendía a llamadas, tuve que salvar el muro y entrar por el huerto, calmando con paciencia a jardineros y perros. Había dejado el monasterio en pleno duelo, de madrugada, y lo encontré silencioso. En la sala capitular seguían los cadáveres de Romeo y Rosalba, velados con sosiego por buena parte de las freilas. Romeo parecía mucho más joven, casi un niño de un plumazo, pese al brillo artificioso de un maquillaje que no hacía honor al que solía aplicarse él mismo. En Rosalba los afeites oscurecían el rostro de campesina harta del sol de la siega, como si fuera una comedianta en el papel de Rosalba muerta, con los ojos garzos —ya fueran godos, góticos o visigóticos— cerrados para siempre.

La boticaria Urraca me ofreció vino directamente de una redoma. Y al ver mis dudas me dijo:

—Es la cantidad justa para sobrellevar el dolor. Con otra más, puedes caminar lleno de gozo y sin pisar el suelo, y la tercera te llevaría a sobrevolar la ciudad hacia los confines de la tierra, pero unido al monasterio con un hilo tan fino que nunca se ve y tan fuerte que no se puede romper.

Seguí a la procesión con un hacha de cera, en fila terrorífica de fantasmas y visiones y monjas encapuchadas con sus hábitos

bermejos, además de fieras zancudas de comedia con cabelleras de serpientes y melusinas, y de mantícoras, hidras, grifos y quimeras que arrastraban los ataúdes de ruedas de Romeo y Rosalba, sobre los cuales los dos difuntos bailaban con sus patas de ancas peludas y negras pezuñas, aterrorizando a la ciudad de Compostela. Al frente iba el maestrescuela Adán, el viejo Ganimedes, vivo y ciego, agitando su antorcha alzada y gritando con voz cada vez más ronca:

—¡Sotlúpes Sol a dánodrep!, iutirípse Ed serbóp y sogérrob Ed adnáp!

Como cazadoras de la hueste antigua, a lomos de sus escobas o de esqueléticas yeguas de ultratumba, varias freilas sobrevolaban la ciudad sacando a los espíritus condenados por los ojos de las cerraduras, acogotando a los incautos que se asomaban a las ventanas, mientras abajo atormentábamos a los borrachos transeúntes. Delante de mí iban ebrios, solemnes y veloces dona Hildegarda y el infante Alfonso. Detrás, llorosas pero igualmente veloces, llevaba a la boticaria Urraca, la camarera gruñona Adriana, Constantina la del torno y la tabernera Lupa, que no se separaba del titular del condado durriense, tan delgado que Urraca no le había dejado tomar sino media redoma de vino emponzoñado. Y a mi lado, con dos o tres redomas de más por culpa de los celos, caminaba sin pisar el suelo Lope, que había abandonado ya su disfraz de burgués por el más adecuado de peregrino imposible, y al que de vez en cuando tenía que agarrar del hábito para que no se elevase por los aires y se me perdiera entre las estrellas de la Vía Láctea, que nos iluminaba poco antes de la salida de la luna llena.

Los porteros del claustro de la catedral abrieron y se lanzaron de inmediato al suelo, haciéndose los muertos o dormidos. Entramos en el huerto y varias freilas excavaron frenéticas en la arena hasta descubrir la tumba de Catalino, cuyo espíritu había salido a

recibirnos escoltado por los de Medardo y Bernardo, cada uno atravesado por la espada del otro, como hijos de Edipo tras la batalla de las siete puertas de Tebas.

CODA

La venganza del rey Sandio

Ya me sentía viejo entonces, pero ahora que lo soy mucho más recuerdo aquellos días como si en vez de vivirlos llevara años soñándolos en una larga pesadilla recurrente. Por mi correspondencia con el comerciante de vinos Iago y el maestrescuela Adán —tan difícil de leer para él, supongo, como para mí, aunque quiero creer que a él se la leería algún alma caritativa—, pude saber que poco tiempo después de partir y antes de llegar a Oporto, la nave capitana de la expedición a Constantinopla, la que llevaba en sus bodegas el vino de Facundo y al monje giróvago Aznaro preso en la sentina, naufragó en una noche de aparente calma tras perder el rumbo y chocar contra unos arrecifes. Una semana después, Juan Arias, Gallinato, sufrió un accidente en su castillo, del que quedó convaleciente durante meses y a partir del cual su frenética actividad comercial y episcopal descendió notablemente: se pasaba el día encerrado en su guarida, presa de aprensiones y terrores nocturnos, y delegó todas sus funciones en distintos hombres de un cabildo que se fue renovando sin demasiada participación suya.

En cuanto a Facundo y Pedra, sé por mi amigo Iago, el comerciante de vinos, que no perdieron ningún dinero en el naufragio —pues el vino se lo había comprado ya el infante Alfonso—, pero sí la posibilidad de ganar como cliente a la emperatriz de

Constantinopla. No se habían preparado para la contingencia de prescindir de Lope y la calidad del vino descendió en dos o tres cosechas. Aunque su verdadera ruina vino al parecer a través de Fortún, el conde de Durria. Una vez casada con él, Lupa perdió toda rebeldía, como si la embrujara con su cortesía exquisita, y él comenzó a engordar y hacer gastos de conde, y les devoró la fortuna en pocos años gracias a su gusto por el derroche, la buena mesa, los juegos de tablas y dados, los lupanares y toda forma disoluta de vida. Lo que no había conseguido la Iglesia lo consiguió la nobleza: tuvieron que vender la bodega y la casa compostelana y volverse a Ribadavia con el rabo entre las piernas.

El convento de las freilas liberatas continuó varios años funcionando como lugar de acogida de mujeres descarriadas, hasta que dona Hildegarda murió, no sé si de sífilis, de artritis o de una combinación de ambas enfermedades que al parecer arrastraba desde sus años de casada. Dijo Adán que algunos aseguraban haber visto en su entierro al rey Alfonso de incógnito, y que se corrió la voz de que los dos habían sido amantes cuando él era un muchacho púber y ella una dama de la reina, y, más aún, que fue por su amor imposible por lo que el padre de Alfonso, el rey Fernando el Santo, expulsó de la corte a dona Hildegarda.

Habladurías.

Desde la muerte de la abadesa Hildegarda, no pasó mucho tiempo hasta que las freilas liberatas fueron puestas bajo la regla de las clarisas y trasladadas a un edificio de los jerónimos en el interior de la ciudad, donde permanecen hasta hoy, apartadas del culto a santa Liberata.

Pero sé de buena tinta que las freilas Urraca, Constantina y Alejandra colgaron entonces los hábitos y se hicieron comediantas itinerantes, con la representación del *Pamphilus* como obra principal

de su repertorio. Lo último que supe de ellas es que habían sido señaladas con orden de detención en un bando del cabildo de Santiago por hacer en la vía pública una versión indecente de la Anunciación. No volvió a saberse de ellas por Santiago.

Por puro entretenimiento, y quizá también por la costumbre juvenil, no tan olvidada, de llevar la castidad a cuestras, he buscado en los tarifarios de los libros penitenciales cuál es el tiempo de ayuno prescrito para el pecado de acostarse con la madre nutricia o ama de leche. No viene la figura específica ni en el Columbano, ni en el Cummeano ni en ninguno otro al que yo tenga acceso, ni tampoco si algo así debe ser considerado pecado de incesto o de simple fornicación. Pero, si consideramos que se trata de un yerro peor que el adulterio y mejor que, pongamos, la sodomía, la penitencia debería andar en torno a los cinco años de ayuno, dos de ellos a pan, agua y legumbres, y los otros tres sin carne ni pescado.

No está mal.

Pero si yo me viera en una de esas, y siempre que fuera no por simple capricho sino por amor de verdad —es decir: por un capricho irresistible—, me iría a Roma con todo, como suele decirse. Y de cualquier forma, personalmente, en caso de verme en la desdicha de ser un infante real —Dios no lo quiera—, preferiría mil veces yacer con mi nodriza en la pubertad a escondidas que hacerlo con una niña de trece años en la treintena, por más dote, parabienes y bendiciones de familiares, de testigos y hasta papales que hubiera de por medio. Sobre todo teniendo en cuenta que, siendo rey, no es problema sustituir con una buena limosna cualquier penitencia, incluida la posibilidad, nunca desdeñable, de repetir el pecado como por descuido.

Como le habían anunciado sus cálculos astrales, Alfonso X se convirtió en rey a los dos años de nuestra aventura compostelana, y

me dicen que los aduladores trabajan duro en su entorno para cambiar como quien no quiere la cosa su apelativo de Sandio, que le pusieron las freilas liberatas, a Sabio. Seguro que lo logran. Me entristeció saber que en sus primeras leyes prohibía que los sacerdotes jugáramos a las tablas —incluido el ajedrez—, entráramos en las tabernas o montáramos representaciones en las iglesias. Iba a por mí, el muy desgraciado. ¿Qué le hice, aparte de negarme a seguirlo a vivir (¡a mi edad!) en una corte absurda haciendo poemas para su mayor gloria que luego circularían con su nombre y no con el mío?

«Cuando un rey compone una cantiga, o construye un castillo, no compone o construye, sino que manda componer o construir», me dijo en el correo que traía su invitación. No me convenció, aunque reconozco que la enorme producción de juegos departidos que sale de su corte me ha alegrado muchas madrugadas.

No recuerdo ahora el resultado de la partida de ajedrez a la que me invitó a jugar Hildegarda cuando fui a despedirme de ella, pero sí unas palabras que me dijo, y que guardo en mi corazón:

—Has jugado con excelencia la partida contra Juan Arias sobre el tablero de Santiago. Casi como una mujer.

Mi maestra Quiteria se sentiría orgullosa de mí.

Invité a Lope, que se había quedado sin trabajo y sin pareja, a caminar conmigo hasta San Millán para pasar una temporada en mi casa mientras se curaba —con los últimos vinos del año que le quedaban a mi pequeña bodega— del acceso de melancolía en que lo había sumido la vida ajetreada de la metrópoli. Fue un viaje menos cómodo pero mucho más entretenido que el de la ida, por la mejora en la compañía. Solo lamento que me robaran mis zapatos de gamuza azul la primera noche, mientras dormíamos descalzos a la sombra de un nogal.

Se acabó el vino pronto y pasamos unos meses más como dos cigarras, gastándonos la bolsa de morabetinos que él me había enviado en las tabernas de la villa, donde se me tenía en buena consideración desde antes, y se me tiene en mayor desde después de la estancia de Lope.

Durante esos días combatimos juntos los calores del verano bajo el parral de mi huerto, pero se recuperó de su melancolía al fin, y no era hombre para estarse quieto: una mañana lo vi bajar más temprano de lo que solía de su habitación con el traje de peregrino puesto y el zurrón en bandolera. Desayunó un tazón de vino caliente conmigo, rellenó la calabaza de viaje y determinó marcharse, no sabía si a Francia o a al-Ándalus.

Lo vi dudar en la puerta un buen rato, rascándose la poca pelusilla rojiza que aún le quedaba en la cabeza, y al fin tomó hacia el norte, así que pensé que iría a Francia, aunque, según me dijeron al día siguiente, se había detenido en la taberna de postas a tomar un trago, y allí se había liado a contarle sus hazañas a un pastor en tránsito con el que había seguido camino por la tarde, rumbo hacia el sur, con el fin de hacer noche en una majada.

Tardé un buen tiempo en volver a saber de él.

Sigo, mientras quede algo de luz y un vaso de buen vino, escarabajeando mis sílabas contadas. Algunas, por causa de mi vanidad, se escuchan contrahechas y apaleadas por juglares en plazas y mercados. Otras son el orgullo de algún monasterio, porque se trata de la vida de su patrón.

Todavía, en mis obligadas confesiones anuales con el joven abad que sustituyó a dom Juan Sánchez tras su muerte, tengo recuerdos libidinosos de Santiago que entretienen mis fingidas declaraciones de arrepentimiento y las tediosas peroratas del confesor. Y a veces, si me adentro en algún paseo por los campos de centeno y veo

espigas infestadas con el temible cornezuelo, siento verdaderas ganas de volver a tomarlo, seco y disuelto en vino, para pasear una vez más por el infierno junto a mi siempre amada Rosalba, la comedianta de ojos godos, o góticos, o visigóticos, piel tostada y patas de yegua.

La Santa Compañía
Lorenzo G. Acebedo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ilustración de la cubierta: © Duncan1890 / Getty Images

© Lorenzo G. Acebedo, 2024

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024

ISBN: 978-84-1107-496-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

